

5/618

164 Cop.

J.-K. HUYSMANS

Al revés

Traducción de Rodrigo Escudero

Introducción de Jaime Rest



EDICIONES LIBRERÍAS FAUSTO
BUENOS AIRES

12
Título del original francés:

À rebours

Diseño de la tapa: Oscar Díaz

1ª edición: febrero de 1977

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

© EDICIONES LIBRERÍAS FAUSTO - Buenos Aires, 1977

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

INTRODUCCIÓN

1. *Del arte naturalista a la novela católica*

En un primer reconocimiento de la obra, acaso lo que más sorprenda en la trayectoria literaria de Huysmans es la agilidad con que se desplazó de una corriente a otra, en medio de la maraña de escuelas y movimientos antagónicos que operaron en Francia durante el último cuarto del siglo XIX. Vinculado en un principio a las concepciones artísticas de Charles Baudelaire y de Edmond de Goncourt, ingresó en el círculo de autores que se había constituido en torno de Émile Zola y llegó a destacarse entre las figuras más relevantes del naturalismo, hasta que en definitiva se desligó de las preocupaciones que exhibía esta orientación literaria y se erigió en campeón de la novela decadentista. De allí derivó hacia el ocultismo y el satanismo y, más tarde, se convirtió —junto con Léon Bloy— en uno de los precursores de la nueva literatura católica, en la tradición que luego se prolongaría con Charles-Louis Philippe, Charles Péguy, Georges Bernanos y finalmente François Mauriac, cuya irrupción en las postrimerías de la centuria pasada respondió a la necesidad de quebrar el conformismo y la inercia morales. Un itinerario que va desde el documentado análisis social hasta el ascetismo y la preocupación religiosa personales y que se desenvuelve a lo largo de intrincados vericuetos quizá parezca excesivamente errático, pero esta impresión

superficial se desvanece al comprobar la vitalidad poética y la trabazón íntima con que fue recorrido el periplo. El autor de *Al revés* dejó en sus ficciones el dramático testimonio autobiográfico de un hombre que, en los difíciles comienzos de la Tercera República, buscaba una respuesta para sus propias incertidumbres y que a través de una sucesión de etapas —contradictorias en apariencia, si se las toma aisladamente— trazó una línea de honda coherencia y de singular ejemplaridad, la que por añadidura permite obtener reveladores indicios acerca de ciertos vínculos subyacentes en las diversas fuerzas artísticas e intelectuales que rivalizaron entre sí durante los treinta años en que elaboró su producción novelística. Al menos, no resulta en modo alguno arbitraria la serie de impulsos que lo condujo de un estadio al siguiente, hasta culminar en una de las manifestaciones de fe más entrañables de la literatura moderna, lúcidamente caracterizada por Rémy de Gourmont: "En lugar de seguir la tendencia de los cristianos negligentes, quienes poco a poco reducen sus creencias a una moral de pobres diablos que desdeña los milagros, desecha los aspectos místicos o demoníacos y, a la sombra del consentimiento racionalista, instaura una religión simple y prudente, calcada sobre el reglamento de un taller; en lugar de mezclarse con estos modestos devotos, Huysmans reivindica una suerte de catolicismo integral en el que volvemos a encontrar toda la fe, toda la inquietud, todas las contradicciones, todos los matices de una prolongada práctica religiosa que en el curso de los siglos se vio exaltada, embellecida, trastornada, desgarrada e inflamada".

Georges-Marie-Charles Huysmans nació en París el 5 de febrero de 1848. Su madre era francesa y su padre procedía de Holanda; esta última circuns-

tancia lo indujo más tarde a adoptar el nombre de Joris-Karl, en la aparente creencia de que tal era la traducción holandesa de Georges-Charles. Completó su bachillerato en 1866 y durante breve lapso cursó estudios de jurisprudencia, que abandonó para ingresar en 1868 como empleado en el Ministerio del Interior. Salvo un corto período en que sirvió en la Guardia Móvil del Sena, durante los sucesos de 1870, prosiguió la carrera como funcionario público hasta su retiro en 1898, cuando se desempeñaba como subjefe de repartición. *Le drageoir à épices*, primer libro que escribió, lo hizo publicar en 1874 con su propio dinero; era un reducido conjunto de textos que calificó de "poemas en prosa", según el modelo que había impuesto Baudelaire. Por espacio de varios años se contó entre los discípulos de Émile Zola, y en 1880 contribuyó al volumen colectivo de *Les soirées de Médan* que reunía sendos cuentos del jefe de la escuela naturalista y de cinco de sus adeptos; se trataba de un grupo de narraciones sobre la guerra francoprusiana, al que Guy de Maupassant aportó su célebre "Boule de Suif"; Huysmans, por su parte, incluyó una versión revisada de "Sac au dos", pieza en que un recluta refiere las vicisitudes de una retirada confusa durante la cual su enfermedad lo obligó a trasladarse dificultosamente de un hospital a otro; si bien en conjunto no es un relato de construcción rigurosa, en cambio ya se destaca por la precisión descriptiva que habría de caracterizar al escritor en su plena madurez artística. Con la aparición de *Al revés*, en 1884, se distanció del naturalismo y consolidó el empuje de la corriente decadentista, cuyo programa postulaba que el arte es superior a la naturaleza y que la existencia humana sólo merece vivirse como una obra de arte, doctrinas que tuvieron amplia repercusión en la época y cuya influencia se mani-

fiesta en *Il piacere*, de Gabriele d'Annunzio, y en *The Picture of Dorian Gray*, de Oscar Wilde. El impacto que produjo esta novela, con su audaz desafío a las convenciones poéticas y morales vigentes, ha determinado que la crítica la juzgue la obra más representativa en toda la producción de Huysmans; sin embargo, para su autor quizás haya sido mucho menos una meta de realización artística que el comienzo de una búsqueda espiritual cuyo término sólo alcanzaría con su conversión religiosa. Este proceso no culminó hasta julio de 1892, cuando Huysmans decidió recluirse brevemente en la trapa de Notre Dame d'Igny; tres años más tarde, en la novela *En route*, transpuso esta experiencia personal en obra de ficción, según procedimiento que cultivó en forma reiterada. Al abandonar sus funciones en la administración pública, vivió en calidad de oblato en la abadía benedictina de Ligugé, en Poitou. Cuando los monjes marcharon al exilio a causa de una legislación que restringía la actividad de las congregaciones religiosas, Huysmans regresó a París donde pasó los últimos años deambulando de alojamiento en alojamiento, hasta que su muerte sobrevino el 12 de mayo de 1907, después de una dolencia extremadamente penosa.

En la carrera literaria de Huysmans, el año 1876 fue decisivo. Comenzó con el fallido intento de escribir *La faim*, ambiciosa evocación del sitio de París en 1870 de la que sólo sobreviven borradores fragmentarios conservados contra la voluntad del autor, quien poco antes de su muerte ordenó que se destruyeran. Pero este proyecto inacabado tuvo su compensación en las dos primeras narraciones que completó: la versión primitiva de "Sac au dos", que habría de aparecer al año siguiente en la revista belga *L'Artiste*, y la novela *Marthe, histoire d'une fille*, que debió publicarse fuera de Fran-

cia porque, si bien excluía todo detalle escabroso, relataba la vida de una prostituta. Esta última composición no exhibía cualidades notables, pero impresionó muy favorablemente a Zola, quien resolvió incorporar al novel escritor en el círculo de sus adeptos, al que asimismo pertenecían Henri Céard, Paul Alexis, Guy de Maupassant y Léon Hennique. De tal forma comenzó el ciclo "naturalista" de Huysmans, cuya fidelidad a los métodos de esta escuela narrativa ha sido cuestionada por algunos críticos: era observador minucioso, pero estaba muy lejos de compartir una óptica positivista; se mostraba demasiado romántico para concebir la actividad poética como labor subordinada a la ciencia experimental en boga; el determinismo social y la fundamentación rigurosamente materialista del comportamiento no parecen haberlo entusiasmado; no pretendía que sus relatos condujeran a extraer conclusiones abstractas o a formular principios generalizadores; su precisión descriptiva apuntaba a registrar la personalidad del individuo concreto en su relación con el mundo que lo circundaba, no a indagar las fuerzas que operaban en la comunidad. Pese a ello, intentó amoldarse a las pautas naturalistas y en 1877 empezó a escribir *Les soeurs Vatarde*, una novela sobre la vida de dos muchachas que trabajan en una casa de encuadernación, tarea que por motivos de familia el escritor conocía a fondo. El libro obtuvo cierto éxito, pero Zola objetó a su discípulo un excesivo individualismo en la presentación de personajes, que se apartaba de sus criterios artísticos pues daba mayor relieve a los elementos humanos aislados que a los objetivos específicamente sociológicos. Esta tendencia se acentuó en la obra siguiente, titulada *En ménage*, que apareció en 1881; los caracteres se destacaban mucho más que el ámbito en que se los ubicaba y, por

añadidura, los propósitos de análisis científico y de crítica social comenzaban a diluirse por influjo del pesimismo de Schopenhauer, cuya creciente difusión en Francia gravitó en las ideas de Huysmans y acrecentó su disgusto con respecto a las condiciones imperantes en la vida de su tiempo. El pesimismo y el rechazo de la sociedad moderna fueron aumentando hasta alcanzar plena intensidad en el tedio mundano que sufre el caballero des Esseintes y que lo induce a concebir el insólito sistema referido en *Al revés*. En 1882 se conoció *A vau-l'eau*, cuyo protagonista es casi una caricatura del mismo Huysmans: consiste en la historia del señor Folantin, funcionario subalterno del Ministerio del Interior que, al igual que el escritor, recibía una ínfima remuneración, demasiado pequeña para alimentarse en forma satisfactoria, para contar con un servidor bien dispuesto o para organizar su vida de soltero impenitente aquejado de una enfermedad venérea. De tal manera, Folantin llegó a convertirse en un arquetipo predilecto de la literatura francesa: es el hombrecito minúsculo cuya mayor pobreza radica en la esterilidad del ámbito en que transcurren sus días. En 1887, tres años después de aparecer *Al revés*, todavía se publicaron dos novelas naturalistas: *Un dilemme*, que tiene por objeto "mostrar la intolerable torpeza de la burguesía", y *En rade*, que está ambientada en una población rural.

A su modo, Huysmans defendió ardientemente al jefe de la escuela naturalista cuando lo atacaron por la corrosiva óptica de *L'assommoir*; sin embargo, después de la aparición de *Al revés* ambos hombres se vieron artísticamente distanciados por esta obra, a la que Zola consideró un tremendo ataque contra sus métodos narrativos. Al maestro, el nuevo libro le pareció un callejón sin salida; al discí-

pulo, le ofreció la posibilidad de seguir un camino que se prolongaría por el resto de su vida; al respecto, Huysmans declaró en 1903: "Todas las novelas que escribí a partir de *Al revés* están contenidas en germen en esta narración". Abrumado por las manifestaciones más deplorables y mediocres de la sociedad de su tiempo, el escritor sintió la necesidad no sólo de romper con el ámbito misérrimo que había estado explorando sino inclusive de suplantarlo por una visión artificiosa que buscaba en la nocturnidad una vía para escapar del tedio engendrado por la existencia diurna. Para soportar la realidad, se hacía indispensable sumergirse en fantasías mórbidas y exquisitas. Una consecuencia casi inevitable consistió en adentrarse en el ocultismo y el satanismo, que atraieron al novelista con poderosa fascinación. Un problema que no ha tenido satisfactoria respuesta es el que se refiere al tipo de conocimiento en que se sustentaba este interés por misas negras y conjuros demoníacos: no resulta claro si la descripción de tales prácticas era producto de una información exclusivamente literaria o de un acceso personal a los procedimientos. Sea como fuere, en el París finisecular la nigromancia contaba con abundantes adeptos, por lo que no debe sorprendernos el relieve que dichos elementos, cuidadosamente documentados, adquieren en *Là-bas*, novela de 1891 en la que se introduce por primera vez al escritor Durtal, quien desde ese momento se convirtió en protagonista obligado de las ficciones que Huysmans dio a conocer hasta su muerte. En un período de hondas divergencias religiosas, esta obra desencadenó considerable revuelo: "los incrédulos —dice el abate Mugnier— denunciaron a Huysmans por su clericalismo, en tanto que los católicos lo acusaron de escándalo. Al declarar y afirmar su creencia en los

espíritus, el autor ciertamente rompió de un solo golpe todos sus vínculos con los librepensadores". El mismo comentarista agrega que esta actitud, tan imprevista para el público contemporáneo, nada tenía de insólita pues se integraba en una cadena de experiencias religiosas en la cual "*Al revés* era el primer eslabón y *Là-bas* constituyó el segundo". El tercero fue la aparición en 1895 de *En route*, relato que presta testimonio de la conversión. Se trata de un penetrante análisis de los conflictos que entraña el ingreso en la fe de un artista en el que aún subsisten los residuos de su anterior existencia mundana: Durtal percibe que ya en sus obras precedentes se manifestaba una vocación cristiana inspirada por el entusiasmo que le producían las catedrales medievales y la pintura sacra, pero al mismo tiempo se debate en un desasosiego que no logra superar hasta que se instala en un convento benedictino, en el que finalmente descubre la perfección de la vida monástica, sustentada en la disciplina y la sencillez. El cuadro se halla trazado con la habitual exactitud que caracterizó a Huysmans, quien se regodea en la evocación de ritos y cantos y en la descripción arquitectónica. La historia de Durtal se continúa en *La cathédrale* (1898) y *L'oblat* (1903), y culmina cuando este personaje consigue aplacar sus inquietudes en el seno de la tradición piadosa multisecular.

El período final en la producción de Huysmans se completa con otros escritos sobre asuntos religiosos, pero hasta el término de su existencia persistió en la minuciosidad documental y en la precisión descriptiva que había adquirido a través del contacto con la literatura naturalista. Ello infundió en sus textos una cualidad singularmente esteticista y le permitió desarrollar una excepcional aptitud para el análisis de obras de arte. En las sucesivas

etapas del itinerario recorrido se prolonga, en consecuencia, una misma técnica expositiva que confiere sostenida continuidad a las modificaciones de la perspectiva intelectual. Además, a lo largo de esta trayectoria Huysmans complementó su ejercicio de la ficción con la crítica pictórica, para la cual se hallaba especialmente dotado, y reunió sus observaciones plásticas en volúmenes de gran agudeza, como *L'art moderne* (1883) y *Trois primitifs* (1905). En esta cualidad para registrar impresiones y para comunicarlas verbalmente Paul Valéry creía descubrir una de las mayores virtudes de Huysmans, cuyos libros consideraba imbuidos de una aspiración poética que se origina en la acumulación de elementos visuales, en la aptitud que cada cosa posee para sugerir otras, en la capacidad evocativa que revela el manejo de la sinestesia.

2. *La coherencia del periplo*

En el camino que recorrió Huysmans hay dos transiciones que revisten particular interés: una consiste en el paso del naturalismo al esteticismo; la otra, en la conversión cristiana que se operó a partir del satanismo. La importancia que cabe atribuir a tales episodios radica en que este escritor y su época mutuamente se esclarecen a través de la articulación que se manifiesta en ambos procesos. Entre las múltiples y antagónicas fuerzas literarias que engendró en Francia el movimiento romántico, es posible señalar dos corrientes narrativas cuyo distanciamiento fue provocado por respuestas divergentes a una misma situación. Ante las condiciones impuestas por una sociedad predominantemente burguesa, por un lado irrumpe una novela de análisis y crítica sociales, por el otro se desarrolla un

tipo de ficción que busca en lo exótico, en lo extraño, en lo oculto o en el regodeo esteticista una vía de escape y una compensación con respecto a la realidad imperante. En la primera de estas corrientes ha sido casi habitual inscribir los nombres de Stendhal, de Balzac, del Flaubert que escribió *Madame Bovary* y *L'éducation sentimentale*, de Zola. La segunda tiene antecedentes en Petrus Borel y se va elaborando en la obra de Gautier, de Nerval, de aquellos que exaltaron a Hoffmann y a Poe como motivos de admiración e imitación. La adjudicación de adherentes no es, empero, totalmente inequívoca; baste recordar que Balzac se volvió por momentos a explorar la influencia de Swedenborg y que la posición de Flaubert dista mucho de ser lineal si tomamos en cuenta textos como *Salammbô* y *La tentation de Saint Antoine*. Pero *grosso modo* la división es acertada o, por lo menos, bastante útil: hay una novela realista y una ficción esteticista. Sin embargo, la crítica ha comprobado que una dificultad surge cuando se pretende deslindar los rasgos de ese realismo novelesco, en el que confluye un par de ingredientes heterogéneos: una técnica de representación de la vida contemporánea y un propósito de crítica social. En los comienzos, con Stendhal y Balzac, la combinación de elementos se logra de una manera casi espontánea; pero a medida que avanza el siglo XIX, la técnica expositiva y el propósito de enjuiciamiento tienden a desvincularse entre sí, en especial porque los procedimientos descriptivos van adquiriendo un empuje autónomo y progresivamente se convierten en un fin en sí mismo, ligados tal vez a los criterios de objetividad que propiciaban los poetas parnasianos. Esto es muy evidente en Flaubert, pero ni siquiera Zola se halla totalmente a salvo de la atracción que ejerció el fenómeno. La preocupación documental y el deseo

de precisión científica que se adueñan de los naturalistas los inducen a perfeccionar un enfoque minucioso que reivindica sus propios derechos, al margen de las metas sociológicas o de crítica social que postulaban los integrantes de la escuela. Por razones temperamentales, esta proclividad descriptiva se agudiza en Huysmans, quien hace de la recreación visual y de la exactitud detallista un objetivo casi excluyente, al punto de que la reproducción fiel de la realidad adquiere un matiz cada vez más esteticista: Zola no se equivocaba cuando le reconvino su pasión absorbente por lo individual en desmedro de lo típico. Desvinculada de la ideología social que debía informarla, la técnica de verosimilitud expositiva podía convertirse fácilmente en una manifestación del "arte por el arte", más cercana a quienes rechazaban la novela inspirada en la sociología y la ciencia experimental y se volcaban hacia lo extraño o lo esteticista. Por consiguiente, a partir de los métodos de evocación precisa y circunstanciada que empleaba el naturalismo, Huysmans pasó sin tropiezos al decadentismo de *Al revés* y, más tarde, al ciclo de elaboradas observaciones arquitectónicas y rituales que prevalecen en sus novelas católicas. Cabe inclusive afirmar que en su obra tienden a fundirse las dos corrientes narrativas, las que de tal modo ponen al descubierto una secreta afinidad: la medida en que la exactitud de la representación artística de la realidad puede confundirse con una suerte de *trompe-l'oeil*, cargada de sugerencias insólitas y sorprendentes. En la semblanza del caballero des Esseintes, lo que cambia no es la óptica novelesca sino la elección del objeto contemplado. Estamos ante la aplicación del mismo método, apenas modificado por los requerimientos de un nuevo espectáculo: en vez de la vida cotidiana con sus afanes, sus flaquezas y sus miserias,

el refinamiento que ofrece la evasión a un mundo de placeres exquisitos y de tonalidades nocturnas. La separación entre lo habitual y lo desacostumbrado, en estrictos términos de concepción literaria, resulta en consecuencia apenas una tenue disparidad de matiz, nada más.

Aunque se trate de una transición diferente, tampoco hay discontinuidad en el paso del satanismo al cristianismo. Según algunos comentaristas, esta trayectoria resultaba poco menos que inevitable en la sociedad del siglo XIX. Al respecto, es muy sugestivo el ensayo que T. S. Eliot escribió en 1930 acerca de Baudelaire, en el que se afirma que el predominio de la vida secular margina las preocupaciones sobrenaturales, por lo cual las prácticas religiosas suelen convertirse en parte de la actividad mundana, desprovistas casi por entero de significado más allá de las funciones que cumplen como acatamiento a las normas de respetabilidad convalidadas por la moral establecida, por una convención exenta de trascendencia. En tales circunstancias, la presencia del mal se convierte en la mera ruptura de ciertos compromisos sociales. De tal manera, los fundamentos de la fe se diluyen y olvidan y los preceptos de la vida cristiana se vacían de contenidos. El problema consiste en reencontrar el camino. Desde el punto de vista teológico, ello sólo puede lograrse por medio de un reconocimiento pleno de la situación humana, de la relación entre criatura y Creador. En este sentido, el conformismo es una manifestación de indiferencia, un desconocimiento del orden divino, por muy aceptable que resulte para el consenso social. En cambio, la toma de conciencia de la propia culpa puede convertirse en un principio de sabiduría. Charles Péguy declara, al respecto, que con la única excepción del santo nadie posee un conocimiento tan profundo de

la caridad divina como el pecador que reconoce su condición de tal. La idea, por lo demás, no es nueva y tiene hondas raíces en la tradición literaria cristiana: ya Dante, en el canto III del *Inferno*, señaló que los *ignavi*, "aquellos que torpemente vivieron sin vituperio o alabanza", ni siquiera tendrán acceso al antro de condenación, como justo castigo de su insensibilidad. En esta misma línea, al publicarse *Al revés*, Barbey d'Aurevilly compuso una reseña periodística en la que señalaba con extraordinaria perspicacia el problema religioso subyacente en la proclividad satánica de Huysmans:

Baudelaire, el satánico Baudelaire que murió como cristiano, debe estar entre aquellos a quienes Huysmans más admira. Es posible advertir el flujo de su presencia por debajo de algunos de los pasajes más admirables que ha escrito este autor. Pues bien, un día desafié a Baudelaire a que escribiese de nuevo *Les fleurs du mal* o a que se adentrara aún más en sus desgastadas blasfemias. Es lícito que ahora desafíe a este escritor en los mismos términos en que lo hice con aquel otro. "Después de *Les fleurs du mal* —le dije a Baudelaire—, no le quedan más que dos opciones lógicas: o escoge el disparo de una pistola o se arrodilla al pie de la cruz". Baudelaire hizo esto último, pero ¿el autor de *Al revés* estará dispuesto a imitarlo?

Pese al interrogante final, este pasaje permite suponer que Barbey d'Aurevilly, de algún modo, presintió lúcidamente el camino que habría de seguir Huysmans. Por cierto, la conjunción de satanismo y fe cristiana es una riesgosa aventura que

llega hasta las fronteras mismas de la perdición y configura una empresa muy azarosa y nada aconsejable. Mario Praz, en *La muerte, la carne y el diablo en la literatura romántica*, inclusive pone en duda la validez religiosa del procedimiento, al que juzga "extremadamente equívoco". Pero no cabe duda de que, en las circunstancias que afrontaba la secularizada sociedad francesa del siglo XIX, constituyó un impulso renovador de la espiritualidad y revitalizó ciertas orientaciones cristianas que se prolongarían en la obra de Bloy, de Bernanos y de Mauriac, intensamente preocupados en poner de relieve la desgarradora contienda entre el bien y el mal que se libra en la conciencia de cada ser humano.

Sea como fuere, desde un enfoque estrictamente literario las dos transiciones de Huysmans —del naturalismo al esteticismo y del satanismo al cristianismo— permiten, una vez elucidadas, establecer la indudable cohesión en que se sustenta la trayectoria del escritor. Guy Michaud, en *Message poétique du symbolisme*, lo ha destacado en forma rotunda y concisa:

La de Huysmans fue la evolución más característica de ese fin de siglo. En su momento hemos visto que en la época de *Al revés* el sensualismo naturalista se transformó en la sensualidad refinada y mórbida de un misticismo decadente y perverso. Es el período en que Huysmans adquiere conciencia de las tristezas de la carne, en que siente la necesidad de otra cosa, en que más allá del estrecho mundo de los naturalistas, presenta una realidad sobrenatural. Entonces se vuelve hacia todo aquello que está oculto. El espiritismo, la astrología y los fenómenos

magnéticos lo apasionan. Adquiere el hábito de ver seres inmateriales; en *Là-bas* declara: "Si el espacio se halla poblado de microbios, ¿por qué no habría de estarlo de espíritus y de presencias demoníacas?". Pero estos espíritus son malignos pues se trata de seres demasiado materiales para que puedan alejarse de nosotros. Han permanecido a las órdenes de Satanás. Por consiguiente, añade, "del misticismo exaltado al satanismo exasperado no hay más que un paso". Este paso Huysmans llegó a darlo: después de estudiar todas las fuerzas del mal, todos los desórdenes y todos los vicios, "se acercó hasta el Príncipe de las Tinieblas que se encuentra en su origen". Pero ello no constituyó el último movimiento. Estremecido y asqueado por el disgusto que le provocaron las costumbres de su tiempo, se puso "en camino" [*En route*] hacia la Edad Media. Porque la Edad Media es el amor al arte, es el misticismo; y el abate Gevresin le dice a Durtal: "No cabe duda de que el arte fue el principal vehículo de que se sirvió el Salvador para que recibierais la Fe". Perversidad, satanismo, misticismo estético: etapas de una conversión que precedieron a la última y decisiva; Huysmans hizo un retiro en la trapa y, en un arranque místico, se convirtió.

3. *Significado y trascendencia de un libro*

En la Francia del siglo XIX se prolongó casi ininterrumpido el enfrentamiento del artista con la burguesía. En muchos casos el motivo del desacuer-

do fue social y político, pero cada vez con mayor intensidad la causa de insatisfacción tuvo un origen moral y estético: el poeta trató de reivindicar su autonomía con respecto a una sociedad a la que percibía dominada por el conformismo y la hipocresía. En un principio, el vehículo utilizado para expresar esta denuncia fue el escándalo que practicaron los jóvenes *bousingos* de 1830: Petrus Borel desafiaba a sus contemporáneos con los relatos inquietantes de *Champavert* y de *Madame Putiphar*; Théophile Gautier irrumpía en el estreno de *Hernani*, de Víctor Hugo, con su colorido chaleco. Con el tiempo, las formas que asumieron las manifestaciones de hostilidad gradualmente se diversificaron. En sus textos, Flaubert y Baudelaire pusieron a prueba las ambigüedades del comportamiento. En cambio, Rimbaud, Mallarmé y Verlaine, cada cual a su modo, trataron de quebrar los hábitos literarios aceptados con un lenguaje que se proponía "depurar las palabras de la tribu". Pero nadie hizo tan evidente el conflicto como Huysmans, cuando en 1884 publicó *Al revés*, libro que proclamaba el tedio de su protagonista ante la conducta juzgada "natural" y exponía la sistemática evasión lograda con ayuda de un programa de artificios esteticistas que se nutría en una vasta cultura, por medio de la cual el intelecto llegaba a convertirse en un refinado instrumento de los sentidos. El modelo de este personaje parece haberlo proporcionado el conde Robert de Montesquiou, aristócrata que descendía de una antigua familia y hombre de gustos exquisitos y extravagantes que eran la comidilla de París, cuyas anécdotas verdaderas o apócrifas sirvieron para trazar la figura del caballero des Esseintes, en la novela de Huysmans, y del barón de Charlus, en la obra de Proust. Sin embargo, éste acaso no haya sido el único "documento humano"

que sirvió a Huysmans para elaborar su criatura: el dandismo estaba muy difundido en los círculos artísticos y elegantes de la época y el rey Luis II de Baviera, personalidad extraña y alucinada, a quien Verlaine consideró "el único monarca auténtico de la centuria", pudo asimismo contribuir a trazar la imagen de individuo tan singular. También hubo influjos estrictamente literarios: en el prólogo a su traducción inglesa de *Al revés*, Robert Baldick menciona, por lo menos, a Baudelaire, a Edmond de Goncourt y a Émile Zola. Del primero, Huysmans tomó la exaltación del artificio y el rechazo de la naturaleza, así como algunos ingredientes específicos: el entrecruzamiento de impresiones sensoriales parece sugerido por el soneto "Correspondances" y la pesadilla final del capítulo VII acaso proceda de "Les métamorphoses du vampire". Del segundo derivan muchas de las opiniones estéticas y literarias que suscribe des-~~Esseintes~~, quien declara su admiración por la novela de Goncourt titulada *La Faustin*. Del tercero proviene la exactitud descriptiva, a la vez que ciertos elementos del ámbito en que se ubica al personaje de Huysmans quizá puedan ser remontados a *La faute de l'abbé Mouret*. A los nombres mencionados cabe agregar el de Edgar Poe, cuya sensibilidad mórbida gravitó considerablemente en la configuración del mundo nocturno en que transcurren los días del protagonista de *Al revés*. Asimismo, conviene no omitir, en la nómina de antecedentes, una referencia a Flaubert.

En la composición de *Al revés*, el propósito de Huysmans era intentar un experimento enteramente novedoso en la historia de la narrativa, encaminado a suprimir la intriga tradicional de las obras de ficción. Por consiguiente, no hay una anécdota en desarrollo sino un análisis en profundidad. Está

ausente la trama con exposición, nudo y desenlace y han sido eliminados los habituales objetivos del personaje novelesco que por lo general aspira a realizarse en el matrimonio conveniente, la fortuna personal y el prestigio social. En reemplazo de estos elementos, hallamos el minucioso examen de una conciencia, hecho que parece ubicar este libro a mitad de camino entre la *psychomachia*, ese tipo de alegoría medieval practicado por Aurelio Prudencio en el que se dramatizan los conflictos anímicos, y el "monólogo interior", procedimiento que pondrían en boga James Joyce y Virginia Woolf en la década de 1920. Se trata, por lo tanto, de una novela sin gesta, centrada casi exclusivamente en aspectos descriptivos y subjetivos. Cansado de la mundana vida parisiense, el caballero des Esseintes decide recluirse en una casa en la que permanece la mayor parte de su tiempo. El relato se limita a una pormenorizada exposición de la existencia que el protagonista ha organizado en su lugar de retiro. Prácticamente, cada capítulo circunscribe un área en el conjunto de preferencias que abarcan el presente y el pasado del personaje; la literatura que frecuenta; las flores, las piedras preciosas, los perfumes y los licores que lo seducen; la selección de colores para decorar su domicilio; sus predilecciones musicales y pictóricas. Poco a poco, vamos descubriendo un universo cerrado y extraño que se ha convertido en un refugio para ponerse a salvo del naufragio de la sociedad moderna, a cuya vulgaridad se contraponen un esteticismo desdeñoso y aristocratizante. Por esta vía, la obra de imaginación se transforma en otra cosa, se convierte en la evocación mágica de un ámbito fabuloso poblado de experiencias tan seductoras como inquietantes. Por medio de una técnica que Valéry comparó a la utilizada en el poema en prosa de ese período, ante el

lector desfila una fantasmal sucesión de imágenes en que se mezclan lo profano y lo sagrado, lo resplandeciente y lo tenebroso, los instantes de luz casi enfermiza y los momentos de alucinación. Surge así un complejo entrecruzamiento de experiencias reveladoras que se van enriqueciendo a través de conjunciones y oposiciones. En particular, merecen destacarse las apreciaciones sobre la poesía y la pintura de la época, en las que hallamos páginas ejemplares acerca de Mallarmé, de Gustave Moreau y de Odilon Redon, cuya originalidad todavía no había sido plenamente reconocida. También es muy interesante el comentario acerca del *Satiricón*, de Petronio; esta narración latina de la Decadencia proporcionaba, según Huysmans, un modelo incomparable de lo que hubiera debido ser la meta del naturalismo, inadvertida en la Francia del siglo XIX: una *tranche de vie* "cortada de la existencia romana en toda su crudeza, sin propósito alguno, díjase lo que se dijese, de reformar o caricaturizar la sociedad, y sin necesidad alguna de fingir una conclusión o de señalar una moraleja". En esta observación hallamos, de contragolpe, el motivo por el cual el autor de *Al revés* abandonó su inicial adhesión a la escuela de Zola, que sacrificaba el arte en beneficio de la prédica y descuidaba la coherencia estética para introducirse en reflexiones sociológicas que podían considerarse extemporáneas.

El impacto que produjo *Al revés* fue verdaderamente explosivo. El libro de Huysmans suscitó, por igual, la veneración y el repudio, desencadenó polémicas, produjo sorpresa, admiración y desconcierto. Ante todo, trazó una profunda huella en la cultura europea y se convirtió en una obra inspiradora. Constituyó un verdadero hito en el desenvolvimiento de la literatura moderna, y muchos de sus

hallazgos acaso hoy día se desdibujen precisamente porque estamos más familiarizados con la producción de quienes los imitaron o recibieron su influjo. Fue la obra que llevó a Oscar Wilde a escribir *The Picture of Dorian Gray*, cuyo capítulo XI ofrece un reconocimiento casi explícito de la atracción ejercida, así como la *Salomé* del mismo autor quizás haya sido inspirada por los comentarios de Huysmans acerca de Gustave Moreau. George Moore, que lo juzgó "un libro prodigioso y un hermoso mosaico", derivó de *Al revés* la óptica de *A Mere Accident* y de *Mike Fletcher*. Rémy de Gourmont, quien declaró que "nunca hemos de olvidar la deuda ilimitada que tenemos con este memorable brevariario", recogió en *Sixtine* las apreciaciones literarias que había enunciado des Esseintes. Eça de Queiroz, en *A cidade e as serras*, atribuyó al protagonista de su novela casi todos los rasgos del personaje de Huysmans. Paul Valéry convirtió esta narración en su Biblia y libro de cabecera, que le había proporcionado la más lúcida evaluación de Baudelaire, Verlaine y Mallarmé. El crítico inglés Arthur Symons consideró que se trataba de la clave más útil para comprender la estética finisecular, en tanto que Barbey d'Aurevilly y Léon Bloy estimaron que estaban en presencia del testimonio más representativo sobre la angustia de la época. Por su parte, Joyce leyó *Al revés* a los diecisiete años, cuando iniciaba sus estudios universitarios, y halló en Huysmans el estímulo que le permitió descubrir en la novela una visión poética que sirvió de fundamento a *The Portrait of the Artist as a Young Man*. Finalmente, cabe atribuir a las pesadillas que sufre des Esseintes un valor equiparable al que poseen las pinturas de Odilon Redon, como antecedente directo de las concepciones oníricas que más tarde habría de elaborar el movimiento surrealista.

4. Indicaciones bibliográficas

La obra de Huysmans ha suscitado multitud de enfoques, circunstancia que nos obliga a limitar la enumeración a los principales trabajos y a aquellos que han sido citados en las páginas precedentes. El más notable de los estudiosos recientes es Robert Baldick que ha escrito un libro fundamental, *The Life of J.-K. Huysmans* (Oxford, 1955); asimismo merece destacarse la información proporcionada en el prólogo a su traducción inglesa de *Al revés*, que Penguin Books difundió con el título de *Against Nature* (Londres, 1959). Otras apreciaciones que cabe destacar son las siguientes: J. Laver, *The First Decadent* (Londres, 1954); M. Buchelin, *Huysmans* (París, 1926); P. Cogny, *Huysmans à la recherche de l'unité* (París, 1953); R. Dumesnil, *La publication d' "En route" de Huysmans* (París, 1931); M. Cressot, *La phrase et le vocabulaire de J.-K. Huysmans* (París, 1938). Como sintética visión de conjunto, es digno de consideración el trabajo de Henry R. T. Brandreth, *Huysmans* (Londres, 1963).

"M. Huysmans, écrivain pieux" es un artículo incluido en Rémy de Gourmont, *Promenades littéraires* (París, 1904). El comentario sobre *Al revés* de Jules Barbey d'Aurevilly fue recogido en *Le roman contemporain* (tercera edición, París, 1902). La segunda serie de *Variété*, de Paul Valéry (París, 1937), reproduce los ensayos "Durtal" y "Souvenir de J.-K. Huysmans". Algunas observaciones sobre *Al revés* pueden consultarse en Mario Praz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (traducción española: Caracas, Monte Ávila, 1969), especialmente págs. 322-326. Guy Michaud se refiere a Huysmans en su *Message poétique du symbolisme* (París, 1947), págs. 250-256 y 466-470. Sobre el pe-

río, Albert-Marie Schmidt proporciona una informativa exposición en *La literatura simbolista* (traducción española: Buenos Aires, Eudeba, 1962), que examina *Al revés* en las págs. 20-23. Acerca de la novela francesa de la época, es útil la introducción a la *Anthologie des préfaces de romans français du XIXe siècle*, compilada por Herbert S. Gershman y Kernan B. Whitworth (París, 1964), págs. 13-52; este libro proporciona, además, una amplia bibliografía.

Las *Oeuvres complètes* de Huysmans fueron publicadas en París al cuidado de Lucien Descaves, entre 1928 y 1940.

JAIIME REST

PREFACIO DE 1903

Pienso que toda la gente de letras es como yo, que nunca relee sus obras una vez que han sido publicadas. Nada hay, en efecto, más desencantador, más penoso, que observar después de años las frases que uno escribió antaño. Se encuentran, de algún modo, decantadas y como poso en el fondo del libro; y, casi siempre, los libros no son como los vinos, que mejoran al envejecer; desnudados por los años, los capítulos, expuestos al aire, se echan a perder y su perfume propio se apaga.

Es la impresión que he tenido en el caso de ciertos botellones colocados en la estantería de *Al revés*, cuando he tenido que destaparlos.

Y, con bastante melancolía, trato de recordar, hojeando estas páginas, cuál podía ser más o menos exactamente mi estado de alma en el momento en que las escribí.

Se estaba por entonces en pleno naturalismo; mas esta escuela, que debía prestar el inolvidable servicio de colocar personajes reales en medios fidedignos, estaba condenada a repetirse, dando vueltas a su noria.

En realidad no admitía, al menos en teoría, la excepción; se limitaba, pues, a la pintura de la existencia corriente; se esforzaba, so pretexto de representar la vida, en crear seres que fuesen al máximo parecidos al término medio de la gente. Tal ideal se había alcanzado, en su género, con una obra

maestra que mucho más que *L'Assommoir*¹ constituyó la pauta del naturalismo: *L'Éducation sentimentale*, de Gustave Flaubert; esa novela fue, para todos nosotros, integrantes de "las Veladas de Médan",² una verdadera Biblia; pero, no daba cabida a muchas mezclas. Era un hecho definitivo que ni siquiera el mismo Flaubert hubiera podido reiniciar; y todos nos vimos, por ende, reducidos en esos días a hacer rodeos por aquí y por allá, a merodear por sendas más o menos exploradas.

Como la virtud es, hay que reconocerlo, la excepción aquí abajo, ella quedaba por consiguiente eliminada del ámbito naturalista. Despojados del concepto católico de caída y de tentación, ignorábamos los esfuerzos y los padecimientos que están en su origen; no alcanzábamos a ver el heroísmo del alma, victoriosa sobre las celadas que se le tienden. No se nos habría ocurrido la idea de describir esta lucha, con todos sus altibajos, sus ataques astutos y sus artificios, así como con sus hábiles có-laboradores, quienes a menudo preparan desde muy lejos a la persona que el Maldito ataca, en el fondo de un claustro; la virtud nos parecía un don propio de criaturas sin curiosidad o carentes de sentido, en cualquier caso poco atrayentes para considerar desde el punto de vista del arte.

Quedaban los vicios; pero el campo de cultivo era, en este caso, restringido. Se limitaba a los dominios de los siete pecados capitales; y, de estos

¹ Novela de Émile Zola (1840-1902), aparecida en 1877. (N. del T.)

² En Médan, cerca de París, Zola era propietario de una casa de campo donde se reunía con un grupo de escritores jóvenes: Paul Alexis, Henri Céard, Huysmans, Léon Hennique y Guy de Maupassant. Era el núcleo original del naturalismo literario, cuyos integrantes aparecen reunidos en el volumen *Les soirées de Médan* (1880), serie de cuentos sobre motivos de la guerra francoprusiana. (N. del T.)

siete, uno solo, el pecado contra el sexto, Mandamiento de Dios, era más o menos accesible.

Los restantes habían sido terriblemente saqueados y en ellos ya casi no quedaban racimos que separar. Por ejemplo, la Avaricia ya había sido exprimida hasta su última gota por Balzac y Hello. El Orgullo, la Cólera y la Envidia habían pasado por todas las publicaciones románticas; y estos temas de dramas habían sido deformados tan violentamente por los abusos de las escenas que realmente hubiera sido necesario poseer genio para rejuvenecerlos en un libro. En cuanto a la Gula y la Pereza, ambas parecían poder encarnarse más bien en personajes episódicos y resultaban más adecuadas para comparsas que para los jefes de fila o las primeras damas de las novelas de costumbres.

La verdad es que el Orgullo hubiera sido, entre los pecados, el más espléndido objeto de estudio, en sus ramificaciones infernales de crueldad con el prójimo y falsa humildad, así como la Gula —llevando a remolque la Lujuria y la Pereza— y el Robo hubiesen constituido materia para sorprendentes excavaciones en caso de haberse investigado estos pecados con la lámpara y el soplete de la Iglesia y contando con la Fe; pero ninguno de nosotros estaba preparado para semejante faena; y por consiguiente nos veíamos arrinconados, obligados a seguir masticando, de todas las faltas, la que es más fácil poner al desnudo, el pecado de Lujuria, en todas sus formas; y Dios sabe cuánto lo seguimos masticando; mas esta especie de calesita no daba para mucho. Inventárase lo que se inventase, la novela se podía resumir en estas pocas líneas: saber por qué el señor Fulano de Tal cometía o no cometía adulterio con la señora de Zutano; si uno quería ser distinguido y destacarse como un autor de mejor tono, se situaba la obra carnal entre una

marquesa y un conde; si, en cambio, lo que se quería era ser escritor populachero, prosista sin remilgos, se atribuía la cosa a un enamorado de arrabal y a una cualquiera; lo único que variaba era el marco. Tengo la impresión de que el elemento distinguido goza hoy de las preferencias del público lector, pues veo que en este momento ya no le complacen los amores plebeyos o burgueses, pero en cambio sigue saboreando los titubeos de la marquesa, quien va a encontrarse con su tentador en un pisito cuyo aspecto cambia conforme a la moda en materia de tapicería. ¿Caerá? ¿No caerá? A esto lo llaman estudio psicológico. Por mi parte, lo acepto.

Confieso, empero, que cuando se da el caso de que yo abro un libro en el que noto esa eterna seducción y ese no menos eterno adulterio, me apresuro a cerrarlo pues no tengo ningún deseo de saber cómo terminará el idilio anunciado. Un volumen en que no se encuentran documentos verificados, el libro que nada me enseña, no me interesa.

En el momento en que apareció *Al revés*, es decir en 1884, la situación era, por lo tanto, la siguiente: el naturalismo perdía el aliento dando vueltas a la noria de su molino. La suma de observaciones que cada cual había acopiado, sacándolas de sí mismo y de los demás, comenzaba a agotarse. Zola, quien era un buen decorador de teatro, salía del paso con unas cuantas pinceladas más o menos precisas; sugería muy eficazmente la ilusión del movimiento y la vida; sus héroes estaban exentos de alma, regidos muy sencillamente por impulsos e instintos, lo cual simplificaba la faena de análisis. Sólo se movían, ejecutaban unos cuantos actos sumarios, poblaban con siluetas bastante visibles unos decorados que se tornaban personajes principales de sus dramas. Celebraba así los mercados de abasto, las tiendas de novedades, los ferrocarriles, las minas,

y las criaturas humanas extraviadas en estos medios sólo desempeñaban el papel de accesorios y figurantes; pero, Zola era Zola, esto es, un artista un poco tosco si bien dotado de fuertes pulmones y grandes puños.

Los demás, menos vigorosos y preocupados por un arte más sutil y más veraz, debíamos preguntarnos si el naturalismo no llevaba a un callejón sin salida y si no íbamos a chocar pronto contra el muro del fondo.

A decir verdad, tales reflexiones sólo surgieron en mí mucho más tarde. Yo intentaba vagamente evadirme de un callejón en que me ahogaba, mas no contaba con ningún plan determinado; y *Al revés*, que me liberó de una literatura sin salida, aireándome, es una obra absolutamente inconsciente, imaginada sin ideas preconcebidas, sin intenciones reservadas para el futuro, sin nada absolutamente.

Se me había ocurrido en un comienzo como una fantasía breve, en forma de una novelita extravagante, en la que veía un poco un equivalente de *A vau-l'eau*,³ trasladado a otro medio; me figuraba un señor Folantín, más ilustrado, más refinado, más rico y que en el artificio hubiera descubierto una distracción frente al asco que le inspiraron las fatigas de la vida y las costumbres norteamericanas de su tiempo; lo perfilaba huyendo con su precipitado batir de alas para ir a refugiarse en los sueños, amparándose en la ilusión de singulares fantasías, viviendo a solas, lejos de su siglo, en el recuerdo evocado de épocas más cordiales, de ambientes menos viles.

Y a medida que lo meditaba, el tema se ampliaba y exigía pacientes indagaciones: cada capítulo

³ Novela breve de Huysmans, publicada en 1882. (N. del T.)

se convertía en el jugo de una especialidad, en el sublimado de un arte diferente; se condensaba en un extracto de pedrerías, perfumes, flores, literatura religiosa y laica, música profana y canto llano.

Lo extraño fue que, sin sospecharlo al principio, me vi llevado por la naturaleza misma de mis labores a estudiar la Iglesia desde diversos puntos de vista. Era, en efecto, imposible remontarse hasta la única era limpia que haya conocido la humanidad, hasta la Edad Media, sin comprobar que Ella lo sostenía todo, que el arte sólo existía en Ella y por Ella. Como yo carecía de fe, la contemplaba, con un poco de incredulidad, sorprendido por su amplitud y por su gloria, preguntándome cómo una religión que me parecía hecha para niños había podido sugerir obras tan maravillosas.

Merodeaba un poco titubeante en torno de Ella, adivinando más que viendo, reconstruyéndome un conjunto con las sobras que hallaba en los museos y los libros de antaño. Y hoy, cuando recorro, tras investigaciones más largas y mejor fundadas, las páginas de *Al revés* que se ocupan del catolicismo y el arte religioso, compruebo que ese minúsculo panorama, trazado sobre hojas de papel, es exacto. Lo que pintaba entonces era sucinto, carecía de desarrollos, mas era verídico. Me he limitado, después, a ampliar mis bosquejos y a darles más precisión.

Muy bien podría firmar hoy las páginas de *Al revés* sobre la Iglesia pues parecen, en efecto, haber sido escritas por un católico.

¡Me creía, empero, lejos de la religión! No sospechaba que de Schopenhauer, a quien admiraba un tanto exageradamente, al *Eclesiastés* o el *Libro de Job* hay sólo un paso. Las premisas sobre el pesimismo son las mismas, sólo que, cuando llega el momento de sacar conclusiones, el filósofo se

escabulle. Me agradaban sus ideas sobre el horror de la vida, sobre la estupidez del mundo, sobre la inclemencia del destino; me agradan, igualmente, en las Sagradas Escrituras; pero las observaciones de Schopenhauer no llegan a nada, lo dejan a uno, por así decir, abandonado a mitad de camino; sus aforismos sólo son, en suma, un herbario de quejas⁴ secas; por su parte, la Iglesia explica los orígenes y las causas, indica los fines, presenta los remedios, no se contenta con el diagnóstico del alma: trata al paciente y lo cura, en tanto que el medicastro alemán, tras demostraros que la dolencia que padecéis es incurable, con una mueca os da vuelta la espalda.

Su Pesimismo es, simplemente, el de las Escrituras, de donde lo ha sacado. No ha ido más allá que Salomón o que Job, y ni siquiera que la *Imitación*, la cual resumió mucho antes que él toda su filosofía en una frase: "¡Es verdaderamente una miseria vivir sobre la tierra!".

A la distancia, estas semejanzas y diferencias se verifican limpiamente; mas en aquella época, en caso de que las hubiera advertido, no me detenían; la necesidad de sacar conclusiones no me tentaba; la ruta trazada por Schopenhauer era transitable y de aspecto variado, y por ella me paseaba tranquilamente sin deseos de conocer la meta; en aquellos días no había en mí ninguna claridad real sobre los plazos para hacer los pagos, ningún temor a los desenlaces; los misterios del catecismo me parecían infantiles; además, como todos los católicos ignoraba mi religión por completo; no me daba cuenta de que todo es misterio, que sólo vivimos en el misterio, que si el azar existiera, sería aún más miste-

⁴ Hay aquí, entre *plantes* (plantas) y *plaiñtes* (quejas), un juego de palabras intraducible. (N. del T.)

rioso que la Providencia. No admitía el dolor infligido por un Dios, me imaginaba que el Pesimismo podía ser el consuelo de las almas superiores. ¡Qué estupidez! Eso era tan poco experimental, tan poco documento humano, para servirme de una expresión cara al naturalismo. Jamás ha consolado el pesimismo a los enfermos del cuerpo y a los dolientes del alma.

Ahora sonrío al relcer, después de tantos años, las páginas donde se sostienen semejantes teorías, tan decididamente falsas.

Pero en esta lectura lo que más me asombra es lo siguiente: que todas las novelas que escribí a partir de *Al revés* están contenidas en germen en este libro. Los capítulos sólo son, en efecto, los comienzos de los volúmenes que los sucedieron.

El capítulo sobre la literatura latina de la Decadencia, si bien no lo he desarrollado, al menos lo he profundizado, ocupándome de la liturgia, en *En route*⁵ y en *L'oblat*.⁶ Lo imprimiría sin modificar nada en la actualidad, salvo en el caso de San Ambrosio, de quien sigue desagradándome la prosa acuosa y la retórica ampulosa. Me sigue resultando como cuando lo calificaba de "tedioso Cicerón cristiano", pero, en cambio, el poeta es encantador; y sus himnos y los de su escuela que figuran en el Breviario están entre los más hermosos que haya conservado la Iglesia; me permito añadir que la literatura un poco especial, cierto es, del himnario hubiera podido encontrar su sitio en el compartimiento reservado de este capítulo.

Lo mismo que en 1884, al presente no me apasionan Marón y el Garbanzo; como en la época de

⁵ Novela de Huysmans, publicada en 1895. (*N. del T.*)

⁶ Novela de Huysmans, publicada en 1903, el mismo año en que redactó este prefacio. (*N. del T.*)

Al revés, prefiero la lengua de la Vulgata a la lengua del siglo de Augusto, incluso a la de la Decadencia, más curiosa, empero, con su aroma de salvajina y sus tintes verdosos de carne de venado. La Iglesia que, tras haberla desinfectado y rejuvenecido, creó, para entrar en un género de ideas inexpresadas hasta entonces, vocablos grandilocuentes y diminutivos de exquisita ternura, me parece, pues, haber modelado un lenguaje muy superior al dialecto del Paganismo, y Durtal⁷ sigue pensando, a este respecto, lo mismo que des Esseintes.

El capítulo sobre las pedrerías lo he reanudado en *La cathédrale*,⁸ ocupándome allí de ellas desde el punto de vista de la simbólica de las gemas. Allí he animado las piedras muertas de *Al revés*. Sin duda, no niego que una bella esmeralda pueda ser admirada por las chispas que salpican el fuego de su agua verde, pero si se ignora el idioma de los símbolos, ¿no es acaso una desconocida, una extraña con quien no se puede departir y que se calla, por su parte, en razón de que no se comprenden sus locuciones? Pese a lo cual es más y mejor que eso.

Sin admitir con un viejo autor del siglo XVI, Estienne de Clave, que las piedras preciosas son engendradas, como personas naturales, por un semen volcado en la matriz de la tierra, cabe decir con toda propiedad que son minerales significativos, sustancias locuaces, que son, en una palabra, símbolos. Se las ha visto de este modo desde la más remota antigüedad y la tropología de las gemas es una de las ramas de esta simbólica cristiana perfectamente olvidada por los sacerdotes y los laicos de nues-

⁷ Personaje que aparece en sucesivas obras de Huysmans, a partir de *Là-bas*. Es de carácter evidentemente autobiográfico, más aún que des Esseintes. (*N. del T.*)

⁸ Novela de Huysmans sobre la catedral de Chartres, aparecida en 1898. (*N. del T.*)

tro tiempo y que he tratado de reconstruir en sus grandes líneas en mi volumen sobre la basílica de Chartres.

De modo que el capítulo de *Al revés* sólo es superficial y no pasa del engarce. No es lo que debería ser: una joyería del más allá. Se compone de alhajas más o menos bien descritas, más o menos bien dispuestas en una vitrina, pero eso es todo y no basta.

Aún sigo viendo así la pintura de Gustave Moreau, los grabados de Luyken, las litografías de Bresdin y Redon. No tengo nada que modificar en la disposición de este pequeño musco.

Por lo que hace al terrible capítulo VI cuyo número corresponde, sin intención preconcebida, al del Mandamiento de Dios que ofende, y por lo que hace a determinadas partes del IX que se le pueden asociar, evidentemente ya no los escribiría de esa manera. Por lo menos hubiese sido necesario explicarlos, de modo más concienzudo, a través de esa perversión diabólica que se introduce, sobre todo en lo que respecta a la lujuria, en los cerebros extenuados de ciertas criaturas. En efecto, parece que las enfermedades de los nervios, que las neurosis, abren en el alma fisuras por las que penetra el Espíritu del Mal. He ahí un enigma que aún no está aclarado; la palabra histeria nada resuelve; puede bastar para definir un estado material, para indicar rumores irresistibles de los sentidos, pero no deduce las consecuencias espirituales que se le vinculan y, más especialmente, los pecados de simulación y las mentiras, que casi siempre se injertan en ella. ¿Cuáles son los elementos colindantes con esta enfermedad pecaminosa, en qué medida se atenúa la responsabilidad del ser aquejado en su alma por una especie de posesión que va a injertarse en el desorden de su desdichado cuerpo? Nadie lo

sabe; sobre este punto, desvaría el médico y la teología calla.

A falta de una solución que evidentemente no podía dar, des Esseintes habría debido enfocar el problema desde el punto de vista de la culpa y manifestar al respecto, por lo menos, un poco de pesar; mas se abstuvo de vituperarse y faltó; pero, aunque lo educaron los jesuitas de quienes hace —más que Durtal— el elogio, ¡se había vuelto más tarde tan rebelde a las órdenes divinas, tan empeinado en chapotear en su limo carnal!

En cualquier caso, estos capítulos parecen jalones clavados inconscientemente para indicar la ruta de *Là-bas*.⁹ Corresponde observar, por otra parte, que la biblioteca de des Esseintes contenía cierto número de librotos de magia, y que las ideas enunciadas en el capítulo VII de *Al revés* sobre el sacrilegio eran el anzuelo para un futuro volumen donde se trataría el tema más a fondo.

Là-bas, que inquietó a tanta gente, es un libro que ya no escribiría tampoco del mismo modo, ahora que he vuelto a ser católico. Es indudable, en efecto, que el aspecto depravado y sensual que en él se desarrolla es reprobable; y sin embargo, lo afirmo, he velado, nada he dicho; los documentos que encierra, en comparación con los que he omitido y poseo en mis archivos, son muy insípidas grageas, muy mezquinas confituras.

Creo empero que, pese a sus demencias cerebrales y sus locuras viscerales, esta obra, en razón de su mismo tema, ha prestado sus servicios. Ha llamado la atención sobre las oscuras maniobras del Maligno, quien había conseguido hacerse negar; ha sido el punto de partida de todos los estudios que se han renovado sobre el eterno proceso del

⁹ La obra apareció en 1891. (*N. del T.*)

satanismo; develándolas, ha contribuido a aniquilar las odiosas prácticas de la magia negra; ha tomado partido y ha combatido muy resueltamente, en suma, por la Iglesia y contra el Demonio.

Para volver a *Al revés*, del cual sólo es un sucedáneo, puedo reiterar a propósito de las flores lo que ya tengo dicho acerca de las gemas.

Al revés las considera únicamente desde el punto de vista de los contornos y los tintes, para nada desde el punto de vista de las significaciones que esconden; des Esseintes sólo escoge orquídeas extrañas, pero taciturnas. Cabe añadir que hubiese sido difícil dar voz en este libro a una flora atacada de alalia, una flor muda, pues el lenguaje simbólico de las plantas murió con la Edad Media; y esas plantas americanas que mima des Esseintes eran desconocidas para los alegoristas de dicha época.

La contrapartida de esta botánica la he escrito después, en *La cathédrale*, a propósito de esa horticultura litúrgica que ha suscitado páginas tan curiosas de Santa Hildegarda, San Melitón y San Eucher.

Otro es el caso de los aromas, cuyos emblemas místicos he revelado en el mismo libro.

Des Esseintes se preocupa sólo de perfumes laicos, simples o extractos, y de perfumes profanos, compuestos o ramilletes.

Hubiera podido experimentar también los aromas de la Iglesia, el incienso, la mirra y ese extraño timiama que cita la Biblia y que aún figura en el ritual pues se lo debe quemar, junto con el incienso, bajo el vaso de las campanas, en ocasión de su bautizo, después que el Obispo las ha lavado con agua bendita y signado con la Santa Unción y el óleo de los dolientes; mas esta fragancia parece olvidada por la Iglesia misma y creo que cualquier cura se sentiría muy asombrado si se le pidiera timiama.

La receta está, empero, consignada en el Éxodo. El timiama se componía de estacte, gálbano, incienso y uña olorosa; y esta última sustancia no sería sino el opérculo de cierto marisco del género de las "púrpuras" que se draga en las marismas de la India.

Ahora bien, resulta difícil, por no decir imposible, debido a la caracterización incompleta de este molusco y de su lugar de origen, preparar un auténtico timiama; y es una pena, pues de no ser así, este perfume perdido sin duda habría excitado en des Esseintes las fastuosas evocaciones de las ceremonias pomposas, de los ritos litúrgicos de Oriente.

En cuanto a los capítulos sobre la literatura laica y religiosa contemporánea, lo mismo que el relativo a la literatura latina, en mi opinión siguen siendo justos. El consagrado al ámbito profano ha contribuido a poner de relieve ciertos poetas desconocidos entonces por el público: Corbière, Mallarmé, Verlaine. Nada tengo que quitar a lo que escribí hace diecinueve años; he conservado mi admiración por estos autores; e incluso ha aumentado la que sentía por Verlaine. Arthur Rimbaud y Jules Laforgue hubiesen merecido figurar en el florilegio de des Esseintes, pero en esa época todavía no habían publicado nada y sus obras sólo aparecerían mucho más tarde.

No me imagino, por otra parte, que consiguiera saborear jamás los autores religiosos modernos que pasa a degüello *Al revés*. Nadie me va a quitar la idea de que la crítica del difunto *Nettement* es imbécil y de que la esposa de Augustin Craven y la señorita Eugénie de Guérin son marisabidillas bien linfáticas y hembras santurronas. Sus pócimas me parecen insípidas; des Esseintes le ha transmitido a Durtal su gusto por las especias y creo que se entenderían bastante bien todavía, el uno

con el otro, para preparar, en lugar de esas pociones edulcoradas, una esencia picante de arte.

Tampoco he cambiado de opinión en cuanto a la literatura de cofradía de los Poujoulat y Genoude, pero actualmente sería menos duro con el padre Chocarne, citado entre un montón de píos cacógrafos, puesto que él ha redactado a' menos unas cuantas páginas medulosas sobre la mística, en su introducción a las obras de San Juan de la Cruz, e igualmente sería más suave con Montalembert, quien a falta de talento nos ha proporcionado una obra incoherente y despareja, mas pese a todo conmovedora, sobre los monjes; sobre todo, ya no escribiría que las visiones de Ángela de Foligno son tontas y chirles, pues lo contrario es la verdad; pero, debo testimoniar, en mi descargo, que sólo las había leído en la traducción de Hello. El hecho es que éste se hallaba poseído por la manía de podar, endulzar, empolvar los místicos, por miedo a atentar contra el falaz pudor de los católicos. Ha puesto en la prensa una obra ardiente, llena de savia, para extraer sólo un jugo incoloro y frío, mal recalentado al baño de maría en la mezquina lamparilla de su estilo.

Dicho esto, si como traductor Hello se revelaba un mojigato de sacristía, es justo afirmar que era, cuando actuaba por cuenta propia, un realizador de ideas originales, un exégeta perspicaz, un analista verdaderamente vigoroso. Hasta era, entre los escritores de su partido, el único que pensaba; fui por mi parte en auxilio de Hello, para alabar la obra de este hombre tan incompleto pero tan interesante, y *Al revés* ha contribuido, me parece, al pequeño éxito que, después de su muerte, ha obtenido *L'homme*, su mejor libro.

La conclusión de ese capítulo sobre la literatura religiosa moderna consistía en que, entre los

capones del arte religioso, sólo había un padrillo: Barbey d'Aurevilly; y dicha opinión sigue siendo categóricamente exacta. Fue el único artista, en el sentido estricto del término, que produjo el catolicismo de esa época; fue un gran prosista, un novelista admirable cuya audacia hacía rebuznar la clerigalla exasperada por la vehemencia explosiva de sus frases.

Por último, si hay un capítulo que puede considerarse el punto de partida de otros libros, no cabe duda de que éste es el caso del referido al canto llano, que luego he ampliado en todos mis volúmenes, en *En route* y sobre todo en *L'oblat*.

Tras este somero examen de cada una de las especialidades expuestas en las vitrinas de *Al revés*, la conclusión que se impone es la siguiente: este libro constituye el comienzo de mi obra católica que, entera, se encuentra en germen en él.

Y la incomprensión y la estupidez de ciertos hipócritas y de ciertos energúmenos del clero me resultan, una vez más, insondables. Reclamaron durante años la destrucción de esta obra cuyos derechos de propiedad, dicho sea de paso, no poseo, sin percatarse siquiera de que los volúmenes místicos que la siguieron son incomprensibles sin ella, puesto que se trata, lo repito, del tronco que dio nacimiento a todos. Además, ¿cómo apreciar la obra de un escritor en su conjunto, si no se la considera desde sus comienzos, si no se la sigue paso a paso; cómo, sobre todo, darse cuenta del avance de la Gracia en un alma si se suprimen las huellas de su paso, si se borran los primeros trazos que había dejado?

De lo que no cabe duda en ningún caso es de que *Al revés* rompió con los precedentes, con *Les soeurs Vatard*, *En ménage*, *A vau-l'eau*, que me hizo ingre-

sar en un camino cuyo término ni siquiera sospechaba.

Tanto más sagaz que los católicos, Zola lo presintió. Recuerdo que fui a pasar, después de la aparición de *Al revés*, unos días en Médan. A la siesta nos paseábamos los dos por la campiña cierto día; se detuvo bruscamente y mirándome con dureza me reprochó el libro, diciéndome que infligía un tremendo golpe al naturalismo, que desviaba la escuela, que además quemaba mis naves con semejante novela, pues ninguna clase de literatura era posible en este género agotado en un solo tomo y, amistosamente —porque era un excelente individuo—, me incitó a volver al camino trillado, a unirme a un estudio de costumbres.

Lo escuché pensando que simultáneamente tenía razón y se equivocaba: tenía razón al acusarme de minar el naturalismo y cerrarme todo camino; se equivocaba por cuanto la novela, según él la concebía, me parecía agonizante, agotada por reiteraciones inútiles, sin interés —quisiéralo él o no— para mí.

Muchas eran las cosas que Zola no podía comprender. Para comenzar, la necesidad que yo sentía de abrir las ventanas, de evadirme de un ambiente que me sofocaba; luego, el deseo que me dominaba de sacudir los prejuicios, de romper los límites de la novela, de introducir el arte en ella, así como también la ciencia y la historia; en pocas palabras, en adelante aprovechar esta forma sólo como marco para insertar en él trabajos más serios. Eso era lo que a mí me preocupaba sobre todo en aquellos días: suprimir la intriga tradicional, hasta la misma pasión, la mujer, concentrar el pincel de luz en un solo personaje, a cualquier precio hacer algo nuevo.

Zola no respondió a los argumentos con que

traté de convencerlo, reiterando sin cesar su afirmación: "No admito que se cambie de manera y de opinión; no admito que se quemé lo que se ha adorado".

¡Vamos! ¿Acaso no ha desempeñado, también él, el papel del buen Sicambrio? En efecto, si no ha modificado su procedimiento de composición y escritura, ha cambiado al menos su modo de concebir la humanidad y de explicar la vida. Tras el pesimismo retinto de sus primeros libros, ¿no nos ha dado, bajo la bandera del socialismo, el beato optimismo de éste?

Es preciso confesarlo: nadie comprendía menos el alma que los naturalistas, quienes se proponían observarla. Veían la existencia como si fuera de una sola pieza; únicamente la aceptaban condicionada por elementos verosímiles; y por mi parte he aprendido más tarde, por experiencia, que lo inverosímil no es siempre en el mundo cosa excepcional, que las aventuras de Rocamboles son a veces tan exactas como las de Gervais y Coupeau.

Mas la idea de que des Esseintes pudiera ser tan verídico como sus personajes era algo que desconcertaba, e irritaba casi, a Zola.

Hasta aquí, en estas pocas páginas, he hablado de *Al revés* sobre todo desde el punto de vista de la literatura y el arte. Me es preciso hablar ahora de él desde el punto de vista de la Gracia, mostrar la parte de misterio, la proyección del alma que se ignora, que puede haber a menudo en un libro.

Esa orientación tan clara, tan nítida, de *Al revés* hacia el catolicismo, sigue resultándome, lo confieso, incomprensible.

No fui educado en las escuelas de las congregaciones religiosas sino, en cambio, en un liceo;

nunca fui devoto en mi juventud, y todo eso de los recuerdos de la infancia, la primera comunión, la educación, que desempeña tan a menudo un papel importante en la conversión, no ha tenido ninguno en la mía. Y lo que complica más todavía la dificultad y desbarata todo análisis es que, cuando escribí *Al revés*, yo no ponía los pies en una iglesia, no conocía a ningún católico practicante, a ningún sacerdote; no experimenté ningún toque divino que me incitara a dirigirme a la Iglesia: vivía tranquilo en mi pesebre; me parecía perfectamente natural satisfacer las avideces de mis sentidos y ni siquiera se me pasaba por la cabeza que semejante género de proezas estuviera prohibido.

Al revés apareció en 1884 y partí para convertirme en una Trapa en 1892; cerca de ocho años pasaron antes de que las semillas de este libro brotaran; pongamos dos años, incluso tres, de una labor sorda, obstinada, a veces perceptible, de la Gracia; aun así quedarían, con todo, cinco años durante los cuales no me acuerdo de haber experimentado ninguna veleidad católica, ningún pesar por la vida que hacía, ningún deseo de cambiarla. ¿Por qué y cómo fui impulsado a través de una vía perdida entonces para mí, en la noche? Soy absolutamente incapaz de decirlo; nada, salvo remotos vínculos en conventos y monasterios, plegarias de familia holandesa muy fervosa y que, por añadidura, apenas si he conocido, podría explicar la perfecta inconciencia del último grito, del llamado religioso en la última página de *Al revés*.

Sí, bien sé que hay criaturas muy fuertes que trazan planes, organizan por adelantado itinerarios de existencia y los siguen; hasta se tiene entendido, si no me engaño, que con voluntad se llega a todo; estoy muy dispuesto a creerlo, pero reconozco que no he sido nunca hombre tenaz ni autor astuto.

Tanto en mi vida como en mi literatura hay una parte de pasividad, de conocimiento, de dirección muy segura fuera de mí.

La Providencia fue misericordiosa conmigo y la Virgen fue bondadosa. Me limité a no contrariarlas cuando me manifestaban sus intenciones; me limité a obedecer; fui conducido por las denominadas "vías extraordinarias"; y si alguien puede tener la certeza de la nada que sería, sin ayuda de Dios, ese soy yo.

Las personas que carecen de Fe me objetarán que, con semejantes ideas, no se dista mucho de llegar al fatalismo y a la negación de toda psicología.

No, pues la Fe en Nuestro Señor no es fatalismo. El libre albedrío permanece a salvo. Pude, si me placía, seguir cediendo a las atracciones de la lujuria y quedarme en París, en vez de ir a sufrir en una Trapa. Sin duda, entonces Dios no habría insistido; pero, aunque asegurando que la voluntad queda intacta, es preciso reconocer, empero, que el Salvador pone mucho de su parte, que importuna, que persigue sin descanso, que lo "cocina" a uno, para utilizar una enérgica expresión policial; mas lo repetiré todavía: también existe la posibilidad, con sus riesgos, de mandarlo a paseo.

Por lo que hace a la psicología, la cosa es diferente. Si la consideramos, como yo la considero desde el punto de vista de una conversión, en sus preludios, resulta imposible desembrollarla; acaso sean tangibles ciertos rincones, pero otros, no; la labor subterránea del alma nos clude. Hubo sin duda, en el momento que escribía *Al revés*, una remoción de tierras, una excavación del suelo para echar los cimientos, de lo cual no me di cuenta. Dios cavaba para tender sus redes y sólo laboraba en la sombra del alma, en la noche. Nada fue percepti-

ble; sólo varios años después empezó la chispa a correr a lo largo de los hilos. Sentí entonces que el alma se conmovía con estas sacudidas; lo cual aún no era ni bastante doloroso ni bastante claro: la liturgia, la mística y el arte fueron sus vehículos o sus medios; ello sucedía, por lo común, en las iglesias, sobre todo en Saint-Séverin, donde entraba por curiosidad, por desocupación. Al asistir a las ceremonias sólo sentía un estremecimiento interior, ese leve temblor que uno siente al ver, al escuchar o al leer una hermosa obra, pero no había un ataque frontal, la exigencia de adoptar una decisión.

Únicamente me separé poco a poco de mi crisálida de impureza; empecé a sentir asco de mí mismo, pero aun así me rebelaba ante los artículos de Fe. Las objeciones que me formulaban me parecían insuperables; y un buen día, al despertar, quedaron resueltas, sin que jamás haya podido saber cómo. Oré por primera vez; y se produjo la explosión.

Todo esto les parece una locura a las personas que no creen en la Gracia. Para quienes han experimentado sus efectos, no hay ninguna posibilidad de asombrarse; y en caso de quedarse sorprendidos, la sorpresa sólo podrá existir durante el período de incubación, ése en que no se ve o percibe nada, el período de limpieza y cimentación que ni siquiera se ha sospechado.

En suma, comprendo hasta cierto punto lo que sucedió entre 1891 y 1895, entre *Là-bas* y *En route*; en cambio, no entiendo en absoluto lo ocurrido entre 1884 y 1891, entre *Al revés* y *Là-bas*.

Y si yo mismo no he comprendido, con tanta mayor justificación los demás no comprenderán para nada los impulsos de des Esseintes. *Al revés* cayó como aerolito en la feria literaria y entonces sobrevinieron el estupor y la cólera; la prensa se

quedó confundida, jamás divagó en tantos artículos; después de haberme tratado de misántropo impresionista y de calificar a des Esseintes de maniático y de imbécil, los normalistas¹⁰ como Lemaître se indignaron porque yo no elogiaba a Virgilio y declararon con tono perentorio que los decadentes de la lengua latina, en la Edad Media, sólo eran "delirantes y cretinos". Otros empresarios de la crítica tuvieron a bien informarme que me convenría sufrir, en una prisión termal, los azotes de las duchas; y a su vez, los conferenciantes intervinieron en el caso. En la Salle des Capuchines, el arconte Sarcey exclamaba, estupefacto: "¡Que me cuelguen si entiendo una maldita palabra de esta novela!". Por último, para remate, las publicaciones serias, como la *Revue des deux Mondes*, despacharon a su caudillo, el señor Brunctière, para que comparara esta novela con los *vaudevilles* de Waflard y Fulgence.

En medio de esta baraúnda, un solo escritor vio claro, Barbey d'Aurevilly, quien no me conocía en absoluto, dicho sea de paso. En un artículo aparecido en el *Constitutionnel*, con fecha 28 de julio de 1884 y que ha sido recogido en su volumen *Le roman contemporain*, publicado en 1902, escribió: "Después de semejante libro, al autor no le quedan más que dos opciones lógicas; o escoge el disparo de una pistola o se arrodilla al pie de la cruz".

La elección está hecha.

J.-K. HUYSMANS

¹⁰ Referencia, aquí sin duda despectiva, a los catedráticos y egresados de la École Normale Supérieure, quienes por lo común padecían naturalmente de pesadez académica y por ende no eran nada adeptos a las innovaciones estéticas. (*N. del T.*)



Debo sentir júbilo más allá de los límites del tiempo... aunque el mundo se estremezca ante mi júbilo y, a causa de su tosquedad, no entienda qué es lo que declaro.

JAN VAN RUYSBROECK



PRÓLOGO

A juzgar por los pocos retratos conservados en el Château de Lourps, la familia Floressas des Esseintes había estado formada en otros tiempos por fornidos guerreros de rostros imponentes. Encerrados en viejos marcos que apenas daban cabida a sus anchas espaldas, constituían un espectáculo amedrentador con sus ojos que taladraban, los mostachos de largas guías y los pechos que colmaban las enormes corazas que lucían.

Esos eran los fundadores de la familia; los retratos de sus descendientes faltaban. En verdad, había un claro en este abolengo pictórico, en el cual sólo un lienzo hacía de puente, sólo un rostro unía el pasado con el presente. Era un rostro extraño, taimado, de facciones pálidas y contraídas; los pómulos estaban marcados por acentos rosados de colorete, el cabello estaba aplastado y atado con una sarta de perlas, y el cuello flaco, pintado, salía de los almidonados pliegues de una gorguera.

En ese retrato de uno de los amigos más íntimos del duque d'Épernon y del marqués d'O, ya se evidenciaban los vicios de un linaje menguante y el exceso de linfa en la sangre.

Desde entonces, la degeneración de esta antigua casa había seguido, a las claras, un curso regular: paulatinamente los hombres se habían ido haciendo menos viriles; y con el paso de los últimos doscientos años, como para completar este proceso

ruinosó, los des Esseintes habían optado por casarse entre ellos, agotando así el poco de vigor que hubiera podido quedarles.

Ahora, de esta familia que otrora fue tan vasta que ocupaba casi todos los dominios existentes en la Ile de France y La Brie, sólo un descendiente sobrevivía, el duque Jean des Esseintes, frágil joven de treinta años que padecía anemia, muy ojeroso, de mejillas consumidas, ojos fríos de un azul acerado, nariz respingada pero recta, y manos delgadas, transparentes.

A causa de algún capricho de la herencia, este último vástago de la familia tenía un notable parecido con aquel distante antepasado suyo que había sido favorito de la corte, pues mostraba la misma barba en punta extraordinariamente rubia, así como también la misma expresión ambigua, simultáneamente fatigada y astuta.

Su infancia había transcurrido oscurecida por la enfermedad. No obstante, pese a la amenaza de la escrófula y a los repetidos ataques de fiebre, había conseguido saltar la valla de la adolescencia con la ayuda de buenos cuidados y aire puro; y tras ello sus nervios se habían recobrado, había superado la languidez y el letargo de la clorosis y su cuerpo había alcanzado su pleno desarrollo físico.

Su madre, mujer alta, pálida y silenciosa, murió de agotamiento nervioso. Luego le llegó a su padre el turno de sucumbir a alguna oscura dolencia cuando des Esseintes tenía casi diecisiete años.

Ni gratitud ni afecto se asociaban a los recuerdos que conservaba de sus padres: sólo temor. Su padre, quien normalmente residía en París, le era casi por completo extraño; y a su madre la recordaba sobre todo como una figura inmóvil, supina, en un dormitorio a oscuras en el Château de Lourps. Sólo rara vez se reunían marido y mujer; y todo

cuanto él podía recordar de esas ocasiones era la impresión monótona de sus progenitores sentados frente a frente ante una mesa que sólo alumbraba una lámpara de gruesa pantalla, pues la duquesa padecía un ataque nervioso cada vez que se veía expuesta a la luz o el ruido. En la semioscuridad cambiaban a lo sumo un par de palabras, y después el duque, indolente, se escabullía para tomar el primer tren que pudiera.

En el colegio de jesuitas al que Jean fue enviado para que lo educaran, la vida era más fácil y placentera. Los buenos Padres se esmeraban en mimar al chiquillo, cuya inteligencia los pasmaba; mas a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguieron que siguiera metódicamente sus estudios. El muchacho se aficionaba en seguida a ciertas asignaturas y así logró un dominio precoz de la lengua latina; pero, en cambio, era absolutamente incapaz de traducir la oración más sencilla del griego, no reveló ninguna aptitud para los idiomas modernos y demostró una incomprensión absoluta cada vez que se intentó enseñarle los primeros principios de las ciencias.

Su familia manifestaba escaso interés en sus andanzas. Su padre iba, de vez en cuando, a visitarlo a la escuela, pero todo cuanto le decía era "Buenos días, adiós, pórtate bien, estudia mucho". Las vacaciones de verano las pasaba en Lourps, mas su presencia en el Château no lograba sacar a su madre de los ensueños; apenas si ella advertía su presencia y, en el caso de hacerlo, lo contemplaba por un momento con una triste sonrisa y luego volvía a sumirse en la noche artificial que las pesadas cortinas de las ventanas creaban en su dormitorio.

Los criados eran ancianos fatigados y el muchacho quedaba librado a sus propios recursos. Los días lluviosos solía curiosear en los libros de la

biblioteca y, cuando hacía buen tiempo, optaba por pasar la tarde explorando la campiña del lugar.

Su mayor deleite consistía en bajar al valle, hasta Jutigny, aldea ubicada al pie de las colinas, un pequeño conglomerado de casuchas con techos de paja, adornadas con pimpollos de ombligo de Venus y parches de musgo. Solía echarse en los prados, a la sombra de las altas hacinas de heno, escuchando el sordo rumor de los molinos de agua y respirando las frescas brisas procedentes del Voulzie. A veces se llegaba hasta las turberas y el villorrio de Longueville con sus casas verdes y negras o, si no, trepaba por las laderas azotadas por el viento, desde las cuales su mirada podía contemplar una inmensa perspectiva. Por un lado podía observar el valle del Sena, serpenteando a la distancia hasta confundirse con el azul del cielo; y por el otro podía ver, allá a lo lejos en el horizonte, las iglesias y la gran torre de Provins, que parecía temblar bajo los rayos del sol en una bruma de polvo dorado.

Pasaba horas leyendo o soñando despierto, gozando de su abundante ración de soledad hasta que caía la noche; y de tanto rumiar los mismos pensamientos, su inteligencia se tornó más aguda y sus ideas adquirieron madurez y precisión. Al término de cada período de vacaciones volvía a sus maestros convertido en un muchacho más serio y terco. Estos cambios no dejaron de ser notados por ellos: hombres sagaces, habituados por su ministerio a sondear los abismos últimos del alma humana, supieron tratar este espíritu despierto pero huraño con cautela y reserva. Comprendieron que este alumno no contribuiría nunca con nada a acrecentar la gloria de su congregación; puesto que su familia era rica y al parecer no se interesaba en absoluto en su porvenir, bien pronto abandonaron todo pro-

yecto de orientar sus pensamientos hacia las ventajosas carreras que estaban abiertas para sus estudiantes distinguidos. De igual modo, por más que al chico le gustaba enzarzarse con ellos en discusiones sobre doctrinas teológicas cuyas finuras y sutilezas le intrigaban, jamás se les ocurrió pensar en la posibilidad de inducirlo a ingresar en un orden religioso, pues, a pesar de todos los esfuerzos que realizaron, su fe siguió siendo poco firme. Por último, movidos por la prudencia y el miedo a lo desconocido, lo dejaron que se entregara a los estudios que le agradaban, en detrimento de los demás, pues no deseaban volver contra ellos este espíritu independiente, según hubiera podido ocurrir si lo sometían al género de fastidiosa disciplina impuesta por los maestros laicos.

De esta manera vivió una vida perfectamente dichosa en el colegio, apenas enterado de la paternal vigilancia de los sacerdotes. Trabajaba con sus libros de latín y francés a su modo y según su propio horario; y aunque la teología era una de las materias integrantes del programa de estudios, terminó su aprendizaje de esta ciencia, en la cual se había iniciado en el Château de Lourps, en la biblioteca dejada por su tío bisabuelo Dom Prosper, quien había sido prior de los Canónigos Regulares de Saint-Ruf.

Llegó, empero, el momento de abandonar el establecimiento jesuítico, pues ya era casi mayor de edad y pronto tendría que tomar posesión de sus bienes. Cuando por fin alcanzó la mayoría de edad, su primo y tutor, el conde de Montchevrel, le presentó un informe sobre su administración. Las relaciones entre los dos hombres no duraron largo tiempo, pues no podía haber punto de contacto alguno entre un individuo tan viejo y otro tan joven. Pero, mientras subsistieron, por pura curiosidad,

por cortesía y por falta de algo que hacer, des Esseintes se vio frecuentemente con la familia de su primo; y pasó no pocas veladas abrumadoramente tediosas en la casa que ésta tenía en la ciudad, en la Rue de la Chaise, oyendo a hembras de la parentela, viejas como las montañas, que conversaban sobre cuarteles de nobleza, lunas heráldicas y arcaicos ceremoniales. Aún más que las linajudas matronas, los hombres congregados en torno de las cenas de *whist* exhibían una inalterable vacuidad mental. Estos descendientes de guerreros medievales, estos 'últimos vástagos de familias feudales, se parecían a des Esseintes ancianos acatarrados y excéntricos que repetían interminablemente monólogos insípidos y frases inmemoriales. La flor de lis que uno encuentra si corta el tallo de un helecho también era, al parecer, lo único que se conservaba impreso en la reblandecida pulpa alojada en estos antiguos cráneos.

El joven sentía crecer en él una oleada de inefable piedad ante esas momias sepultadas en sus catafalcos Pompadour detrás de artesonados rococó, esos viejos chochos que vivían con la vista clavada siempre en una nebulosa Canaán, una imaginaria tierra de promisión.

Tras unas cuantas experiencias de este género, decidió, pese a todas las invitaciones y reproches que pudiera recibir, no poner el pie nunca más en semejante sociedad.

Optó, en cambio, por alternar con jóvenes de su misma edad y condición. Algunos de éstos, quienes como él habían sido educados en colegios religiosos, ya estaban nítidamente marcados para toda la vida por la formación recibida. Regularmente iban a misa, comulgaban en Pascua, frecuentaban sociedades católicas y con rubor se ocultaban entre sí sus actividades sexuales, como si se hubiera tra-

tado de atroces crímenes. Eran en su mayor parte unos papanatas dóciles y de buen aspecto, tontos congénitos que estuvieron a punto de agotar la paciencia de sus maestros aunque, con todo, los habían satisfecho en el deseo de hacer salir al mundo criaturas obedientes y pías.

Los otros, los que habían sido educados en escuelas del estado o en liceos, eran menos hipócritas y más audaces, pero no resultaban más interesantes ni tenían miras menos limitadas que sus compañeros. Estos jóvenes disipados se enloquecían por los deportes ecuestres y las operetas, el sacanete y el bacará, y derrochaban fortunas en caballos, naipes y todos los demás placeres preciados por los espíritus vacuos. Después de un año de pruebas, des Esseintes se rindió a un inmenso desagrado ante la compañía de semejantes individuos, cuyo libertinaje se presentaba ante sus ojos como cosa mezquina y vulgar, a la que se entregaban sin juicio ni deseo, a la verdad sin ninguna excitación real de la sangre, sin estímulo alguno de los nervios.

Poco a poco, fue alejándose de esa gente y se procuró la sociedad de los hombres de letras; imaginó que los suyos debían ser sin duda espíritus más afines a los de su propia mente y que se sentiría más a sus anchas. Una nueva desilusión lo aguardaba: le repugnaron sus juicios mezquinos y rencorosos, la vulgaridad de verduleras que reinaba en sus conversaciones y las nauseabundas discusiones en que calculaban el mérito de un libro sobre la base del número de ediciones que alcanzaba y las ganancias resultantes de su venta. Al mismo tiempo, descubrió que los librepensadores, esos secretarios de la burguesía que clamaban por una libertad absoluta a fin de sofocar las opiniones de los demás, sólo eran un hato de hipócritas descarados

y ávidos, cuya inteligencia juzgó inferior a la de cualquier remendón de aldea.

Su desdén por la humanidad se hizo más vehemente, y por último llegó a la conclusión de que el mundo está formado en su mayor parte por idiotas y bribones. Le quedó perfectamente en claro que no podría abrigar esperanza alguna de encontrar en otra persona sus mismas aspiraciones y aversiones, ya sin esperanza de ligarse a un espíritu que como el suyo se complaciera en una vida de asidua caducidad, sin esperanza, asimismo, de relacionar una inteligencia tan aguda y díscola como la suya con la de escritor o erudito alguno.

Se sintió irritable e incómodo; exasperado por la trivialidad de las ideas que por lo regular se manejaban en rededor de él, llegó a asemejarse a esas personas mencionadas por Nicole que son sensibles a todo y por todo. Sin cesar tropezaba con alguna nueva causa de agravio, encabritándose ante las necesidades patrióticas o políticas que brindaban los diarios cada mañana, y exagerando la importancia de los triunfos que un público omnipotente reserva en todo momento y en todas las circunstancias a las obras escritas sin pensamiento ni estilo.

Ya había comenzado a soñar con una refinada Tebaida, una ermita en el desierto equipada con todas las comodidades modernas, arca bien abrigada y en tierra firme donde pudiera refugiarse del incesante diluvio de la estupidez humana.

Una pasión, y solo una, la mujer, podría haber detenido el desprecio universal que se estaba apoderando de él, mas esa pasión —como el resto— había quedado agotada. Había gustado las dulzuras de la carne como un enfermo excéntrico, ávido de alimentos, pero cuyo paladar se sacia rápidamente. En los días en que perteneció a una banda de muchachos a la moda había acudido a esas cenas de

francachela en que mujeres ebrias se sueltan los vestidos a la hora de los postres y golpean la mesa con la cabeza; había rondado las puertas de los camarines, acostándose con cantantes y actrices; había soportado tanto la innata estupidez del sexo cuanto la histérica vanidad que es común a las mujeres de teatro. Luego había mantenido amantes ya afamadas por su libertinaje, y contribuyó a acrecentar los fondos de esas agencias que proporcionan dudosos placeres a cambio de dinero contante y sonante. Y por fin, cansado hasta el hastío de esos lujos triviales, de esas caricias resobadas, había buscado el placer en los albañales, con la esperanza de que el contraste hiciera revivir sus deseos exhaustos e imaginando que la fascinante inmundicia de los pobres podría estimular sus sentidos que languidecían.

Probara lo que probase, empero, no podía sacudirse el aplastante tedio que pesaba sobre sí. Desesperado, recurrió a las peligrosas caricias de las virtuosas profesionales, mas el único efecto fue poner en peligro su salud y exacerbar sus nervios. Ya empezaba a sentir dolores en la nuca y le temblaban las manos: era capaz de mantenerlas bastante firmes cuando asía un objeto pesado, pero temblaban sin control cuando sostenía algo liviano, por ejemplo un vaso de vino.

Los médicos que consultó lo aterrizaron con sus advertencias de que ya era hora de que cambiara su modo de vida y renunciara a esos hábitos que estaban minando su vigor. Durante algún tiempo llevó una vida tranquila, pero pronto volvió a encenderse su cerebro, incitándolo a volver a la lid. Como las niñas que en el umbral de la pubertad apetecen platos estrafalarios o repugnantes, él comenzó a imaginar amoríos antinaturales y perversos placeres a los que luego se entregaba. Pero;

esto fue demasiado para él. Sus sentidos ya demasiado fatigados, como si estuvieran persuadidos de haber saboreado toda experiencia imaginable, se sumieron en un estado de letargo; y la impotencia lo rondaba.

Cuando volvió a sus cabales, se dio cuenta de que se encontraba absolutamente solo, completamente desilusionado y espantosamente cansado; y anheló poner término a todo eso, pero sólo se lo impedía la flaqueza de su carne.

Lo tentaba más que nunca la idea de ocultarse bien lejos de la sociedad humana, de encerrarse en un abrigado retiro, de amortiguar el estrépito atornador de la actividad inexorable de la vida, así como se amortigua el ruido del tránsito poniendo paja ante la puerta de la casa de un enfermo.

Además, había otra razón para que no perdiera tiempo en adoptar una decisión: al hacer un inventario de su fortuna, descubrió con espanto que en extravagancias y juergas había dilapidado la mayor parte de su patrimonio y que lo que le restaba estaba invertido en tierras y sólo le proporcionaba una mezquina renta.

Decidió vender el Château de Lourps, que ya no visitaba y donde no dejaría tras de sí recuerdos placenteros ni tiernas añoranzas. También dispuso de sus otros bienes y con el dinero que obtuvo compró una cantidad suficiente de bonos del gobierno para asegurarse una renta anual de cincuenta mil francos, guardándose una buena suma para adquirir y amueblar la casita donde se proponía sumergirse, en la paz y el silencio, por el resto de sus días.

Recorrió los suburbios de París y así llegó a dar con una villa que estaba en venta sobre la ladera, cerca de Fontenay-aux-Roses, situada en un paisaje solitario, próximo al Fuerte y lejos de todos

los vecinos. Ésa era la respuesta a sus sueños, pues en dicha zona que hasta entonces había permanecido sin macular por la invasión parisiense, estaría a cubierto de molestias: el deplorable estado de las comunicaciones, que mantenían apenas un cómico ferrocarril en el extremo más alejado de la población y unos cuantos vagones minúsculos que iban y venían según se les ocurriera, lo tranquilizaba a este respecto. Al pensar en la nueva existencia que iba a modelar para sí, sintió un resplandor de placer ante la idea de que allí estaría demasiado lejos para que lo alcanzara la marejada de la vida parisiense y que, empero, estaría bastante cerca como para que la proximidad de la capital fortaleciera su soledad. Pues, como la constancia de que está fuera de su alcance basta para que a un hombre lo posea el deseo ardiente de ir a ese lugar, al cerrarse del todo el camino de vuelta se estaba precaviendo contra todo anhelo de sociedad, contra todo pesar nostálgico.

Encomendó al albañil del lugar que se pusiera a trabajar en los arreglos de la casa que había comprado; luego, de pronto, un día, sin confiarle a nadie sus planes, se deshizo de sus muebles, despidió a los criados y desapareció sin dejar dirección alguna al conserje.

gozaba, en ese voluptuoso escenario, de singulares satisfacciones, de placeres que en un sentido realizaba e intensificaba el recuerdo de antiguas penas y remotas dificultades.

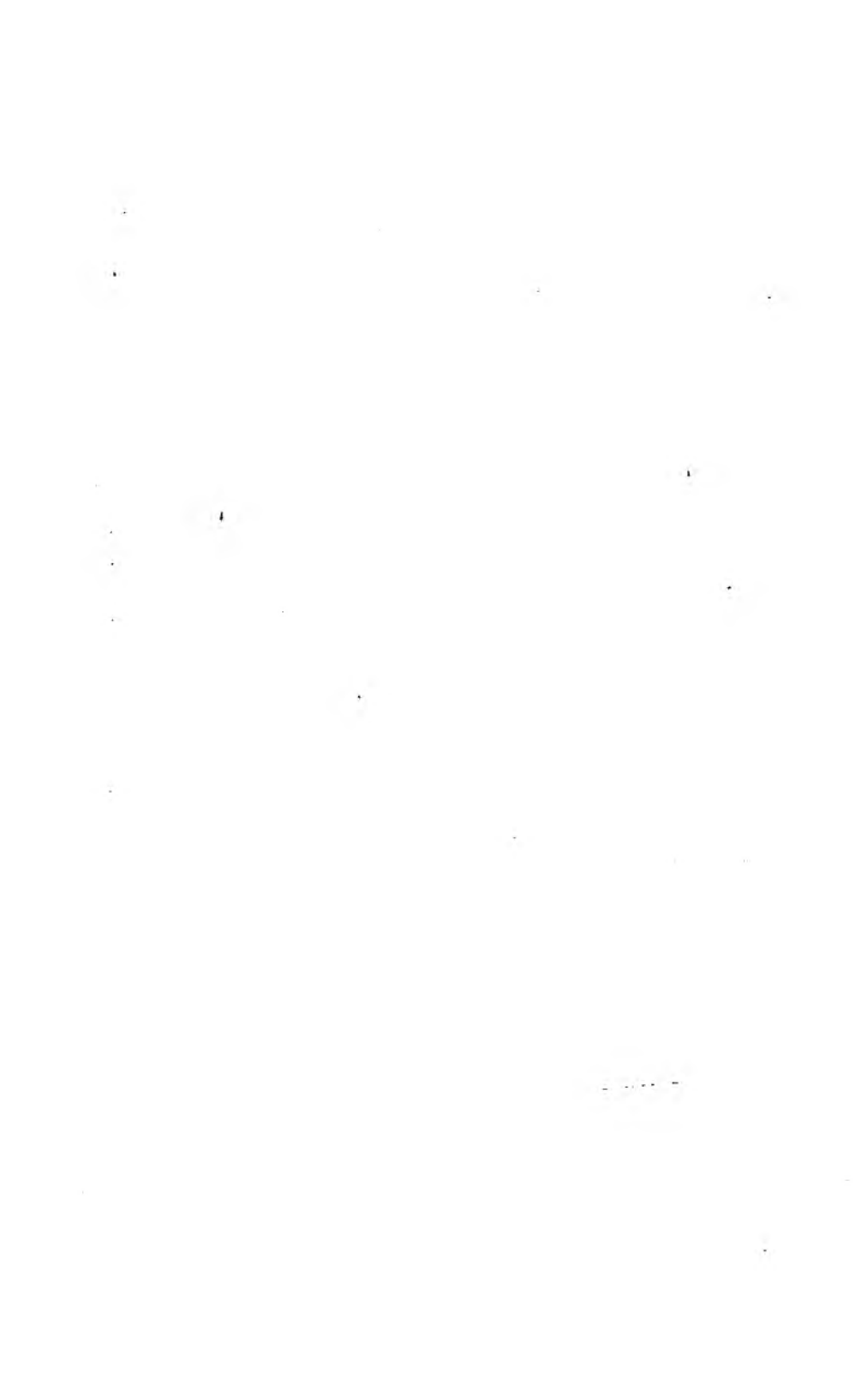
Así, como recuerdo cargado de odio y desdén a su infancia, había colgado del techo de esa habitación una jaulita de plata que encerraba un grillo, el cual chirriaba como otros grillos chirriaron antaño entre los rescoldos de las chimeneas del Château de Lourps. Cada vez que escuchaba este sonido familiar, todas las silenciosas veladas que, reprimido, había pasado en compañía de su madre y todo el infortunio que había padecido en el transcurso de una infancia desdichada y solitaria volvían para acosarlo. Y cuando los movimientos de la mujer a quien acariciaba mecánicamente disipaban de repente esos recuerdos y sus palabras o su risa lo devolvían a la realidad del momento, entonces su alma era atravesada por ráfagas de tumultuosas emociones: el anhelo de vengarse por el tedio que se le infligió antaño, el deseo vehemente de manchar cuantos recuerdos conservaba de su familia con actos de depravación sensual, una avidez furiosa de desfogar su frenesí de lujuria en almohadones de carnes suaves y de apurar la copa de la sensualidad hasta sus últimas y más amargas heces.

En otras ocasiones, cuando lo aplastaba el tedio bilioso y el lluvioso tiempo otoñal imponía la aversión a las calles, a su casa, al cielo de un color amarillento sucio y a las nubes parecidas al asfalto, entonces se refugiaba en esa habitación, hacía oscilar suavemente la jaula y contemplaba sus movimientos reflejados *ad infinitum* en los espejos de los muros, hasta que a su vista ofuscada le parecía que no era la jaula la que se movía sino que el tocador se meneaba y giraba, bailando un vals por toda la casa en un vertiginoso remolino rosado.

Luego, en los días en que pensó que le era necesario hacer notoria su individualidad, decoró y amobló los salones de su casa con ostentosa singularidad. La sala de recibo, por ejemplo, había sido subdividida en una serie de nichos, estilizados de modo tal que armonizaran vagamente, mediante colores sutilmente análogos que eran alegres o sombríos, delicados o bárbaros, según el carácter de sus obras favoritas en latín y francés. Y él se sentaba a leer en el nicho que parecía corresponder más exactamente a la peculiar esencia del libro que ocupaba su fantasía. Cdo.

Su capricho último había sido instalar una antesala de gran altura en que recibía a sus proveedores. Allí llegaban en tropel y se sentaban, codo contra codo, en una hilera de siales de iglesia; entonces él ascendía a un imponente púlpito y les predicaba un sermón sobre el dandismo, impetrando a sus zapateros y sastres que se ajustaran estrictamente a sus encíclicas por lo que respecta al corte y amenazándolos con excomunión pecuniaria si no seguían al pie de la letra las instrucciones formuladas en sus monitorios y bulas.

De este modo se ganó una considerable reputación de excéntrico, reputación que coronó luciendo trajes de terciopelo blanco con chalecos con adornos de oro, poniéndose un ramillete de violetas de Parma —en vez de corbata— sobre la pechera de su camisa y convidando a hombres de letras a cenas que luego serían muy comentadas. Una de esas comidas, planeada con arreglo a un original dieciochesco, había sido un banquete funerario destinado a celebrar el más ridículo de los infortunios. El comedor, con colgaduras negras, daba a un jardín, modificado para la ocasión, pues los senderos habían sido regados con carbón, al estanque ornamental se lo había revestido de basalto negro, lle-



I

Más de dos meses pasaron antes de que des Esseintes pudiera sumergirse en la quietud de su casa de Fontenay, pues todo género de compras lo obligó a deambular por las calles y a escudriñar las tiendas desde un extremo de París al otro. Y ello a pesar de que ya había hecho infinitas indagaciones y prestado considerable atención al asunto antes de confiar su nuevo hogar a los decoradores.

Ya hacía mucho que era un conocedor de colores simples y sutiles por igual. En años anteriores, cuando tenía por costumbre invitar mujeres a su casa, había arreglado un tocador con delicados muebles japoneses tallados, de pálida madera de alcanforero, dispuestos bajo una especie de dosel de raso indio rosado, de modo que la carne femenina tomaba los suaves tintes cálidos de la luz que lámparas ocultas filtraban a través de la marquise.

Esa habitación, donde un espejo repetía al otro, y donde cada muro reflejaba una infinita sucesión de tocadores rosados, había sido tema obligado de todas sus amantes, a quienes les agradaba empapar sus desnudeces en ese tibio baño de luz sonrosada mientras aspiraban los perfumes exhalados por la madera de alcanforero. Pero, con absoluta prescindencia del efecto benéfico que esta atmósfera matizada tuviera al arrebolarse la tez que fatigaba y deslucía el uso habitual de afeites y el habitual abuso de las horas de la noche, por su parte él mismo

nándolo de tinta, y los arbustos habían sido reemplazados por cipreses y pinos. En cuanto a la cena, se la sirvió en un mantel negro, adornado con cestillos de violetas y escabiosas; los candelabros despedían una fantasmagórica luz verdosa sobre la mesa y en las arañas fluctuaban cirios.

Mientras una orquesta oculta tocaba marchas fúnebres, servían a los comensales negras desnudas que sólo llevaban puestas babuchas y medias de hilo de plata bordadas con lágrimas.

En platos de guarda negra, los comensales habían gustado sopa de tortuga, pan ruso de centeno, aceitunas maduras de Turquía, caviar, entremés de mágil, budines negros de Francfort, presas de caza servidas en salsas de color del regaliz y del betún, jaleas de trufas, cremas de chocolate, budín de pasas, melocotones, peras en almíbar de jugo de uvas, moras y cerezas negras. En copas de cristal oscuro bebieron los vinos de Limagne y Roussillon, Tenedos, Valdepeñas y Oporto. Y después del café y el cordial de nuez, remataron la velada con "kvass", "porter" y "stout".

En las invitaciones, que eran semejantes a las que se hacen llegar antes de la exequias más solemnes, se explicaba que la cena constituía un banquete fúnebre en memoria de la virilidad del anfitrión, fallecida hacía poco pero sólo momentáneamente.

Con el tiempo, empero, su afición a estos caprichos extravagantes, que en una época lo enorgullecieron tanto, murió de muerte natural; y ahora se encogía de hombros con desdén cada vez que recordaba las pueriles exhibiciones de excentricidad que había brindado, las extraordinarias ropas que se había puesto y los caprichos que había ideado en materia de mobiliario. La nueva residencia que proyectaba, esta vez para su placer privado y no para asombrar a los demás, iba a ser cómoda pero cu-

riosamente equipada. Sería una morada sosegada e incomparable, diseñada especialmente para satisfacer las necesidades de la vida solitaria que se proponía llevar.

Una vez que el arquitecto hubo arreglado la casa de Fontenay conforme a sus deseos, y cuando lo único que quedaba por resolver era el problema del mobiliario y la decoración, des Esseintes volvió a considerar largamente y atentamente toda la serie de colores disponibles. Lo que quería era los colores que resultaran más fuertes y claros a la luz artificial. No le preocupaba particularmente que resultaran toscos o insípidos a la luz del día, pues vivía la mayor parte de su vida de noche, sosteniendo que la noche proporcionaba más intimidad y aislamiento y que el espíritu sólo era realmente despertado y estimulado por la conciencia de la oscuridad; además, le daba un placer singular encontrarse en un cuarto bien iluminado mientras todas las casas cercanas se hallaban envueltas en el sueño y en las sombras, especie de goce en que la vanidad puede haber desempeñado su pequeño papel, una sensación muy especial de satisfacción que es familiar a aquellos que a veces trabajan de noche hasta tarde y recorren las cortinas para comprobar que alrededor el mundo íntegro está oscuro, silencioso y muerto.

Lentamente, uno por uno, repasó los diversos colores. El azul, recordaba, adquiere un tinte verde artificial a la luz de las bujías; si es azul oscuro, como el índigo o el cobalto, se torna negro; si es pálido, se vuelve gris; y si es suave y genuino como la turquesa, se hace mortecino y frío. Por consiguiente, había que descartar la posibilidad de establecerlo como clave de un salón, si bien se lo podría emplear como ayuda para otro color.

Por su parte, en las mismas condiciones, los

grises acerados se vuelven sombríos y pesados; los grises perlados pierden su lustre azulado y se metamorfosean en un sucio blancuzco; los pardos se hacen fríos y somnolientos; y por lo que atañe a los verdes oscuros, como el verde emperador y el verde mirto, reaccionan al igual que los azules oscuros y se tornan absolutamente negros. Sólo los verdes pálidos quedaban —el verde pavón, por ejemplar, o los verdes cinabrio y laca—, mas entonces la luz artificial mata el azul en ellos y sólo deja el amarillo, el cual por su parte carece de claridad y consistencia.

Ni tenía sentido pensar en tintes tan delicados como el rosado salmón o el rosa pues su mismo afeminamiento contrariaría su idea de un completo aislamiento. Tampoco serviría de nada considerar los diversos matices de púrpura que, con una sola excepción, pierden su lustre a la luz de las bujías. Dicha excepción es el ciruela, que de algún modo subsiste intacto, mas, ¡qué tono rojizo barroso es ése, que recuerda desagradablemente las heces del vino! Además, tenía la impresión de que era absolutamente fútil recurrir a esta gama de tintes, puesto que, para ver púrpura, basta ingerir determinada dosis de santonina, de modo que a cualquiera le es muy sencillo cambiar el color de sus paredes sin poner un solo dedo sobre ellas.

Ya rechazados todos esos colores, únicamente le quedaban tres: el rojo, el anaranjado y el amarillo. De los tres, prefería el anaranjado, confirmando así como su propio ejemplo la validez de una teoría a la que atribuía una autenticidad casi matemática: existe una estrecha correspondencia entre la sensualidad de una persona de temperamento verdaderamente artístico y aquel color ante el que dicha persona reacciona más viva y afectuosamente.

A decir verdad, con prescindencia de la mayoría de los hombres, cuyas toscas retinas no perciben las cadencias peculiares de los diferentes colores ni el encanto misterioso de su gradación, con prescindencia, también, de todas esas ópticas burguesas que son insensibles a la pompa y la gloria de los colores brillantes y claros, y considerando solamente las personas de vista delicada que han experimentado la educación de las bibliotecas y las galerías de arte, le parecía un hecho irrefutable que todo aquel que sueña con lo ideal, que prefiere la ilusión a la realidad y reclama velos para vestir la verdad desnuda, casi infaliblemente aprecia la caricia sedante del azul y sus consanguíneos, como el malva, el lila y el gris perla, siempre que conserven su delicadeza y no pasen el punto en que cambian sus personalidades y se convierten en violetas puros y grises cabales.

Por otra parte, el tipo fanfarrón y robusto, los de especie rubicunda y pletórica de vida, los machos musculosos que desdeñan las ceremonias y van derecho a su meta, perdiendo la cabeza completamente, éstos por lo general se deleitan con el resplandor vivo de los rojos y amarillos, con el efecto percutor de los bermellones y los cromos, que ciegan sus ojos y embriagan sus sentidos.

En cuanto a esas criaturas febriles y desvaídas, de débil constitución y temperamento nervioso cuyo apetito anhela platos ahumados y sazonados, sus ojos prefieren casi siempre el más mórbido y exacerbador de los colores, con su resplandor ácido y su esplendor antinatural: el anaranjado.

De modo que no podía quedar duda alguna en cuanto a la elección definitiva de des Esseintes; mas indudables dificultades quedaban aún por resolver. Si el rojo y el amarillo se tornan más pronunciados a la luz artificial, lo mismo no es válido

para su compuesto, el anaranjado, que a menudo llamea en un ígneo rojo de capuchina. Estudió esmeradamente todos sus diversos matices a la luz de una bujía y por último dio con uno que estimó capaz de mantener su equilibrio y satisfacer sus requisitos.

Una vez cumplidos estos preliminares, hizo cuanto estuvo a su alcance para evitar, en su estudio al menos, el uso de alfombras y tapices orientales, los cuales se habían hecho ya tan comunes y vulgares que cualquier comerciante advenedizo podía adquirirlos en el subsuelo de artículos rebajados de todas las tiendas grandes.

Tomó la decisión de cubrir las paredes como si fuesen libros, con tafilete de veta gruesa: pieles del Cabo alisadas mediante fuertes planchas de acero bajo una poderosa prensa.

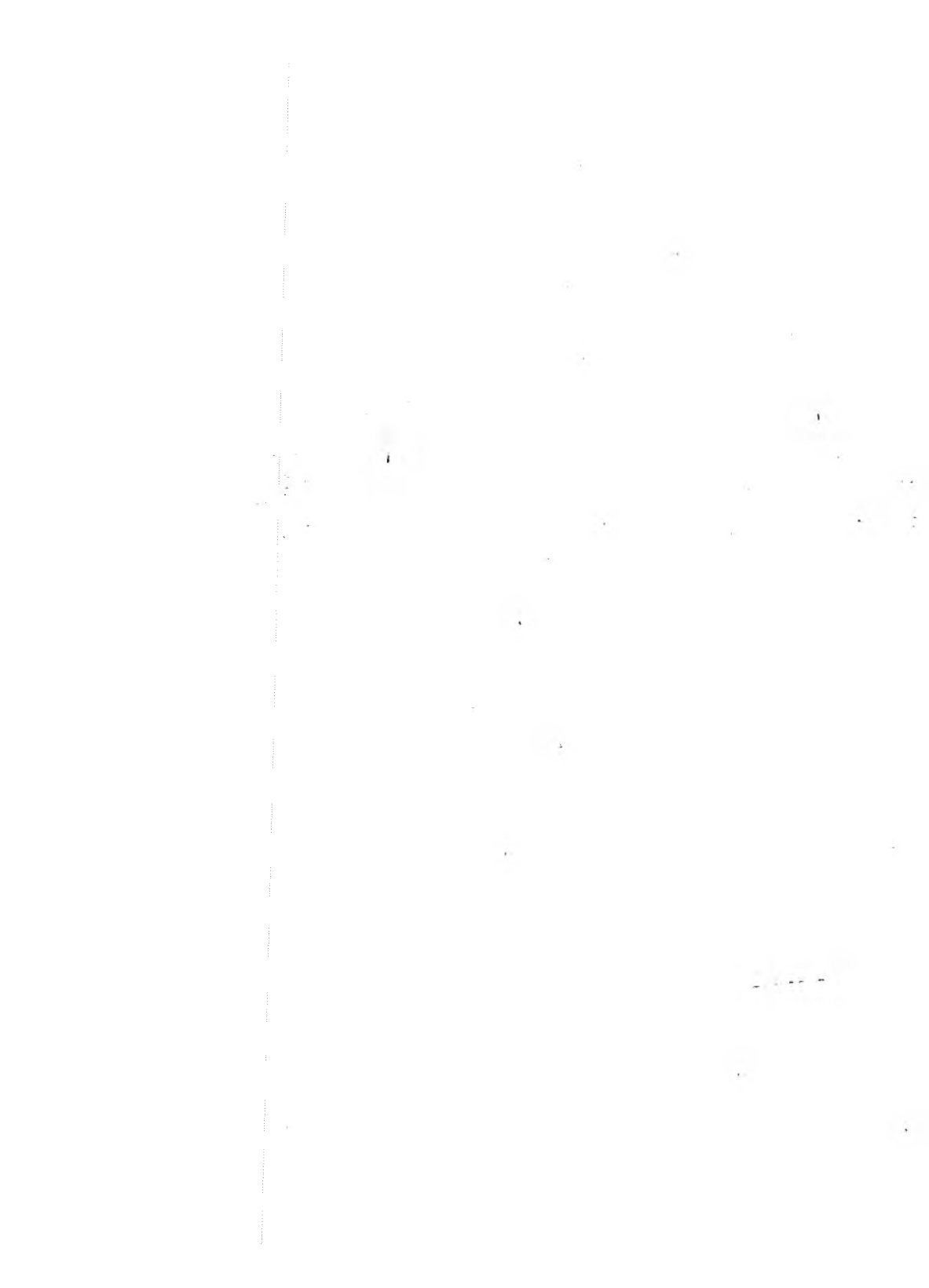
Una vez concluido el revestimiento de los muros, dispuso que barnizaran las molduras y los zócalos con índigo subido, semejante al color que los fabricantes de coches emplean para los paneles de las cajas de sus carruajes. El cielorraso, levemente abovedado, también fue revestido de tafilete; y en medio del cuero anaranjado, como una amplia ventana circular abierta al cielo, hizo colocar una pieza de seda color azul brillante, que procedía de una antigua capa pluvial en la que la corporación de tejedores de Colonia había representado un plateado serafín en vuelo angélico.

Ya ordenado todo con arreglo a lo proyectado, estos diversos colores llegaron a un apacible entendimiento entre sí al caer la noche: el azul del maderamen se estabilizó y, por así decir, tomó bríos mediante los tintes anaranjados circundantes, los cuales por su parte resplandecieron con un brillo sin merma, mantenido y en cierto sentido intensificado por la proximidad del azul.

En cuanto a mobiliario, des Esseintes no tuvo que emprender laboriosas buscas del tesoro, puesto que los únicos lujos que se proponía tener en esa sala eran libros raros y flores. Dejándose la libertad de adornar más adelante las paredes desnudas con unos cuantos dibujos y pinturas, se limitó por el momento a instalar anaqueles y librerías de ébano alrededor de la mayor parte de la sala y situó junto a una maciza mesa de cambista de moneda, la cual databa del siglo xv, varios sillones de respaldo alado y asiento profundo, y un antiguo atril eclesiástico de hierro forjado, uno de esos venerables pupitres de canto en que los diáconos de antaño solían poner el antifonario, el cual ahora sostenía uno de los pesados folios del *Glossarium mediae et infimae Latinatis* de Du Cange.

Las ventanas, con vidrieras de vidrio azulado con estrías o punteles de botella dorados, que impedían la vista y sólo dejaban pasar una luz muy tenue, estaban adornadas con cortinas recortadas de viejas estolas eclesiásticas, cuyos hilos de oro descoloridos resultaban casi invisibles contra el tejido rojo apagado.

Como toque final, en el centro de la repisa de la chimenea, la cual estaba asimismo revestida con suntuosa seda de una dalmática florentina y flanqueada por dos custodias bizantinas de cobre dorado que procedían de la Abbaye-au-Bois de Bièvre, se exhibía un magnífico trípico cuyos paneles separados habían sido trabajados de modo tal que asemejaban una labor de encaje. Éste encerraba ahora, enmarcados en vidrio, copiados en genuino pergamino con exquisitas letras de misal y maravillosamente iluminados, tres poemas de Baudelaire: a izquierda y derecha, los sonetos "La mort des amants" y "L'ennui" y, en el centro, el poema en prosa cuyo título, en inglés, es *Anywhere out of the World*.



II

Después de la venta de sus bienes, des Esseintes conservó los dos viejos criados que habían cuidado de su madre y que se desempeñaron como mayordomo y portera en el Château de Lourps mientras éste aguardaba, vacío y sin inquilinos, un comprador.

Se llevó consigo a Fontenay esta fiel pareja que había estado acostumbrada a una metódica rutina de enfermería, habituada a administrar cucharadas de brebajes purgantes y medicinales a intervalos regulares, y hecha al silencio absoluto de los monjes de clausura, vedada toda comunicación con el mundo exterior y relegada a habitaciones cuyas puertas y ventanas siempre estaban herméticamente cerradas.

Las obligaciones del marido consistían en limpiar los cuartos e ir de compras; las de la mujer, en todas las faenas de la cocina. Des Esseintes les concedió el primer piso de la casa, pero les hizo llevar gruesas pantuflas de fieltro, arregló las puertas con cancelos, dispuso que sus goznes estuvieran bien accitados y cubrió los pisos con espeso alfombrado para tener la seguridad de no oír jamás el ruido de sus pisadas arriba.

Dispuso también un código de señales para que los criados supieran qué era lo que él necesitaba según el número de repiques breves o largos que hiciera con su campanilla; y designó un lugar espe-

cífico en su escritorio donde se dejaría una vez por mes, mientras él estuviera durmiendo, el libro de cuentas de la casa. En suma, hizo cuanto le fue posible para evitar verlos o hablarles, salvo lo absolutamente necesario.

Sin embargo, como la mujer tendría que pasar por la casa de vez en cuando para ir a la leñera y como él no tenía ningún deseo de ver su prosaica silueta a través de la ventana, encargó para ella una vestidura de falla flamenca, con una cofia blanca y una gran capucha negra que le llegaba hasta los hombros, tal como la que hasta el presente llevan las beguinas en Gante. La sombra de este tocado al deslizarse en el crepúsculo producía una impresión de vida conventual y le recordaba esas apacibles comunidades piadosas, esas aldeas somnolientas encerradas en algún rincón oculto de la ciudad bulliciosa y en plena actividad.

Procedió luego a fijar las horas de sus comidas según un horario inflexible; en cuanto a las comidas, necesariamente eran sencillas, sin aderezos, pues la debilidad de su estómago ya no le permitía gozar de platos pesados o rebuscados.

En invierno, a las cinco de la tarde, cuando ya había caído el crepúsculo, comía una ligera merienda constituida por dos huevos pasados por agua, tostadas y té; almorzaba luego a las once más o menos, bebiendo café y a veces té y vino durante la noche, y por último se entretenía con una frugal cena a eso de las cinco de la mañana, antes de marcharse a la cama.

Hacía estas comidas, cuyos detalles y menú establecía de una vez al comienzo de cada estación del año, en una mesa ubicada en el centro de una pequeña estancia que comunicaba con su estudio por medio de un corredor que estaba acolchado y herméticamente cerrado para impedir que ruidos

u olores pasaran de la primera a la segunda de las dos habitaciones que comunicaban entre sí. Este comedor asemejaba una cabina de barco, con su techo de vigas arqueadas, sus mamparos y tablonés de pinotea en el piso, y el ventanuco abierto en la entabladura como una tronera.

Como esas cajas japonesas que caben unas dentro de otras, este saloncillo había sido insertado en uno más amplio, que era el verdadero comedor proyectado por el arquitecto. Este último salón contaba con dos ventanas. Una de ellas resultaba invisible ahora, pues quedaba oculta tras el mamparo; mas esta partición podía bajarse soltando un resorte, de modo que cuando se dejaba pasar aire fresco, circulaba no sólo alrededor de la cabina de pinotea sino que entraba en ésta. La otra era bastante visible, pues estaba directamente al frente de la tronera abierta en la entabladura, pero se la había inutilizado mediante un gran acuario que ocupaba todo el espacio entre la tronera y esta auténtica ventana en la auténtica pared de la casa. Así, la luz del sol que alcanzaba a entrar en la cabina tenía que pasar primeramente a través de la ventana exterior, cuya vidriera había sido reemplazada por una plancha de vidrio cilindrado, luego a través del agua y por último a través del ojo de buey fijo en la tronera. En los atardeceres de otoño, cuando el samovar humeaba sobre la mesa y el sol ya casi se había puesto, el agua del acuario, la cual toda la mañana había sido opaca y turbia, se tornaba roja como brasas ardientes y arrojaba una luz trémula sobre los pálidos muros.

A veces, a la tarde, cuando des Esseintes ya se hallaba levantado y circulaba por la casa, ponía en funcionamiento el sistema de tuberías que vaciaba el acuario y volvía a llenarlo con agua limpia, echaba luego unas cuantas gotas de esencias coloreadas

y así producía, a voluntad, los diversos tintes, verdes o grises, opalinos o plateados, que los verdaderos ríos asumen según el color del cielo, el brillo mayor o menor de los rayos del sol y la amenaza más o menos inminente de lluvia; en pocas palabras, según la estación y el estado del tiempo.

Podía imaginarse entonces en el entrepuente de un bergantín y contemplaba con curiosidad algunos ingeniosos peces artificiales movidos por mecanismos de relojería, los cuales iban y venían detrás del ojo de buey y se perdían entre las algas marinas. Otras veces, mientras inhalaba el aroma a alquitrán que se introducía en el cuarto antes de su ingreso en él, se detenía a examinar una serie de grabados en colores que colgaban de las paredes, como los que se ven en las oficinas de paquebotes y las agencias del Lloyd, que representan vapores con destino a Valparaíso y el Río de la Plata, flanqueados por avisos enmarcados de los itinerarios de la Mala Real Inglesa y las compañías López y Valéry, así como también las tarifas de flete y las escalas de los pequeños transatlánticos.

Luego, cuando se cansaba de consultar los itinerarios, descansaba la vista contemplando los cronómetros y las brújulas, los sextantes y compases, los binóculos y las cartas de marear esparcidos en un escritorio que dominaba un solo libro, encuadernado en cuero de foca: la *Narración del viaje de Arthur Gordon Pym*, ejemplar impreso especialmente para él en papel acanillado de lino puro, seleccionado a mano y con una gaviota como marca de agua.

Por último, podía examinar las cañas de pescar, las redes de color tostado, los rollos de velas de color bermejo y el ancla en miniatura hecha de corcho pintado de negro, apilado todo en desorden junto a la puerta que llevaba a la cocina a través de un

pasillo acolchado, lo mismo que el pasadizo entre el comedor y el estudio, en forma tal que absorbiera todo ruido u olor.

De ese modo le era posible gozar rápida, casi simultáneamente, de todas las sensaciones de un largo viaje por mar, sin tener que salir de su casa; el placer de ir de un lugar a otro, placer que en realidad sólo existe en el recuerdo del pasado y que casi nunca se experimenta en el momento, podía saborearlo cabalmente y con toda comodidad, sin fatiga ni preocupaciones, en esa cabina cuyo deliberado desorden, su apariencia provisoria y con los muebles como al acaso, correspondía bastante exactamente a las fugaces visitas que le hacía y al reducido tiempo que concedía a sus comidas, en tanto que brindaba un absoluto contraste con su estudio, sala bien dispuesta, ordenada y permanente, admirablemente equipada para mantener y sostener una existencia casera.

En verdad, viajar le parecía una pérdida de tiempo, puesto que creía que la imaginación podía suministrar un sucedáneo más que adecuado a la realidad vulgar de la experiencia vivida. En su opinión, era perfectamente posible colmar los deseos que por lo común se suponen de más difícil satisfacción en condiciones normales, y ello mediante el fútil subterfugio de crear una buena imitación del objeto de esos deseos. Así, es bien sabido que en la actualidad, en restaurantes afamados por la excelencia de sus bodegas, los *gourmets* se extasían con raras cosechas elaboradas mediante vinos baratos tratados según el método del señor Pasteur. Ahora bien, sean auténticos o falsificados, estos vinos tienen el mismo aroma, el mismo color, el mismo *bouquet*; y por consiguiente el placer experimentado al saborear estas bebidas adulteradas, falaces, es absolutamente idéntico al que proporcionaría el

vino puro, intacto, que ya no se obtiene a ningún precio.

No puede quedar duda de que al trasladar este ingenioso engaño, esta astuta simulación, al plano intelectual, se pueden gozar, con tanta facilidad como en el plano material, placeres imaginarios semejantes en todo sentido a los placeres de la realidad; no cabe duda, por ejemplo, de que cualquiera puede hacer largos viajes de exploración sentado junto a su chimenea, ayudando al espíritu perezoso o renuente, en caso necesario, mediante la lectura de unas cuantas páginas de algún libro que describa viajes a comarcas remotas; no cabe duda, tampoco, de que sin moverse de París es posible conseguir la impresión saludable de bañarse en el mar; pues todo lo que eso requiere es una visita al Bain Vigier, establecimiento que se halla en un pontón amarrado en medio del Sena.

Allí, si se sala el agua del baño y se le agrega sulfato de soda con hidroclicato de magnesio y cal en la proporción recomendada por la farmacopea, si se abre una caja con tapa hermética de rosca y se extrae un ovillo de bramante o un rollo de cuerda adquirido para el caso en una de esas enormes cordelerías cuyos almacenes y bodegas hieden a mar y puertos, si se inhalan los olores que el bramante o el rollo de sogas habrá conservado sin duda alguna, si se observa una fotografía fidedigna del casino y si se lee esmeradamente la descripción que hace la *Guide Joanne* de las bellezas de la playa donde a uno le gustaría estar, dejándose acunar por las olas creadas en el baño por el agua lanzada hacia atrás por los barquitos de ruedas que pasan cerca del pontón y escuchando los gemidos del viento que sopla bajo las arcadas del Pont Royal y el rumor apagado de los carruajes que cruzan el puente bastante cerca de la cabeza de uno, se puede crear la ilusión de

estarse bañando en un mar que será innegable, convincente, cabal.

Lo principal es saber cómo se inicia la cosa, ser capaz de concentrar la atención en un solo detalle, olvidarse suficientemente de sí mismo para generar la alucinación buscada, reemplazando así la realidad misma por la visión de una realidad.

En realidad, des Esseintes estimaba que el artificio era el rasgo distintivo del genio humano.

Solía decir que ya había pasado la hora de la Naturaleza, la cual había agotado definitiva y absolutamente la paciencia de los observadores sensitivos a causa de la hastiosa uniformidad de sus paisajes y sus firmamentos. Después de todo, ¿qué limitaciones pedestres impone, como un comerciante que se especializa en un solo renglón; qué restricciones tan mezquinas, como un tendero que sólo tiene en existencia un artículo, con exclusión de todos los demás; qué acopio tan monótono de prados y árboles, qué exhibición tan prosaica de mareas y montañas!

¡A decir verdad, no hay ni una sola de sus invenciones, estimadas tan sutiles y sublimes, que el ingenio humano no pueda fabricar; no hay bosque de Fontainebleau que no pueda ser reproducido por la escenografía con el empleo de reflectores; no hay cascada que no pueda ser imitada a la perfección mediante la ingeniería hidráulica; no hay roca que el *papier-mâché* sea incapaz de fingir; no hay flor que el tafetán cuidadosamente escogido y el papel delicadamente teñido no puedan igualar!

No puede quedar pizca de duda de que con sus chaturas inacabables la vieja chocha ha agotado ya la jovial admiración de todos los verdaderos artistas y que ciertamente ha llegado la hora de que el artificio la reemplace siempre que sea posible.

Después de todo, para referirnos a aquella de

sus obras que es considerada entre todas la más exquisita, a aquella entre todas sus creaciones que —según se estima— posee la belleza más perfecta y original, la mujer, ¿acaso el hombre, por su parte, mediante sus propios esfuerzos no ha producido una criatura también animada pero artificial que en todo sentido es igualmente válida desde el punto de vista de la belleza plástica? ¿Existe acaso, en cualquier parte de esta tierra, una criatura concebida en los placeres de la fornicación y nacida en los dolores de la maternidad que sea más deslumbradora, más descollantemente bella que las dos locomotoras que hace poco ha incorporado al servicio el Ferrocarril del Norte?

Una de ellas, la que lleva el nombre de Crampton, es una rubia adorable, de voz aguda, de largo cuerpo esbelto aprisionado en un resplandeciente corsé de bronce, con flexibles movimientos felinos; una elegante rubia dorada cuya extraordinaria gracia puede tornarse absolutamente aterradora cuando endurece sus músculos de acero, el sudor corre por sus humeantes flancos, hace girar sus elegantes ruedas en sus amplios círculos y se lanza a correr, llena de vida, a la cabeza de un tren expreso.

La otra, cuyo nombre es Engerth, es una morocha robusta y tristoná, proclive a lanzar gritos guturales y roncós, de figura fornida enfundada en armadura de hierro fundido; criatura monstruosa con su desgredada crin de humo negro y sus seis ruedas apareadas bien bajo, que da una muestra de su vigor fantástico cuando, con esfuerzo que hace temblar la misma tierra, arrastra lenta y concienzudamente su pesado tren de vagones de carga.

Es indiscutible que, entre todas las delicadas bellezas rubias y todas las majestuosas hechiceras morenas de la especie humana, no pueden encontrarse tan soberbios ejemplos de gracia gentil y de

fuerza aterradora; y puede afirmarse sin riesgo de refutación que, en su dominio elegido, el hombre ha trabajado tan eficazmente como el Dios en quien cree.

Estos pensamientos se le ocurrían a des Esseintes siempre que la brisa llevaba hasta sus oídos el débil silbato de los trenes de juguete que iban y venían entre París y Sceaux. Su casa sólo estaba a unos veinte minutos a pie de la estación de Fontenay, pero la altura a que se encontraba y su posición aislada la libaban del alboroto de las viles hordas que los domingos se sienten atraídas inevitablemente a las cercanías de una estación de ferrocarril.

En cuanto a la aldea, apenas si la había visto. Sólo una vez, al observar una noche por su ventana, había examinado el paisaje silencioso que se extendía hasta el pie de una colina coronada por las baterías del Bois de Verrières.

En medio de la oscuridad, tanto a la derecha como a la izquierda, podían verse hileras de tenues formas que revestían los flancos de la montaña, dominados por otras baterías y fortificaciones distantes cuyos elevados muros de contención, a la luz de la luna, parecían cejas plateadas sobre ojos oscuros.

El llano, oculto en parte a la sombra de las colinas, parecía haber disminuido de tamaño y en el centro daba la impresión de haber sido rociado con polvos de arroz y embauñado con afeites. En la cálida brisa que hacía ondular el pasto incoloro y perfumaba el aire con ordinarios aromas, los árboles blanqueados por la luna hacían crujir el pálido follaje y con los troncos dibujaban un trazado de sombras con franjas negras sobre la tierra blanqueada, regada de guijarros que brillaban como pedazos de vajilla rota.

En razón de su apariencia artificial, deliberada,

a des Esseintes este paisaje no le resultaba exento de atractivo; mas desde aquella primera tarde que había pasado en busca de una casa en la aldea de Fontenay, jamás había vuelto a poner el pie de día en sus calles. La vegetación de esta parte de la región no tenía para él encanto alguno, pues le faltaba incluso ese atractivo lánguido y melancólico que posee la lastimosa vegetación enfermiza que patéticamente se aferra a la vida en los amontonamientos de basura cerca de los terraplenes. Y luego, aquel mismo día, no había dejado de ver, en la aldea, los burgueses patilludos, de panzas rotundas, y esos individuos de bigotazos, con trajes de fantasía, a quienes supuso magistrados y oficiales del ejército, portando sus cabezas con tanto orgullo como un sacerdote puede llevar la custodia; y tras semejante experiencia su aborrecimiento por el rostro humano se había hecho aún más feroz.

Durante sus últimos meses de residencia en París, en una época en que, minado por la desilusión, deprimido por la hipocondría y aplastado por la melancolía, había quedado reducido a tal estado de sensibilidad nerviosa que la vista de una persona o una cosa desagradable se grababa profundamente en su cabeza y le llevaba varios días apenas comenzar a borrar la huella, el rostro humano según se le presentaba en la calle había constituido uno de los más agudos tormentos que se había visto obligado a soportar.

Era un hecho que sufría un dolor real a la vista de ciertas fisonomías, que casi consideraba las expresiones benignas o malhumoradas de ciertas caras como afrentas personales y que se sentía muy tentado a abofetear, por ejemplo, a un notable que veía pasear con los ojos entrecerrados, fingiendo señorío, a otro que sonreía ante su reflejo cuando pasaba afectuosamente ante las vidrieras de las tien-

das, y también a ese otro que parecía ir sopesando un millar de pensamientos profundos al fruncir el ceño sobre los efímeros artículos y las someras noticias de su periódico.

En esos mezquinos espíritus mercenarios, preocupados exclusivamente por hacer trampas y obtener dinero, y sólo accesibles a esa innoble distracción de los intelectos mediocres, la política, era tan capaz de descubrir una estupidez tan inveterada, tal odio a las ideas que él sostenía, tal desprecio por la literatura y el arte y por todo lo que le era caro, implantado y arraigado, que se iba a su casa arrebatado por la furia y se encerraba con sus libros.

Finalmente, pero no lo de menor cuantía, odiaba con todo el odio de que era capaz la generación naciente, esos patanes aterradores a quienes parece resultarles necesario hablar y reírse a todo pulmón en los restaurantes y cafés, que a uno lo codean en la calle sin pedir disculpas jamás y que, sin expresar o siquiera indicar que lo lamentan, le meten a uno entre las piernas el cochecito del bebé.



III

Una sección de los anaqueles que cubrían los muros del estudio azul y anaranjado de des Esseintes estaba ocupada exclusivamente por obras en latín; esas obras que las mentes reducidas al conformismo por la monotonía de los cursos universitarios amontonan bajo el nombre genérico de "la Decadencia".

La verdad es que la lengua latina, tal como se la escribía durante el período que los académicos aún insisten en llamar Edad de Oro, apenas si tenía algún atractivo para él. Ese idioma restringido, con su limitado repertorio de construcciones casi invariables, sin flexibilidad sintáctica, sin colorido, hasta sin luz y sombra, planchado en todas sus costuras y despojado de las expresiones toscas pero a menudo pintorescas de épocas anteriores podía enunciar al máximo las trivialidades pomposas y los vagos lugares comunes reiterados interminablemente por los retóricos y poetas de la época, mas resultaba tan tedioso y carente de originalidad que, en el estudio de la lingüística, era preciso llegar hasta el estilo de francés corriente en la época de Luis XIV para dar con otro idioma tan obstinadamente debilitado, tan solemnemente tedioso y mortecino.

Entre otros autores, el manso Virgilio, aquel a quien la congregación docente denomina el Cisne de Mantua, según es de suponer porque no es esa

su ciudad natal, le daba la impresión de ser uno de los más atroces pedantes y uno de los más mortíferos pelmazos que la Antigüedad entera había producido; sus pastores bien lavados y engalanados que se turnaban para echarse mutuamente a la cabeza cántaros de helados versos sentenciosos, su Orfeo a quien compara con un ruiñeñor plañidero, su Aristeo que gimotea acerca de abejas, y su Eneas, ese individuo indeciso y charlatán que da zancadas de aquí para allá como títere en teatro de sombras, haciendo gestos acartonados tras la pantalla desajustada, mal aceitada, del poema, se sumaban para irritar a des Esseintes. Acaso habría tolerado la pesada insensatez que estas marionetas declaman entre bambalinas, acaso hasta habría disculpado los desvergonzados plagios de Homero, Teócrito, Ennio y Lucrecio, así como también el escandaloso robo que Macrobio nos ha revelado de todo el Libro Segundo de la *Eneida*, copiado casi palabra por palabra de un poema de Pisandro; a decir verdad podría haber tolerado toda la indescriptible fatuidad de esta harapienta bolsa de poemas insípidos, pero lo que lo exasperaba al máximo era la artesanía burda de los exámetros de latón, con su ración reglamentaria de palabras pesadas y medidas según las leyes inalterables de una prosodia pedante y reseca; era la estructura de los versos rígidos y almidonados en su atuendo de etiqueta y su abyecta sumisión a las reglas gramaticales; era la forma en que cada verso sin excepción quedaba dividido en dos partes iguales por la cesura inevitable y rematada con el golpe invariable del dáctilo dando contra el espondeo.

Extraída del sistema que perfeccionó Catulo, esa prosodia inmutable, exenta de imaginación, inexorable, repleta de palabras y frases inútiles, tachonada de clavijas que encajaban demasiado previsiblemente en los correspondientes agujeros, ese las-

timoso recurso del epíteto homérico, empleado una y otra vez sin que jamás indicara o describiera cosa alguna, y ese vocabulario empobrecido, con sus colores monótonos y apagados, todo esto le causaba un tormento indecible.

Conviene añadir, empero, que si su admiración por Virgilio distaba de ser excesiva y su entusiasmo por las límpidas efusiones de Ovidio era extraordinariamente moderado, el desagrado que sentía ante las trivialidades charlatanescas del mastodóntico Horacio, ante el estúpido parloteo que vomita mientras sonríe neciamente a su público como un payaso viejo de cara embadurnada, era absolutamente ilimitado.

En prosa, no lo seducían más el estilo prolijo, las metáforas redundantes y las digresiones interminables del viejo Garbanzo; * la ampulosidad de sus apóstrofes, la verbosidad de sus peroratas patrióticas, la pomposidad de sus arengas, la pesadez de su estilo, bien alimentado y bien abrigado, pero de huesos débiles y con tendencia a la obesidad, la intolerable insignificancia de sus largos adverbios preliminares, la monótona uniformidad de sus períodos adiposos chambonamente enlazados con conjunciones, y por último su aplastante predilección por la tautología, todo esto señalaba a la aversión de des Esseintes. Tampoco César, con su renombre de lacónico, era más a su gusto que Cicerón, pues se iba a la otra alforja y ofendía con su sentenciosidad abrupta, su brevedad de agenda, su estreñimiento inverosímil e imperdonable.

La verdad era que no podía hallar alimento espiritual ni entre estos autores ni tampoco entre

* El nombre latino de Cicerón está vinculado a la palabra *cicer*, que en esta lengua significa "garbanzo". (*N. del T.*)

aquellos que por algún motivo eran el deleite de los eruditos aficionados: Salustio, quien al menos no es más insípido que los otros, el pomposo y sentimental Livio, Séneca que es pomposo e inoloro, el larval y linfático Suetonio, y Tácito, quien con su estudiada concisión es el más viril, el más incisivo, el más vigoroso de todos ellos. En poesía, Juvenal, a pesar de unos cuantos versos poderosos, y Persio, pese a todas sus insinuaciones misteriosas, por igual lo dejaban frío. Excluidos Tibulo y Propercio, Quintiliano y los dos Plinios, Estacio, Marcial de Bilbilis, Terencio y Plauto, cuya jerga llena de neologismos, palabras compuestas y diminutivos lo atraía pero cuyo ingenio ruin y cuyo humor salado lo repelían, des Esseintes sólo comenzaba a interesarse en la lengua latina cuando llegaba a Lucano, en cuyas manos adquiría una nueva amplitud y se hacía más brillante y expresiva. La delicada artesanía de los versos esmaltados y enjoyados de Lucano ganaba su admiración; mas la preocupación exclusiva del poeta por la forma, la estridencia de campanilla y el brillo metálico no le ocultaban por entero las ampulósidades que afeaban la *Farsalia* ni la pobreza de su contenido intelectual.

El autor que amaba realmente, y quien le hizo abandonar para siempre las resonantes tiradas de Lucano, era Petronio.

Petronio había sido un observador perspicaz, un analizador delicado y un pintor maravilloso; desapañadamente, con absoluta falta de prejuicios o de animosidad, describió la vida cotidiana de Roma y dejó registrados los usos y costumbres de sus tiempos en los animados capitulillos del *Satiricón*.

Anotando lo que veía tal cual lo veía, expuso la existencia cotidiana de la gente común, con todos sus acontecimientos mínimos, sus episodios brutos.

les y sus cabriolas obscenas. Aquí, tenemos al inspector de posadas que viene a preguntar los nombres de los viajeros llegados recientemente; allá, un burdel donde los hombres rodean a las mujeres desnudas que están de pie junto a letreros que consignan sus tarifas, mientras a través de puertas entreabiertas se pueden ver parejas que folgan en los cuartuchos. En otras partes, en villas colmadas de insolente lujo donde la riqueza y la ostentación reinan desenfrenadamente, como así también en las mezquinas posadas descritas a lo largo del libro, con sus camas sin hacer, hirvientes de pulgas, la sociedad de la época se entrega a sus pasiones: depravados rufianes como Ascilto y Eumolpo, en busca de lo que puedan encontrar; vejetes antinaturales con las togas recogidas y las mejillas embadurnadas con plomo blanco y colorete de acacia: sodomitas de dieciséis años, rollizos y de cabelleras enruladas; mujeres con ataques de histeria; cazadores de herencias que ofrecen sus chicos y chicas para satisfacer la lujuria de ricos testadores, todas estas criaturas y muchas más se escabullen en las páginas del *Satiricón*, riñendo en las calles, manoseándose en los baños, aporreándose entre sí como personajes de pantomima.

Y todo esto está contado con vigor extraordinario y colorido exacto, en un estilo que saca partido de todos los dialectos, que adopta expresiones de todas las lenguas importadas a Roma, que extiende las fronteras y rompe los grillos de la llamada Edad de Oro, que hace que cada hombre hable en su propio idioma: los libertos sin instrucción, en latín vulgar, el idioma de la calle, los extranjeros en sus jergas bárbaras, recamadas de palabras y frases venidas de Africa, de Siria y de Grecia, y los pedantes estúpidos, como el Agamenón del libro, en una jerga retórica de palabras inventadas. Hay

relampagueantes bocetos de todas estas criaturas, despatarradas alrededor de una mesa, intercambiando las bromas insulsas de juerguistas borrachos, sacando a relucir máximas nauseabundas y dichos estúpidos, con las cabezas vueltas hacia Trimalción, que allí está sentado, escarbándose los dientes, que ofrece bacinillas a los comensales, discurrea sobre el estado de sus tripas, se tira pedos para demostrar lo que afirma y ruega a sus huéspedes que se sientan como en sus casas.

Esta novela realista, esta tajada cortada de la vida romana en toda su crudeza, sin propósito alguno, dígase lo que se dijere, de reformar o caricaturizar la sociedad, y sin necesidad alguna de fingir una conclusión o de señalar una moraleja, esta historia que no tiene argumento ni acción, que se limita a relatar las aventuras eróticas de ciertos hijos de Sodoma, analizando con pulida delicadeza las alegrías y los pesares de semejantes parejas de amantes, pintando con un estilo espléndidamente forjado, sin omitir un solo vistazo del autor, sin comentario alguno, sin una palabra de aprobación o condenación en cuanto a los pensamientos y acciones de sus personajes, a los vicios de una civilización decrepita, de un Imperio que se derrumba, esta historia fascinaba a des Esseintes; y en su estilo sutil, su agudeza de observación y sólida construcción podía ver una curiosa semejanza, una extraña analogía con las pocas novelas francesas modernas que podía digerir.

Muy naturalmente, pues, lamentaba con amargura la pérdida de *Eustion* y de *Albutia*, esas otras dos obras de Petronio mencionadas por Planciades Fulgentius que han desaparecido para siempre; mas el bibliófilo que había en él consolaba al erudito, cuando tenía reverentemente entre sus manos el soberbio ejemplar del *Satiricón* que poseía, en la

edición en octavo de 1585, impresa por J. Dousa en Leyden.

Después de Petronio, su colección de autores latinos pasaba al siglo II de la Era Cristiana, saltaba a Frontón con sus expresiones anticuadas, chapuceramente restauradas y renovadas sin éxito, pasaba a las *Noctes Atticae* de su amigo y discípulo Aulo Gelio, espíritu sagaz e inquisidor, pero escritor atascado en un estilo viscoso, y sólo se detenía en Apuleyo, cuyas obras tenía en la edición príncipe, en folio, impresa en Roma en 1469.

Este autor africano le causaba inmenso placer. La lengua latina alcanzaba su nivel más alto en sus *Metamorfosis*, barriéndolo todo en una densa marea alimentada por aguas tributarias provenientes de todas las provincias y reuniéndolas en un torrente de palabras caprichoso, exótico, casi increíble; nuevos amaneramientos y nuevos detalles de la sociedad latina hallaban expresión en neologismos creados para satisfacer exigencias del diálogo en un ignoto rincón del África romana. Lo que era más, divertía a des Esseintes la exuberancia y la jovialidad de Apuleyo; exuberancia de meridional y jovialidad de hombre que sin lugar a dudas era gordo. Tenía el aire de un lascivo compañero de parranda, en comparación con los apologistas cristianos que vivieron en el mismo siglo; por ejemplo, el soporífero Minucio Félix, seudoclásico en cuyo *Octavius* las aceitosas frases de Cicerón se han vuelto más espesas y pesadas, e incluso Tertuliano, a quien acaso conservaba más por el mérito de la edición aldina de sus obras que por las obras mismas.

Aunque estaba perfectamente familiarizado con los problemas teológicos, los conflictos del montanismo con la Iglesia Católica, así como también la polémica contra el agnosticismo, no le decían nada; así, pese al interés del estilo de Tertuliano, ese es-

tilo compacto repleto de anfibologías, erigido sobre los participios, conmovido por las antítesis, aderezado con juegos de palabras y salpicado de vocablos tomados del lenguaje de la jurisprudencia o de los Padres de la Iglesia Griega, ahora apenas si abría el *Apologeticus* o el *De patientia*; y a lo sumo leía una o dos páginas, de vez en cuando, del *De cultu feminarum*, donde Tertuliano exhorta a las mujeres a no adornar sus personas con alhajas y telas preciosas, y les prohíbe usar cosméticos porque son tentativas de corregir y mejorar la Naturaleza.

Estas ideas, diametralmente opuestas a las suyas propias, hacían asomar una sonrisa en sus labios y recordaba el papel desempeñado por Tertuliano como obispo de Cartago, papel que él consideraba lleno de placenteras fantasías. En realidad, lo que lo atraía era más el hombre que las obras. Pese a que vivía en tiempos de tormenta y tensión aterradores, bajo Caracala, bajo Macrino, bajo el estupefaciente sumo sacerdote de Emesa, Heliogábalo, había seguido escribiendo apaciblemente sus sermones, sus tratados dogmáticos, sus apologías y homilías, en tanto que el Imperio Romano tambaleaba, en tanto que las locuras de Asia y los vicios del paganismo barrían con todo. Con perfecta compostura había seguido predicando la abstinencia carnal, la frugalidad en la alimentación, la sobriedad en la vestimenta, y al mismo tiempo Heliogábalo pisaba polvo de plata y arenilla de oro, coronada su cabeza con una tiara y sus vestiduras tachonadas de gemas, trabajando en faenas femeninas en medio de sus eunucos, llamándose Emperatriz a sí mismo y acostándose cada noche con un nuevo Emperador, seleccionado entre sus barberos, marmitones y aurigas.

Semejante contraste embelesaba a des Essein-

tes. Sabía que ese era el punto en que la lengua latina, que había alcanzado suprema madurez con Petronio, empezaba a disgregarse; la literatura de la Cristiandad se afirmaba, introduciendo nuevas palabras junto con sus nuevas ideas, acuñando construcciones desusadas, verbos desconocidos, adjetivos de significado archisutil y, por último, sustantivos abstractos, que hasta entonces habían sido raros en la lengua de Roma y que Tertuliano fue uno de los primeros que los empleó.

No obstante, esta delicuescencia, que fue seguida tras la muerte de Tertuliano por su discípulo San Cipriano, por Arnobio y por el oscuro Lactancio, constituía un proceso exento de atracción. Era una decadencia lenta y parcial, demorada por chapuceros intentos de vuelta al énfasis de los períodos ciceronianos; hasta entonces aún no había adquirido ese particular sabor manido que en el siglo iv —y más todavía en los siglos siguientes— iba a darle el aroma del Cristianismo a la lengua pagana que se descomponía como carne de venado, cayendo en pedazos al mismo tiempo que la civilización del mundo antiguo, disgregándose mientras los imperios sucumbían ante la arremetida bárbara y el pus acumulado en las edades.

El arte del siglo iii estaba representado en su biblioteca por un solo poeta cristiano, Comodiano de Gaza. Su *Carmen apologeticum*, escrito en el año 259, es una colección de máximas morales retorcidas en acrósticos, compuestos en toscos exámetros, divididos por una cesura según la usanza de la poesía heroica, escritos sin respeto alguno por la cantidad o el hiato y a menudo provistos de la suerte de rimas que más adelante el latín eclesiástico ofrecería en innumerables muestras.

Este verso sombrío, forzado, esta poesía incivilizada y suave, llena de expresiones de todos los

do teología, des Esseintes se había cansado hasta el hastío de los sermones y jeremiadas de Agustín, de sus teorías sobre la gracia y la predestinación y de sus luchas contra las sectas cismáticas.

Era mucho más feliz sumergiéndose en la *Psychomachia* de Prudencio, inventor del poema alegórico, ese género destinado a gozar de ininterrumpido favor durante la Edad Media, o bien en las obras de Sidonio Apolinario, cuya correspondencia, salpicada de pullas y agudezas, de arcaísmos y acertijos, lo cautivaba. Siempre gozaba relejendo los panegíricos en que el buen obispo invoca las divinidades paganas en apoyo de sus pomposas alabanzas; y a pesar de sí mismo tenía que reconocer cierta debilidad por los preciosismos y las insinuaciones presentes en estos poemas, producidos por un ingenioso mecánico que cuida debidamente de su máquina, mantiene bien aceitadas todas sus partes y, llegado el caso, puede inventar nuevas piezas que son tan intrincadas como inútiles.

Después de Sidonio, mantenía su relación con el panegirista Merobaudes; con Sedulio, autor de poemas rimados e himnos alfabéticos de los que la Iglesia se ha apropiado en parte para usar en sus oficios; con Mario Víctor, cuyo sombrío tratado *De perversis moribus* está iluminado aquí y allá por versos que brillan como fósforo; con Paulino de Pela, quien compuso ese helado poema que es el *Eucharisticon*; y con Oriencio, obispo de Auch, quien en los dísticos de su *Monitoria* prorrumpe en invectivas contra el libertinaje de las mujeres, cuyos rostros, según declara, acarrearán desastres a los pueblos del mundo.

Des Esseintes no perdía nada de su interés en la lengua latina ahora que estaba completamente putrefacta y colgaba como res descompuesta, perdiendo los miembros, rezumando pus, apenas con-

servando, en la corrupción general de su cuerpo, unas cuantas partes sólidas, que los cristianos separarían a fin de conservarlas en la salmuera de su nuevo lenguaje.

La segunda mitad del siglo v había llegado, ese horrendo período en que escalofriantes convulsiones agitaron el mundo. Los bárbaros asolaban la Galia mientras Roma, saqueada por los visigodos, sentía que el frío de la muerte invadía su cuerpo paralizado y veía sus extremidades, el Este y el Oeste, hundidas en charcos de sangre, debilitándose cada día más.

En medio de la disolución universal, entre los asesinatos de Césares cometidos en rápida sucesión, entre el estrépito y la carnicería que cubrían a Europa de un extremo al otro, una exclamación aterradora se escuchaba de súbito y ella silenciaba todos los demás ruidos. En las márgenes del Danubio, millares de hombres envueltos en capas de piel de rata, montados en caballitos, espantosos tártaros de cabezas enormes, narices chatas, sin pelo, rostros amarillentos y mandíbulas surcadas de tajos y cicatrices, cabalgaban frenéticamente hacia los territorios del Bajo Imperio, barriendo cuanto hubiera ante ellos en su avance de torbellino.

La civilización desapareció entre el polvo de los cascos de sus caballos, en el humo de los incendios que provocaron. Cayeron las tinieblas sobre el mundo y los pueblos temblaron consternados al escuchar el espantoso ciclón que pasaba con ruido atronador. La horda de los hunos barrió toda Europa, se arrojó sobre la Galia y sólo fue detenida en las llanuras de Châlons, donde Accio la aplastó en un terrible encuentro. La tierra, atiborrada de sangre, parecía un mar de espuma carmesí; doscientos mil cuerpos cerraron el paso y apagaron el ímpetu de la avalancha invasora que, apartada de su senda,

días y de palabras despojadas de su significado original; le atraía; le interesaba aún más que el estilo deliciosamente decadente, ya demasiado maduro, de los historiadores Ammiano Marcelino y Aurelio Víctor, el autor epistolar Simaco y el compilador y gramático Macrobio, e incluso lo prefería al verso debidamente medido y al lenguaje soberbiamente abigarrado de Claudiano, Rutilio y Ausonio.

Estos últimos fueron, en su tiempo, los maestros de su arte; llenaron con sus gritos el Imperio agonizante: el cristiano Ausonio con su *Cento nuptialis* y su largo y complejo poema sobre el Mosela; Rutilio con sus himnos a la gloria de Roma, sus anatemas contra los judíos y los monjes, y su relación de un viaje a través de los Alpes a Galia, en la que a veces consigue comunicar ciertas impresiones visuales, los paisajes brumosamente reflejados en el agua, los espejismos causados por los vapores, la niebla arremolinada en las cimas de las montañas.

En cuanto a Claudiano, aparece como una especie de avatar de Lucano, dominando el siglo iv entero con las tremendas trompetas de su verso; poeta que martilla en su yunque un exámetro sonoro y brillante, moldeando cada epíteto con un solo golpe entre lluvias de chispas, alcanzando cierta grandeza, llenando su obra con un poderoso hábito de vida. Con el Imperio de Occidente que caía en ruinas a su alrededor, entre el horror de las reiteradas matanzas que se producían en todas partes y bajo la amenaza de invasión de los bárbaros que ya apresuraban sus hordas contra las puertas agrietadas del Imperio, convoca la Antigüedad a la vida, canta el Rapto de Proserpina, cubre su lienzo con colores resplandecientes y pasa con todas sus luces ardientes a través de las tinieblas que caen sobre el mundo.

Nuevamente vive en él el paganismo, dejando oír su última fanfarria orgullosa, elevando a su último gran poeta muy por encima de la inundación de la Cristiandad que en seguida va a sumergir por completo el idioma y a ejercer dominio absoluto y eterno sobre la literatura: con Paulino, el discípulo de Ausonio; con el sacerdote español Juvenco, quien parafrasea los Evangelios en verso; con Victorino, autor de los *Machabaei*; con Sanctus Burdigalensis, quien en una égloga imitada de Virgilio hace que los pastores Egon y Buculus lamenten las enfermedades que afligen a sus rebaños. Luego están los santos, toda una serie de santos: Hilario de Poitiers, quien fue campeón de la fe de Nicea y mereció ser llamado el Atanasio de Occidente; Ambrosio, autor de homilías indigestas, un tedioso Cicerón cristiano; Dámaso, fabricante de epigramas lapidarios; Jerónimo, traductor de la Vulgata, y su adversario Vigilancio de Comminges, quien ataca el culto de los santos, el abuso de milagros, la práctica del ayuno y ya predica contra los votos monásticos y el celibato del sacerdocio, utilizando argumentos que serán repetidos en el curso de los siglos.

Por último, en el siglo v aparece Agustín, obispo de Hipona. Demasiado bien lo conocía des Esceintes, puesto que era el más reverenciado de todos los autores eclesiásticos, el fundador de la ortodoxia cristiana, el hombre a quien los católicos piadosos consideran un oráculo, una autoridad soberana. Como consecuencia natural de esto ya nunca jamás abría sus libros, por más que hubiera proclamado su asco por este mundo en sus *Confesiones* y que, en *De civitate Dei*, con acompañamiento de piadosos quejidos, hubiera tratado de paliar la aterradora zozobra de su tiempo con sedativas promesas de cosas mejores en la vida de ultratumba. Incluso en sus años mozos, cuando estaba estudian-

cayó como rayo sobre Italia, cuyas ciudades en ruinas ardieron como almiares en llamas.

El Imperio de Occidente se desmoronó bajo el choque; la vida condenada que había ido arrastrando en la imbecilidad y la corrupción se extinguió. Hasta parecía que estuviera por llegar el fin del mundo, pues las ciudades que Atila pasaba por alto fueron diezmadas por el hambre y la peste. Y la lengua latina, como todo lo demás, pareció desvanecerse bajo las ruinas del mundo antiguo.

Pasaron los años y con el tiempo empezaron a adquirir forma precisa los idiomas bárbaros, a surgir de sus toscas gangas, a convertirse en verdaderas lenguas. Mientras tanto el latín, salvado por los monasterios de morir en el desastre universal, quedó confinado al claustro y al presbiterio. Aún así, aparecieron aquí y allá, para mantener encendida la llama, unos cuantos poetas, aunque lenta y apagadamente: el africano Draconcio, con su *Hexameron*, Claudio Mamerto, con sus poemas litúrgicos, y Avito de Vienne. Luego estaban los biógrafos como Ennodio, quien cuenta los milagros de San Epifanio, ese diplomático astuto y respetado, ese pastor recto y vigilante, o Eugipio, quien nos ha dejado registrada la vida incomparable de San Severino, el misterioso anacoreta y humilde ascético que apareció como un ángel de merced para los pueblos de su tiempo, frenéticos de miedo y dolientes; autores como Veranio de Gévaudan, quien compuso un pequeño tratado sobre la cuestión de la continencia, o Aureliano y Ferreolo, que compilaron cánones eclesiásticos; y por último historiadores como Rotherio de Agde, afamado por una historia de los hunos, en la actualidad perdida.

Había muchas menos obras de los siglos siguientes en la biblioteca de des Esseintes. Con todo, el siglo VI estaba representado por Fortunato, obis-

po de Poitiers, cuyos himnos y *Vexilla Regis*, tallado en el antiguo esqueleto de la lengua latina y condimentado con las especias de la Iglesia, cautivaba su pensamiento en ciertos días; asimismo, por Boecio, Gregorio de Tours y Jornandes. En cuanto a los siglos VII y VIII, aparte del bajo latín de cronistas como Fredegario y Pablo el Diácono, o de los poemas contenidos en el Antifonario de Bangot, uno de los cuales —un himno alfabético, monorrinado, en honor de San Comgall— ojeaba a veces, la producción literaria estaba restringida casi exclusivamente a *Vidas* de los santos, en especial la leyenda de San Columbano por el cenobita Jonás y la del Beato Cuthbert compilada por el Venerable Beda con las notas de un monje anónimo de Lindisfarne. En consecuencia, se limitaba a sumergirse, en raros momentos, en las obras de estos hagiógrafos y a releer pasajes de las vidas de Santa Rusticula y Santa Radegunda, la primera relatada por Defensorio, un sinodista de Ligugé, y la segunda por una monja de Poitiers, la ingenua y modesta Baudonivia.

Sin embargo, ciertas notables obras latinas de origen anglosajón le resultaban más a su gusto; toda la serie de acertijos por Aldhelm, Tatwin y Eusebio, esos descendientes literarios de Sinfosio, y por sobre todo los acertijos compuestos por San Bonifacio, en acrósticos en que la respuesta está dada por las letras iniciales de cada estrofa.

Su predilección por la literatura latina se hacía más débil al acercarse al final de esos dos siglos y poco entusiasmo conseguía sentir por la prosa ampulosa de los latinistas carolingios, los Alcuinos y los Eginhardos. Como muestras del lenguaje del siglo IX, se contentaba con las crónicas de Freculf, Reginon y el autor anónimo de Saint-Gall, con el poema sobre el sitio de París ideado por Abbo le

Coubé, y con el *Hortulus*, el poema didáctico del benedictino Walafrid Strabón, cuyo canto consagrado a la glorificación de la calabaza como símbolo de la fecundidad hacía cosquillas a su sentido del humor. Otra obra que apreciaba era el poema de Ermond le Noir que celebraba las hazañas de Louis le Débonnaire, poema escrito en exámetros regulares, en un estilo austero y hasta sombrío, una lengua férrea enfriada en aguas monacales pero con fallas en el duro metal, donde se mostraba el sentimiento; y otro, un poema de Macer Floridus, *De viribus herbarum*, del cual gozaba especialmente por sus recetas poéticas y las notables virtudes que atribuía a determinadas plantas y flores, la aristoloquia, por ejemplo, la cual, mezclada con carne de vaca y puesta sobre el abdomen de una embarazada determinaba infaliblemente el nacimiento de un hijo varón, o la borraja, la cual servida como cordial alegra al huésped más sombrío, o bien la peonia, cuya raíz en polvo constituye una cura duradera para la epilepsia, o bien el hinojo, que aplicado al pecho de una mujer aclara su orina y estimula sus períodos inactivos.

Salvo el caso de unos cuantos libros que no habían sido clasificados, de ciertos textos modernos o sin fecha, de unos cuantos tratados cabalísticos, médicos o botánicos, de diversos volúmenes sueltos de la *Patrología* de Migne, los cuales contenían poemas cristianos inhallables fuera de ellos, y de la antología de poetas menores compilada por Wernsdorff; salvo Meursius, el manual de erotología clásica de Forberg y los diaconales destinados al uso de padres confesores, que con largos intervalos él solía sacar y desempolvar, su colección de obras en latín se detenía a comienzos del siglo x.

Para entonces, después de todo, la peculiar originalidad y la refinada sencillez de la latinidad cris-

tiana había, igualmente, llegado a su fin. En adelante, el cotorreo de los filósofos y escoliastas, la logomaquia de la Edad Media reinaría suprema. Las fuliginosas pilas de crónicas y libros de historia, las masas plúmbeas de cartularios, crecerían constantemente, en tanto que la gracia tartamudeante, la torpeza a menudo exquisita de los monjes, recalentando las sobras poéticas de la Antigüedad en un guiso piadoso, ya eran cosas del pasado; ya había quedado cerrado aquel taller de donde salían verbos de refinada dulzura, sustantivos con aroma a incienso y extraños adjetivos toscamente modelados con oro en el estilo deliciosamente bárbaro de la joyería gótica. Las viejas ediciones tan amadas por des Esseintes terminaban por esfumarse; y dando un portentoso salto de varios siglos, acumuló en el resto de sus anaqueles libros modernos que, haciendo caso omiso de los períodos intermedios, lo llevaban directamente a la lengua francesa de la actualidad.

IV

Una vez, ya bien entrada la tarde, llegó un coche hasta la puerta de la casa en Fontenay. Como des Esseintes jamás tenía visitas y el cartero ni siquiera se acercaba a esa región deshabitada, puesto que no tenía que entregar diarios, revistas ni cartas, los criados titubearon, preguntándose si debían abrir la puerta. Mas cuando la campanilla volvió a dar, ahora violentamente, contra el muro, se aventuraron a abrir el atisbadero que había en la puerta y contemplaron a un caballero cuyo pecho entero estaba cubierto, del cuello a la cintura, por un vasto escudo de oro.

Entonces se lo hicieron saber al amo, quien estaba desayunando.

—Sí, por cierto —les dijo—; haced pasar al caballero —pues recordaba haberle dado una vez su dirección a un lapidario, a fin de que este individuo pudiera hacerle llegar un artículo que le había encargado.

El caballero se abrió camino entre reverencias y depositó sobre el piso de pinotea del comedor su dorado escudo, que se mecía para atrás y para adelante, alzándose un poquitín del suelo y extendiendo al final de un cuello reptiliano una cabeza de tortuga que, en un súbito ataque de pánico, volvió a meter bajo la caparazón.

Esta tortuga era el resultado de una fantasía que se le había ocurrido poco antes de abandonar

París. Mientras contemplaba un día una alfombra oriental que resplandecía de colores iridiscentes y seguía con los ojos los destellos argentinos que corrían a través de la trama de la lana, combinación de amarillo y cereza, había pensado qué buena idea sería poner sobre dicha alfombra algo que se moviera y que fuera bastante oscuro como para hacer resaltar esos tintes fulgurantes.

Poseído por esta idea había recorrido las calles al azar hasta llegar al Palais-Royal, donde echó un vistazo a la exhibición de Chevet y de repente se dio un golpe en la frente, pues allí en la vidriera había una corpulenta tortuga en un tanque. Compró la criatura y, cuando la hubo dejado suelta sobre la alfombra, se sentó y la sometió a largo examen, concentrando su espíritu hasta devanarse los sesos.

Ay, no podían quedar dudas: el tinte moreno oscuro y el crudo matiz siena de la caparazón amortiguaban el lustre de la alfombra en vez de hacer resaltar sus colores; los destellos predominantes de plata habían perdido ahora casi todo su brío y se equiparaban a los fríos tonos de zinc que había en los bordes de esa concha dura y sin lustre.

Se comía las uñas, tratando de encontrar una manera de resolver la desavenencia marital entre esos tintes y de impedir un divorcio absoluto. Por último llegó a la conclusión de que era errónea su idea inicial de utilizar un objeto oscuro que fuera de aquí para allá a fin de avivar los fuegos en la hoguera de lana. En realidad, ocurría que la alfombra era aún demasiado brillante, demasiado llamativa, de aspecto demasiado nuevo; sus colores todavía no se habían aplacado bastante, aún no eran sumisos. Lo que había que hacer era invertir su proyecto inicial y suavizar esos colores, tornarlos mortecinos mediante el contraste con un objeto

brillante que apagaría cuanto hubiera en torno de sí, ahogando los destellos argentinos en un esplendor de oro. Enunciada en estos términos, la solución del problema se hacía más sencilla; y por consiguiente des Esseintes decidió que el escudo de su tortuga fuera barnizado de oro.

De vuelta del taller donde el dorador le había dado casa y comida, el reptil resplandecía tan brillante como un sol, arrojando sus rayos sobre la alfombra, cuyos matices se volvían pálidos y débiles, pareciendo un escudo visigodo tegulado con brillantes escamas por un artista bárbaro.

Al principio, des Esseintes quedó embelesado por el efecto que había conseguido mas pronto tuvo la impresión de que esta joya gigantesca sólo a medias estaba terminada y que no quedaría realmente completa hasta estar incrustada de piedras preciosas.

En una compilación de arte japonés seleccionó un dibujo que representaba un gran ramo de flores que salían de un solo tallo delgado, se lo llevó a un joyero, bosquejó una orla para encerrar ese ramillete en un marco oval e informó al estupefacto lapidario que las hojas y los pétalos de cada una de las flores debían ser ejecutados con piedras preciosas y montados en la caparazón misma de la tortuga.

Hizo una pausa para considerar la elección de las gemas. Los brillantes, se dijo, se han vuelto atrocemente vulgares desde que cada hombre de negocios lleva uno en el dedo meñique; las esmeraldas y los rubíes orientales no están igualmente degradados y lanzan brillantes lenguas de fuego, pero recuerdan demasiado los ojos verdes y rojos de ciertos ómnibus parisienses que llevan faroles precisamente de esos mismos colores; en cuanto a los topacios, sean rosados o amarillos, son piedras ba

ratas, preferidas por los dependientes de tienda que anhelan tener unos cuantos estuches de alhajas para guardar con llave en sus roperos con espejo. De modo semejante, si bien la Iglesia ha contribuido a que las amatistas conserven algo de carácter sacerdotal, a un tiempo untuoso y solemne, estas gemas se han envilecido al aparecer en las orejas rojizas y en los dedos parecidos a morcillas de las esposas de carniceros, quienes ambicionan adornarse a poco costo con joyas pesadas y genuinas. Entre estas piedras, únicamente el zafiro ha conservado inviolados sus fuegos, sin que los macule el contacto con la estupidez comercial y financiera. Las resplandecientes chispas que destellan sobre sus aguas límpidas y heladas han protegido, por así decir, de toda profanación su nobleza discreta y alta-nera. Mas, por desgracia, a la luz artificial sus brillantes llamas pierden su brillo; las aguas azules se amortiguan y parecen dormirse, para sólo despertar y chispear nuevamente cuando sale el sol.

Era evidente que ninguna de estas piedras cumplía los requisitos de *des Esscintes* además de que eran demasiado civilizadas, demasiado familiares. Volvió, en cambio, su atención hacia gemas más pasmosas e inusitadas; y después de dejarlas escurrirse entre sus dedos, hizo por último una selección de piedras auténticas y artificiales que, combinadas, determinarían una armonía fascinadora y desconcertante.

Ejecutó su ramillete en la siguiente forma: en las hojas engastó gemas de un verde fuerte y categórico —crisoberilos de un verde espárrago, peridotos de un verde puerro, olivinas de verde oliva— y éstas salían de ramitas de almandina y ucarovita de un rojo purpúreo, que arrojaban destellos de una luz brillante y agria como las costras de tártaro que lucen en el interior de los toneles de vino.

Para las flores que salían del tallo a buena distancia del pie del ramaje, se decidió por un azul fosfato; pero se negó absolutamente a tener en cuenta la turquesa oriental que se usa para broches y anillos, la cual, junto con la perla baladí y el odio coral, constituyen el deleite del tropel humano.

Únicamente eligió turquesas occidentales; piedras que, hablando estrictamente, sólo son marfil fósil impregnado de sustancias cobrizas y cuyo azul verdecedón parece espeso, opaco y sulfuroso, como si estuviera aciguatado por la bilis.

Hecho esto, ya podía pasar a las inserustaciones correspondientes a los pétalos de aquellas flores que estaban en toda su lozanía en medio de su ramaje, aquellas más próximas al tallo, para las que optó por minerales translúcidos que brillaban con luz enfermiza y vídriosa y destellaban con violentos y furiosos estallidos de fuego.

A tal fin sólo aprovechó "ojos de gato" de un gris verdoso, rayados de vetas concéntricas que parecen moverse y cambiar de lugar según el modo en que les dé el sol, la cimófana de aguas azules que ondean a través del centro flotante, de color lechoso; la safirina que enciende fuegos fosforescentes, azulados, contra un fondo mortecino, color de chocolate.

El lapidario tomaba cuidadosamente nota mientras se le explicaba dónde debía ir exactamente cada piedra.

—¿Y qué hacer en cuanto al borde de la caparazón? —le preguntó seguidamente a des Esseintes.

Inicialmente había pensado éste en un borde de ópalos e hidrófanas. Mas estas piedras, por interesantes que puedan ser en razón de sus colores variables y su fuego vacilante, son demasiado inestables e inseguras para tenerlas en cuenta; de hecho, el ópalo tiene una sensibilidad realmente reu-

mática, el fuego de sus rayos cambia de conformidad con los cambios que haya en la humedad y la temperatura, en tanto que la hidrófana sólo arde en el agua y se rehúsa a encender sus fuegos grises a menos que esté húmedo.

Por último se decidió por una serie de gemas de colores contrastantes: el jacinto de Compostela, de un rojo caoba, seguido por la aguamarina verde mar; el rubí morado como vinagre, por el rubí de Sudermania, de un pálido color pizarra. Estos débiles lustres bastarían para destacar la caparazón oscura, mas no lo bastante como para desvirtuar el ramo de enjoyadas flores que enmarcarían en una delgada guirnalda de brillo atenuado.

Ahora des Esseintes estaba sentado contemplando la tortuga que yacía acurrucada en un rincón del comedor, resplandeciendo a la media luz.

Se sentía realmente dichoso, deleitaba la vista con el esplendor de estas enjoyadas corolas, encendidas de color contra un fondo de oro. De repente sintió avidez de algo que comer, algo inusitado en él, y a poco estaba empapando tostadas untadas con incomparable mantequilla en una taza de té, impecable mezcla de Si-a-Fayoun, Mo-you-Tann y Khansky; tés amarillos llevados de China a Rusia en caravanas especiales.

Bebió ese perfume líquido en una taza de esa porcelana oriental que se conoce con el nombre de "cáscara de huevo", tan delicada y diáfana es: y así como jamás usaba otras tazas que éstas, adorablemente deliciosas, también insistía en bandejas y platos con auténtica plata dorada, ligeramente gastados para que la plata apareciera un poco donde la tenue película de oro estuviera borrada, dándole a la vajilla un encantador aire de cosa vieja, una apariencia de algo gastado, moribundo.

Después de beber el último trago retornó a su

estudio y le encomendó al criado que le llevara la tortuga, la cual todavía se negaba obstinadamente a moverse.

Afuera, caía la nieve. La casita, abrigada y somnolienta en la oscuridad, estaba envuelta en un profundo silencio. Des Esseintes permanecía sentado, divagando entre recuerdos. Los leños ardientes, una alta pila en la chimenea, llenaban la habitación de aire caliente, y al rato se levantó y abrió un poquito una ventana.

Como un gran dosel de contraarmifios, el firmamento colgaba ante sus ojos, cortina negra salpicada de blanco.

De súbito un viento gélido sopló, haciendo danzar los copos de nieve e invirtiendo esta distribución de colores. Los adornos heráldicos del firmamento quedaron dados vuelta y revelaron el genuino armiño, blanco y salpicado de negro, donde alfilerazos de negrura se mostraban a través de la cortina de nieve que caía.

Cerró la ventana nuevamente. Este brusco cambio, pasar directamente del calor tórrido de la habitación al frío cortante de pleno invierno, lo había dejado sin aliento; y enroscándose una vez más junto al fuego, se le ocurrió que una gota de licor sería lo más apropiado para entrar en calor.

Se dirigió pues al comedor, donde había un armario embutido en una de las paredes, el cual contenía una fila de barrilillos, prolijamente ordenados en diminutos soportes de sándalo; cada uno tenía en la base una espita de plata. A esta colección de tonelillos de licores la había bautizado su órgano bucal.

Podía conectarse una varilla a todas las espitas, con lo cual se hacía posible que todas giraran con un solo movimiento, de modo que cuando el dispositivo estaba puesto sólo era necesario apre-

tar un botón oculto en la entabladura para que todos los conductos se abrieran simultáneamente, llenando así de licor los minúsculos vasos que se hallaban bajo las espitas.

Abrió, pues, el órgano. Sacó las llaves rotuladas "flauta", "corneta" y "vox angelica", que así quedaron listas para ser usadas. A des Esseintes le gustaba beber una gota de aquí, otra de allá, ejecutando sinfonías interiores que le proporcionaban a su paladar sensaciones análogas a las que la música otorga al oído.

A decir verdad, por su gusto cada licor correspondía, en su opinión, al sonido de un instrumento determinado. El curaçao seco, por ejemplo, era como el clarinete, con su nota penetrante y aterciopelada; el kummel era como el óboe, con su timbre nasal y sonoro; la crème de menthe y el anisette eran como la flauta, a un mismo tiempo dulces y picantes, suaves y estridentes. Después, para completar la orquesta, estaba el kirsch, que soplaba su salvaje trompetazo; la ginebra y el whisky, que levantaban el techo de la boca con el fragor de sus trombones; el aguardiente de orujo que competía con las tubas en cuanto a estrépito ensordecedor; en tanto salían retumbos de trueno del címbalo y el bombo, y el "arak" y la almáeiga sacudían y golpeaban con todas sus fuerzas.

Consideró que esta analogía podía llevarse aún más lejos y cabía tocar cuartetos de cuerda bajo el paladar, representado el violín por un viejo coñac, fuerte y selecto, mordiente y delicado; simulada la viola por el ron, licor más vigoroso, pesado y apacible; punzante, prolongado, triste y tierno como un violoncelo, el vespetro; y, para el contrabajo, un amargo fino y añejo, de mucho cuerpo, sólido y oscuro. Hasta podría formarse un quinteto, en caso de considerárselo conveniente, añadiendo un quinto

instrumento, el licor seco de comino, con su nota argentina, aguda y clara, de vibrante sabor.

La similitud no paraba aquí, pues la música de los licores tenía su propio sistema de tonos relacionados entre sí; de este modo, para sólo dar un ejemplo, el benedictino representa, por así decir, el tono menor correspondiente al tono mayor de esos alcoholes que las partituras de las vinerías indican con el nombre de Chartreuse verde.

Una vez establecidos estos principios, y gracias a una serie de experimentos eruditos, le había sido posible ejecutar sobre su lengua melodías silenciosas y mudas marchas fúnebres, escuchar en el interior de su boca solos de crème de menthe y dúos de ron y vespetro.

Hasta consiguió trasladar piezas específicas de música a su paladar, siguiendo paso a paso al compositor, representando sus intenciones, sus efectos y sus matices de expresión mediante la mezcla o la oposición de licores conexos, mediante sutiles aproximaciones y astutas combinaciones.

En otras ocasiones optaba por componer sus melodías propias, ejecutando pastorales con el dulce licor de grosella que llenaba su pecho con el canto del ruiseñor; o con el delicioso licor de cacao que canturreaba pastorales azucaradas como las "Romanzas de Estelle" y el "Ah! vous dirai-je, maman" de antaño.

Mas esa noche des Esseintes no tenía deseos de escuchar el sabor de la música; se limitó a sacar una nota del tablero de su órgano, marchándose con un diminuto vaso que había llenado con auténtico whisky irlandés.

Volvió a acomodarse en su sillón y lentamente saboreó este espíritu fermentado de avena y cebada, difundiéndose en su boca un acre aroma a creosota.

Poco a poco, mientras bebía, sus pensamientos

siguieron las renovadas reacciones de su paladar, ocupado con el sabor del whisky, y la sorprendente semejanza le trajo recuerdos que durante años habían permanecido aletargados.

El aroma del ácido fénico, tan acre, forzosamente le recordó el olor idéntico que tan presente había tenido cada vez que un dentista trabajaba en sus encías.

Una vez en esta pista, sus recuerdos recorrieron al principio todos los diferentes sacamuelas que había conocido, y por último se congregaron y convergieron en uno de ellos, cuyo método peculiar le había quedado grabado en la memoria con singular fuerza.

La cosa había ocurrido tres años atrás: afligido a medianoche por un espantoso dolor de muelas, se obturó la mejilla con algodón y dio vueltas por su dormitorio como un demente, tropezando con los muebles, cegado por el dolor.

Se trataba de una muela que ya había sido empastada y que ahora era incurable; el único remedio posible eran las pinzas del dentista. En febril agonía aguardó que llegara la luz del día, decidido a soportar la más atroz operación con tal de que pusiera fin a su padecimiento. Acariciándose la mandíbula, se preguntó qué iba a hacer exactamente cuando llegara la mañana. Los dentistas a quienes acudía por lo común eran prósperos hombres de negocios a quienes no se podía ir a ver sin tener turno fijado previamente; había que pedir hora por adelantado y ponerse de acuerdo al respecto.

—Ni qué pensar en eso —se dijo—. No puedo esperar más.

Se decidió entonces a salir para ver al primer dentista que pudiera encontrar, recurriendo a uno de esos sacamuelas comunes, de menor categoría, uno de esos individuos forzudos que, por ignoran-

tes que sean del arte inútil de tratar la podredumbre y orificar caries, saben cómo extirpar con incomparable rapidez los raigones más tercos. Sus puertas siempre están abiertas al romper el día y a su clientela no se la deja esperando nunca.

Sonaron por fin las siete. Precipitadamente salió de su casa y, recordando el nombre de un mecánico que se hacía llamar dentista y que vivía en una casa esquina junto al río, se encaminó rápidamente en esa dirección, mordisqueando un pañuelo mientras sofocaba las lágrimas.

Pronto llegó a la casa, que se distinguía por un enorme letrero de madera que llevaba el nombre "Gatomax" escrito a todo lo largo en grandes letras amarillas sobre fondo negro, así como por dos pequeñas vitrinas en que se exhibían pulcras hileras de dientes postizos insertos en encías sonrosadas de goma, unidas por resortes de cobre. Se quedó allí jadeante; el sudor le corría por la frente; se apoderó de él un miedo espantoso y un escalofrío recorrió su cuerpo. Entonces apareció de súbito el alivio, se desvaneció el dolor y la muela dejó de dolerle.

Tras permanecer un momento en la calle, preguntándose qué hacer, por último dominó el miedo y trepó por la escalera sumida en sombras, saltando los escalones de a cuatro hasta llegar al tercer piso. Allí dio con una puerta con una placa esmaltada que reiteraba el nombre que había visto en el letrero de la calle. Hizo sonar la campanilla; luego, aterrorizado de pronto por el espectáculo de grandes salpicaduras de sangre y salivazos en los escalones, se dispuso a volverse, decidido a seguir sufriendo dolor de muelas por el resto de sus días, cuando un penetrante alarido le llegó desde el otro lado del tabique, llenando el pozo de la escalera y clavándolo donde estaba, paralizado de espanto.

En ese preciso instante se abrió la puerta y una vieja lo invitó a pasar.

La vergüenza se impuso al miedo y se dejó llevar a lo que parecía ser un comedor. Otra puerta se abrió con estrépito y por ella pasó un individuo grandote, vestido con una levita y unos pantalones que daban la impresión de estar tallados en madera. Des Esseintes lo siguió al santuario.

Sus recuerdos de lo que había sucedido después eran algo confusos. Vagamente recordaba haberse dejado caer en un sillón frente a una ventana, señalándose con el dedo la muela que lo martirizaba y tartamudeando:

—Ya la han empastado. Me temo que ya nada se pueda hacer ahora.

El hombrón puso enseguida término a esta explicación, metiéndole un enorme índice en la boca; luego, hablando consigo mismo tras sus bigotazos rizados y encerados, escogió un instrumento en una mesa.

En ese momento empezó el verdadero drama. Aferrado a los brazos del sillón, des Esseintes sintió el frío toque metálico dentro de la mejilla, vio luego toda una galaxia de estrellas y, en inexpresable agonía, comenzó a patear y chillar como un lechón atrapado.

Hubo un fuerte crujido al romperse la muela en la extracción. A esa altura, le parecía que le estaban sacando la cabeza y que le hundían el cráneo; perdió todo dominio de sí mismo y gritó a pleno pulmón, luchando desesperadamente contra el sacamuélas, quien volvió a irsele encima como si quisiera hundirle el brazo en las profundidades de su vientre. De pronto el individuo dio un paso atrás, alzó a su paciente por la muela empecinada y volvió a dejarlo caer en el sillón, mientras se quedaba parado ahí, ocultando la ventana, bufan-

do y resoplando mientras blandía en el extremo de sus pinzas la muela azul con su punta roja.

Completamente agotado, des Esseintes escupió una palangana entera de sangre, alejó con la mano a la vieja que fue a ofrecerle su muela, que estaba dispuesta a envolver en una hoja de diario, y después de pagar dos francos salió huyendo, agregando su contribución a los salivazos sanguinolentos en la escalera. Mas, una vez en la calle recuperó su brío, sintiéndose diez años más joven e interesándose hasta en las cosas más insignificantes.

—¡Uf! —exclamó para sí, estremeciéndose por los macabros recuerdos. Se puso de pie para romper la horrible fascinación de esa visión de pesadilla y, volviendo a sus preocupaciones del momento, se sintió súbitamente intranquilo por la tortuga.

Seguía yacente, absolutamente inmóvil. La tocó: estaba muerta. Acostumbrada, sin duda, a una vida sedentaria, una humilde existencia pasada al abrigo de su humilde caparazón, no había sido capaz de soportar el lujo deslumbrante que le impusieron, la reluciente capa con que la vistieron, las piedras preciosas que se emplearon para decorar su concha como un enjoyado ciborio.

Junto con el deseo de evadirse de un período odioso de degradación sórdida, también había adquirido creciente dominio en él un anhelo de no ver nunca más imágenes de la criatura humana entregada a sus faenas en París, entre cuatro paredes o rondando por las calles en busca de dinero.

Una vez que cortó sus ataduras con la vida contemporánea, resolvió no permitir que en su ermita entrara nada que pudiera engendrar asco o pesar; y así había puesto todo su empeño en dar con unos cuantos cuadros de refinamiento exquisito y sutil, embebidos en una atmósfera de fantasía antigua, envueltos en un aura de corrupción de antaño, divorciados de los tiempos modernos y de la sociedad moderna.

Para delectación de su espíritu y deleite de sus ojos, había decidido encontrar obras evocadoras que lo transportaran a un mundo desacostumbrado, que indicaran el camino hacia nuevas posibilidades y sacudieran su sistema nervioso mediante fantasías eruditas, pesadillas complicadas y visiones suaves y siniestras.

Entre todos los artistas en que pensó había uno que llegaba a entusiasmarlo: se trataba de Gustave Moreau. Había comprado las dos obras maestras de Moreau y, noche tras noche, se detenía a soñar frente a una de ellas, la representación de Salomé.

Este cuadro mostraba un trono equiparable al

altar mayor de una catedral, erguido bajo un techo abovedado —un techo cruzado por incontables arcos que salían de columnas macizas, casi románicas, revestidas de ladrillo policromo, incrustadas de mosaico, adornadas de lapislázuli y sardónix— en un palacio que semejaba una basílica construida en un estilo a medias musulmán, a medias bizantino.

En el centro del tabernáculo ubicado sobre el altar, al que se llegaba por unos escalones en receso en forma de semicírculo, se encontraba sentado el Tetrarca Herodes, con una tiara en la cabeza, las piernas juntas y las manos sobre las rodillas.

Su cara era amarilla y apergaminada, surcada de arrugas, marcada por los años; su larga barba flotaba como una blanca nube sobre las enjoyadas estrellas que tachonaban el manto guarnecido de oro que moldeaba su pecho.

En torno de esta escultural figura inmóvil, congelada como un dios hindú en una postura hierática, se quemaba incienso que expelía nubes de vapor, a través de las cuales las ígneas gemas engastadas en los costados del trono destellaban como ojos fosforescentes de animales salvajes. Las nubes se remontaban más y más, en remolinos bajo las arcadas del techo, donde el humo azulado se mezclaba con el polvo dorado de los grandes rayos de sol que caían oblicuamente de las cúpulas.

En medio del pesado aroma de estos perfumes, en la atmósfera sobrecalentada de la basílica, Salomé se desliza lentamente sobre las puntas de sus pies, el brazo izquierdo extendido en un gesto imperioso, el derecho encogido, sosteniendo un gran capullo de loto junto a su rostro, mientras una mujer en cuclillas tañe las cuerdas de una guitarra.

Con una expresión concentrada, solemne, casi augusta en el rostro, comienza la danza lasciva que ha de despertar los sentidos adormecidos del de-

crépito Herodes; sus pechos se agitan y se endurecen los pezones al contacto con sus collares que giran; las sartas de brillantes relucen contra su carne húmeda; sus brazaletes, cinturones y anillos lanzan chispas de fuego; y a través de su túnica triunfal, bordada con perlas, adornada con plata, con franjas de oro, la enjoyada coraza, cada una de cuyas cadenas es una piedra preciosa, parece estar en llamas con pequeñas serpientes de fuego, en enjambre sobre la carne mate, sobre la piel rosa té, como suntuosos insectos de élitros deslumbrantes, moteados de carmín, jaspeados de amarillo pálido, jaspeados de azul acero, rayados de verde pavón.

Con los ojos fijos, con la mirada concentrada del sonámbulo, ella no ve al Tetrarca, que allí está sentado y tembloroso, ni a su madre, la feroz Herodías, quien vigila cada uno de sus movimientos, ni al hermafrodita o eunuco que se yergue, sable en mano, al pie del trono, criatura aterradora, velada hasta los ojos y de ubres sin sexo que penden como calabazas bajo su túnica de franjas anaranjadas.

La personalidad de Salomé, figura de cautivante fascinación para artistas y poetas, lo atormentaba desde hacía años. Una y otra vez había abierto la vieja Biblia de Pierre Variquet, traducida por los doctores en Teología de la Universidad de Lovaina, para leer el Evangelio de San Mateo, que relata en frases breves e ingenuas la decapitación del Precursor; una y otra vez se había quedado absorto ante estas líneas:

Mas celebrándose el día del nacimiento de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes.

Y prometió él, con juramento, darle todo lo que pidiese.

Y ella, instruida primero por su madre, dijo: "Dame aquí, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista".

Entonces el rey se entristeció; mas por el juramento, y por los que estaban juntamente a la mesa, mandó que se le diese lo que pedía.

Y enviando, degolló a Juan en la cárcel.

Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la muchacha; y ella la presentó a su madre.

Mas ni San Mateo, ni San Marcos, ni San Lucas ni ningún otro de los autores sagrados se había explayado sobre el encanto enloquecedor y la potente depravación de la danzarina, quien había sido siempre una figura borrosa y distante, perdida en un éxtasis misterioso, allá lejos en las brumas del tiempo, más allá del alcance de espíritus pedestres y pundonorosos, accesible únicamente a cerebros estremecidos, aguzados y al borde de la clarividencia mediante la neurosis; ella siempre había rechazado los requerimientos de pintores carnales, como Rubens, quien la convirtió en la mujer de un carnicero flamenco; ella había superado siempre los alcances de la hermandad literata, que nunca consiguió representar el turbador delirio de la danzarina, la sutil grandeza de la asesina.

En la obra de Gustave Moreau, cuya concepción iba mucho más allá de los datos suministrados por el Nuevo Testamento, des Esseintes veía conseguida por fin, después de tanto tiempo, la fantástica y sobrehumana Salomé de sus sueños. Aquí ya no era simplemente la muchacha bailarina que arranca el grito de lujuria de un viejo con los movimientos eróticos de sus flancos, que mina el ánimo y quiebra la voluntad de un rey con sus pechos

erectos, las contorsiones del vientre y el temblor de los muslos. Se había tornado, por así decirlo, en la encarnación simbólica de la inmortal Lujuria, la Diosa de la imperecedera Histeria, la maldita Belleza exaltada por encima de todas las demás bellezas por la catalepsia que endurece su carne y hace de acero sus músculos, la Bestia monstruosa, indiferente, irresponsable, insensible, que emponzoña, como la Helena del mito antiguo, todo cuanto la ve, todo cuanto ella toca.

Considerada bajo esta luz, Salomé pertenecía a las teogonías de Extremo Oriente; ya no tenía su origen en la tradición bíblica, ni siquiera se la podía vincular a la imagen viva de Babilonia, la prostituta regia del Apocalipsis, adornada como ella con piedras preciosas y ropajes purpúreos, con aceites y perfumes, pues la ramera de Babilonia no fue arrojada por un poder fatídico, por una fuerza irresistible, a las iniquidades cautivantes de la lujuria.

Además, se diría que el pintor había deseado afirmar su intención de permanecer fuera de los límites del tiempo, de no dar indicaciones precisas sobre la raza y el país y la época, ubicando así su Salomé en ese palacio extraordinario, con su arquitectura heterogénea y grandiosa, vistiéndola con ropajes caprichosos y suntuosos, coronándola con una diadema indescriptible como la de Salambô, en forma de torre fenicia, y finalmente poniendo en su mano el cetro de Isis, la flor sagrada de Egipto y de la India, el gran capullo de loto.

Des Esscintes se devanaba los sesos tratando de encontrar el significado de este emblema. ¿Poseía el significado fálico, que las religiones primordiales de la India le atribuían? ¿Le sugería al anciano Tetrarca un sacrificio de su virginidad, un intercambio de sangre, un abrazo impuro que se reclamaba y era ofrecido con la condición expresa

de un asesinato? ¿O acaso representaba la alegoría de la fertilidad, el mito hindú de la vida, una existencia sostenida entre los dedos de la mujer y torpemente arrancada por las manos chapuceras del hombre, enloquecido por el deseo, poseído por una fiebre de la carne?

Acaso, también, al armar a su enigmática diosa con el venerado loto, el pintor había pensado en la bailarina, la mujer mortal, el vaso impuro, causa última de todo pecado y de todo crimen; acaso había recordado los ritos sepulcrales del antiguo Egipto, las solemnes ceremonias de embalsamamiento en que ejecutores y sacerdotes extendían el cuerpo de la muerta sobre una losa de jaspe, y luego, con agujas curvadas le extraían el cerebro por las narices, las entrañas por una abertura practicada en el costado izquierdo y, finalmente, antes de dorarle las uñas y los dientes, antes de ungir el cadáver con aceites y especias, insertaban en su sexo, para purificarlo, los castos pétalos de la flor divina.

Fuera como fuese, este cuadro ejercía cierta fascinación irresistible; mas la acuarela titulada "La aparición" creaba una impresión quizá todavía más perturbadora.

En este cuadro, el palacio de Herodes se elevaba como una Alhambra sobre esbeltas columnas iridiscentes con azulejos moriscos, que parecían estar asentadas sobre mortero de plata y cemento de oro; de los losanjes de lapislázuli surgían arabescos que serpenteaban hasta las cúpulas, cuya marquetaría de nácar destellaba con luces de arco iris y relucía con fuegos prismáticos.

Ya el asesinato está cometido; ahora el verdugo se yergue impasible, descansando sus manos sobre el pomo de su larga espada manchada de sangre.

La cabeza cortada del Santo había salido de la bandeja donde la depositaron sobre lajas y se ha-

bía elevado por los aires, los ojos fijos en el rostro lívido, separados los labios incoloros, el cuello carmesí goteando lágrimas de sangre. Un mosaico circundaba el rostro y también un halo de luz cuyos rayos como flechas pasaban bajo los pórticos, subrayando la terrible altura a que estaba la cabeza y encendiendo una hoguera en los ojos vidriosos, fijos en lo que daba la impresión de ser una atormentada concentración en la bailarina.

Con un gesto de horror, Salomé trata de apartar la aterradora visión que la tiene allí clavada, en equilibrio sobre las puntas de los pies, con los ojos dilatados y la mano derecha aferrada convulsivamente al cuello.

Está casi desnuda; en el calor de la danza han ido cayendo sus velos y sus túnicas de brocado se deslizaron al suelo, de modo que ahora sólo la visiten los metales labrados y las gemas translúcidas. Un gorgorán ciñe su cintura como un corselete y como un broche descomunal una alhaja maravillosa chispea y destella en la abertura entre sus pechos; más abajo, un cinturón rodea sus caderas, ocultando la parte superior de sus muslos, sobre los cuales cuelga un gigantesco pendiente centellante de rubíes y esmeraldas; por último, donde el cuerpo aparece desnudo entre el gorgorán y el cinturón, se destaca el vientre, en el cual el ombligo forma un hoyuelo que asemeja un sello grabado de ónix con sus matices lechosos y sus tintes de uñas sonrosadas.

Bajo los rayos brillantes que emanan de la cabeza del Precursor, cada faceta de cada gema se enciende; las piedras arden con brillo, delineando la figura de la mujer en colores llameantes, subrayando el cuello, las piernas y los brazos con puntos de luz, rojos como carbones ardientes, violetas co-

mo picos de gas, azules como alcohol llameante, blancos como rayos de luz lunar.

La espantosa cabeza brilla fosforescente, fantásticamente, mientras mana sangre de ella sin interrupción, de modo que coágulos de un rojo oscuro se forman en las puntas de la cabellera y de la barba. Sólo visible para Salomé, no abarca con su mirar siniestro ni a Herodías, quien está absorta en la satisfacción definitiva de su odio, ni al Tetrarca, quien inclinándose un poco hacia adelante con las manos sobre las rodillas, todavía jadea de emoción, enloquecido por el espectáculo y el perfume del cuerpo desnudo de la mujer, empapado de perfumes almizclados, ungido de bálsamos aromáticos, impregnado de mirra e incienso.

Como el viejo rey, invariablemente se sentía des Esseintes sometido, subyugado, pasmado cuando contemplaba a esa joven bailarina, que era menos majestuosa y menos altanera pero más seductora que la Salomé del cuadro al óleo.

En la estatua sin sentimientos ni piedad, en el ídolo inocente y letal, se habían despertado la lujuria y los terrores de la humanidad corriente; la gran flor de loto había desaparecido, de la diosa no quedaban rastros; una horrenda pesadilla estrangulaba ahora a una bailarina marcada por el movimiento en remolino de la danza, a una cortesana petrificada e hipnotizada por el terror.

Aquí era ella una auténtica ramera, sometida a su apasionado y cruel temperamento de hembra; aquí adquiriría vida, más refinada pero más salvaje, más repulsiva pero también más exquisita que antes; aquí despertaba los sentidos aletargados del macho con más fuerza y subyugaba su voluntad más certeramente con sus encantos; los encantos de una gran flor venérea, nacida en un lecho de sacrilegio, cultivada en un invernadero de impiedad.

Era opinión de des Esseintes que nunca antes, en ningún período, había alcanzado el arte de la acuarela matices tan brillantes; nunca los míseros pigmentos químicos del acuarelista habían conseguido sobre el papel tan brillantes destellos de piedras preciosas, ni hacerlo relucir tan coloridamente con la luz del sol filtrada a través de vitrales, ni hacerlo rutilar tan espléndidamente con ropajes suntuosos, ni destellar tan cálidamente con exquisitos tintes de carne.

Sumido en la contemplación, trataba de averiguar los antecedentes de este gran artista, de este pagano místico, este iluminado que podía aislarse tan cabalmente del mundo moderno y contemplar, en el corazón mismo del París actual, las visiones espantosas y las mágicas apoteosis de otras épocas.

A des Esseintes le era arduo decidir quiénes habían constituido sus modelos; aquí y allá podía dar con vagas reminiscencias de Mantegna y Jacopo de Barbari; aquí y allá, confusos recuerdos de Da Vinci y un febril colorido reminiscente de Delacroix. Mas, en conjunto, la influencia de estos maestros en su obra era insignificante, pues en verdad Gustave Moreau no era discípulo de nadie. Sin antepasados reales ni posibles descendientes, perduraba como una figura única en el arte contemporáneo. Remontándose a los comienzos de la tradición humana, a las fuentes de las mitologías cuyos sangrientos enigmas comparaba y desentrañaba, uniendo y fundiendo en una sola aquellas leyendas que se originaron en el Cercano Oriente sólo para ser metamorfoseadas por las creencias de otros pueblos, podía referirse a esas investigaciones para justificar sus mezclas arquitectónicas, sus combinaciones suntuosas e imprevistas de telas y sus alegorías hieráticas cuyo elemento siniestro era realzado por la lucidez morbosa de una sensibilidad completa.

mente moderna. Por su parte, él permanecía cabizbajo y apesadumbrado, fascinado por los símbolos de pasiones sobrehumanas y de perversiones también sobrehumanas, de orgías divinas perpetradas sin entusiasmo y también sin esperanza. Sus obras tristes y eruditas exhalaban una extraña magia, un encanto hechicero que conmovía hasta las profundidades del ser como el embrujo de ciertos poemas de Baudelaire, de modo que uno se quedaba estupefacto y pensativo, desconcertado por ese arte que atravesaba las fronteras de la pintura y tomaba del arte del escritor sus sugerencias más sutilmente evocadoras, del arte del esmalte sus efectos más maravillosamente brillantes, del arte del lapidario y del arte del grabador sus toques más exquisitamente delicados. Estas dos imágenes de Salomé, por las que des Esseintes sentía una admiración sin límites, vivían constantemente ante sus ojos; colgaban en las paredes de su estudio, en paneles reservados para ellas entre los armarios de libros.

Mas de ningún modo eran los únicos cuadros que compró para adornar su refugio. En verdad, no hacían falta en el único piso superior de su casa, puesto que se lo había cedido a sus criados y no usaba ninguno de sus cuartos; pero la planta baja exigía un buen número para cubrir los muros desnudos.

Dicha planta baja estaba dividida de la siguiente forma: un cuarto de vestir, que comunicaba con el dormitorio, ocupaba una esquina de la construcción; del dormitorio se pasaba a la biblioteca, y de la biblioteca al comedor, el cual ocupaba otra esquina. Estos cuartos, que representaban una mitad de la casa, estaban dispuestos en línea recta y todas sus ventanas daban al valle de Aunay.

El otro lado de la construcción constaba de cuatro cuartos que en su trazado correspondían

exactamente a los cuatro primeros. Así, la cocina en la esquina correspondía al comedor, un gran vestíbulo a la biblioteca, una especie de tocador al dormitorio y las despensas al cuarto de vestir. Toda esta segunda hilera de cuartos miraba al lado opuesto del valle de Aunay, hacia la Tour du Croy y Châtillon.

En cuanto a la escalera, se la había levantado contra un extremo de la casa, en el exterior, de modo que el ruido que hacían los criados al subir y bajar pesadamente los escalones quedaba amortiguado y apenas llegaba a los oídos de des Esseintes.

Había dispuesto que las paredes del tocador fueran tapizadas de rojo claro y alrededor de toda la pieza había colgado, en marcos de ébano, grabados de Jan Luyken, antiguo grabador holandés casi desconocido en Francia. Poseía una serie de estudios realizados por este artista de fantasía lúgubre y crueldad feroz: sus "Persecuciones religiosas", colección de aterradoras láminas que exhibía todas las torturas ideadas por el fanatismo religioso y revelaba todas las angustiosas variedades del padecimiento humano; cuerpos asados sobre braseros, cabezas escalpadas con espadas, trepanadas con clavos, laceradas con sierras, intestinos arrancados del vientre y enrollados en carretes, uñas lentamente extraídas con pinzas, ojos vaciados, párpados levantados con alfileres, miembros dislocados y minuciosamente quebrados, huesos tejados al desnudo y raspados durante horas con cuchillos.

Estas estampas, repletas de abominables fantasías, hediondas de carne quemada, gotecando sangre, con ecos de alaridos y maldiciones, hacían que des Esseintes se erizara cada vez que entraba al tocador rojo, y entonces se quedaba allí como clavado en el suelo, sofocado de espanto.

Mas por encima de los escalofríos que causa-

ban, por encima del genio aterrador del hombre y la extraordinaria vida que ponía en sus figuras, lo que se encontraba en sus estupefacientes escenas multitudinarias, en las muchedumbres que bosquejaba con destreza que recordaba a Callot, pero con una fuerza que nunca alcanzó ese divertido garabateador, eran asombrosas reconstrucciones de otros lugares y otras épocas: edificios, vestiduras y costumbres de la época de los mácabes, de Roma durante las persecuciones de los cristianos, de España bajo la Inquisición, de Francia durante la Edad Media y de la época en que se llevó a cabo la matanza de la noche de San Bartolomé y de las "Dragonadas", observado todo con cuidado minucioso y representado con prodigiosa destreza. Estos grabados eran minas de información interesante y se los podía estudiar durante horas y horas sin sentir tedio ni por un instante; asimismo, mucho hacían pensar y por eso a menudo ayudaron a des Esceintes a matar el tiempo en los días en que no se sentía con ánimo para leer.

La historia de la vida de Luyken también lo atraía, y ella explicaba, de pasada, el carácter alucinante de su obra. Calvinista fervoroso, sectario fanático, hirviente de himnos y plegarias, había compuesto e ilustrado poemas religiosos, parafraseado los Salmos en verso, se había sumergido en estudios bíblicos, de los cuales salía macilento y embelesado, con el espíritu cautivo en sangrientas visiones, la boca torcida por las maldiciones de la Reforma, por sus cantos de terror y cólera.

Más aún, había despreciado el mundo y esto lo indujo a dar todo cuanto poseía a los pobres, para vivir él mismo con un mendrugo de pan. Al final se había hecho a la mar en compañía de una vieja criada que sentía por él fanática devoción, para desembarcar en cualquier parte donde su embarca-

ción encallara, predicando los Evangelios a todos sin distinción, tratando de vivir sin comer: un hombre a quien poco o nada distinguía de un lunático o de un salvaje.

En la más vasta sala contigua, el vestíbulo, recubierta con madera de cedro de color de caja de habanos, colgaban de los muros otros grabados, otros dibujos fantásticos. Uno de ellos era la "Comedia de la Muerte" de Bresdin. Representa un increíble paisaje erizado de árboles, setos y matorrales en forma de demonios o fantasmas y lleno de pájaros con cabezas de rata y colas de vegetales. Del suelo, que está regado de vértebras, costillas y cráneos, surgen sauces nudosos y trémulos en los que están posados esqueletos que agitan ramilletes y entonan cantos triunfales, en tanto que un Cristo se aleja volando por un firmamento aborregado; un ermitaño medita, con la cabeza entre las manos, en el fondo de una gruta; un mendigo muere de inanición, extendido de espaldas, con los pies apuntando hacia una charca de aguas estancadas.

Otro era "La buena samaritana" por el mismo artista, litografía de un enorme dibujo a lápiz y tinta. Aquí la escena representa una maraña fantástica de palmeras, serbales y robles, que crecen conjuntamente en abierto desafío a las estaciones y los climas; una franja de selva virgen rebosante de monos, búhos y úlulas, estorbada por viejos muñones de árboles tan desproporcionados como raíces de mandrágora; un bosque mágico con un claro en el centro que permite vislumbrar desde lejos primero a la samaritana y el hombre herido, luego un río y por último una ciudad fabulosa que trepa por el horizonte hasta encontrarse con un extraño firmamento punteado de pájaros, abigarrado de espumantes olas, rebosante, por así decir, de ondas nubosas.

Daba la impresión de que era la obra de un primitivo o de un Albert Durero de mala muerte, compuesta bajo la influencia del opio; mas por mucho que des Essentes admirara la delicadeza detallista y la fuerza impresionante de esta lámina, se detenía más a menudo ante otros cuadros que decoraban ese cuarto. Éstos llevaban la firma de Odilon Redon.

En sus angostos marcos de madera de peral con borde dorado, contenían las visiones más fantásticas: una cabeza merovingia en equilibrio sobre una copa; un hombre barbado en quien había algo de bonzo y algo de orador típico en reuniones públicas, tocando una colosal bala de cañón con un dedo, en tanto que una espantosa araña de rostro humano se alojaba en medio de su cuerpo. Había otros dibujos que se zambullían aún más hondo en los horripilantes dominios de los malos sueños y las visiones febriles. Aquí, un enorme dado que guiñaba un ojo luctuoso; allá, estudios de paisajes yermos y áridos, de llanuras quemadas, de tierra que se henchía y cruptaba en nubes ígneas hacia cielos lívidos y estancados. A veces los temas de Redon en realidad parecían proceder de las pesadillas de la ciencia, retrotraerse a tiempos prehistóricos: una flora monstruosa extendida sobre las rocas, y entre los ubicuos cantos rodados y cenagosas corrientes glaciales vagaban bípedos cuyos rasgos simiescos —las pesadas mandíbulas, las cejas protuberantes, las frentes huidizas, los cráneos achatados— recordaban las cabezas de nuestros antepasados a principios de la Era Cuaternaria, cuando el hombre aún era frugívoro y carecía del don de la palabra, contemporáneo del mamut, el rinoceronte peludo y el oso de las cavernas. Estos dibujos desafiaban toda clasificación y la mayoría superaba los límites del arte pictórico y creaba un

nuevo tipo de fantasía, nacido de la enfermedad y el delirio.

En realidad, había algunos de estos rostros, dominados por grandes ojos salvajes, y algunos de estos cuerpos, magnificados desmesuradamente o deformados como si fueran vistos a través de una jarra de agua, que evocaban en el espíritu de des Esseintes recuerdos de la fiebre tifoidea, reminiscencias que de algún modo habían quedado en él de las noches febriles y de las espantosas pesadillas de su infancia.

Oprimido por un indefinible malestar ante estos dibujos —el mismo género de malestar que experimentaba cuando contemplaba ciertos "Proverbios" bastante análogos de Goya o leía algunos de los cuentos de Edgar Allan Poe, cuyos efectos aterradores o alucinantes Odilon Redon parecía haber trasladado a otro arte— se restregaba los ojos y se volvía para fijar la vista en una radiante figura que, en medio de todas estas imágenes frenéticas, se destacaba calma y serena: la figura de la Melancolía, sentada sobre una roca ante un sol similar a un disco, en actitud abatida y lúgubre.

Su ánimo sombrío se disipaba entonces, como por arte de magia; una dulce tristeza, un pesar casi lánguido se posesionaba entonces de sus pensamientos, y se quedaba meditando durante horas ante esta obra que, con sus salpicaduras de aguas entre las pesadas líneas a lápiz, introducía una nota refrescante de verde líquido y oro pálido en el ininterrumpido negro de todos estos dibujos a la carbonilla y grabados.

Aparte de esta colección de obras de Redon, que cubría casi todos los paneles del vestíbulo, había colgado en su dormitorio un extravagante boceto de Theotocopuli, un estudio de Cristo en que el dibujo era exagerado, el color tosco y caprichoso,

con un efecto general de energía frenética, ejemplo de la segunda manera del pintor, cuando lo atormentaba la idea de evitar toda semejanza con el Ticiano.

Esta imagen siniestra, con sus negros de betún y sus amarillos cadavéricos, coincidía con ciertas ideas de des Esseintes en lo que respecta al mobiliario y a la decoración de dormitorios. En su opinión, sólo había dos maneras de arreglar un dormitorio: o bien uno lo convertía en un recinto de placer de los sentidos, de delectación nocturna, o bien se lo reservaba para el sueño y la soledad, como escenario de la meditación silenciosa, como una especie de oratorio.

En el primer caso, el estilo Luis Quince constituía la opción evidente para las personas de sensibilidad delicada, agotadas sobre todo por los estímulos mentales. El siglo XVIII fue, ciertamente, la única época que supo envolver a la mujer en una atmósfera absolutamente disoluta, modelando el mobiliario conforme a los encantos femeninos, imitando sus contorsiones apasionadas y sus convulsiones espasmódicas en las curvas y los pliegues de la madera y el cobre, aderezando la azucarada languidez de la rubia con sus adornos leves y brillantes, y mitigando el sabor salado de la morena con tapices de colorido delicado, aguado, casi insípido.

En su casa de París había tenido un dormitorio decorado precisamente con arreglo a este estilo, provisto de la gran cama barnizada de blanco que proporciona ese cosquilleo adicional, ese toque final de libertinaje que es tan caro al experto en voluptuosidad, excitado por la castidad espuria y la hipócrita modestia de las figuras de Greuze, por la supuesta pureza de un lecho de vicio destinado aparentemente a niños inocentes y jóvenes vírgenes.

En el otro caso —y ahora que se proponía romper con los irritantes recuerdos de su pasado, éste era el único, para él— se requería convertir el dormitorio en una réplica de la celda monacal. Mas aquí le salían al paso innúmeras dificultades, pues se negaba categóricamente a soportar la austera fealdad que caracteriza todas las casas de penitencia.

Tras largo examen del asunto, llegó por fin a la conclusión de que tenía que tratar de conseguir lo siguiente: emplear medios alegres para lograr un fin austero ó, mejor dicho, imprimirle a toda la habitación, tratada de ese modo, cierta elegancia y distinción, mas preservando con todo su fealdad esencial. Optó pues por invertir la ilusión óptica de las tablas, en las que adornos baratos representan el papel de materiales costosos y suntuosos, para alcanzar precisamente el efecto opuesto, esto es, usar magníficos materiales para dar la impresión de andrajos; en suma, hacer una celda trapense que pareciera auténtica, pero que, por supuesto, no sería nada por el estilo.

Puso manos a la obra de la siguiente manera: para imitar el amarillo al temple que por igual prefieren iglesia y estado, dispuso que cubrieran los muros con seda azafranada; y para representar el rodapié achocolatado que por lo común se encuentra en ese tipo de habitación, hizo cubrir la parte inferior de los muros con franjas de una madera de color castaño oscuro, de lustre purpúreo. El efecto así logrado era delicioso, y recordaba —aunque no demasiado claramente— la deslucida tosqueidad del modelo que estaba copiando y adaptando. Igualmente, hizo cubrir el ciclorriso con Holanda blanca, que tiene la apariencia del yeso sin su brillo reluciente; en cuanto a las frías baldosas del piso, consiguió representarlas con gran acierto, gra-

cias a un alfombrado con recuadros rojos en que la lana estaba teñida de blanco en los lugares donde podría suponerse que las sandalias y las botas dejarían sus huellas.

Amuebló este cuarto con una camita de hierro, imitación de un lecho de ermitaño, hecha de viejo hierro forjado, mas muy pulido y realzado en la cabecera y al pie por un intrincado dibujo de tulipas y hojas de vid entrelazadas, dibujo tomado de la balaustrada de la gran escalinata de una vieja mansión.

Para mesita de noche, puso un antiguo reclinatorio, en cuyo interior se guardaba la bacinilla, en tanto que la parte de arriba sostenía un eucologio; contra la pared de enfrente instaló un banco de capillero, con un gran dosel calado y misericordias talladas en la madera sólida; y para proporcionar la iluminación, ordenó que a unos candelabros de altar les pusieran genuinas bujías de cera, pues profesaba verdadera antipatía por todas las formas modernas de alumbrado, que abarcaban por igual la parafina, el aceite de esquistos, las velas de estearina o el gas, encontrando a todos excesivamente ordinarios y vulgares para su gusto.

Antes de quedarse dormido por la mañana, ya en cama y con la cabeza apoyada en la almohada, fijaba la vista en su Theotocopuli, cuyo áspero colorido apagaba un tanto la vivacidad de los tapices de seda amarilla y les confería gravedad; y en esos momentos le resultaba fácil imaginar que estaba viviendo a cientos de kilómetros de París, muy alejado del mundo de los hombres, en las profundidades de un aislado monasterio.

Al fin y al cabo, le era bastante sencillo sustentar esta ilusión específica, ya que la vida que estaba llevando era muy semejante a la del monje. Gozaba así de todas las ventajas del aislamiento

claustral y, al mismo tiempo, evitaba las desventajas, por ejemplo la disciplina de corte militar, la falta de comodidad, la suciedad, la promiscuidad, el ocio monótono. Así como había sabido hacer de su celda un dormitorio abrigado y lujoso, también se había asegurado que su existencia cotidiana fuera placentera y cómoda, suficientemente ocupada y de ningún modo coartada.

Como un ermitaño, estaba maduro para la soledad, agotado por la vida y ya sin esperar nada de ella; también como a un monje, lo oprimía un inmenso hastío, un anhelo de paz y quietud, un deseo de no tener ningún contacto con los paganos, quienes a su juicio comprendían a todos los partidarios de la utilidad y a todos los necios.

En pocas palabras, aunque no había en él auténtica vocación para el estado de gracia, tenía conciencia de un genuino sentimiento de compañerismo con respecto a aquellos que estaban encerrados en las casas religiosas, perseguidos por una sociedad vengativa que no puede perdonarles ni el justo desprecio que sienten por ella ni la intención declarada de redimir y expiar mediante años de silencio el libertinaje siempre creciente de sus conversaciones tontas e insensatas.

Muy repantigado en un amplio sillón de respaldo alado, con los pies descansando en los soportes piriformes de plata dorada para los morillos y las pantuflas tostándose frente a los leños crepitantes que vomitaban brillantes lenguas de fuego como si sintieran el soplido furioso de un fuelle, des Esseintes dejó sobre una mesa el viejo volumen en cuarto que había estado leyendo, se desperpezó, prendió un cigarrillo y se entregó a una deliciosa ensoñación. A poco su espíritu se deslizaba vertiginosamente en pos de ciertos recuerdos que había tenido ocultos durante meses pero que de pronto habían sido evocados por un nombre que se le presentó, sin causa aparente, a su memoria.

Una vez más podía ver, con sorprendente claridad, la turbación de su amigo D'Aigurande cuando se vio obligado a confesar ante una reunión de solterones empedernidos que acababa de dar los toques finales para sus bodas. Esto provocó un clamor general de protesta y los amigos habían tratado de disuadirlo con una espeluznante descripción de los horrores de compartir el lecho. Mas todo fue en vano: había perdido el tino, creía que su futura esposa era una mujer inteligente y sostenía que había encontrado en ella excepcionales cualidades de ternura y devoción.

Des Esseintes fue el único, entre todos esos jóvenes, que lo alentó en su decisión, y procedió así

no bien se enteró de que la prometida de su amigo quería vivir en la esquina de un bulevar recién construido, en uno de esos pisos modernos edificados según un trazado circular.

Convencido del poder implacable de las pequeñas molestias, que en los espíritus entusiastas pueden tener un efecto más pernicioso que las grandes tragedias de la vida, y tomando en consideración que D'Aigurande carecía de fortuna en tanto que la dote de su esposa sería prácticamente nula, veía en ese inocente capricho una fuente inagotable de ridículas desgracias.

Tal como lo había previsto, D'Aigurande procedió a comprar muebles redondeados —consolas cortadas en semicírculo, en la parte trasera; varillas de cortinaje curvadas como arcos, alfombras en forma de media luna— hasta que tuvo el piso entero amueblado con cosas hechas por encargo. Gastó el doble que cualquier otro; y después, cuando su mujer, desprovista de fondos para comprar nuevos vestidos, se cansó de vivir en esa rotonda y se marcharon a un piso con los cuartos cuadrados corrientes donde el alquiler iba a ser más módico, ni uno solo de los muebles calzó debidamente ni dejó de tambalearse. Bien pronto, en efecto, el fastidioso mobiliario les estaba causando infinitas molestias; el vínculo entre marido y mujer, ya corroído por las irritaciones inevitables de la vida compartida, fue haciéndose más tenue de semana en semana; y hubo escenas coléricas y mutuas recriminaciones cuando se dieron cuenta de la imposibilidad de vivir en un salón donde sofaes y consolas no se adaptaban a las paredes y se tambaleaban al menor toque, por muchos zoquetes y cuñas que se les pusieran para afirmarlos. No quedaba suficiente dinero para costear modificaciones y, aunque hubieran contado con él, habría sido casi imposible efectuar-

las. Todo se convirtió en causa de palabras ofensivas y trifulcas, desde los cajones que se trababan en el mobiliario destartado hasta las raterías de la criada, quien se aprovechaba de las incesantes disputas entre los patrones para saquear la caja del dinero. En suma, que la vida se les hizo insoporable; él empezó a salir en busca de diversiones, en tanto que ella pensó en el adulterio para conseguir una compensación por la monótona llovizna de su vida. Finalmente, por acuerdo mutuo rescindieron el contrato de alquiler y solicitaron la separación legal.

—Mi plan de campaña era acertado en todos sus detalles —se dijo des Esseintes al enterarse de la noticia, con la satisfacción del estratega cuyas maniobras, previstas con gran anticipación, lo han llevado a la victoria.

Ahora, sentado junto a la chimenea y meditando sobre la separación de esa pareja cuya unión había alentado con sus buenos consejos, echó una nueva brazada de leña al hogar y enseguida se puso a soñar de nuevo. Otros recuerdos, correspondientes al mismo orden de ideas, le venían ahora en tropel a la cabeza.

Recordó que algunos años atrás cuando, al caer la noche, iba caminando por la Rue de Rivoli, había tropezado con un bribonzuelo de unos dieciséis años, un chico de rostro enfermizo y mirada astuta, tan atrayente a su modo como pudiera serlo cualquier muchacha. Chupaba nerviosamente un cigarrillo, cuyo papel estaba averiado, de modo que aparecían las hebras del tabaco ordinario. Echando juramentos, el muchacho trataba de prender fósforos de cocina contra su muslo; mas no se encendió ninguno y pronto los gastó todos. Al reparar en la presencia de des Esseintes, quien ahí permanecía observándolo, se le acercó, se tocó la gorra y

cortesmente le pidió un poco de fuego. Des Esseintes le ofreció uno de sus Dubèques perfumados, se puso a conversar con el chico y lo instó a que le contara la historia de su vida.

Nada podría haber sido más trivial. Se llamaba Auguste Langlois, trabajaba en una fábrica de cartones, había perdido a su madre, y su padre le propinaba tremendas palizas.

Des Esseintes lo escuchaba, meditabundo.

—Vente conmigo, a tomar un trago —lo invitó; y lo llevó, a un café donde lo agasajó con unos cuantos vasos de ponche fuerte, que el muchacho se bebió sin decir palabra.

—Presta atención a lo que te pregunto —le dijo de repente des Esseintes—; ¿te gustaría divertirti un poco esta noche? Los gastos corren por mi cuenta, demás está decirlo.

Y se llevó al chico a un alojamiento instalado en el tercer piso de una casa de la Rue Mosnier, donde cierta Madame Laure mantenía un surtido de chicas bonitas en una serie de cubículos de color carmesí provistos de espejos circulares, divanes y jofainas.

Allí, un Auguste pasmado, que retorció nerviosamente su gorra entre las manos, se había quedado con la boca abierta ante el batallón de mujeres cuyas bocas pintadas se abrieron al unísono para exclamar:

—¡Qué pichoncito! ¿No es bonito?

—Pero, mi lindo, todavía no tienes bastantes años —le dijo una morocha grandota, chica de ojos protuberantes y nariz ganchuda que ocupaba en lo de Madame Laure el puesto indispensable de la bella judía.

Mientras tanto, des Esseintes, quien evidentemente se hallaba en ese lugar como en su casa, se había puesto cómodo y conversaba en voz baja con

la anfitriona. Pero interrumpió la charla por un momento para dirigirse al chico.

—No te quedes ahí, asustado, idiota —le dijo—. Vamos, elige la que te guste... y recuerda que los gastos corren por mi cuenta.

Dio un empujoncito al muchacho, quien se derrumbó en un diván, entre dos de las mujeres. A una señal de Madame Laure se le acercaron un poquito más, cubriendo las rodillas de Auguste con sus peinadores y poniéndosele muy juntitas, de modo que el chico respiraba el perfume fuerte y cálido de sus hombros empolvados. Y se estaba muy quietecito, sonrojado y con la boca seca, mientras sus ojos bajos lanzaban a través de las pestañas miradas curiosas que iban dirigidas a la parte superior de los muslos de las muchachas.

De pronto, Vanda, la hermosa judía, le dio un beso y un buen consejito, diciéndole que hiciera todo lo que le mandaban sus padres, mientras incesantemente iban y venían sus manos por el cuerpo del chico, cuya expresión cambió y, como desfalleciente, dejó reposar su cabeza contra el pecho de la muchacha.

—De modo que no ha venido esta noche aquí por usted mismo —le dijo Madame Laure a des Esseintes—. Pero, ¿de dónde diablos ha sacado a ese chiquilín? —agregó, mientras Auguste desaparecía con la hermosa judía.

—De la calle, por supuesto, querida amiga.

—Pero usted no está borracho —musitó la vieja. Luego, después de pensar un momento, esbozó una sonrisa maternal, comprensiva. —¡Ah! ¡Ya veo, pilluelo! Con que te gustan los pichoncitos, ¿no?

Des Esseintes se encogió de hombros.

—No, nada de eso; no das en el blanco —le respondió—, qué mala puntería. La verdad es, sencillamente, que estoy tratando de convertir a este

chico en un delincuente. Veamos si puedes seguir mi argumentación. El chico es virgen y ha alcanzado la edad en que la sangre empieza a hervir. Por supuesto, podría limitarse a andar tras las chicleas de su vecindario, seguir siendo decente y con todo divertirse bastante, gozar su ración modesta de la tediosa felicidad con que cuentan los pobres. Pero, al traerlo aquí, al hundirlo en un lujo que nunca conoció y que jamás podrá olvidar, y brindándole la misma posibilidad cada dos semanas, espero llegar a habituarlo a estos placeres que él no puede proporcionarse. En el supuesto de que llevará tres meses conseguir que se le hagan absolutamente indispensables (y espaciándolos, según lo haré, voy a evitar el peligro de saciar su apetito); y bien, pasados esos tres meses, dejo de darle su pequeña asignación, que voy a entregarte por adelantado para que hagas tratar bien al chico. Y para conseguir dinero a fin de pagar sus visitas aquí, se convertirá en asaltante, hará cualquier cosa que le posibilite volver a uno de los divanes en tus cuartos con luz de gas. Con optimismo, espero que un buen día dé muerte a ese caballero que se le aparecerá inesperadamente cuanto le esté forzando el escritorio. Y tal día estará alcanzado mi objetivo: habré contribuido, en cuanto me es posible, a la forja de un criminal, de un enemigo más de la espantosa sociedad que nos está dejando en la ruina.

La mujer se quedó mirándolo boquiabierta de estupefacción.

—¡Hola! ¡Con que ya estás de vuelta! —exclamó des Esseintes, al sorprender su vista a Auguste, quien volvía al salón como si quisiera escurrir el bulto, colorado y muy tímido, ocultando tras sí a su judía. —Vamos, chico, que se hace tarde. Diles buenas noches a las damas.

Mientras bajaban la escalera, le explicó que una vez cada quince días podía ir de visita a la casa de Madame Laure sin tener que gastar un céntimo. Y después, de pie en la calle, miró en la cara al chico azorado y le dijo:

—Ya no nos volveremos a ver. Apresúrate a regresar a la casa donde te espera tu padre, cuya mano debe estar picándole de ganas de hacer lo suyo, y recuerda este dicho casi evangélico: Haz a tu prójimo lo que no te gustaría que tu prójimo te hiciera.

—Buenas noches, señor.

—Y algo más. Hagas lo que hicieres, demuestra un poco de gratitud por lo que he hecho por ti y hazme saber tan pronto puedas cómo van tus cosas... Y con preferencia a través de la página de noticias policiales.

Ahora, sentado ante el fuego y removiendo las brasas ardientes, musitó:

—¡El pequeño Judas! ¡Pensar que nunca he podido encontrar su nombre en los diarios! Cierto es, por supuesto, que no pude prestarle toda la debida atención, que no pude precaverme contra algunos peligros evidentes, como que la vieja Laure me estafara, embolsándose la plata sin entregar la mercadería; que una de las mujeres se encaprichara con Auguste de modo tal que, pasados sus tres meses, le permitiera seguir divirtiéndose al fiado; y hasta la posibilidad de que los vicios exóticos de la hermosa judía ya hubieran asustado al chico, quien pudo ser demasiado joven e impaciente para soportar sus lentos preliminares o para gozar de sus feroces momentos culminantes. De modo que, si no ha hecho nada contra la ley desde que me vine a Fontenay y cesé de leer los diarios, me han trapeado.

Se puso de pie y dio unas cuantas vueltas por el cuarto.

—Lo cual, de cualquier modo, sería una lástima —siguió diciéndose—, pues todo lo que yo hacía sólo era una parábola de la enseñanza secular, una alegoría de la instrucción pública, la cual ya está bastante avanzada en la tarea de convertir a cada cual en un Langlois; en vez de cerrar permanentemente y piadosamente los ojos de los pobres, hace cuanto está a su alcance para obligarlos a que los tengan bien abiertos, de modo que puedan ver que están rodeados de vidas menos meritorias y más cómodas, de placeres que son más vivos y voluptuosos y, por lo tanto, más dulces y deseables.

"Y el hecho es —añadió, prosiguiendo su argumentación—, el hecho es que, siendo el dolor una de las consecuencias de la instrucción, puesto que se hace mayor y más agudo con el desarrollo de las ideas, de ello se desprende que cuanto más hacemos para pulir los espíritus y refinar los sistemas nerviosos de los indigentes, más se desarrollarán en sus corazones los gérmenes atrozmente activos del odio y del padecimiento moral."

Ya humeaban las lámparas. Las levantó y echó un vistazo a su reloj. Eran las tres de la mañana. Prendió un cigarrillo y volvió a entregarse a la lectura, interrumpida por la ensoñación, del viejo poema latino *De laude castitatis*, escrito durante el reinado de Gondebaldo por Avito, obispo metropolitano de Vienne.

VII

A partir de esa noche en que, sin motivo aparente, conjuró el melancólico recuerdo de Auguste Langlois, des Esseintes revivió su vida íntegra. Comprobó que ahora era incapaz de entender una sola palabra de los volúmenes que consultaba; sus mismos ojos abandonaron la lectura y era como para pensar que su mente, atiborrada de literatura y de arte, se negaba a absorber más.

Tenía que vivir de sí mismo, nutrirse de su propia sustancia, como esos animales que se pasan todo el invierno amodorrados en un agujero. La soledad había actuado en su cerebro como un narcótico, excitándolo y estimulándolo primeramente, luego generando una languidez poblada de vagos ensueños, viciando sus proyectos, anulando sus propósitos, impulsando toda una cabalgata de sueños a los que se sometía pasivamente, sin tratar siquiera de cludirlos.

La confusa masa de lecturas y meditaciones sobre temas artísticos que había acumulado desde que se recluyó, la cual debía servir de dique para contener la corriente de viejos recuerdos, había sido repentinamente arrastrada, y la inundación avanzaba, barriendo presente y futuro, sumergiéndolo todo bajo las aguas del pasado, cubriendo su espíritu con una gran extensión de melancolía por cuya superficie iban a la deriva, como irrisorios restos de un naufragio, episodios triviales de su existencia, incidentes de absurda insignificancia.

El libro que tenía entre las manos caía a la falda y él se entregaba a revistar, con pavor y asco, su vida muerta, los años que giraban en torno del recuerdo de Auguste y Madame Laure como en torno de un hecho sólido, un poste clavado en medio del remolino de aguas. ¡Qué tiempos habían sido aquéllos! Tiempos de reuniones elegantes, de carreras de caballos y partidas de cartas, de pociones de amor encargadas por adelantado y servidas puntualmente, al dar la medianoche, en su tocador sonrosado. Rostros, miradas, palabras sin sentido volvían a él con la atormentadora persistencia de esas tonadas populares que uno suele hallarse tarareando de pronto y que de modo igualmente repentino e inconsciente uno olvida.

Esta fase sólo duró un corto lapso, y luego su memoria se echó a dormir la siesta. Aprovechó la tregua para zambullirse nuevamente en sus estudios latinos, con la esperanza de borrar toda señal, todo indicio, de esos recuerdos. Mas ya era demasiado tarde para dar la voz de alto; siguió una segunda fase casi inmediatamente a la primera, una fase dominada por recuerdos de su juventud, en especial de los años que pasó con los Padres Jesuitas.

Estos recuerdos se remontaban a un período más distante, pero eran más nítidos que los otros, grabados más profunda y perdurablemente en su espíritu; el parque de tupida arboleda, los largos senderos, los macizos de flores, los bancos: como por un conjuro todos los detalles materiales surgían ante él.

Luego los jardines se poblaban y escuchaba los gritos de los chicos que jugaban, y las risas de sus maestros cuando se les unían, practicando tenis con las sotanas levantadas en la parte delantera, o bien conversando con los alumnos bajo los árboles sin la menor afectación o pomposidad, exactamen-

te como si estuvieran hablando con amigos de la misma edad.

Recordó la disciplina sacerdotal que desaprobaba toda forma de castigos, que renunciaba a imponer copias de quinientas o mil líneas, que se contentaba con que un trabajo defectuoso fuera hecho de nuevo mientras los demás estaban en el recreo, que lo más a menudo sólo recurría a una amonestación y mantenía a los chicos bajo una vigilancia asidua aunque afectuosa, tratando siempre de satisfacerlos, accediendo a cualquier paseo que propusieran para la tarde del miércoles, aprovechando las ocasiones proporcionadas por todas las fiestas menores de la Iglesia para añadir pasteles y vino a las comidas o para organizar una merienda en el campo; una disciplina que consistía en razonar con los alumnos en vez de someterlos por la fuerza, tratándolos ya como a adultos pero aún regalándolos como a chicos mimados.

De este modo se ingeniaban los Padres para adquirir un dominio efectivo sobre sus alumnos, modelando hasta cierto punto los espíritus que cultivaban, guiándolos en determinadas direcciones, inculcándoles nociones específicas y asegurando el desarrollo deseado de sus ideas mediante una técnica insinuante y amable que seguirían aplicando más tarde en la vida, haciendo todo lo posible para estar al tanto de las peripecias de sus ex alumnos ya adultos, apoyando sus carreras y escribiéndoles afectuosas cartas como las que el dominico Lacordaire les escribió a sus antiguos alumnos de Sorrèze.

Des Esseintes tenía clara conciencia del género de acondicionamiento a que se lo había sometido, más estaba seguro de que en su caso no había tenido efecto. En primer lugar, su carácter capcioso y curioso, su temperamento porfiado y discutidor, lo habían salvado de que lo modelara la disciplina

de los buenos Padres o lo adoctrinaran sus lecciones. Luego, cuando hubo terminado el colegio, su escepticismo se tornó más agudo; su experiencia de la intolerante estrechez de miras de la sociedad legitimista, así como también sus conversaciones con clericales de pocas luces y sacerdotes que eran unos patanes y cuyas torpezas desgarraban el velo tan astutamente tejido por los jesuitas, todo esto había fortalecido aún más su espíritu de independencia y acrecentado su escepticismo ante cualquier forma de fe religiosa.

Consideraba, en realidad, que se había liberado de todos sus antiguos vínculos y ataduras, y que sólo en un sentido difería de los productos de los liceos y los internados laicos, y era el hecho de que guardaba placenteros recuerdos de su escuela y sus maestros. Y empero, cuando hacía ahora examen de conciencia, empezaba a preguntarse si la semilla que había caído en un terreno aparentemente estéril no estaba dando señales de germinar.

A decir verdad, desde hacía algunos días se hallaba en un estado de ánimo indescriptiblemente singular. Durante un fugaz instante creía y se volvía instintivamente hacia la religión; luego, tras recapacitar un momento, su anhelo de fe se desvanecía, por más que se quedaba perplejo y desasosegado.

Pese a ello se daba perfecta cuenta, al volver la vista hacia su corazón, de que nunca jamás podría sentir la humildad y el arrepentimiento del auténtico cristiano; sabía a la perfección que el momento de que habla Lacordaire, ese momento de gracia "cuando el último rayo de luz entra en el alma y atrae a un centro común todas las verdades que allí yacen esparcidas", nunca iba a llegarle. No sentía para nada esa hambre de mortificación y plegaria sin la cual, de creer a la mayoría de los sacerdotes, no hay conversión posible; ni tampoco

sentía deseo alguno de invocar a un Dios cuya misericordia le causaba la impresión de ser sumamente dudosa. Al mismo tiempo, el afecto que aún sentía por sus antiguos maestros lo inducía a interesarse en sus obras y doctrinas; y el recuerdo de esos inimitables acentos de convicción, las voces apasionadas de esos varones tan inteligentes, le hacían dudar de la calidad y el poderío de su propio intelecto. La existencia solitaria que llevaba, sin nuevo alimento para el pensamiento, sin intercambio de impresiones llegadas del mundo exterior, del comercio con otras personas y de compartir la vida con ellas, ese aislamiento antinatural que tan tercamente preservaba, fomentó la reaparición, ahora como irritantes problemas, de todo género de interrogantes que había echado en saco roto cuando vivía en París.

Leer las obras latinas que amaba, obras escritas casi todas por obispos y monjes, sin duda había contribuido a precipitar esta crisis. Impregnado de una atmósfera monacal y embriagado por el humo del incienso, se había sobrecitado y, en virtud de una asociación natural de ideas, esos libros habían terminado por devolverle los recuerdos de su vida juvenil y por sacar a luz los recuerdos de los años que, siendo muchacho, había pasado con los Padres Jesuitas.

—No cabe duda de ello —se dijo des Essecintes, tras un minucioso intento por averiguar cómo el elemento jesuítico se había abierto paso hasta la superficie en Fontenay—, desde que era chico y sin que yo lo supiera, ha habido esta levadura en mí, pronta para fermentar; la afición que he sentido siempre por los objetos religiosos puede ser prueba de ello.

Sin embargo, hizo cuanto pudo por convencerse de lo contrario, fastidiado al comprobar que ya

no era el amo en su propia casa. En demanda de explicaciones más aceptables de sus predilecciones eclesiásticas, se dijo que se había visto obligado a volverse hacia la Iglesia por cuanto la Iglesia era la única organización que había conservado el arte de otros siglos, la belleza perdida de otras épocas. Había conservado intacta, hasta en vulgares reproducciones modernas, las formas tradicionales de la orfebrería; había mantenido el encanto de cálices tan esbeltos como petunias, de copones estilizados con exquisita sencillez; había retenido hasta el aluminio, el falso esmalte, en vidrio de color, la gracia de los dibujos de antaño. A la verdad, la mayoría de los objetos preciosos que se conservaba en el Museo de Cluny, y que por milagro se había salvado del salvajismo bestial de los revolucionarios, procedía de las viejas abadías de Francia. Así como en la Edad Media la Iglesia salvó la filosofía, la historia y la literatura de la barbarie, así también había custodiado las artes plásticas y transmitido a los tiempos modernos esos ejemplos maravillosos de ropajes y joyería que los proveedores eclesiásticos de la actualidad hacían cuanto podían para arruinar, por más que jamás lograban destruir del todo las cualidades originales de forma y estilo. De modo que no era nada asombroso que él hubiera andado ávidamente en pos de esas antiguallas y que, como muchos otros coleccionistas, hubiera comprado reliquias de este género a anticuarios de París y comerciantes del interior.

Mas por mucho que se demoraba en estos motivos, no conseguía convencerse del todo. Cierta, tras esmerada consideración, opinaba aún que la religión cristiana era una soberbia leyenda, una impostura magnífica; y, no obstante, pese a todas sus excusas y explicaciones, su escepticismo estaba empezando a agrietarse.

Por extraño que pudiera parecer, subsistía el hecho de que ahora no estaba tan seguro de sí mismo como en su juventud, cuando la vigilancia de los jesuitas había sido directa así como inevitables sus enseñanzas, cuando había estado por entero en sus manos, perteneciéndoles en cuerpo y alma, sin vínculos familiares o influencias externas que pudieran contrarrestar el ascendiente de ellos. Más aún, sus maestros habían implantado en él cierto gusto por las cosas sobrenaturales que lenta e imperceptiblemente había arraigado en su alma, que ahora florecía inevitablemente en este aislamiento y que inevitablemente estaba teniendo un efecto sobre su espíritu silencioso, atado a la noria de ciertas ideas fijas.

De tanto examinar sus procesos mentales, de tratar de unir los filamentos de sus ideas y remontarlos a sus fuentes, llegó a la conclusión de que todas sus actividades en el curso de su vida social se habían originado en la educación recibida. Así, su propensión a lo artificial y su amor a la excentricidad podían, sin duda, explicarse como consecuencias de sus estudios sofisticados, de las sutilezas supraterráneas y de las especulaciones semiteológicas; básicamente, eran aspiraciones ardientes a lo ideal, a un universo desconocido, a una distante beatitud, tan absolutamente deseable como la que prometían las Escrituras.

Entonces se detuvo abruptamente y quebró esta cadena de reflexiones.

—Vamos, vamos —se dijo con ira—; me ha ido peor de lo que esperaba: heme aquí discutiendo conmigo mismo como un casuista.

Se quedó pensativo, afligido por un insistente temor. Evidentemente, si la teoría de Lacordaire era exacta, de nada tenía que preocuparse, considerando que la magia de la conversión no se daba de

buenas a primeras; para producir la explosión era preciso minar pacientemente, en toda su extensión, el terreno. Mas si los novelistas hablaban del amor a primera vista, también había cierto número de teólogos que se referían a la conversión como algo igualmente súbito y anonadador. En la suposición de que éstos tuvieran razón, se concluía que nadie podía tener la certeza de no sucumbir jamás. Ya no tenía sentido someterse a un examen de sí mismo, prestando atención a los presentimientos o tomando medidas preventivas: la psicología del misticismo era algo inexistente. Las cosas sucedían porque sucedían, y eso era todo.

—¡Demonios!, me estoy volviendo loco —se dijo des Esscintes—. Mi miedo a enfermarme producirá la enfermedad, si sigo así.

Consiguió sacudir este temor hasta cierto punto y sus recuerdos de la adolescencia se fueron desvaneciendo; mas ahora aparecieron otros síntomas morbosos. Ahora lo que lo obsesionaba, hasta hacerle olvidar todo lo demás, eran los temas de las disputas teológicas. Podrían no haber existido jamás el jardín de la escuela, las lecciones y los jesuitas, a tal punto su espíritu estaba dominado por las abstracciones; a pesar de sí mismo, empezó a meditar sobre algunas de las interpretaciones contradictorias del dogma y las ya olvidadas apostasías que se registran en la obra del padre Labbe sobre los Concilios de la Iglesia. Viejos residuos de estos cismas y herejías, que dividieron durante siglos a las Iglesias de Occidente y Oriente, volvían a su memoria. Aquí, por ejemplo, estaba Nestorio, negando el derecho de María al título de Madre de Dios porque, en el misterio de la Encarnación, no había sido a Dios sino al hombre a quien llevó en su vientre; y allí estaba Eutiques, sosteniendo que el aspecto de Cristo no podía haber sido como el de los demás hom-

bres, puesto que la Divinidad había optado por aposentarse en su cuerpo, y con ello había cambiado su naturaleza absoluta y cabalmente. Había luego algunos otros sofistas sostenedores de que el Redentor no había tenido cuerpo en absoluto y que las referencias a éste en las Sagradas Escrituras debían entenderse en sentido figurado; podía oírse a Tertuliano formulando su famoso axioma casi materialista: "Todo aquello que carece de cuerpo no existe; todo cuanto existe tiene un cuerpo propio"; y por último reaparecía esa venerable antigualla que se debatía año tras año: "¿Sólo Cristo fue clavado en la cruz o sufrió la Trinidad, uno en tres personas en su triple hipóstasis, en el patíbulo del Calvario?". Todos estos problemas lo intrigaban y atormentaban; y automáticamente, como si estuviera repitiendo una lección aprendida de memoria, empezaba a formularse las preguntas y a dar las respuestas.

Durante varios días sucesivos fue su cerebro una masa hirviente de paradojas y sofismas, una maraña de minucias verbales, un laberinto de reglas tan complicadas como las cláusulas de una ley, expuestas a toda interpretación concebible y a cualquier género de sofisma, cuyo término era un sistema de jurisprudencia celestial de sutileza realmente barroca. Más tarde lo abandonaron estas obsesiones abstractas, y fueron reemplazadas por una serie de impresiones plásticas, por influencia de los cuadros de Gustave Moreau que colgaban de las paredes.

Vio una procesión de prelados que pasaba ante sus ojos, una hilera de archimandritas y patriarcas que levantaban sus brazos dorados para bendecir las multitudes arrodilladas o que meneaban sus blancas barbas mientras leían u oraban en voz alta; vio penitentes silenciosos que desfilaban hacia criptas;

vio grandes catedrales que se erigían con monjes de hábito blanco que atronaban desde sus púlpitos. Tal como le sucedía a De Quincey, le bastaba escuchar las palabras "Consul Romanus", tras una dosis de opio, para evocar páginas enteras de Tito Livio, para ver a los cónsules avanzando en solemne procesión o para presenciar cómo las legiones romanas se alejaban en pomposa formación. De igual modo, des Esseintes se quedaba boquiabierto de estupefacción al experimentar cómo ciertas expresiones teológicas suscitaban visiones de multitudes agitadas y de figuras episcopales recortadas contra los ventanales encendidos de sus basílicas. Apariciones como éstas lo mantenían extasiado, pasando de prisa por su imaginación, de una época a la otra, hasta llegar por fin a las ceremonias religiosas de los tiempos modernos, con un acompañamiento de infinitas olas de música, tierna y melancólica.

En este caso ya no quedaba la posibilidad de argumentar o discutir; ya no podía negarse que experimentaba una indefinible sensación de miedo y veneración, que su sentido artístico quedaba subyugado por las escenas diestramente calculadas del ritual católico. Sus nervios se estremecían ante estos recuerdos y luego, en un repentino impulso de rebelión, en súbita reacción, lo poseían ideas monstruosamente depravadas: pensamientos blasfemos previstos en el Manual del Confesor, profanaciones que podían cometerse con el agua bendita y los óleos consagrados. Un Dios omnipotente era confrontado ahora por la figura erecta de un poderoso adversario, el Diablo; y le parecía a des Esseintes que una gloria espantosa debía resultar de cualquier transgresión cometida en plena iglesia por un fiel lleno de atroz regocijo y júbilo sádico, resuelto a blasfemar, decidido a macular y emporcar los objetos de veneración. Los demenciales ritos de las

ceremonias mágicas, las misas negras y los aquellares de las brujas, junto con los horrores de la posesión demoníaca y el exorcismo, se le representaban en su imaginación; y empezó a preguntarse si él mismo no sería culpable de sacrilegio por poseer objetos que una vez fueron solemnemente consagrados, como cepillos de altar, casullas y custodias. Esta noción de estar viviendo quizás en un estado pecaminoso lo colmó de cierto orgullo y satisfacción, no exenta de delectación en tales actos sacrilegos que en realidad podían no serlo y que, en todo caso, no constituían ofensas muy graves, considerando que realmente amaba esos objetos y no los sometía a ningún uso innuendo. Se engañaba a sí mismo de este modo con pensamientos cobardes y prudentes, impidiéndole la incertidumbre de su alma la comisión de delitos explícitos, despojándolo del coraje necesario para cometer verdaderos pecados de verdadera iniquidad con verdadera intención.

Con el tiempo, este espíritu casuista fue abandonándolo poco a poco. Entonces pudo contemplar desde la cima de su espíritu, por así decir, el panorama entero de la Iglesia y su influencia hereditaria sobre la humanidad en el curso de los siglos. Se la representó en toda su majestad melancólica, proclamando a la humanidad el horror de la vida y la inclemencia del destino; predicando paciencia, contrición y espíritu de sacrificio; procurando aliviar las llagas de la humanidad con el ejemplo de las heridas sangrantes de Jesucristo; asegurando privilegios divinos y prometiendo la mejor parte del paraíso a los afligidos; exhortando a la criatura humana a sufrir, a ofrecerle a Dios como holocausto sus tribulaciones y agravios, sus vicisitudes y sus pesares. La vio hacerse realmente elocuente, dirigiendo palabras llenas de simpatía a los pobres, lle-

nas de piedad hacia los oprimidos, llenas de amenazas a los tiranos y opresores.

A esta altura, des Esseintes hacía pie de nuevo. Por cierto, semejante reconocimiento de la corrupción social gozaba de su total aprobación, mas por otra parte su espíritu se rebelaba contra el vago remedio consistente en la esperanza de una vida futura. En su opinión, Schopenhauer se hallaba más cerca de la verdad. Su doctrina y la de la Iglesia partían de un mismo punto de vista; también él adoptaba su posición ante la iniquidad y la putrefacción del mundo; también él exclamaba angustiado, al unísono con la *Imitación de Cristo*: “¡En verdad es cosa triste vivir sobre la tierra!”. También él predicaba la nulidad de la existencia, las ventajas de la soledad y advertía a los hombres que, hicieran lo que hiciesen, se volvieran adonde se volvieran, seguirían siendo desdichados siempre: los pobres, debido al padecimiento originado por las privaciones; los ricos, debido al tedio insuperable engendrado por la abundancia. La diferencia entre la Iglesia y el filósofo consistía en que éste no ofrecía panacea alguna, no engatuzaba a nadie con promesas acerca de la cura de los males inevitables.

No ensordecía con el odioso dogma del pecado original; no trataba de convencer a uno de la superlativa bondad de un Dios que protege al malo, ayuda al necio, aplasta al joven, maltrata al viejo y castiga al inocente; no exaltaba los beneficios de una Providencia que ha inventado esa abominación injusta, inútil e incomprensible que es el dolor físico. En verdad, en vez de tratar, como la Iglesia, de justificar la necesidad de pruebas y tormentos, exclamaba en su indignación compasiva: “Si es un Dios quien ha hecho este mundo, detestaría ser ese Dios pues la miseria del mundo me partiría el corazón”.

Sí, indudablemente era Schopenhauer quien estaba en lo cierto. ¿Qué eran, a decir verdad, todas las farmacopeas evangélicas en comparación con sus tratados de higiene espiritual? No pretendía ofrecer cura alguna, no ofrecía ninguna compensación ni esperanza a los enfermos; pero, después de todo, su teoría del pesimismo constituía el gran consuelo para los espíritus superiores y las almas nobles; revelaba la sociedad tal cual era, insistía en la innata estupidez de las mujeres, indicaba los peligros de la vida, salvaba de la desilusión enseñando a esperar lo menos posible, a no esperar absolutamente nada en caso de tener uno la suficiente entereza y, en realidad, a considerarse afortunado en caso de no ser presa constantemente de calamidades imprevistas.

Saliendo del mismo punto que la *Imitación*, pero sin perderse en laberintos misteriosos y senderos inverosímiles, esta teoría llegaba a la misma conclusión: una actitud de resignación y abatimiento.

No obstante, si esta resignación, basada francamente en el reconocimiento de una situación deplorable y en la imposibilidad de introducir cambio alguno, era accesible a los ricos de inteligencia, ello hacía que su logro les resultara tanto más difícil a los pobres, cuya cólera clamorosa se apaciguaba más fácilmente con la voz gentil de la religión.

Estas reflexiones quitaron un peso de encima al espíritu de des Esseintes; los aforismos del gran alemán tranquilizaban el tumulto de sus pensamientos, en tanto que al mismo tiempo los puntos de contacto entre las dos doctrinas contribuían a que cada una de ellas le hiciera presente la otra. Y no podía olvidar la atmósfera poética y punzante de catolicismo en que había estado sumergido de muchacho y cuya esencia había absorbido por todos sus poros.

Estas recidivas de fe, estas terribles insinuaciones de la religión, lo habían estado molestando más notoriamente desde que su salud empezó a empeorar; y coincidieron con ciertos desórdenes nerviosos de reciente aparición.

Sin interrupción, desde la más remota infancia, lo habían atormentado convulsiones inexplicables, estremecimientos que lo helaban hasta la médula y le daban dentera siempre que, por ejemplo, veía a una criada exprimiendo repasadores mojados. Estas reacciones instintivas habían continuado a lo largo de los años, y hasta el presente le causaba un auténtico padecimiento oír cuando se rasgaba un pedazo de tela, frotar un dedo contra un pedazo de tiza o sentir una superficie de seda mojada.

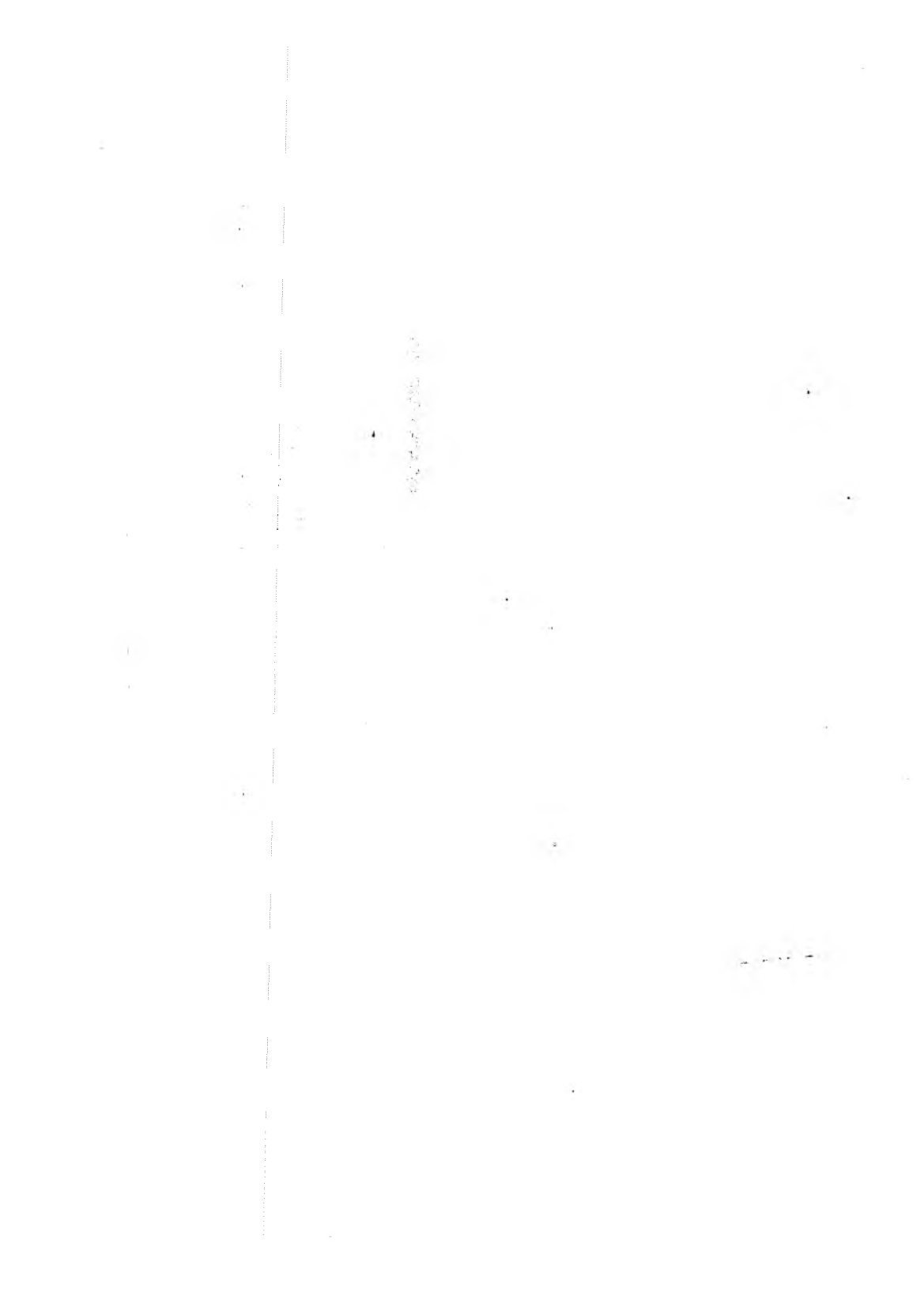
Los excesos de sus días de libertinaje y las tensiones anormales ejercidas en su cerebro agravaron su neurosis de modo asombroso y debilitaron aún más la sangre deteriorada de su estirpe. En París se había visto obligado a someterse a un tratamiento hidropático por el temblor de sus manos y los atroces dolores neurálgicos que parecían partirle la cabeza en dos, martilleando sus sienes, apuñaleando sus párpados y causándole ataques de náusea que sólo conseguía aplacar echándose de espaldas en la oscuridad.

Estas perturbaciones habían desaparecido paulatinamente, gracias a la vida más metódica y sosegada que llevaba ahora; pero ya despuntaban de nuevo, aunque en otra forma y afectando todas las partes de su cuerpo. Los dolores se retiraron de la cabeza para atacar el estómago, que tenía duro e hinchado, cauterizando sus entrañas con un hierro calentado al rojo y estimulando sus vísceras sin efecto alguno. Después apareció una tos nerviosa, una tos seca y torturante que comenzaba siempre al mismo tiempo y que duraba exactamente la mis-

ma cantidad de minutos, la cual lo despertaba cuando estaba acostado en la cama, tomándolo por el cuello y casi sofocándolo. Por último, perdió completamente el apetito; las llamas gaseosas del dolor de estómago se elevaron en su interior; se sentía hinchado y ahogado y después de comer no podía tolerar la constricción de los botones del pantalón o las hebillas del chaleco.

Dejó de beber licores, café y té, se sometió a una dieta de leche, trató de aliviarse aplicando compresas de agua fría en el cuerpo, se atiborró de asafétida, valeriana y quinina. Hasta llegó a salir de casa y dar paseos por el campo, donde el tiempo lluvioso había restablecido la paz y el sosiego, obligándose a caminar y hacer ejercicio. Como último recurso, abandonó sus libros por un tiempo; y de ello resultó tan agobiador tedio que resolvió ocupar las horas ociosas mediante la ejecución de un proyecto que había aplazado una y otra vez desde que se instaló en Fontenay, en parte por pereza y en parte por el desagrado que le causaba pensar en las molestias que le acarrearía.

En la imposibilidad de seguir embriagándose con los encantos mágicos del estilo, de conmoverse con la deliciosa brujería del epíteto inusitado que, al par que conserva toda su precisión, abre infinitas perspectivas a la imaginación del iniciado, se decidió a completar la decoración del interior de su Tebaida, llenándola de costosas flores de invernadero, proporcionándose así una ocupación física que distraería su mente, calmaría sus nervios y daría reposo a su cerebro. También esperaba que la vista de sus colores extraños y espléndidos lo compensaría hasta cierto punto por la pérdida de esos matices estilísticos, reales o imaginarios, que en razón de su dieta literaria tendría ahora que olvidar por algún tiempo o por siempre jamás.



VIII

Siempre había sido des Esseintes sumamente afecto a las flores, mas esta pasión suya, que en Jutigny abarcaba todas las flores sin distinción de género o especie, se volvió finalmente más particularizada, limitándose a una sola estirpe.

Desde largo tiempo atrás desdeñaba las variedades corrientes, de todos los días, que florecen en los puestos de mercado en París, en macetas húmedas, bajo toldillos verdes o parasoles rojos.

Al mismo tiempo que se fueron refinando sus gustos literarios y sus preferencias artísticas, aceptó sólo aquellas obras tamizadas y destiladas por espíritus sutiles y atormentados y al mismo tiempo que su aversión a los lugares comunes se intensificaba hasta el asco, su amor a las flores se sacudía sus residuos, las heces, se tornaba más claro, por así decirlo, y se purificaba.

Le divertía comparar una tienda de horticultor con un microcosmos en que estaban representadas todas las categorías y clases sociales: las pobres flores vulgares de los tugurios, como el alelí, que realmente están en su lugar en el antepecho de una buhardilla, con sus raíces apretujadas en latas o viejas macetas de arcilla; luego las flores pretenciosas, convencionales y estúpidas como la rosa, cuyo lugar adecuado está en cacharros ocultos dentro de búcaros de porcelana pintados por señoritas modosas; y por último, las flores de delicadeza hechi-

cera y trémula, esas princesas del reino vegetal, que viven en arrogante aislamiento, sin tener nada en común con las plantas populares o las flores burguesas.

Ahora bien, no podía dejar de sentir cierto interés, cierta piedad, por las flores de clase inferior, que se marchitan en los tugurios por el mal aliento de los desagües y las piletas; en tanto que detestaba aquellas que corresponden a los salones de color crema con dorados de casas recién inauguradas; y reservaba su admiración sólo para las plantas raras y aristocráticas procedentes de países distantes, cuya vida se preservaba con una refinada atención en los trópicos artificiales creados mediante estufas reguladas con esmero.

Mas esta elección deliberada que había hecho de las flores de invernadero se modificó por la influencia de sus conceptos generales, de las conclusiones categóricas a que había llegado ya en todas las cuestiones. En otros tiempos, en París, su afición innata a lo artificial le hizo preferir a las flores reales sus copias, fiel y casi milagrosamente ejecutadas en goma y alambre, calicó y taftán, papel y terciopelo.

Poseía, pues, una colección maravillosa de plantas tropicales, modeladas por las manos de auténticos artistas, siguiendo la naturaleza paso a paso, repitiendo sus procesos, tomando la flor desde su nacimiento, llevándola hasta la madurez, imitándola hasta en su muerte, observando los matices más indefinibles, los aspectos más fugaces de su despertar o su sueño, advirtiendo las posiciones de sus pétalos, soplados por el viento o contraídos por la lluvia, rociando la corola desplegada con gotas de goma y adaptando su aspecto a la época del año: en plena floración cuando las ramas están encorvadas bajo el peso de la savia o con una cúpula

arrugada y un tallo marchito cuando se van desprendiendo los pétalos y caen las hojas.

Esta artesanía admirable lo embelesaba desde mucho tiempo atrás, pero ahora soñaba con coleccionar otra clase de flora: cansado de los ramilletes artificiales que imitaban las reales, ahora quería algunas flores naturales que parecieran artificiales.

Consagró su atención a este problema, mas no tuvo que buscar largo tiempo ni ir muy lejos, considerando que su casa estaba en el corazón mismo de la zona que había atraído a todos los grandes cultivadores de flores. Fue a visitar los invernaderos de Châtillon y del valle de Aunay, para volver a casa cansado y con los bolsillos limpios, pasmado de los caprichos florales que había visto, pensando exclusivamente en las variedades que había comprado, cautivado todo el tiempo por recuerdos de búcaros caprichosos y magníficos.

Dos días después llegaban los carros. Lista en mano, des Esseintes pasó revista, verificando sus adquisiciones una por una. Ante todo, los jardineros descargaron de sus carros una colección de caladios, cuyos tallos peludos e hinchados sostenían grandes hojas en forma de corazón; si bien guardaban un aire general de familia, no había dos que fueran iguales. Había algunos ejemplares notables: unos de color sonrosado como la virginal, que parecían haber sido recortadas en hule o esparadrapo; otros, blancos como la albana, que daban la impresión de haber sido hechos con la pleura de un buey o la diáfana vejiga de un cerdo. Otros, en especial la llamada *Madame Mame*, parecían simular zinc, parodiando pedazos de metal grabado en hueco, teñidos de verde emperador y salpicados con gotas de pintura al aceite, con vetas de rojo plomizo y blanco. Aquí, había plantas como el bósforo que daban la ilusión de ser de percal almidonado,

con puntos de color carmesí y verde mirto; allá, había otras como la *Aurora Borealis*, de ondeantes hojas con el color de la carne cruda, con nervaduras de un rojo oscuro y fibrilas purpurinas, hojas entumecidas que parecían estar sudando sangre y vino. Entre las dos, la albana y la *Aurora Borealis* representaban los dos extremos temperamentales, la apoplejía y la clorosis, en esta determinada familia de plantas.

Los jardineros acarreaban también otras variedades, las cuales tenían la apariencia de una falsa piel cubierta con una red de venas dibujadas. Casi todas ellas, como si estuvieran averiadas por la sífilis o la lepra, mostraban parches lívidos de carne jaspeada por la roseola, adamascada por la culebri-lla; otra tenía el color sonrosado brillante de una cicatriz que se está curando o el tinte pardo de una costra que se forma; otras parecían haber sido hinchadas por cauterios, ampolladas por quemaduras; por su parte, otras revelaban superficies vello-sas, marcadas por úlceras y repujadas por chancros; y por último había algunas que parecían hallarse cubiertas de diversos unguentos, con una mano de manteca negra mercurial, revocadas de belladona verde, espolvoreadas con las escamas amarillas del polvo de yodo.

Reunidas ahora, estas flores morbosas le causaban a des Esseintes la impresión de ser aún más monstruosas que cuando las vio por vez primera, mezcladas con otras como pacientes de hospital dentro de las paredes de vidrio de sus salas de invierno.

—¡Caramba! —exclamó, en un raptó de entusiasmo.

Otra planta, de tipo similar a los caladios, la *Alocasia metallica*, le causó aún mayor admiración. Cubierta con una capa de bronce verdoso tornaso-

lado con destellos de plata, constituía la suprema obra maestra del artificio; cualquiera la hubiera tomado por un fragmento de cañón de chimenea recortado en forma de asta de pica por los fabricantes.

Luego los mozos descargaron varios manojos de hojas romboideas, de color verde botella; del medio de cada manajo se elevaba un tallo rígido en cuyo extremo superior temblaba un gran as de corazones, tan lustroso como pimienta; y luego, como si desafiara todos los aspectos familiares de la vida de las plantas, salía del centro de este corazón rojo brillante una cola carnosa, suave, amarilla y blanca, recta en unos casos, en tirabuzón sobre el corazón como cola de cochinillo en otros. Se trataba del *Anthurium*, aroidea recientemente importada de Colombia; pertenecía a una sección de la misma familia que ciertas especies de *Amorphophallus*, planta de Cochinchina con hojas en forma de rebanadas de pescado y largos tallos negros con cicatrices en zigzag, como los miembros de una esclava negra.

Des Esseintes apenas podía contener su júbilo.

Procedían ahora a bajar de los carros una remesa más de monstruosidades: la *Equinopsis*, cuyos capullos de un color rosa lívido salen de compresas de algodón, como muñones de miembros amputados; el *Nidularium*, cuyos pétalos como espadas revelan las bocas abiertas de carnes heridas; la *Tillandsia Lindenii*, que arrastra sus melladas rejas de arado, color mosto de vino; y el *Cypripedium*, con sus contornos complejos e incoherentes delineados por algún dibujante demente. A lo que más se parecía era a un chañero, en cuya punta había una lengua humana doblada hacia atrás con el tendón bien tenso, exactamente como se la puede ver representada en las láminas de tratados de medicina referentes a enfermedades de la garganta y la

boca; dos alitas de un rojo de yuyuba, que casi podrían haber sido tomadas de un molino de juguete completaban esta barroca combinación de la parte de abajo de una lengua, color heces de vino y pizarra, y un lustroso estuche de bolsillo con un forro que rezumaba gotas de pasta viscosa.

No podía apartar la vista de esta extravagante orquídea procedente de la India, y los jardineros, irritados por tales demoras, empezaron a leer también los rótulos pegados en las macetas que estaban transportando.

Des Esseintes las contemplaba boquiabierto, escuchando estupefacto los nombres imponentes de las diversas herbáceas: el *Encephalartos horridus*, alcaucil gigantesco, pica de hierro pintada de color de herrumbre, como las que ponen en los portones de los parques para impedir que se trepen intrusos; la *Cocos Micania*, especie de palmera, de tallo dentado y esbelto, rodeada completamente de largas hojas en forma de paletas y remos; la *Zamia Lehmanni*, enorme ananás, monumental queso de Cheshire prendido en humus de matorrales, erizado en la parte superior de jabalinas barbadadas y flechas indígenas; y el *Cibotium spectabile*, que desafiaba la comparación con la más espeluznante pesadilla y que superaba incluso a sus congéneres en lo demencial de su configuración, con una enorme cola de orangután que salía de un montón de hojas de palmera: una cola morena y peluda que en la punta se curvaba en forma de cayado de obispo.

Mas no se demoró en estas plantas, ya que estaba aguardando con impaciencia la serie que lo fascinaba por sobre todo, esos vampiros vegetales que son las plantas carnívoras: la atrapamoscas de las Antillas, de borde suave pero con secreciones digestivas y picas curvadas que cierran como mandíbulas y así aprisionan todo insecto que se les acerca; la

Drosera de las turberas, que luce un conjunto de pelos glandulares; la *Sarracena* y el *Cephalothus*, que abren voraces fauces que son capaces de consumir y digerir grandes trozos de carne; y por último la *Nepenthes*, que por su forma supera todos los límites de la excentricidad.

Con infatigable delectación hacía girar entre sus manos la maceta en que temblaba esta extravagancia de la flora. Se asemejaba al gomero por sus largas hojas de verde metálico oscuro; pero del extremo de cada hoja pendía un verde cordel, un cordón umbilical que sostenía una ascidia de color verdoso con manchas purpúreas, una especie de pipa alemana de porcelana, un tipo singular de nido de pájaro que oscilaba suavemente de aquí para allá, revelando un interior alfombrado de pelos.

—Realmente es una hermosura —murmuró des Esseintes.

Pero tuvo que reprimir sus manifestaciones de entusiasmo, pues ahora los jardineros, con apuro por marcharse, procedían a descargar las últimas plantas, mezclando begonias tuberosas y crotonas negras, abigarradas de puntos de plomo rojo como hierro viejo.

Observó luego que aún quedaba un nombre en su lista, la *Cattleya* de Nueva Granada. Le señalaron una pequeña campánula aluda de color lila pálido, de un malva casi imperceptible, fue hacia ella, le metió la nariz y retrocedió inmediatamente... pues salía de ella un olor a pino barnizado, un olor a caja de juguetes que le traía atroces recuerdos de las navidades cuando era chico. Decidió que más le valdría ser cauto con ella y casi lamentó haber admitido esta orquídea con su olor desagradablemente reminiscente entre todas las plantas sin aroma que poesía.

Cuando hubo quedado solo nuevamente, con-

templó la vasta marea de vegetación que había inundado el vestíbulo, las diversas especies que se entremezclaban, cruzando espadas, crises o jabalinas entre sí, formando una masa de armas verdes, sobre las que flotaban, como pendones de batalla bárbaros, flores de colores chillones y deslumbrantes.

El aire de la sala se estaba purificando y pronto, en un rincón oscuro, cerca del piso, apareció una suave luz blanca. Fue hacia ella y descubrió que procedía de un grupo de rizomorfas que, al respirar, brillaban como minúsculas mariposas nocturnas.

—Estas plantas son realmente asombrosas —se dijo, retrocediendo para apreciar el conjunto de la colección.

Sí, había logrado su objetivo: ninguna de ellas parecía real; era como si el hombre le hubiera prestado a la naturaleza tela, papel, porcelana y metal para permitirle crear estas monstruosidades. Donde le había resultado imposible imitar la obra de la mano humana, se había visto reducida a la necesidad de copiar las membranas de órganos animales, a tomar en préstamo los tintes vívidos de la carne putrefacta, los horribles esplendores de la piel engangrenada.

—En última instancia, todo se reduce a sífilis —meditó des Esseintes, atraída su mirada por las espantosas marcas de las calafías, sobre las que jugaba un rayo de luz.

Y tuvo una súbita visión de los incesantes tormentos infligidos a la humanidad por el virus de épocas remotas. Desde los comienzos del mundo, y sin interrupción, de generación en generación, todas las criaturas vivas habían transmitido el legado inagotable, la sempiterna enfermedad que causó estragos entre los antepasados del hombre y que hasta carcomió los huesos de los fósiles que ahora se encontraban en las excavaciones. Sin apaciguarse

jamás, había recorrido las épocas, causando estragos aún en nuestro tiempo en forma de dolores subrepticios, disfrazada de jaqueca o bronquitis, histeria o gota. De tiempo en tiempo salía a la superficie, escogiendo en general para atacar a gentes sin recursos y mal alimentadas, reventando en puntos como monedas de oro, coronando irónicamente a los pobres diablos con diademas de cequíes, sumando el agravio a la lesión pues les estampaba en la piel el símbolo mismo de la riqueza y el bienestar. ¡Y helo aquí una vez más, reapareciendo en todo su esplendor prístino en las hojas de brillante color de estas plantas!

—Verdad es —proseguía des Esseintes, volviendo al punto de partida de su argumentación—, verdad es que casi todo el tiempo la naturaleza se muestra incapaz de producir estas especies enfermizas y degradadas por su sola cuenta y sin ayuda; ella proporciona la materia prima, la semilla y el suelo, el vientre que nutre y los elementos de la planta, que luego el hombre cultiva, modela, pinta y talla para satisfacer su fantasía.

“Por obstinada, estúpida y estrecha de miras que sea, por fin se ha sometido y su amo ha conseguido cambiar los componentes del suelo mediante reacciones químicas, utilizar combinaciones lentamente maduradas, cruzas cuidadosamente preparadas, emplear plantones e injertos con destreza y metódicamente, de tal manera que ahora la puede hacer producir flores de colores diferentes en una misma rama, que le inventa nuevos matices y modifica a voluntad las formas antiquísimas de sus plantas. En suma, el hombre desbasta sus bloques de piedra, termina sus bosquejos, los firma con su nombre e imprime en ellos su marca artística.

”Es un hecho innegable —concluía—: en el curso de unos cuantos años el hombre puede llevar a

cabo una selección que la despaciosa naturaleza no conseguiría efectuar, cabe suponer, en menos de algunos siglos; sin pizca de duda, los horticultores son los únicos artistas genuinos que hoy día nos quedan."

Estaba algo fatigado y se sentía sofocado en esa atmósfera de invernáculo; todas las salidas que había hecho en los últimos días lo tenían exhausto; la transición entre la inmovilidad de una vida recoleta y la actividad de una existencia al aire libre había sido demasiado súbita. Salió del vestíbulo y fue a echarse en la cama; pero, absorbido por un solo asunto, como si le hubieran dado cuerda, su espíritu siguió soltándose hasta en el sueño y pronto fue presa de las sombrías fantasías de una pesadilla.

Iba caminando por el medio de un sendero a través de un bosque crepuscular, al lado de una mujer a quien nunca antes había visto ni encontrado. Era una mujer alta y delgada, de cabellera como estopa, cara de *bull-log*, mejillas pecosas, dientes irregulares que sobresalían bajo una nariz chata; llevaba un delantal blanco de criada, tenía cubierto el pecho con un largo pañuelo escarlata, botines de soldado prusiano y un gorro adornado con pliegues y un moño de repollo.

Más que nada parecía la encargada de un puesto de feria o miembro de un circo ambulante.

Se preguntaba quién sería esa mujer con quien sentía que había estado honda e íntimamente vinculada su vida durante largo tiempo, y trataba de recordar sus orígenes, su nombre, su ocupación, su significado; mas todo en vano, pues no despuntaba en él recuerdo alguno de ese vínculo tan inexplicable como innegable.

Escarbaba todavía en su memoria cuando de súbito apareció una extraña figura ante ellos; mon-

tada a caballo, siguió llevándoles la delantera durante un minuto con un suave trote y luego se dio vuelta en la montura.

La sangre se le heló y se quedó clavado allí mismo, absolutamente aterrado. El jinete era una criatura asexuada, equívoca, de piel verdosa y espantosos ojos de azul claro y frío que brillaban bajo los párpados rojos; tenía pústulas alrededor de toda la boca; dos brazos sorprendentemente delgados como los de un esqueleto, desnudos hasta los codos y temblando de fiebre, salían de sus mangas raídas, y sus muslos sin carne se contraían y estremecían en unas botas de montar que le quedaban demasiado grandes.

Su tremenda mirada estaba clavada en des Es-seintes, taladrándolo, helándolo hasta la médula, mientras la mujer *bulldog*, todavía más espantada que él mismo, se le aferraba y aullaba de terror, con la cabeza hacia atrás y el cuello rígido.

Inmediatamente comprendió el significado de esa espantosa visión. Tenía ante sus ojos la imagen de la Viruela.

Preso de pánico incontenible, vencida toda su cordura por el miedo, se precipitó por un sendero lateral y corrió para salvar la vida, hasta que llegó a un invernáculo que se levantaba a la izquierda entre unos laburnos. A salvo en el recinto, se dejó caer en una silla en el pasillo.

Unos minutos después, cuando empezaba a recuperar el aliento, oyó sollozos que le hicieron levantar la vista. La mujer *bulldog* estaba a su lado, visión grotesca y lastimosa. Lloraba amargamente, quejándose de que en la huida había perdido sus dientes y, sacando unas cuantas pipas de arcilla del bolsillo de su delantal, procedió a romperlas y a meterse pedacitos de los cañones en los agujeros de sus encías.

—¡Pero está loca! —se decía des Esseintes—. ¡Esos pedazos de pipa jamás van a quedar fijos! —y en verdad, uno tras otro todos se le cayeron de las mandíbulas.

En ese momento se oyó el galope de un caballo que se acercaba. El terror se apoderó de des Esseintes y se le aflojaron las piernas. Pero, al aproximarse más el ruido de cascos, la desesperación lo aguijoneó como el chasquido de un látigo y lo puso en movimiento; se echó sobre la mujer, quien ahora pisoteaba los restos de las pipas, rogándole que se quedara inmóvil y no los traicionara a ambos con el ruido de sus zapatones. La mujer se debatió furiosamente y des Esseintes tuvo que arrastrarla a la fuerza hasta el extremo del pasillo, sofocándola para impedir que diera voces. Luego, de repente, advirtió la puerta de una taberna con postigos pintados de verde y vio que no tenía el candado puesto; la abrió de un empujón, se precipitó adentro... y se detuvo de inmediato.

Ante sí, en medio de un vasto espacio despejado, enormes *pierrots* blancos saltaban por aquí y por allá como conejos a la luz de la luna.

Lágrimas de desaliento se agolparon en sus ojos; jamás, no, nunca jamás sería capaz de atravesar el umbral de esa puerta.

—Me pisotearían hasta darme muerte, si tratara de hacerlo— se dijo; y como para confirmar sus temores el número de gigantescos *pierrots* iba en aumento; con sus brincos cubrían ahora todo el horizonte y el firmamento entero, de modo que saltaban alternativamente contra el cielo y la tierra, con las cabezas y los talones.

Precisamente entonces se apagó el ruido de los cascos del caballo. Estaba ahí en el pasillo, tras una ventana redonda; más muerto que vivo, des Esseintes se dio vuelta y vio a través de la abertu-

ra circular dos orejas aguzadas, una amarillenta dentadura y unas narices que despedían chorros gemelos de vapor que hedían a fenol.

Se dejó caer en el suelo, abandonando toda idea de resistencia o huida; y cerró los ojos para no encontrar la atroz mirada de la Viruela, que lo contemplaba fijamente desde el otro lado del muro, aunque aún así sentía que se abría camino bajo sus párpados cerrados, deslizándose por su espalda pegajosa y recorriendo todo su cuerpo, cuyos pelos estaban de punta en charcos de sudor frío. Estaba preparado para que sucediera casi cualquier cosa y hasta lo esperaba el golpe de gracia que pondría fin a la situación. Lo que le pareció un siglo, y posiblemente sólo fue un minuto, transcurrió; luego abrió los ojos de nuevo, con un estremecimiento de aprensión.

Todo se había desvanecido repentinamente; y como una escena de transformación, como una ilusión teatral, ahora se extendía ante él un horrible paisaje mineral, un paisaje pálido de hondonadas que se perdía a la distancia sin un signo de vida o movimiento. Este escenario desolado estaba bañado de luz: una luz blanca y serena, reminiscente del destello de fósforo disuelto en aceite.

De repente, en el suelo algo se agitó; algo que asumió la forma de una mujer de rostro ceniciento, y desnuda, salvo por un par de medias verdes de seda.

Él la observó inquisitivamente. Como crin rizada con pinzas al rojo, su pelo era frizado, de puntas rotas; de las orejas le colgaban ascidias de nepepes; tintes de ternera hervida se veían en sus narices semiabiertas. Los ojos le destellaban extáticamente y lo estaba llamando en voz baja.

No le quedó tiempo para responder, pues ya la mujer estaba cambiando; colores encendidos ilu-

minaron sus ojos; sus labios adquirieron el rojo ígneo de las anturias; los pezones de sus pechos brillaron como ajíes.

Tuvo una súbita intuición y se dijo que esa mujer debía ser Flora. Su manía razonadora persistía aún, en medio de esa pesadilla; y como en la vigilia, pasaba de la vegetación al Virus.

Notó ahora la amedrentadora irritación de la boca y los pechos, descubrió en la piel del cuerpo puntos de bístre y cobre, y retrocedió horrorizado; mas los ojos de la mujer lo fascinaban y se dirigió lentamente hacia ella, tratando de hundir los talones en el suelo para contenerse, y cayendo deliberadamente sólo para volver a levantarse y seguir adelante. Ya la estaba tocando casi cuando brotaron por todas partes *Amorphophalli* negros y se clavaron en el vientre de la mujer, el que subía y bajaba como un mar. Los hizo a un lado y los obligó a retroceder, asqueado completamente por la vista de esos tallos firmes y calientes que se retorcían y giraban entre sus dedos. Luego, de súbito, las repulsivas plantas desaparecieron y dos brazos estaban tratando de encerrarlo. El terror pánico hizo latir locamente su corazón, pues los ojos, esos terribles ojos de la mujer, se habían vuelto de un azul frío y claro, verdaderamente atroces. Hizo un esfuerzo sobrehumano para librarse de su abrazo, pero con un movimiento irresistible la hembra lo aferró y retuvo; y, pálido de horror, vio el *Nidularium* que florecía entre sus muslos levantados, con sus hojas de espada abiertas para revelar las profundidades sangrientas.

Su cuerpo tocaba casi la repulsiva herida en la carne de esta planta y sintió que se le iba la vida... cuando despertó sobresaltado, ahogado, helado, loco de espanto.

—Gracias a Dios —sollozó—, sólo fue un sueño.

IX

Semejantes pesadillas se repitieron una y otra vez, hasta que llegó a tener miedo de irse a dormir. Pasaba horas echado en la cama, a veces víctima de persistente insomnio y de un desasosiego febril, otras veces presa de abominables sueños que sólo se interrumpían cuando el durmiente volvía sacudido a la vigilia por haber perdido pie o caído escaleras abajo, o tras precipitarse irremediabilmente en las profundidades de un abismo.

Su neurosis, arrullada hasta dormirse por unos cuantos días, volvió a imponérsele, mostrándose más violenta y empecinada que nunca y asumiendo nuevas formas.

Ahora eran las ropas de cama las que lo incomodaban: se sentía sofocado bajo las sábanas, todo el cuerpo le hormigueaba en forma desagradable, le hervía la sangre y tenía picazón en las piernas. A estos síntomas se sumó pronto un dolor sordo de las mandíbulas y la sensación de que sus sienas eran estrujadas en una prensa.

Su ansiedad y su depresión empeoraron y por desgracia no contaba con medios para dominar esta dolencia inexorable. Había tratado de instalar un conjunto de artefactos hidropáticos en su tocador, mas sin éxito; desbarató ese plan la imposibilidad de hacer subir el agua hasta la altura de su casa, para no hablar de la dificultad de conseguir agua en cantidad suficiente en una aldea donde las fuen-

tes públicas sólo dejaban correr un hilillo muy débil a determinadas horas. Chasqueado, sin esos chorros de agua que, dirigidos de cerca a los discos de su columna vertebral, constituían el único tratamiento capaz de vencer sus insomnios y devolverle la tranquilidad, se veía reducido a breves aspersiones en su baño o en su tina, nada más que efusiones frías a las que sucedían enérgicos masajes que le daba su ayuda de cámara con un guante de crin.

Pero este sucedáneo distaba mucho de detener el avance de su neurosis; a lo sumo las duchas le daban unas cuantas horas de alivio, y de alivio conseguido a alto precio, si se tiene en cuenta que sus molestias nerviosas volvían pronto al ataque, con vigor y violencia redoblados.

Su tedio alcanzó proporciones infinitas. El placer que le había causado la posesión de tantas flores asombrosas ya estaba agotado; sus formas y colores habían perdido ya el poder de excitarlo. Además, pese a todas las atenciones que les prodigó, la mayoría de sus plantas optó por marchitarse; las hizo sacar de sus habitaciones, mas su irritabilidad había llegado a tal punto que lo exasperó su ausencia y su vista se sentía constantemente agraviada por los espacios vacíos que habían quedado.

Para entretenerse y matar las horas interminables, pensó en sus carpetas de grabados y empezó a separar los de Goya. Los primeros estados de determinadas planchas de los *Caprichos*, pruebas que podían reconocerse por un tono rojizo, compradas por él mucho tiempo atrás en subastas y a precios de ocasión, le devolvieron el buen humor; y se olvidó de todo lo demás mientras seguía las extrañas fantasías del artista, deleitándose con sus sobrecogedoras imágenes de bandidos y súcubos, diablos y enanos, brujas montadas en gatos y mu-

jeres que trataban de arrancar los dientes de los ahorcados.

Después, recorrió todas las demás series de grabados y aguatinas de Goya, sus macabros *Proverbios*, sus feroces escenas de la guerra y por último *El garrote*, del cual poseía una lámina que era una espléndida prueba de ensayo, impresa en grueso papel sin apresto, con las acanilladuras claramente visibles.

La verdad salvaje de Goya, su genio áspero y brutal, cautivaba a des Esseintes. Por otra parte, la admiración universal que había conquistado su obra lo había alejado un poco de él y, así, durante años se abstuvo de hacerlos enmarcar, por temor a que si los colgaba, el primer cretino que los viera se sintiese obligado a macularlos con unas cuantas idioteces y a caer en un éxtasis de pacotilla ante ellos.

Otro tanto le pasaba en el caso de sus grabados de Rembrandt, que examinaba de vez en cuando a la chita callando; y es verdad, por cierto, que así como la más encantadora melodía se torna intolerablemente vulgar cuando empieza el público a tararearla y los organitos a tocarla, del mismo modo la obra de arte que atraca charlatanes se deja querer por los necios y no se regocija con despertar el entusiasmo de unos pocos conocedores, con lo cual se contamina a ojos de los iniciados y se vuelve un lugar común, casi repulsiva.

Esta especie de admiración promiscua era, en verdad, una de las espinas que más le dolían en su carne, pues modas inexplicables le habían averiado para siempre ciertos libros y ciertos cuadros que le fueron caros; frente a la aprobación de la chusma, siempre terminaba por descubrir algún defectillo que hasta entonces le resultó imperceptible, y en seguida lo desechaba, preguntándose al mis-

mo tiempo si no estaría perdiendo el olfato y si su gusto no se estaría embotando.

Cerró sus álbumes y una vez más cayó en un estado de ánimo melancólico, en la indecisión. Para variar el curso de sus pensamientos, inició una serie de lecturas emolientes; trató de refrescarse los sesos con algunas de las solanáceas de la literatura, de leer aquellos libros que se adaptan tan agradablemente a la convalecencia y la invalidez, estados en los que lecturas más tetánicas o fosfáticas sólo causarían fatiga; y se entregó a Charles Dickens.

Pero las obras del autor inglés se limitaron a producir el efecto opuesto al que esperaba: sus castos amantes y sus heroínas puritanas con ropajes que todo lo ocultaban, compartiendo pasiones etéreas y limitándose a agitar las pestañas, ruborizándose tímidamente, llorando de júbilo y tomándose las manos, lo impulsaban a desvariar. Virtud tan exagerada lo hizo reaccionar en sentido opuesto; obedeciendo a la ley de los contrastes, saltó de un extremo al otro, recordó escenas de pasión carnal desbordante y se puso a pensar en prácticas amoratorias como el beso híbrido o beso colombino, según lo designa el recato eclesiástico, en que interviene la lengua.

Dejó el libro que estaba leyendo, apartó todo pensamiento de la mojigata Albión y demoró su espíritu en los condimentos salaces, esos pecadillos de lascivia que la Iglesia desaprueba. La soledad volvía a afectar sus nervios torturados, pero esta vez no lo obsesionaba la religión sino los pecados libertinos que la religión condena. Los temas habituales de sus amenazas y execraciones eran ahora lo único que lo tentaba; el lado carnal de su naturaleza, que dormitó durante meses enteros, había sido alterado primero por la lectura de obras pías, luego

despertado en un ataque de nervios originado por la gazmoñería del novelista inglés y ahora estaba muy atento. Con sus sentidos estimulados que lo hacían remontar los años, pronto empezó a regodearse en los recuerdos de sus antiguas fechorías.

Se puso de pie y con cierta tristeza abrió una cajita de plata dorada cuya tapa estaba tachonada de venturinas.

Dicha caja estaba llena de bombones purpurinos. Sacó uno y distraídamente dejó que sus dedos juguetearan con él, pensando en las extrañas virtudes de estas golosinas con su cubierta escarchada de azúcar. En otros días, cuando quedó establecida sin lugar a dudas su impotencia y no pudo pensar en la hembra sin amargura, pesar o deseo, solía ponerse sobre la lengua uno de esos bombones y lo dejaba derretirse; luego, de súbito, y con infinita ternura, lo visitaban recuerdos tenues, descoloridos, de viejas proezas libertinas.

Esos bombones, inventados por Siraudin y conocidos con el ridículo nombre de "Perlas de los Pirineos", consistían en una gota de perfume de *schoenanthus* o esencia femenina cristalizada en trociscos de azúcar; estimulaban las papilas de la boca, evocando recuerdos de agua opalescente con vinagres raros y besos morosos, fragantes de perfume.

Por lo común, se embebía sonriente en este aroma amoroso, en esta sombra de pasadas caricias que instalaba una pequeña desnudez femenina en un rincón de su cerebro y revivía por un segundo el sabor de alguna hembra, un sabor que antaño había adorado. Mas ahora los bombones ya no tenían esos dulces efectos y no se limitaban ya a evocar recuerdos de desenfrenos distantes y semiolvidados; por el contrario, desgarraban los velos y le ponían ante los ojos la realidad corporal en toda su crudeza, en todo su apremio.

Encabezando la procesión de amantes que el gusto del bombón ayudaba a trazar en detalle estaba una mujer que se detenía frente a él, una mujer de largos dientes blancos, de nariz afilada, con ojos color ratón y cabello corto amarillo.

Se trataba de Miss Urania, muchacha norteamericana de figura esbelta, con piernas vigorosas, músculos de acero y brazos de hierro. Había sido una de las acróbatas más famosas en el Circo, donde des Esseintes siguió su actuación noche a noche. Las primeras veces recogió la impresión de que sólo era una mujer hermosa y robusta, pero no sintió deseo alguno de aproximársele; no tenía nada que la recomendara a su gusto exquisito y saciado, pese a lo cual se encontraba volviendo al Circo, atraído por una seducción misteriosa, impulsado por una fuerza indefinible.

Poco a poco, mientras la observaba, fueron surgiendo curiosas fantasías en su espíritu. Cuanto más admiraba su flexibilidad y su fuerza, más le parecía advertir que se operaba en ella un cambio artificial de sexo; sus movimientos afectados y sus remilgos femeninos se hacían cada vez menos cargosos y en lugar de ellos se desarrollaban los encantos vigorosos, ágiles, del macho. En suma, que después de haber empezado por ser mujer, titubeante luego en un estado al borde de la androginia, parecía por fin haberse resuelto a convertirse en un hombre indudable, de pies a cabeza.

—En tal caso —se dijo des Esseintes—, del mismo modo que a menudo los grandotes musculosos se prendan de chicas anémicas, esta joven muchacha vigorosa ha de sentirse atraída instintivamente por una criatura débil, agotada, de pocos pulmones como yo.

De tanto considerar su propio físico y argumentar sobre la base de analogías, llegó al extremo

de imaginar que, por su parte, él se estaba volviendo femenino; a tal altura, lo apresó el deseo categórico de poseer esa mujer, anhelándola como una doncella clorótica ansía un hombretón torpe cuyo abrazo podría exprimirle toda vida.

Este intercambio de sexo entre Miss Urania y él lo había excitado enormemente. Se dijo que estaban hechos el uno para la otra; y sumada a esta repentina admiración por la fuerza bruta, algo que hasta entonces había detestado, estaba ese extravagante deleite en la propia humillación que muestra una prostituta vulgar al pagar caro las groseras caricias de un rufián.

En el ínterin, antes de resolverse a seducir a la acróbata y verificar si sus sueños podían tornarse realidad, buscó una confirmación de tales sueños en las expresiones faciales que ella adoptaba inconscientemente, leyendo sus propios deseos en la sonrisa fija e inmutable de la mujer que se columpiaba en el trapecio.

Por fin, un buen día le hizo llegar un mensaje por intermedio de uno de los acomodadores del Circo. Miss Urania estimó necesario no rendirse sin un poco de galanteo previo; sin embargo, puso atención en no aparecer demasiado tímida, pues tenía oído que des Esseintes era hombre rico y que su nombre podía ayudar a una mujer en su carrera.

Pero, cuando por fin los favores solicitados por des Esseintes le fueron concedidos, sufrió una desilusión inmediata e inmensa. Se había imaginado que la muchacha norteamericana sería tan pobre de entendederas y tan zafia como un luchador de feria, pero comprobó con consternación que su tontería era puramente femenina. Cierto era que la muchacha carecía de educación y refinamiento, que no poseía ni ingenio ni sentido común y que en la mesa se comportaba con una avidez de animal, pero

al mismo tiempo exhibía cuantas flaquezas pueriles hay en una mujer; le gustaban los chismes y las cursilerías como a cualquier buscona de pocas luces y era evidente que no se había producido ninguna transmutación de ideas masculinas en su personalidad femenina.

Peor aún, en la cama era resueltamente puritana y no le proporcionaba a des Esseintes ninguna de las ásperas caricias atléticas que al mismo tiempo él había deseado y temido; no estaba sujeta, como por un momento esperó que lo estuviera, a fluctuaciones sexuales. Tal vez, si hubiera escarbado más en esa naturaleza insensible, podría haber llegado a descubrir una propensión a un compañero de cama delicado, de constitución débil y de temperamento diametralmente opuesto al de ella; mas en tal caso no habría sido una preferencia por una jovencita sino por algún hombrecillo vivaz, zancudo, con cómica cara de payaso.

A des Esseintes no le quedaba más remedio que asumir nuevamente el papel masculino que momentáneamente había olvidado; sus sentimientos de femineidad, fragilidad y dependencia, hasta de miedo, todo desapareció. Ya no podía cerrar los ojos a la verdad: Miss Urania era una amante como cualquier otra y no ofrecía justificativo alguno para la curiosidad cerebral que en él despertó.

Si bien, al principio, su carne firme y su magnífica belleza sorprendieron a des Esseintes y lo tuvieron hechizado, pronto sintió impaciencia por poner fin a esta aventura y se apresuró a alejarse, pues su impotencia prematura iba empeorando como consecuencia de las heladas caricias y la gazonosa pasividad de la mujer.

No obstante, de todas las mujeres en esta interminable procesión de recuerdos lascivos, ella era

la primera que se detenía ante él; pero el hecho era que si ella había dejado grabada una huella más profunda en su memoria que mil otras cuyos encantos fueron menos falaces y cuyas caricias fueron menos limitadas, se debía al fuerte y saludable aroma animal que exudaba; su salud exuberante estaba exactamente en los antípodas del sabor perfumado y anémico que podía percibir en el delicado bombón de Siraudin.

Con su fragancia antitética, Miss Urania tenía obligadamente que ocupar el primer puesto en sus recuerdos, pero casi inmediatamente des Esseintes, conmovido un momento por el impacto de un aroma natural, sin artificio, volvía a perfumes más civilizados e inevitablemente empezaba a pensar en sus otras amantes, las que ahora se apiñaban en su memoria, aunque una mujer sobresalía de las demás: esa mujer cuya monstruosa especialidad le había proporcionado meses de maravillosa satisfacción.

Se trataba de una cosita flacucha, una morocha de ojos oscuros, con el cabello pringoso y partido a un costado cerca de la sien, como muchacho, aplastado tan firmemente que parecía pintado en la cabeza. La había encontrado en un café donde la chica divertía a los parroquianos con demostraciones de ventriloquía.

Ante la estupefacción de un apiñado auditorio, que estaba algo asustado por lo que oía, sacaba una serie de muñecos de pasta, posados en sillitas como una hilera de flautas de Pan y sucesivamente confería una voz a cada uno; conversaba con los títeres, que parecían casi vivientes, en tanto que en el auditorio podía escucharse el vuelo de las moscas y los espectadores silenciosos se susurraban nerviosamente; por último, hacía que una fila de vehículos inexistentes rodara por la sala desde la puerta hasta el escenario, pasando tan cerca del pú-

blico que instintivamente éste retrocedía y en seguida quedaba sorprendido de encontrarse sentado en un recinto cerrado.

Esto fascinó a des Esseintes, en cuyo cerebro brotó toda una cosecha de nuevas ideas. En primer término, no perdió tiempo en disparar toda una batería de billetes de banco, a fin de subyugar a la ventrílocua, quien lo atraía precisamente en razón del contraste que ofrecía con la muchacha norteamericana. De esta morocha salían vaharadas de aromas sabiamente preparados, de perfumes violentos y malsanos, y ardía como el cráter de un volcán. Pese a todos sus subterfugios, des Esseintes se había agotado en unas cuantas horas; mas inclusive así le permitió a la mujer que siguiera esquilmandolo, pues lo que le atraía en ella era sobre todo la artista. Por otra parte, los planes que tenía previstos estaban a punto y decidió que ya era tiempo de ejecutar un proyecto hasta entonces impracticable.

Una noche dispuso que llevaran una esfinge en miniatura, tallada en mármol negro y recostada en la postura clásica, con las zarpas extendidas y la cabeza rígidamente erecta, junto con una quimera de terracota coloreada, la cual lucía hirsuta crin, lanzando feroces miradas y con su cola azotando ijares tan hinchados como los fuelles de una herrería. Colocó una de estas fieras mitológicas en cada extremo del dormitorio y apagó las lámparas, dejando sólo las ascuas rojas que destellaban en el hogar y arrojaban una tenue luz que exageraba el tamaño de los objetos sumergidos en la penumbra. Hecho esto, se instaló en el lecho junto a la ventrílocua, cuyo rostro rígido era iluminado por el resplandor de un leño semiquemado, y aguardó.

Con extrañas entonaciones que le había hecho ensayar durante horas, ella confirió voz y vida a

los monstruos, sin siquiera mover los labios, hasta sin echar una mirada en dirección a ellos.

Ahí empezó entonces, en el silencio de la noche, el maravilloso diálogo de la Quimera y la Esfinge, recitado con profundas voces guturales, roncadas unas veces, otras de penetrante claridad, como voces de otro mundo.

—¡Eh, Quimera, detente!

—No, jamás lo haré.

Cautivado por la prodigiosa prosa de Flaubert, des Esseintes escuchaba con expectante reverencia el aterrador dúo, estremeciéndose de pies a cabeza cuando la Quimera pronunció la fórmula mágica y solemne:

—Busco nuevos perfumes, flores más grandes, placeres aún no paladecados.

¡Ah! Era a él a quien se dirigía esa voz, misteriosa como un encantamiento; era a él a quien le hablaba del febril deseo de lo ignoto, el anhelo insatisfecho de un ideal, el deseo vehemente de evadirse de las atroces realidades de la vida, para atravesar las fronteras del pensamiento, ir a tientas en pos de una certidumbre, aunque sin dar con ella, en las brumosas regiones superiores del arte. Tenía que sobrellevar la mezquindad de sus esfuerzos y esto lo lastimaba en lo más hondo. Abrazó suavemente a la mujer que tenía a su lado, apretándose contra ella como un niño que necesita ser consolado, sin advertir en momento alguno la expresión adusta de la actriz obligada a representar una escena, a ejercer su profesión, cuando estaba en casa, en sus momentos de descanso, lejos de las candelas.

La relación entre los dos continuó, pero antes de mucho los fracasos sexuales de des Esseintes se hicieron más frecuentes; la efervescencia de su mente ya no podía derretir el hielo de su cuerpo, sus

nervios ya no prestaban atención a las órdenes impartidas por su voluntad y ya estaba obsesionado por las divagaciones lúbricas que son comunes entre los viejos. Sintióse cada vez más dubitativo en cuanto a su potencia sexual cuando estaba con esa amante, recurrió al más eficaz adjutor conocido por los viejos libertinos inseguros de sus fuerzas: el miedo.

Mientras permanecía con la mujer entre sus brazos, una voz ronca, alcoholizada, le rugía desde detrás de la puerta:

—¡Abre, condenada! ¡Sé que tienes un acompañante, ahí, contigo; pero espera sólo un minuto, mujerzuela, y verás lo que te pasa!

De inmediato, como esos depravados a quienes estimula el temor de ser cogidos en flagrante delito al aire libre, a orillas del río, en los jardines de las Tullerías, en los mingitorios o en un banco del parque, él recobraba momentáneamente sus fuerzas y se dejaba caer sobre la ventrílocua, cuya voz seguía atronando amenazadoramente desde el otro lado de la puerta. Le causaba extraordinario placer este aterrorizado apresuramiento de hombre que corre peligro, interrumpido y atropellado en medio del placer.

Por desgracia estas funciones especiales pronto llegaron a su fin; pese a los honorarios fabulosos que le pagaba, la ventrílocua lo mandó a paseo y esa misma noche se entregó a un sujeto de caprichos menos complicados y de impulsos más dignos de confianza.

Des Esseintes había lamentado perderla y el recuerdo de sus artificios hacía que le parecieran insípidas otras mujeres; hasta las monerías viciosas de chiquillas depravadas le resultaban sosas en comparación y llegó a sentir tal desdén por sus monó-

tonas piruetas que ya no podía avenirse a seguir tolerándolas.

Caviloso por estas decepciones, iba caminando solo una mañana por la Avenue de Latour-Maubourg cuando lo abordó un mozalbete que le preguntó cuál era el camino más corto a la Rue de Babylone. Des Esseintes le indicó el camino que debía seguir y, como también él estaba atravesando la explanada, prosiguieron juntos.

La voz del muchacho, quien con inexplicable persistencia le pedía instrucciones más precisas, "De modo que cree que si fuera por la izquierda sería más largo; pero me dijeron que si corto por la Avenue puedo llegar allí más pronto", era al mismo tiempo tímida y halagadora, muy baja y suave.

Des Esseintes lo recorrió con la mirada. Se hubiera pensado que acababa de salir de la escuela e iba pobremente vestido con una chaquetita de *cheviot* demasiado ajustada en las caderas y que llegaba apenas hasta la parte inferior de la espalda, un par de pantalones negros muy estrechos, cuello volcado y una corbata muy suelta, de color azul oscuro con rayitas blancas, de nudo flojo. Llevaba en una mano un libro de texto de tapas duras y sobre su cabeza descansaba un bombín pardo, de ala chata.

El rostro era algo desconcertante; pálido y tenso, de facciones bastante regulares coronadas por largo cabello negro, lo iluminaban dos grandes ojos de mirada húmeda, circundados de azul y muy próximos a la nariz, salpicada por unas cuantas pecas doradas; la boca era pequeña, pero estropeada por labios carnosos con una línea que los dividía al medio como una cereza.

Se contemplaron mutuamente por un momento; luego el muchacho bajó la vista y se le acercó más, rozando con el suyo el brazo de su compañero.

Des Esseintes aminoró el paso, tomando neta atencionalmente de la afectación del muchacho al andar.

De este encuentro fortuito había surgido una amistad desconfiada que de algún modo se prolongó varios meses. Des Esseintes no podía pensar ahora en ella sin estremecerse; jamás se había sometido a explotación más deleitable ni más rigurosa, jamás había corrido parejos riesgos, pero tampoco había conocido jamás semejantes satisfacciones mezcladas con zozobra.

Entre los recuerdos que lo visitaban en la soledad, la memoria de este apego mutuo dominaba todos los demás. Toda la levadura de insanía que pueda contener un cerebro sobreexcitado por la neurosis estaba fermentando en su interior; y en la complacida contemplación de esos recuerdos, en su delectación morosa, según llaman los teólogos a esta reiteración de pasadas iniquidades, se sumaban a las visiones físicas la lujuria espiritual encendida por sus viejas lecturas de lo que declaran casuistas como Busenbaum y Diana, Liguori y Sánchez acerca de los pecados contra los mandamientos sexto y noveno.

Al par que implantaba un ideal extrahumano en esta alma suya, a la que había dejado embebida y que una tendencia hereditaria que se remontaba al reinado de Enrique III acaso ya había predispuesto, la religión también le había inyectado un ideal ilícito de placer voluptuoso; obsesiones licenciosas y místicas se fundían en su cerebro, cautivándolo; y su cerebro estaba afectado por un terco afán de eludir las vulgaridades de la vida y, haciendo caso omiso a los dictados de las costumbres consagradas, por zambullirse en éxtasis nuevos y originales, en paroxismos celestiales o malditos, pero igualmente agotadores por el despilfarro de fósforo que acarrear.

Al presente, cuando salía de una de estas ensoñaciones, se sentía consumido, completamente aplastado, medio muerto; y en seguida prendía todas las lámparas y bujías, inundando de luz la sala, imaginándose que de este modo escucharía menos nítidamente que en la oscuridad el tambor que tocaba en sus arterias persistentemente, en forma insoportable, batiendo sin cesar bajo la piel de su cuello.

X

En el curso de esa peculiar dolencia que causa estragos en los linajes debilitados, agotados, suceden a las crisis repentinos intervalos de calma. Aunque no pudo entender por qué, un buen día des Esseintes despertó sintiéndose de muy buena salud y animado. La tos ya no lo atormentaba y no tenía esa impresión de que le clavaban cuñas en la nuca sino, en cambio, una inefable sensación de bienestar; su cabeza se había despejado lo mismo que sus pensamientos, que de opacos y mortecinos se tornaban ahora brillantes e iridiscentes como burbujas de jabón de delicados colores.

Se mantuvo en esta condición durante unos cuantos días; luego, muy de súbito, empezaron a afectarlo alucinaciones del sentido del olfato.

Como notó un fuerte aroma de franchipán en el cuarto, comenzó a buscar para ver si había quedado destapada por ahí una botella de ese perfume, mas nada por el estilo le fue dado encontrar. Pasó entonces a su estudio y luego al comedor; y el aroma lo acompañó.

Tocó la campanilla, llamando al criado.

—¿Hueles algo particular? —le preguntó.

El hombre olfateó y en seguida declaró que no advertía ningún olor extraño. Ya no cabía duda de la cosa: su perturbación nerviosa había reaparecido en forma de una nueva especie de ilusión sensorial.

Irritado por la persistencia de este imaginario aroma, decidió saturarse de algunos perfumes reales, con la esperanza de que tal homeopatía nasal lo curaría o al menos reduciría la intensidad de ese importuno franchipán.

Se dirigió pues a su tocador. En él, junto a una fontana antigua que usaba como lavatorio, y debajo de un espejo alargado con marco de hierro forjado que mantenía prisionera la luna como agua verde en reposo dentro del brocal de piedra de un aljibe, se veían en hileras, sobre estantes marfileños, botellas de todos los tamaños y formas.

Las puso sobre una mesa y las dividió en dos grupos: primero, los perfumes simples o, en otras palabras, los espíritus puros y extractos; y, segundo, las esencias compuestas, conocidas con el nombre genérico de *bouquets*.

Hundiéndose en un sillón, se entregó a sus pensamientos.

Ya hacía años que era un experto en la ciencia de la perfumería; sostenía que el sentido del olfato podía proporcionar placeres iguales a los que se alcanzaban mediante la vista o el oído, pues cada sentido era capaz, en virtud de una aptitud natural perfeccionada por la erudición, de percibir impresiones nuevas, decuplicándolas y coordinándolas para constituir la totalidad que forma la obra de arte. Después de todo, según argumentaba, no era más anormal disponer de un arte que consistía en escoger fluidos olorosos que contar con otras artes basadas en la selección de ondas sonoras o en el impacto de rayos coloreados en la retina del ojo; sólo que, así como nadie sin una facultad intuitiva especial desarrollada mediante estudio, podía distinguir entre el cuadro de un gran maestro y un mamarracho pintarrajeado, o bien entre un tema de Beethoven y una tonada de Clapisson, tampoco

nadie, sin una iniciación preliminar, podía dejar de confundir inicialmente un *bouquet* creado por un auténtico artista con un mejunje confeccionado por cualquier fabricante para su venta en tenduchas y ferias.

Un aspecto de este arte de la perfumería lo había atraído por sobre todo; se trataba del grado de precisión que era posible lograr en la imitación del producto real. Porque, a decir verdad, apenas si alguna vez se producen los perfumes a partir de las flores cuyos nombres llevan; y todo artista que fuera bastante torpe como para tomar sus materias primas de la sola Natura se reduciría al logro de un híbrido, exento por igual de convicción y distinción; y esto por la muy buena razón de que la esencia lograda mediante la destilación de la flor no puede brindar jamás otra cosa que una semejanza muy remota, muy adocenada, con el aroma real de la flor viva, que tiene sus raíces hundidas en la tierra y expande sus efluvios a través del aire libre.

Por ende, con la única excepción del inimitable jazmín, que no tolera imitaciones o semejanzas, y ni siquiera aproximaciones, todas las flores existentes están representadas a la perfección por mezclas de alcoholato y esencias, extrayendo del modelo su personalidad distintiva y añadiendo esa mínima singularidad, ese dejo adicional, ese aroma penetrante, ese raro toque que hace una obra de arte.

En resumen, que el artista de la perfumería completa el inicial olor natural, al cual, por así decir, corta y monta lo mismo que el joyero perfecciona y hace resaltar las aguas de las piedras preciosas.

Poco a poco, los arcanos de este arte, el menos frecuentado de todos, le habían sido revelados a des Esseintes, quien ya podía descifrar su complejo lenguaje, tan sutil como el que más, pero por-

tentosamente conciso bajo su vaguedad y su ambigüedad aparentes.

Para lograrlo, había tenido que dominar primero la gramática, entender la sintaxis de los aromas, familiarizarse con las reglas que los rigen y, una vez embebido en este dialecto, hubo de proceder a comparar las obras de los grandes maestros, los Atkinson y los Lubin, los Chardin y Violet, los Legrand y Piesse, a analizar la construcción de sus oraciones, a sopesar la proporción de sus vocablos, a medir la organización de sus períodos.

La etapa siguiente en su estudio de esta lengua de las esencias consistió en dejar que la experiencia fuera en ayuda de teorías, las cuales con excesiva frecuencia resultaban incompletas y trilladas.

Por cierto, la perfumería clásica era poco diversificada, prácticamente incolora, fundida invariablemente en un molde elaborado por químicos de antaño; aún seguía con la misma letanía, apegada aún a sus viejos alambiques, cuando la era romántica alboreó y, al igual que las otras artes, la modificó, la rejuveneció, la hizo más maleable y más flexible.

Su historia seguía la de la lengua francesa paso a paso. El estilo Luis XIII de perfumería, integrado por los elementos caros a dicho período —polvo de iris, almizcle, civeto y agua de mirto, conocida ya entonces con el nombre de agua de ángel— no se prestaba mucho para expresar la gracia desenvuelta, los colores algo chillones de la época que ciertos sonetos de Saint-Amand nos han preservado. Más tarde, con ayuda de la mirra y el incienso, esos vigorosos y austeros aromas religiosos, se tornó casi posible representar la majestuosa pompa de la época de Luis XIV, los artificios pleonásticos de la oratoria clásica, el estilo amplio, sostenido, verboso de Bossuet y de los otros maestros del púl-

pito. Aún más tarde, las gracias rebuscadas, hastiadas, de la sociedad francesa bajo Luis XV hallaron más fácilmente sus intérpretes en el franchipán y la *maréchale*, que en un sentido brindaron la síntesis misma del período. Y luego, tras la indiferencia y la negligencia del Primer Imperio, que usó agua de Colonia y rosmarino en exceso, la perfumería, a la zaga de Victor Hugo y Gautier, salió a buscar inspiración en las comarcas del sol; compuso entonces sus propios versos orientales, sus propias zalemas cargadas de especias, descubrió nuevas entonaciones y audaces antítesis, separó y resucitó olvidados matices que hizo más complejos, sutilizó y apareó y, en suma, repudió resueltamente la voluntaria decrepitud a que la habían reducido sus Malesherbes, sus Boileau, sus Andrieux, sus Baour-Lormian, los vulgares destiladores de sus poemas.

Pero la lengua de los aromas no había permanecido estacionaria desde el apogeo del romanticismo. Siguió desarrollándose, marchó con el siglo y avanzó a la par de las otras artes. Como éstas, se había adaptado a los caprichos de artistas y conoedores, uniéndose al culto de lo chino y lo japonés, ideando álbumes perfumados, imitando los arreglos florales de Takeóka, mezclando lavanda y clavo para producir el perfume de la rondelecia, apareando el pachulí y el alcanfor para obtener el singular aroma de la tinta china, combinando el cidro, el clavo y la esencia de azahares para alcanzar el olor de la hovenia japonesa.

Des Esseintes estudió y analizó el espíritu de estos compuestos y se afanó en una interpretación de estos textos; para su placer y su satisfacción personales se dedicó a hacer de psicólogo, a desmontar el mecanismo de una obra y armarlo nuevamente, a destornillar las piezas separadas que forman la

estructura de un olor compuesto y, como resultado de estas operaciones, su sentido del olfato adquirió una sagacidad casi infalible.

Así como un bodeguero puede reconocer el vino de una cosecha con solo gustar una gota; así como un mercader chino puede decir de inmediato cuál es el lugar de origen de los té y en qué plantación de las colinas de Bohea o en qué monasterio budista ha crecido cada una de las muestras que se le presentan y cuándo fueron recogidas las hojas, y también puede declarar con precisión el grado de torrefacción y el efecto producido en el té por el contacto con capullos de pruna, con la aglaia, con la *olea fragrans*, a decir verdad con cualquiera de los perfumes que se emplean para modificar su sabor, para conferirle un picante inesperado, para mejorar su aroma algo seco con una bocanada de flores frescas y extrañas, así también des Esscintes, tras olfatear rápidamente un perfume podía detallar en seguida las cantidades de sus ingredientes, explicar la psicología de su composición, acaso hasta dar el nombre del artista que lo creó y lo marcó con el sello personal de su estilo.

Demás está decir que poseía una colección de todos los productos usados en perfumería; incluso tenía un poco de genuino bálsamo de La Meca, ese bálsamo tan raro que sólo se puede conseguir en determinadas regiones de la Arabia Pétrca y que sigue siendo monopolio del Gran Turco.

Sentado ahora a la mesa de su tocador, acariciaba la idea de crear un nuevo *bouquet* cuando lo aquejó ese súbito titubeo tan frecuente en los autores que, tras meses de holganza, se disponen a embarcarse en una nueva obra.

Como Balzac, a quien lo acosaba la compulsión imperiosa de ennegrecer resmas de papel a fin de prepararse la mano, des Esscintes sintió que debía

volver a acostumbrarse a la faena mediante unos cuantos ejercicios elementales. Pensó en hacer un poco de heliotropo y tomó dos botellas de almendra y vainilla; luego cambió de idea y se decidió a probar, en cambio, con el guisante de olor.

La fórmula pertinente y el método de elaboración escapaban a su memoria, de modo que procedió por tanteos. Sabía, por supuesto, que la fragancia de esta flor, el capullo de naranjo, constituía el elemento predominante; y después de probar diversas combinaciones dio por último con el tono justo al mezclar el capullo de naranjo con el nardo y la rosa, ligando los tres con una gota de vainilla.

Desapareció toda su incertidumbre; una fiebre-cilla de excitación se apoderó de él y se sintió listo para emprender la labor nuevamente. Primero hizo un poco de té con una combinación de casia y lirio; luego, bien seguro de sí, se resolvió a proseguir, a hacer sonar un acorde retumbante cuyo majestuoso trueno ahogara el susurro de ese ladino franchipán que seguía metiéndose furtivamente en la habitación.

Manipuló sucesivamente ámbar, almizcle de Tonquín, con su aroma avasallador, y pachulí, el más punzante de todos los perfumes vegetales, cuya flor, en su estado natural, despide un olor a tizón y moho. Hiciera lo que hiciese, empero, lo acosaban visiones del siglo XVIII; vestidos con tontillos y volantes danzaban ante sus ojos; Afroditas de Boucher, pura carne sin nada de hueso, rellenas de algodón rosado, lo contemplaban desde las paredes; recuerdos de la novela *Thémidore* * y en particular de la deliciosa Rosette con las faldas recogidas en la agonía del rubor, lo perseguían. Se puso

* Novela de Godard d'Aucourt, aparecida en 1745. (N. del T.)

llenara la habitación con el más peculiar de los aromas, un olor a la vez repugnante y deleitoso, que mezclaba el grato perfume del junquillo con el inmundo hedor de la gutapercha y el alquitrán de hulla. Se desinfectó las manos, guardó su resina en una caja que cerraba herméticamente y entonces, por su parte, desaparecieron las fábricas.

Ahora, en medio de los reanimados efluvios de tilos y florecillas de la pradera, roció unas cuantas gotas del perfume "Heno recién segado", y en el punto mágico, momentáneamente despojado de sus lilas se levantaron pilas de heno, trayendo consigo una nueva estación, difundiendo el verano con esas delicadas emanaciones.

Por último, cuando ya había saboreado bastante este espectáculo, esparció frenéticamente perfumes en torno, vació sus vaporizadores, avivó todas sus esencias concentradas y dio rienda suelta a todos sus bálsamos, lo cual hizo que la sofocante habitación se llenara en seguida con una vegetación demencialmente sublimada, que emitía poderosas emanaciones, que impregnaba una brisa artificial con furiosos alcoholatos; una vegetación antinatural pero aún así hechicera, que paradójicamente unía las especias tropicales, como los aromas punzantes de la madera de sándalo chino y la hediosmia jamaicana con aromas franceses como los del jazmín, el espino y la verbena, desafiando clima y estaciones para presentar árboles de diferentes aromas y flores de los colores y fragancias más divergentes, creando, a partir de la unión o la colisión de todos estos tonos un perfume común, innominado, inesperado, inusitado, en el cual reaparecía, como persistente estribillo, la frase decorativa con que había comenzado, el aroma del gran prado y las lilas y los tilos agitados por el viento.

De repente sintió una aguda puntada, como si

un taladro estuviera perforándole las sienas. Abrió los ojos para encontrarse de nuevo en medio de su saloncillo de tocador, sentado a su mesa; se puso de pie y, aún aturdido, fue tropezando hasta la ventana, que procedió a entreabrir. Entró una ráfaga de aire que refrescó la sofocante atmósfera que lo envolvía. Caminó de aquí para allá a fin de dar firmeza a las piernas y, mientras iba y venía, volvió la vista hacia el techo, en el cual se destacaban en relieve cangrejos y algas marinas con costras de sal contra un fondo granulado tan amarillo como la arena de una playa. Un dibujo semejante adornaba los plintos de los paneles en los muros, los cuales a su vez estaban cubiertos con crespón japonés, de un color verde acuoso y ligeramente arrugado para imitar la superficie de un río rizada por el viento, en tanto que en la suave corriente flotaba un pétalo de rosa alrededor del cual se enroscaba y daba vueltas un cardumen de pececillos bosquejados con un par de pinceladas.

Mas todavía le pesaban los ojos, y por eso dejó de recorrer la corta distancia entre la fontana y el baño y apoyó los codos en el antepecho de la ventana. Pronto se le despejó la cabeza, y después de poner prolijamente los respectivos tapones a todas sus botellas de esencias, aprovechó la ocasión para ordenar todos sus preparados cosméticos. No había tocado estas cosas desde su llegada a Fontenay y se sintió casi sorprendido al volver a ver esta colección a la que habían recurrido tantas mujeres. Potes y redomas estaban amontonados, en la mayor confusión. Aquí había una caja de porcelana gris que contenía *schnoude*, esa maravillosa crema blanca que, una vez extendida sobre la piel, se torna, bajo la influencia del aire, de un delicado tono rosa y luego adquiere un color de carne, tan natural que produce una ilusión absolutamente convin-

de pie con furia y para librarse de estas obsesiones llenó los pulmones con esa esencia sin adulteración de nardo que es tan cara a los orientales y tan repugnante para los europeos a causa de su excesiva dosis de valeriana. Quedó aturdido por la violencia de la sacudida que esto le causó. La filigrana del delicado aroma que lo había venido fastidiando se desvaneció como si la hubiera aplastado un martillo; y sacó partido de esta tregua para escapar de épocas remotas y olores antiguos con el objeto de entregarse, como lo había hecho en otros tiempos, a faenas menos restringidas y más al día.

En una época había calmado su espíritu con perfumadas armonías. Recurriría a efectos análogos a los empleados por los poetas, siguiendo con cuanta fidelidad fuera posible los admirables arreglos de ciertos poemas de Baudelaire, como "L'irréparable" y "Le balcon", en los cuales el último de los cinco versos que compone cada estrofa hace eco con el primero, volviendo como un estribillo para ahogar el alma en profundidades infinitas de melancolía y languidez. Él solía vagar al acaso a través de los ensueños que le evocaban estas estrofas aromáticas, hasta que de súbito era devuelto a su punto de partida, al motivo de su meditación, por la reiteración del tema inicial, que reaparecía a intervalos determinados en la fragante orquestación del poema.

Ahora era su ambición errar a voluntad a través de un paisaje lleno de cambios y sorpresas; y comenzó por una simple frase que era amplia y sonora, la cual de repente abría una inmensa perspectiva de campiña.

Con ayuda de sus vaporizadores inyectó en la habitación una esencia compuesta de ambrosía, lavanda de Mitcham, guisante de olor y otras flores; un extracto que, si es destilado por un verdadero

artista, bien merece el nombre que se le ha dado: "extracto de florecillas del prado". Luego introdujo en este prado una amalgama prolijamente medida de nardo, naranjo y flor de almendro; e inmediatamente surgieron lilas artificiales, en tanto que los tilos se agitaban al viento, proyectando hacia el suelo sus pálidas emanaciones, simuladas por el extracto londinense de tilia.

Una vez que tuvo trazado este fondo en su contorno general, de tal modo que se extendía a la distancia tras sus párpados cerrados, roció la habitación con una ligera lluvia de esencias que eran semihumanas y semifelinas, con un dejo de enaguas, indicando la presencia de la hembra en sus afeites y polvos de arroz —la estefanotis, la ayapana, el opoponax, el chipre, la champaka y el esquenanto—, a las que superpuso un poquito de lila para dar a esa vida fingida de interior, con el olor de los cosméticos que evocaban, la apariencia natural de risas, sudor, placeres retozones al sol.

Dejó luego que estas fragancias se escabulleran por un ventilador, conservando sólo el aroma campestre, al que renovó, aumentando la dosis a fin de obligarlo a volver como estribillo al final de cada estrofa.

Las mujeres que su conjuro trajo habían ido desapareciendo paulatinamente y la pradera estaba de nuevo despoblada. Luego, como por arte de magia, el horizonte se llenó de fábricas, cuyas espantosas chimeneas eructaban fuego y llamas como otros tantos boles de ponche.

Un hálito fabril, una vaharada de productos químicos flotaba ahora en la brisa que él levantaba al abanicar el aire, si bien Natura aún vertía sus dulces efluvios en esa atmósfera fétida.

Des Esseintes estaba frotando un gránulo de estoraque entre los dedos, entibiándolo para que

piensas de esas familias timoratas que, a fin de evitar la llegada del invierno, se escabullen a toda velocidad hacia Antibes o Cannes.

"La inclemente Naturaleza nada tiene que ver con este extraordinario fenómeno; pues hay que decir de inmediato que al artificio, y sólo al artificio, debe Pantin esta primavera ficticia.

"La verdad es que estas flores están hechas de tafetán y montadas con alambre, en tanto que esta fragancia primaveral se ha filtrado por las hendijas en el marco de la ventana, procedente de las fábricas cercanas donde se hacen los perfumes de Pinaud y St. James.

"Para el artesano agotado por las pesadas faenas de los talleres, para el empleadillo que goza de excesiva prole, la ilusión de gustar un poco de aire puro es una posibilidad práctica... gracias a esos fabricantes.

"A la verdad, a partir de esta fabulosa falsificación de la campiña podría desarrollarse una forma sensata de tratamiento médico. En la actualidad, los calaveras que contraen tisis son fletados al sur, donde por lo común expiran, acabados por el cambio de hábitos, por la nostalgia de los placeres de París que los dejaron extenuados. Aquí, en un clima artificial mantenido por estufas abiertas, sus recuerdos lujuriosos volverían a ellos en forma suave e inofensiva, al tiempo que inhalan las lánguidas emanaciones femeninas despedidas por las fábricas de perfumes. Mediante engaño tan inocente, el médico podría proporcionarle platónicamente a su paciente la atmósfera de los tocadores y prostíbulos de París, en vez del mortífero tedio de la vida provinciana. Con la mayor frecuencia, para completar la cura sólo sería necesario que el paciente exhibiera un poco de imaginación.

"Considerando que en la actualidad no queda

nada sin adular en este mundo donde vivimos; considerando que el vino que bebemos y la libertad de que gozamos están por igual adulterados y son irrisorios; y considerando, por último, que hace falta una abundancia de buena voluntad para creer que las clases gobernantes son dignas de respeto y que las clases inferiores son dignas de socorro o de piedad, me parece —concluía des Esceintes— que no es más absurdo o demencial reclamar de mis congéneres una suma de ilusión apenas equivalente a la que malgastan todos los días en idioteces, a fin de convencerse de que la población de Pantin es una Niza artificial, una Menton ficticia.

"Todo eso —musitó, interrumpido en su meditación por una súbita sensación de languidez—, no altera el hecho de que tengo que precaverme de estos experimentos deliciosos y atroces, que precisamente me están dejando exhausto."

Lanzó un suspiro.

—¡Y bien! Ello significa que habrá que terminar todavía con otros placeres y que tomar aún más precauciones— y se encerró luego en su estudio, con la esperanza de que allí le resultaría más fácil eludir la influencia obsesiva de todos esos perfumes.

Abrió la ventana de par en par, con el gozo de tomar un baño de aire puro; pero de repente se le ocurrió que la brisa traía una bocanada de aceite de bergamota, mezclado con un aroma a jazmín, casia y agua de rosas. Jadeó de espanto y empezó a preguntarse si no estaría poseído por uno de esos espíritus malignos que solían exorcizar en la Edad Media. Mientras tanto el olor, aunque siempre igualmente persistente, experimentó un cambio. Un vago aroma a tintura de Tolú, a bálsamo del Perú y a azafrán, mezclado con unas cuantas gotas de almiz-

cente de tez sonrojada; allá, potes laqueados con incrustaciones de nácar contenía oro japonés y verde ateniense del color de las alas de cantáridas, oros y verdes que se tornaban carmesí oscuro no bien se los humedecía. Y al lado de potes de pasta de avellana, de *serkis* de harén, de emulsiones de lirios de Cachemira, de lociones de frutilla y baya de saúco para la piel, junto a botellitas llenas de tinta china y soluciones de agua de rosas para los ojos, estaba desparramado un conjunto de instrumentos hechos de marfil y madreperla, de plata y acero, mezclados con cepillos para las encías, tijeras, raspadores, esfuminos, postizos de pelo, rascadores de espalda, lunares y limas.

Curioseó en este instrumental, comprado hacía largo tiempo para complacer a una amante que solía caer en éxtasis ante ciertas sustancias aromáticas y ciertos bálsamos; una mujer neurótica, desequilibrada, a quien le gustaba que se maceraran sus pezones con perfumes, pero que sólo experimentaba un éxtasis completo y absoluto cuando le rascaban el cuero cabelludo con un peine o cuando a las caricias del amante se mezclaba el olor a hollín, a yeso húmedo procedente de casas que se edificaban durante las lluvias o a polvo levantado por las pesadas gotas de lluvia en una tormenta de verano.

Mientras cavilaba, sumido en estas reminiscencias, un recuerdo en especial lo cautivó, removiendo un mundo olvidado de viejos pensamientos y antiguos perfumes: el recuerdo de una tarde que había pasado en Pantin con esa mujer; en parte por no tener nada mejor que hacer y en parte por curiosidad, en la casa de una de las hermanas de ella. Mientras las dos mujeres parloteaban, mostrándose sus vestidos; él se había dirigido hacia la ventana y, por los vidrios polvorientos, había visto la calle

cubierta de lodo que se perdía a la distancia y la oyó hacer eco al incesante paso de los chanclos sobre los charcos.

Esta escena, perteneciente a un pasado remoto, se le presentó de súbito, empero, con una asombrosa fidelidad. Ahí tenía a Pantin ante sus ojos, hirviendo de vida en el estanque verde del espejo donde imprevistamente se había posado su vista. Una alucinación lo trasladó a gran distancia de Fontenay; la luna del espejo no sólo hacía brotar a su conjuro la calle de Pantin sino también los pensamientos que otrora suscitó en él esa calle; y, perdido en un sueño, se repitió para sus adentros la antifona ingeniosa, melancólica pero consoladora que compuso aquel día cuando regresó a París:

"Sí, la estación de las grandes lluvias ya está aquí; escuchad la canción de los desagües que hacen arcadas bajo el pavimento; contemplad la bosta de caballo que flota en los tazones de café vaciados por el macádam; por doquier rebosan los baños de pies de los pobres.

"Bajo el cielo tan bajo, en la atmósfera húmeda, las casas rezuman sudor negro y sus ventiladores inhalan olores pestilentes; el horror de la vida se vuelve más evidente y el apretón de la tristeza más sofocante; las semillas de iniquidad que yacen en el corazón de cada hombre empiezan a germinar; un anhelo de placeres inmundos se posesiona de los espíritus puritanos y las cabezas de respetables ciudadanos son abordadas por deseos criminales.

"Y, sin embargo, heme aquí, calentándome ante las llamas de la chimenea, mientras un cesto de flores bien abiertas llena la sala con el aroma del benjuí, el geranio y el vetiver. A mediados de noviembre todavía es primavera en Pantin, en la Rue de Paris, y puedo reírme para mis adentros a ex-

ceas praderas del firmamento, arrastrando una interminable procesión de nubes, que eran como otros tantos cantos rodados recién arrancados de la tierra. Reiteradamente se abrían las compuertas del cielo y se producía un repentino chaparrón; y entonces el valle desaparecía bajo torrentes de lluvia.

Sin embargo, precisamente ese día el cielo había cambiado de aspecto: las avenidas de tinta se habían secado, las nubes habían perdido sus contornos escabrosos y el firmamento aparecía cubierto por una película opaca y chata. Esta película parecía ir cayendo cada vez más y al mismo tiempo la campiña aparecía envuelta en una bruma acuosa; ya no caía en cascadas como el día anterior, pero en cambio ahora la llovizna cubría de agua los senderos, sumergía los caminos y unía el cielo con la tierra mediante innúmeras hebras finas, frías e implacables. En la aldea la luz del día se redujo a un espectral crepúsculo, en tanto que la aldea misma parecía un lago de lodo, moteada por las mercuriales agujas de lluvia que pinchaban la superficie de los viscosos charcos. De esta escena de desolación se había desvanecido todo color, y sólo los techos resplandecían sobre los muros.

—¡Qué tiempo tan terrible! —suspiró el viejo criado, mientras ponía sobre una silla las ropas que le había pedido el amo, un traje encargado algún tiempo antes a Londres.

Des Esseintes, por toda respuesta, se frotó las manos y se sentó ante una librería con vidrieras en la que estaba dispuesta en abanico una colección de calcetines de seda. Durante un momento titubeó entre los diversos tonos; luego, prestando atención al día mortecino, sus ropas mortecinas y su destino también mortecino, escogió un par de una seda pardusca y se lo puso con prontitud. Tras ello se puso el traje, a cuadros abigarrados en gris

ratón y lava, un par de botines con cordones, un bombín y una capa de Inverness en género azul de lino. Con semejante atuendo, y acompañado por el criado, a quien doblaba el peso de un baúl, una maleta ensanchable, un saco de noche, una sombrera y un haz de bastones y paraguas enrollados en una manta de viaje, emprendió su camino hacia la estación. Al llegar allí, le dijo al sirviente que no podía hacerle saber con precisión cuándo iba a regresar: tal vez dentro de un año, o bien dentro de un mes, o de una semana, o tal vez aún más pronto; impartió instrucciones para que en su ausencia no se moviera ni cambiara nada en toda la casa; le entregó dinero suficiente para cubrir los gastos del domicilio; y se metió en el tren, dejando al vejete perplejo, desmañado y con la boca abierta junto a la barrera.

Viajaba solo en su compartimiento. A través de las ventanillas azotadas por la lluvia, la campiña que pasaba vertiginosamente se veía borrosa y oscura, como si él estuviera observando a través de un acuario lleno de agua cenagosa. Cerrando los ojos, des Essecintes se entregó entonces a sus pensamientos.

Una vez más, se dijo, la soledad que tanto había anhelado y que por fin conseguía lo había llevado a una aterradora infelicidad, y ahora el silencio que antes estimaba una merecida recompensa por todas las necesidades que tuvo que escuchar tantos años pesaba sobre él como carga intolerable. Una mañana se había despertado sintiéndose tan desesperado como un individuo que se encuentra encerrado en una celda de la cárcel; le temblaban los labios cuando trataba de hablar, tenía los ojos llenos de lágrimas y se atoraba y farfullaba como quien ha estado llorando horas enteras. Poseído de súbito deseo de andar por ahí, de ver un rostro

clé y ámbar, venía flotando ahora de la aldea que dormía recostada al pie de la colina; luego, repentinamente se produjo la metamorfosis, estas bocanadas aisladas de perfumes se reunieron y el aroma familiar del franchipán, cuyos elementos había reconocido su sentido del olfato, se difundió desde el valle de Fontenay hasta el Fuerte, asediando su nariz enviciada y sumiéndolo en tal estado de prostración que se sintió desvanecer, casi morir.

XI

Asustados, los criados hicieron acudir en seguida al médico de Fontenay, quien se quedó perplejo ante el estado de des Esseintes. Musitó unos cuantos términos médicos, tomó el pulso al paciente, le examinó la lengua, trató en vano de hacerlo hablar, ordenó sedantes y reposo, y prometió volver al día siguiente. Mas ya entonces des Esseintes había reunido energía suficiente para regañar a los criados por su excesivo celo y para despedir al intruso, quien se marchó a enterar a la aldea entera acerca de cómo era la casa, cuyo excéntrico mobiliario lo había dejado pasmado y sin habla.

Para estupor de los dos criados, quienes ya no se atrevían a moverse de la cocina, su amo se repuso en un par de días; y entonces lo acosaron, tamborileando en los vidrios de las ventanas y echando miradas angustiadas en dirección al cielo. Y luego, una tarde, él hizo sonar la campanilla para ordenarles que prepararan sus maletas pues iba a emprender un largo viaje.

Mientras el anciano criado y su mujer andaban en busca de las cosas que les había dicho que iba a necesitar, des Esseintes daba vueltas febrilmente por el comedor de estilo naval, consultaba los horarios de los vapores que hacían el cruce del Canal de la Mancha y escrutaba las nubes desde su estudio, con aire impaciente aunque también satisfecho.

Durante toda la semana última, el tiempo había sido pésimo. Ríos fuliginosos corrían por las grisá-

da quedó veteado por los hilos de agua mientras cuajarones de barro le daban por todas partes al coche como si fueran chispas de un fuego de artificio. Acunado por el monótono ruido de la lluvia que caía sobre su equipaje y sobre el techo del vehículo, como si estuvieran vaciando sacos de guisantes sobre su cabeza, des Esseintes empezó a soñar con su próximo viaje. Este tiempo espantoso se le antojaba una cuota de vida inglesa que se le pagaba por adelantado en París; y su mente convocó una visión de Londres en la que aparecía una metrópoli inmensa y desparramada, calada por la lluvia hasta los huesos, hedionda de hollín y hierro caliente, y envuelta en un perpetuo manto de humo y niebla. Podía ver con la imaginación una línea de muelles que se perdía a la distancia, llena de grúas, cabrestantes y fardos de mercancías, y en la que se movían enjambres de hombres, trepados unos a mástiles o sentados a horcajadas en las vergas, en tanto que centenares de otros, con las cabezas muy bajas y los traseros muy levantados, hacían rodar toneles por los muelles para meterlos en las bodegas.

Toda esta actividad se desplegaba en los depósitos y desembarcaderos bañados por las aguas oscuras y viscosas de un Támesis imaginario, en medio de una selva de mástiles, una maraña de vigas y viguetas que perforaba las nubes bajas y pálidas. Arriba, corrían los trenes a toda velocidad; y abajo, bajo tierra y entre cloacas, estruendosamente avanzaban otros, lanzando de vez en cuando tétricos aullidos o vomitando torrentes de humo a través de las bocas abiertas de los respiraderos. Y mientras tanto, en todas las calles, grandes o pequeñas, en un eterno crepúsculo que sólo aliviaban los chillones oprobios de la publicidad moderna, circulaba una interminable corriente de tránsito entre dos

columnas de londinenses silenciosos y correctos que marchaban con la vista fija al frente y los codos pegados a los costados.

Des Esseintes se estremeció de deleite al sentirse perdido en ese aterrador mundo del comercio, sumergido en esa bruma aisladora, participe en esa actividad incesante y atrapado en esa maquinaria implacable que reducía a polvo millones de pobres tipos; esos descastados de la fortuna a quienes los filántropos instaban, a modo de consuelo, a cantar salmos y recitar versículos de la Biblia.

Mas entonces la visión se disipó cuando de repente el coche lo hizo saltar en su asiento. Miró por la ventanilla y vio que ya había caído la noche; las lámparas a gas arrojaban una luz vacilante en medio de la niebla, cada una de ellas circundada por su halo amarillento, mientras sartas de luces parecían nadar en los charcos y rodcar las ruedas de los vehículos que avanzaban muy despacio a través de un mar de inmundo fuego líquido. Des Esseintes trató de ver dónde estaba y alcanzó a divisar el Arc du Carrousel; y en ese preciso instante, sin ningún motivo salvo posiblemente como reacción de sus recientes evasiones imaginativas, se detuvo su mente en el recuerdo de un incidente absolutamente trivial. Súbitamente recordó que, cuando el criado hizo el equipaje bajo su mirada, el hombre había olvidado poner un cepillo de dientes junto con los demás enseres de tocador. Pasó lista mentalmente a los objetos que fueron empacados y comprobó que todo lo demás había sido guardado debidamente en el equipaje; pero su fastidio por haberse olvidado del cepillo de dientes persistió hasta que el cochero hizo detener el vehículo y rompió así la cadena de reminiscencias y remordimientos.

Estaba ahora en la Rue de Rivoli, ante las puertas de El Mensajero de Galignani. En la librería,

humano, de hablar con otro ser viviente y de compartir un poquitín la vida de la gente común, había procedido a convocar a sus criados con cualquier pretexto y les pidió que se quedaran con él. Pero la conversación resultó impracticable, pues aparte de que años de silencio y rutina de cuarto de enfermería habían privado, prácticamente, de habla a la pareja de ancianos, el hábito de su señor de mantenerlos a la distancia no era lo más adecuado para aflojarles la lengua. De todos modos, se trataba de gente poco despierta, absolutamente incapaz de responder a una pregunta si no era con monosílabos.

Acababa des Esseintes de darse cuenta de que semejante gente no podría brindarle ni solaz ni alivio cuando vino a fastidiarlo un nuevo fenómeno. Las obras de Dickens, que había leído recientemente con la esperanza de calmar los nervios, pero que le produjeron el efecto contrario, lentamente comenzaron a actuar en él de modo imprevisto, evocándole visiones de la vida inglesa que contempló horas enteras. Luego, poco a poco, fue insinuándose una idea en su espíritu: la idea de convertir el ensueño en realidad, de viajar a Inglaterra en carne y hueso así como también con la mente, a fin de verificar la exactitud de sus visiones; y a esta idea se asociaba el anhelo de experimentar nuevas sensaciones, proporcionando así un poco de alivio a un espíritu aturdido de hambre y ebrio de fantasía.

El abominable estado del tiempo, brumoso y lluvioso, nutrió esos pensamientos, pues reforzó los recuerdos de lo que había leído al mantener ante sus ojos la imagen de una tierra de niebla y lodo, e impidióle toda desviación del camino que ya habían tomado sus deseos.

A la postre ya no pudo resistir más y de repente se decidió a ir allí. A la verdad, tenía tanta premura que huyó de su casa cuando todavía le que-

daban horas enteras, ávido por escapar hacia el futuro y zambullirse en la baraúnda de las calles, en el alboroto de las estaciones repletas de gente.

—Ahora por fin puedo respirar —se dijo, cuando el tren danzó al frenar bajo la cúpula de la terminal de París, valseando sus últimas piruetas al acompañamiento de *staccato* que hacían las placas giratorias.

Ya en la calle, en el Boulevard d'Enfer, chistó a un cochero, casi gozando la sensación de ir apeñuscado entre baúles y mantas de viaje. El cochero, resplandeciente en sus pantalones de color castaño y su chaleco escarlata, recibió la promesa de una generosa propina y esto contribuyó a que entre los dos hombres se estableciera rápidamente un entendimiento.

—Le voy a pagar por hora —le dijo des Esseintes; y luego, recordando que quería comprar una guía de Londres, fuera la de Baedeker o la de Murray, agregó—: Cuando llegue a la Rue de Rivoli, deténgase en la puerta de El Mensajero de Galignani.

El coche se puso en movimiento pesadamente, arrojando sus ruedas una lluvia de fango. La calle era una verdadera ciénaga; el cielo estaba tan bajo que las nubes parecían descansar sobre los techos; por los muros descendía el agua a raudales; rebo-saban los albañales; y el pavimento estaba recubierto por una resbalosa capa de barro que, por su color, parecía pan de jengibre. Mientras los carruajes pasaban raudamente, en la calle se mantenían inmóviles grupos enteros de personas; y mujeres con sus paraguas bajados y sus faldas alzadas se pegaban a las vidrieras de las tiendas para evitar las salpicaduras.

Como la lluvia entraba por las ventanillas, des Esseintes tuvo que subir el vidrio, el cual en segui-

cubiertas por grandes barriles sobre caballetes. Cercados con aros de hierro, ceñidos por una especie de soporte de pipas en el que colgaban boca abajo copas con forma de tulipas, y provistos en la parte inferior de espitas de loza, dichos barriles portaban, junto a un escudo de armas de la realeza, una tarjeta de color en la que se daban los detalles de la cosecha que contenían, la cantidad de vino que había en ellos y el precio de cada uno por tonel, por botella y por vaso.

En el pasaje que quedaba libre entre esas filas de barriles, bajo los picos de gas sibilantes de una espantosa araña de un gris ferruginoso, había una hilera de mesas cargadas de canastillos de bizcochos de Palmer y pasteles salados y rancios, así como también bandejas con montones de pastelillos de carne y emparedados cuyos exteriores insípidos ocultaban ardientes sinapismos. Estas mesas, con sillas dispuestas a cada lado, se extendían hasta el fondo del salón semejante a una bodega, en el cual todavía podían verse otros toneles apilados contra los muros, habiendo encima de ellos pipas más pequeñas, selladas.

El olor del alcohol asaltó el olfato de des Esseintes cuando tomó asiento en este abrigo de vinos fuertes. Paseando la vista en torno, vio a un lado una hilera de grandes toneles cuyas etiquetas enumeraban toda la gama de oportos, de cuerpo liviano o pesado, de color caoba o amaranto y destacados por títulos laudatorios, como "Viejo Oporto", "Liviano delicado", "Muy fino de Cockburn" y "Magnífico Vieja Regina"; y al otro lado, hombre a hombre y destacando sus formidables panzas, barriles enormes que contenían el vino marcial de España en todas sus diversas formas, jereces color topacio, claros y oscuros, dulces y secos: San Lúcar, Vino de Pasto, pálido seco, oloroso y amontillado.

La Bodega estaba repleta hasta las puertas. Apoyando un codo en la esquina de una mesa estaba sentado des Esseintes a la espera del vaso de oportó que había ordenado al cantinero, quien seguía ocupado en abrir explosivas botellas ovoideas de soda que parecían cápsulas tamaño gigante de gelatina o gluten, como las que emplean los farmacéuticos para disimular el sabor de sus más repulsivas medicinas. Lo rodeaban por todas partes enjambres de ingleses. Había clérigos pálidos y estirados, de mentón rasurado, anteojos redondos y pelo grasoso, vestidos de negro de pies a cabeza, en un extremo los botines con cordones, en el otro sombreros de fieltro, y en el medio abrigos increíblemente largos adornados con botones a todo lo largo del frente. Había civiles con caras abotagadas de carniceros de chanchos o con hocicos de perro *bulldog*, cuellos apopléticos, orejas como tomates, mejillas vinosas, estúpidos ojos inyectados de sangre y cuellos patilludos como los que suelen gastar algunos antropoides. Más lejos, en el otro extremo de la tienda, un individuo como un palillo, de cabello que parecía estopa, de cuya mandíbula salían pelos como si se tratara de un alcaucil, se valía de una lupa para descifrar las letras diminutas de un periódico inglés. Y frente a él estaba una especie de oficial de la marina de Estados Unidos, fornido y rechoncho, trigüeño y de narizota avinada, con un cigarro empujado en el peludo orificio de la boca y cuyos ojos contemplaban somnolientos los anuncios de champaña enmarcados sobre los muros: las marcas de Perrier y Roederer, Heidsieck y Mumm, y la cabeza encapuchada de un monje a quien en letras góticas se identificaba como Dom Pérignon de Reims.

Des Esseintes empezó a sentirse algo embotado en esa pesada atmósfera de sala de guardia. Sus

a cada lado de una puerta de vidrio opaco cuyos recuadros estaban cubiertos de inscripciones y de recortes de diarios y formularios azules para telegramas enmarcados en *passe-partout*, había dos vastas vidrieras atiborradas de libros y álbumes. Se dirigió a ellas, atraído al ver los libros encuadernados en cartón de color azul o verde repollo y decorados en los lomos con florecillas doradas y plateadas, lo mismo que otros encuadernados en tela teñida de color marrón, verde puerro, amarillo limón o rojo grosella y estampados con franjas negras en los lomos y los costados. Todo eso tenía su airecillo no parisiense, un saborcillo mercantil, más tosco pero menos despreciable que la impresión causada por las encuadernaciones francesas baratas. Aquí y allá, entre álbumes abiertos que dejaban ver escenas cómicas dibujadas por Du Maurier y John Leech, así como también cromos de carreras de caballo a campo traviesa por Caldecott, podían verse, efectivamente, unas cuantas novelas francesas, que moderaban esta orgía de colores brillantes con la estólida vulgaridad de sus cubiertas.

Al rato, haciendo un esfuerzo para apartar la vista de esa exhibición, des Esseintes empujó la puerta y se encontró en una vasta librería atestada de gente, donde mujeres sentadas desplegaban mapas y farfullaban en idiomas ignotos. Un vendedor le alcanzó una colección íntegra de guías y también él se sentó para examinar esos volúmenes, cuyas encuadernaciones flexibles se doblaban entre sus dedos. Ojeándolos, lo atrajo una página del Baedeker que describía las galerías de arte londinenses, pero casi al momento su atención pasó de la pintura inglesa antigua a las obras modernas, que le resultaban mucho más atrayentes. Recordó ciertos ejemplares que había visto en exposiciones internacionales y pensó que muy posiblemente los encon-

traría en Londres; cuadros como "Las vísperas de Santa Inés" de Millais, con su efecto selenita de tonos verdosos y plateados; y pinturas de Watts, con su colorido sobrenatural, moteadas de goma-guta y añil, que daban la impresión de haber sido bosquejadas por un Gustave Moreau achacoso, coloreadas por un Miguel Ángel anémico y retocadas por un Rafael romántico. Entre otros lienzos recordaba cierta "Maldición de Caín", así como también una "Ida", y más aún una "Eva", en la que la extraña y misteriosa amalgama de estos tres maestros estaba animada por la personalidad, a un tiempo tosca y refinada, de un inglés erudito y soñador, aquejado por una predilección por los matices más atroces.

Se apiñaban en su memoria todos estos cuadros, cuando el empleado de la librería, asombrado al ver un cliente que permanecía sentado ante una mesa, perdido en sus ensoñaciones, le preguntó cuál era la guía que elegía. Por un momento, des Esseintes no pudo recordar dónde estaba, pero en seguida se excusó por su distracción, compró un Baedeker y se marchó del negocio.

Afuera, comprobó que se había puesto cruelmente frío y húmedo, pues el viento soplaba a través de la calle y azotaba las arcadas con la lluvia.

—Lléveme allí —le dijo al cochero, señalándole una tienda que estaba en el extremo mismo de la galería, en la esquina de la Rue de Rivoli y la Rue Castiglione; una tienda que con sus ventanales muy iluminados daba la impresión de constituir una gigantesca señal luminosa que ardía alegremente en medio de la pestilente bruma.

Se trataba de La Bodega. El espectáculo que saludó a des Esseintes cuando entró fue una sala angosta y larga, cuyo techo era sostenido por columnas de hierro forjado y cuyas paredes estaban

sentidos, amodorrados por el monótono parloteo de tantos ingleses que conversaban entre sí, hicieron que cayera en un estado de ensoñación, evocando su mente ciertos personajes de Dickens, quienes eran tan adeptos al robusto oporto rojo que veía ahora en torno de sí por todas partes y poblaban de tal modo La Bodega con un nuevo conjunto de clientes; imaginando aquí al señor Wickfield con su cabellera blanca y su tez rubicunda, y allá las facciones inexpresivas y agudas y los ojos impávidos del señor Tulkinghorn, el torvo abogado de *Bleak House*. Directamente de su memoria salieron estos personajes para ocupar sus puestos en La Bodega, de punta en blanco, sin que les faltara ninguno de sus gestos peculiares y amaneramientos, pues sus recuerdos, revividos por la reciente lectura de las novelas, eran asombrosamente precisos y detallados. El hogar del londinense según las descripciones del novelista —bien iluminado, bien caldeado y bien arreglado, donde había botellas que lentamente vaciaban la pequeña Dorrit, Dora Copperfield o Ruth, la hermana de Tom Pinch— se le presentaba a modo de abrigada arca que navegaba serenamente a través de un diluvio de hollín y fango. Se repantigó a sus anchas en esa Londres de la imaginación, dichoso de estar a cubierto de las inclemencias del tiempo y creyendo por un momento que el lúgubre ululato de los remolcadores al pasar por el puente tras las Tullerías procedía de embarcaciones del Támesis. Mas ya estaba vacío su vaso; y pese al ambiente caldeado que había en La Bodega, a lo cual se sumaba el calor procedente de pipas y cigarros, se estremeció ligeramente al volver a la realidad y a la humedad del mal tiempo reinante.

Pidió entonces un vaso de amontillado, pero a la vista de este vino pálido y seco, las sedantes his-

torias y los suaves lenitivos del autor inglés fueron reemplazados por los ásperos revulsivos y los dolorosos irritativos que proporcionaba Edgar Allan Poe. La espeluznante pesadilla del barril de amonillado, la historia de ese hombre emparedado en una cámara subterránea, se posesionó de su imaginación, y detrás de las caras prosaicas y bonachonas de los clientes norteamericanos e ingleses de La Bodega imaginó que podía descubrir inmundos deseos indómitos, planes sombríos y pérfidos. Mas luego, de súbito, se percató de que el sitio se estaba quedando desierto y de que ya casi era hora de cenar; pagó la cuenta, se puso de pie lentamente y, un poquitín mareado, se dirigió hacia la salida.

No bien puso el pie afuera recibió una bofetada húmeda en la cara: era el tiempo reinante. Inundada por la lluvia impetuosa, la calle sólo era alumbrada por débiles destellos, pues los faroles no podían despedir toda su claridad, y en tanto el firmamento parecía haber bajado unos cuantos grados, de modo que ahora colgaban las nubes bajo el nivel de los techos. La vista de des Esseintes se perdió por las arcadas de la Rue de Rivoli, bañadas de sombra y humedad, y se imaginó que estaba en un tétrico túnel de los que hay bajo el Támesis. Pero el hambre lo atormentaba y esto lo devolvió a la realidad. Volvió hacia el coche que lo esperaba, le dio al cochero la dirección de una fonda en la Rue d'Amsterdam, cerca de la Gare Saint-Lazare.

Ségún su reloj, ya eran las siete de la noche: tenía el tiempo justo para cenar antes de tomar el tren, cuya hora de partida estaba fijada a las ocho y cincuenta. Calculó cuánto le llevaría el cruce de Dieppe a Newhaven, sumó las horas con los dedos y por último se dijo: "Si las horas señaladas en la

guía son las exactas, llegaré a Londres mañana a las doce y media en punto”.

El coche se detuvo frente a la fonda. De él emergió, una vez más, des Esseintes, quien en seguida se internó en un salón largo, decorado con pintura marrón en vez de las habituales molduras doradas, y dividido en compartimientos mediante particiones hasta la altura del pecho, bastante semejantes a las secciones de un establo. En ese salón angosto, que se ensanchaba cerca de la puerta, una hilera de palancas de bombas de cerveza se erguía marcialmente a lo largo de un mostrador cubierto de jamones tan oscuros como violines viejos, de langostas cuyo color era el de mina roja de lápiz, y de caballa salada, así como de rebanadas de cebolla, zanahoria cruda, limón y manojos de hojas de laurel y tomillo, granos de enebro y de pimienta que nadaban en una salsa espesa.

Uno de los compartimientos estaba vacío. Lo ocupó y llamó a un muchacho de chaqueta negra, quien lo agasajó con una ceremoniosa reverencia y un torrente de palabras ininteligibles. Mientras ponían la mesa, des Esseintes examinó a sus vecinos. Como en La Bodega, vio una multitud de británicos de ojos celestes, de tez carmesí y expresiones muy serias o arrogantes, que recorrían sus periódicos extranjeros; mas aquí había asimismo unas cuantas mujeres que cenaban en parejas sin escolta masculina, robustas inglesas de rostros muchachiles, dientes tan grandes como espátulas, cachetes tan colorados como manzanas, y manos y pies enormes. Atacaban con entusiasmo sus platos de pastel de ternera, una carne que se sirve caliente con salsa de hongos, cubierta de pasta crujiente como una tarta de frutas.

La actitud de las voraces comensales le devolvió impetuosamente el apetito que hacía tanto tiem-

po había perdido. Primero ordenó y saboreó una espesa sopa grasosa de rabo de buey; examinó luego la lista de pescados y pidió merluza ahumada, la cual también estuvo a la altura de sus deseos; y tras esto, incitado por el espectáculo de tanta gente que engullía, comió un enorme plato de ternera asada con papas y se echó entre pecho y espalda un par de pintas de *ale*, saboreando el gusto almizclado de esta cerveza pálida, de poco cuerpo.

Ya su apetito estaba casi satisfecho. Mordisqueó una tajada agrídulce de Stilton azul, picoteó una tarta de ruibarbo y luego, para cambiar, apagó su sed con *porter*, esa cerveza negra que parece hecha de regaliz al que se le ha extraído el azúcar.

Respiró hondo; hacía años que no engullía y empinaba el codo con semejante desenfreno. Llegó a la conclusión de que era el cambio de hábitos, además de la elección de platos desacostumbrados y sabrosos, lo que había sacado a su estómago del estado de postración. Se arrellanó en su asiento, prendió un cigarrillo y se dispuso a disfrutar de un pocillo de café con unas gotas de *gin*.

Afuera, la lluvia seguía cayendo sin interrupción; la podía oír golpeando en la claraboya de vidrio que había en el otro extremo del salón y cayendo a chorros por los desagües. Adentro, nadie se movía; todos hacían como él: dormitaban sobre sus vasitos de licor, agradablemente conscientes de que estaban a buen reparo.

Después de un rato, se desataron las lenguas; y como la mayoría de la concurrencia levantaba la vista al hablar, des Esseintes dedujo que discutían el estado del tiempo. Nadie reía ni sonreía, y sus vestiduras armonizaban con sus expresiones: todos estaban sombríamente ataviados de *cheviot* gris con rayitas de un amarillo nanquín o de un rosado de papel secante. Le dio, satisfecho, una ojeada a sus

ropas, que por el color o el corte no diferían en modo apreciable de las que llevaba la gente circundante, sintiéndose encantado al comprobar que no desentonaba en el recinto y que por lo menos superficialmente podía aspirar al título de ciudadano naturalizado de Londres. Luego tuvo un sobresalto: ¿qué hora era? Consultó su reloj: faltaban diez minutos para las ocho. Podía quedarse todavía una media hora donde estaba, se dijo; y de nuevo se sumió en la consideración de sus planes.

En el curso de su vida sedentaria, sólo dos países, Holanda e Inglaterra, habían ejercido cierta atracción en él. Había cedido a la primera de estas dos tentaciones; incapaz de seguir resistiendo, un buen día se había marchado de París, para visitar, una por una, las ciudades de los Países Bajos. En conjunto, esta gira le había causado un amargo desengaño. Se había imaginado una Holanda como la que pintaron Teniers y Jan Steen, Rembrandt y Ostade, figurándose para su placer exclusivo *ghettos* atiborrados de espléndidas figuras tan atezadas por el sol como el cordobán, prometiéndose estupendas ferias de aldea acompañadas de interminables festines campestres, y esperando hallar la sencillez patriarcal y la jovialidad estrepitosa que los antiguos maestros mostraron en sus telas.

No iba a negar que Haarlem y Amsterdam lo fascinaron; la gente común, vista en su estado natural, sin pulimento y en sus ambientes normales rústicos, se parecía mucho a los motivos de Van Ostade, con su mocosería alborotada y las mastodónticas comadres, tan tetudas y panzonas. Mas no había ningún indicio de estruendosa jarana ni de borrachera casera; y por todo esto tuvo que confesarse que los cuadros de la escuela holandesa que cuelgan en el Louvre lo habían desencaminado. En verdad, le habían servido de trampolín, un trampo-

lín del que saltó a un mundo soñado de falsas pistas y anhelos imposibles, pues en ninguna parte de ese mundo encontró el país de hadas con que había soñado; en ninguna parte consiguió ver mocetones y doncellas de aldea que danzaran en un prado sembrado de toneles de vino, sollozando de puro contento, saltando de alegría y riendo tan estrepitosamente que se mojaban las enaguas y los calzones.

No, de seguro que no se vería nada por el estilo en la época actual. Holanda sólo era un país como cualquier otro y, más aún, un país absolutamente carente de sencillez y jovialidad, pues prosperaba allí el protestantismo con toda su adusta hipocrésia y su inflexible solemnidad.

Pensando todavía en ese desengaño anterior, volvió a consultar su reloj: ahora sólo faltaban diez minutos para que partiera su tren.

—Ya es tiempo de que pida la cuenta y me marche —se dijo. Pero la comida que había engullido le pesaba en el estómago y todo su cuerpo se sentía incapaz de moverse—. Vamos ya —musitó, tratando de armarse de coraje—. Te bebes la copa del estribo y en seguida te pones de pie.

Se sirvió un coñac y al mismo tiempo pidió la cuenta. Esto fue la señal para la aparición de un individuo de chaqueta negra, portador de una servilleta en un brazo y con un lápiz en la oreja; una especie de mayordomo, calvo y de cabeza como un huevo, con una áspera barba salpicada de gris y el labio superior bien afeitado. Adoptó una postura de cantor profesional, con una pierna hacia adelante, extrajo de un bolsillo una libreta de notas y, fijando la vista en un punto próximo a una de las arañas de luces, hizo la cuenta sin mirar siquiera lo que iba escribiendo.

—Aquí la tiene, señor —dijo en seguida, arran-

cando una hoja de la libreta y entregándola a des Esseintes, quien lo estaba examinando sin ocultar su curiosidad, como si se tratara de un animal de especie desconocida. Qué criatura tan extraordinaria, pensó, tras observar al flemático inglés, cuyos labios sin pelos le recordaban, cosa bastante rara, a un marinero norteamericano.

En ese momento se abrió la puerta de calle y entraron algunos clientes, trayendo consigo un aroma perruno de humedad. El viento que sopló hizo retroceder nubes de vapor hacia la cocina y batió la puerta sin tranca. Des Esseintes se sentía incapaz de mover un dedo; una sedante sensación de abrigo y lasitud se le metía por todos los miembros, al punto de que ni siquiera podía levantar la mano para prender un cigarro.

—Levántate, hombre, y sal de aquí —seguía diciéndose, pero no bien daba estas órdenes, las dejaba en suspenso. Después de todo, ¿para qué servía ponerse en marcha, cuando uno podía viajar tan espléndidamente, sentado en una silla? ¿Acaso no estaba ya en Londres, cuyos olores, ciudadanos, alimentos, brumas y hasta enseres de mesa lo rodeaban por todas partes? ¿Qué podía esperar encontrar allí, salvo otros desengaños como los que ya había sufrido en Holanda?

Ahora ya sólo le quedaba el tiempo justo para cruzar corriendo hasta la estación, mas una enorme aversión a la travesía, el anhelo urgente de quedarse donde estaba, se apoderó de él con más fuerza e intensidad. Perdido en la cavilación, se quedaba sentado, permitiendo que los minutos pasaran, cortando así su retirada.

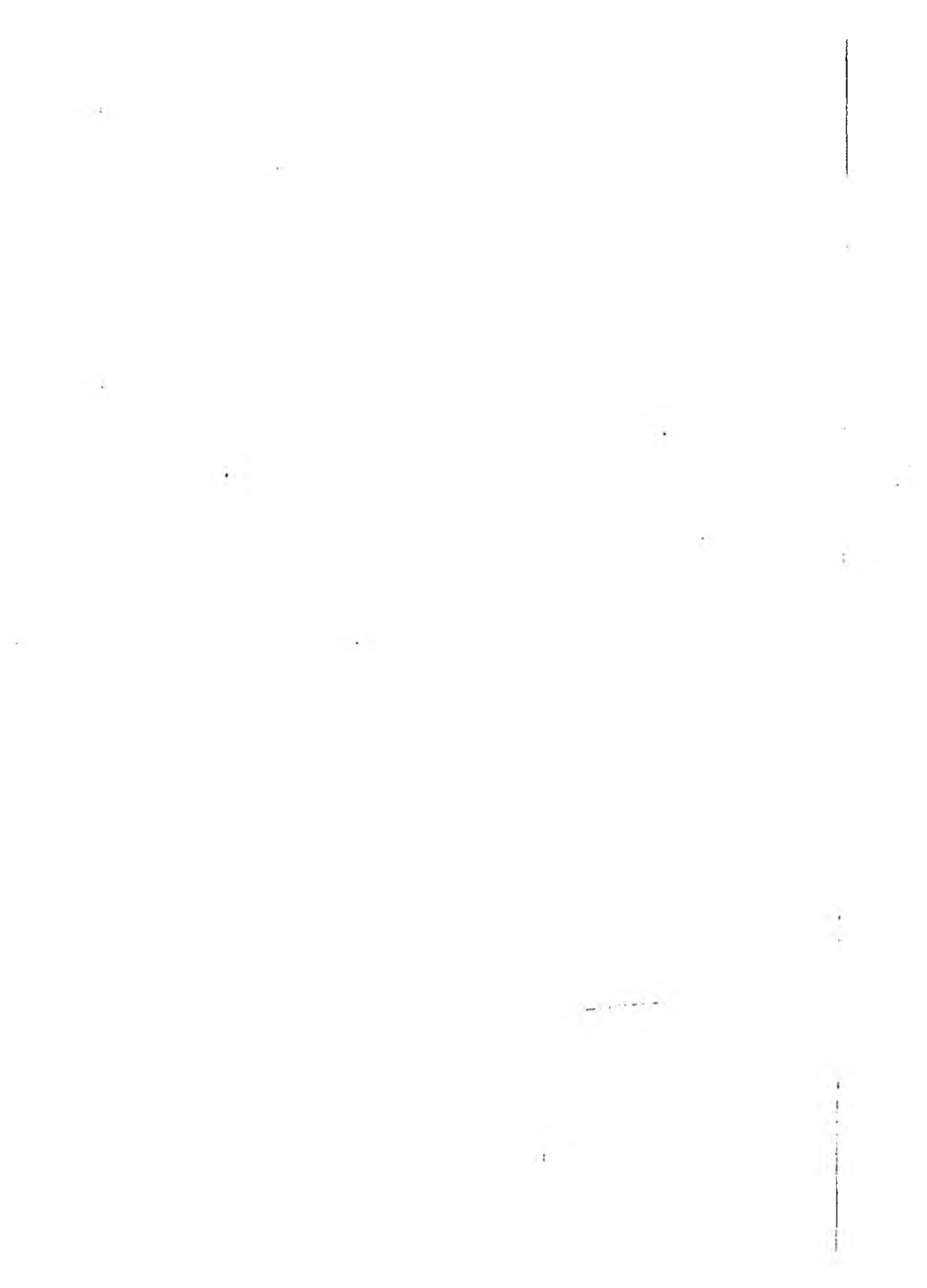
—Si me marcho ahora —se dijo—, tendré que correr hasta el andén y atropellar a los camareros del tren con mi equipaje. ¡Cuán fatigoso resultaría eso!

Y una vez más volvió a decirse:

—Bien vistas las cosas, ya he sentido todo lo que quería sentir. Me he estado sumergiendo en la vida inglesa desde que salí de casa y sería una locura correr el riesgo de estropear experiencias tan inolvidables mediante una chambonada, al cambiar de sitio. La verdad sea dicha: debo haber estado padeciendo una aberración mental que me llevó a repudiar mis viejas convicciones, rechazando las visiones de mi imaginación tan obediente, para creer como cualquier papanatas que es necesario, interesante y útil salir de viaje.

—Ya es tiempo de volver a casa —se dijo.

Y esta vez sí consiguió ponerse de pie: salió de la fonda y le dijo al cochero que lo llevara de vuelta a la Gare de Sceaux. De allí regresó a Fontenay con sus baúles, bultos y maletas, sus mantas, paraguas y bastones, sintiendo toda la fatiga física y todo el cansancio moral que siente un hombre que vuelve a casa después de una larga y azarosa travesía.



XII

En el curso de los días que siguieron a su regreso, des Esseintes se dedicó a hojear los volúmenes de su biblioteca y, ante la idea de que podría haber estado separado de ellos por largo tiempo, se sintió poseído por la misma honda satisfacción que hubiera sentido al volver a ellos tras una auténtica separación. Bajo el impulso de este sentimiento, los vio a una nueva luz, descubriendo en ellos bellezas que tenía olvidadas desde que los compró y leyó por vez primera.

En verdad, todo lo que tenía en torno —libros, *bric-à-brac*, muebles— adquiría ahora un encanto peculiar a sus ojos. Su lecho le parecía más muelle en comparación con el camastro que habría ocupado en Londres; el servicio discreto y silencioso que recibía en casa lo deleitaba, agotado como estaba por el pensamiento mismo de la ruidosa locuacidad de los camareros de hotel; la organización metódica de su vida cotidiana le parecía más admirable que nunca, ahora que el riesgo de viajar era una posibilidad.

Se sumergió una vez más en ese refrescante baño de hábitos estables, al que los pesares artificiales añadían una cualidad más fortificante y tónica.

Pero lo que más atrajo su atención fueron, sobre todo, los libros. Uno por uno los fue sacando de los anaqueles y examinándolos antes de devolverlos a ellos, a fin de comprobar si, desde que se

instaló en Fontenay, el calor y la humedad habían dañado las encuadernaciones o manchado sus preciosos papeles.

Empezó por recorrer en su totalidad la sección latina; luego redistribuyó las obras especializadas de Arquelao, Alberto Magno, Raimundo Lulio y Arnaldo de Villanova, relativas a la cábala y a las ciencias ocultas; y por último revisó todos sus libros modernos, uno por uno. Comprobó con gran satisfacción que todos sin excepción se habían conservado libres de humedad y estaban en buen estado.

Esta colección le había costado importantes sumas de dinero, pues la verdad era que no podía soportar que sus autores favoritos estuviesen impresos en papel de diario, como se los encontraba en las bibliotecas de otros, y con letras como esos grandes clavos que hay en los zapatones aldeanos.

Antaño, en París había dispuesto que imprimieran sólo para él, y a mano, artesanos contratados especialmente para el caso. A veces encomendaba trabajos a Perrin, de Lyon, cuyos tipos claros y esbeltos se prestaban para las reimpresiones arcaicas de viejos textos; otras veces mandaba traer de Inglaterra o los Estados Unidos nuevos tipos, a fin de imprimir obras del siglo actual; también solía dirigirse a un establecimiento de Lille, que durante centenares de años había contado con una fundición completa de letras góticas; y también a veces encargaba trabajos a la excelente imprenta Enschedé de Haarlem, tan antigua, cuya fundición había conservado los troqueles y matrices de las llamadas *lettres de civilité*.

Otro tanto había hecho con respecto al papel para sus libros. Tras resolver un buen día que se había hartado de los papeles caros corrientes —plateado de China, nacarado de Japón, blanco de What-

man, grisáceo de Holanda, color ante de Turquía y Seychal—, y disgustado con las variedades hechas a máquina, encargó papeles especiales hechos a mano en las viejas fábricas de Vire, donde todavía empleaban morteros que antaño sirvieron para moler semillas de cáñamo. Para infundir un poco de variedad a su colección, en diversas ocasiones había importado ciertos materiales lustrados procedentes de Londres —papel *flock* y papel *rep*—, en tanto que para subrayar su desdén por los demás bibliófilos, un fabricante de Lübeck le proporcionó un ennoblecido papel de candela, de color azulado, rumoroso y crujiente al tacto, en el que las fibras de paja estaban reemplazadas por escamas de oro, como las que uno ve flotar en el aguardiente de Danzig.

De este modo se ingenió para reunir algunos volúmenes incomparables, escogiendo siempre formatos inusitados y haciéndolos encuadernar por Lortic, Tratz-Bauzonnet, Chambolle o los sucesores de Capé, con irreprochables tapas de seda vieja, de cuero vacuno repujado, de cuero de cabra del Cabo.

Tenían encuadernaciones ornamentadas, recubiertas con seda de Damasco y adornadas a la manera eclesiástica, con punteras y broches metálicos. A veces habían sido decoradas por Gruel-Engelmann en plata oxidada y en resplandeciente esmalte.

Así, hizo imprimir las obras de Baudelaire con el admirable tipo episcopal de la antigua casa de Le Clere, en un formato grande semejante al de un misal, sobre un fieltro japonés muy liviano, un papel absorbente tan suave como médula de saúco, su blancura lechosa débilmente teñida de rosa. Esta edición, limitada a un solo ejemplar e impresa en aterciopelado negro de tinta china, había sido ataviada por fuera y revestida por dentro con un mi-

rífico y auténtico cuero de chanco color carne, uno entre mil, enteramente salpicado de puntos donde habían ido las cerdas, fileteado en seco, de negro, con dibujos maravillosamente adecuados que escogió un gran artista.

En esa ocasión, precisamente, des Esseintes sacó ese volumen incomparable del anaquel y lo acarició reverentemente, releiendo determinadas composiciones que en ese engaste sencillo pero invalorable le parecían más profundas y sutiles que nunca.

Su admiración por ese autor no tenía límites. En su opinión, los escritores se habían limitado hasta entonces a explorar la superficie del alma, o bien los corredores subterráneos que eran de fácil acceso y se hallaban bien iluminados, midiendo aquí y allá los depósitos de los siete pecados capitales, estudiando la posición de los filones y su desarrollo, registrando por ejemplo, como lo hizo Balzac, la estratificación de un alma poseída por determinada pasión monomaniaca: ambición o avaricia, amor paternal o lujuria senil.

En verdad, la literatura se había ocupado de vicios y virtudes de carácter absolutamente saludable, del funcionamiento regular de cerebros de conformación normal, de la realidad práctica de ideas corrientes, sin pensar jamás en las depravaciones morbosas y las aspiraciones ultraterrenas; en suma, los descubrimientos de esos analistas de la naturaleza humana se detenían bruscamente ante las especulaciones, buenas o malas, clasificadas por la Iglesia; sus esfuerzos no pasaban de monótonas investigaciones del botánico que observa prolijamente el desarrollo previsto de la flora común, plantada en suelo corriente o de jardín.

Baudelaire había ido más allá; había bajado al fondo de la mina inagotable, se había abierto camino por galerías abandonadas o inexploradas y

por último había llegado a esas zonas del alma donde florecen las monstruosas vegetaciones de la mente enferma.

Allí, cerca del campo de cultivo de las aberraciones intelectuales y las enfermedades del espíritu —el tétano místico, la abrasadora fiebre de la lujuria, las fiebres tifoidea y amarilla del crimen— había encontrado, incubando en el tétrico invernadero del tedio, el aterrador climaterio de pensamientos y emociones.

Había puesto al desnudo la psicología morbosa de la mente que está llegando al invierno de sus sensaciones, y había enumerado los síntomas de las almas visitadas por el pesar, escogidas por la melancolía; había mostrado cómo el pulgón afecta las emociones en una época en que los entusiasmos y las creencias de la juventud se han agotado, y cuando sólo perdura el estéril recuerdo de penurias, tiranías y desdenes sufridos a merced de un destino despótico y antojadizo.

Había seguido cada fase de este otoño lamentable, observando la criatura humana, experta en atormentarse y aficionada a engañarse, que violenta sus pensamientos para burlarlos entre sí a fin de sufrir más agudamente, arruinando por adelantado, gracias a su capacidad de análisis y observación, cualquier posibilidad de dicha que pudiera tener.

Luego, a partir de esta sensibilidad irritable del alma, a partir de esta amargura del espíritu que rechaza ferozmente las turbadoras atenciones de la amistad, los agravios benévolos de la caridad, testimonió el desarrollo paulatino y horripilante de esas pasiones de la madurez, esos amoríos de gente ya mayor en los que uno de los partícipes sigue ardiente cuando el otro ya ha empezado a enfriarse, en que la lasitud obliga a la pareja a entregarse a

caricias filiales cuya aparente frescura parece cosa nueva, y a abrazos maternos cuya ternura no sólo reposa sino que también suscita, por así decir, interesantes sentimientos de remordimientos por una vaga suerte de incesto.

En una sucesión de páginas magníficas, había expuesto estas pasiones híbridas, exacerbadas por la imposibilidad de obtener una satisfacción cabal, así como también los peligrosos subterfugios de los narcóticos y otras drogas tóxicas, ingeridas con la esperanza de amortiguar el dolor y triunfar sobre el tedio. En una época en que la literatura atribuía la desdicha del hombre casi exclusivamente a los infortunios del amor no correspondido o a los celos engendrados por el amor adúltero, él había hecho caso omiso de esas dolencias pueriles y, en cambio, había sondeado esas heridas más profundas, más letales, más duraderas que infligen la saciedad, la desilusión y el desprecio en las almas torturadas por el presente, disgustadas por el pasado y aterrizadas y acongojadas por el futuro.

Cuanto más releía des Esseintes su Baudelaire, más apreciaba el indescriptible encanto de este autor que, en una época en que ya el verso sólo servía para pintar la apariencia exterior de las criaturas y cosas, había conseguido expresar lo inexpresable gracias a un estilo nervioso y sólido que poseía, como ningún otro, esa notable cualidad que es el poder de definir en términos curiosamente saludables lo más fugitivo y efímero de las condiciones morbosas de espíritus fatigados y almas melancólicas.

Después de Baudelaire, el número de libros franceses que había llegado a sus anaqueles era muy reducido. Sin lugar a dudas, des Esseintes era absolutamente insensible a los méritos de esas obras que se considera conveniente ensalzar. "La joviali-

dad para reventar de risa" de Rabelais y el "humorismo de sentido común" de Molière nunca habían llevado siquiera una sonrisa a sus labios; y la antipatía que sentía ante semejantes bufonadas era tan grande que no titubeaba en compararlas, desde el punto de vista artístico, con las ruidosas ocurrencias de los payasos en cualquier feria de aldea.

Por lo que respecta a la poesía de otros tiempos, muy poco era lo que leía, aparte de Villon, cuyas baladas melancólicas le resultaban bastante conmovedoras, y unos cuantos fragmentos de d'Aubigné que excitaban su sangre debido a la increíble virulencia de sus apóstrofes y sus anatemas.

En cuanto a la prosa, poco respeto sentía por Voltaire y Rousseau, e incluso por Diderot, cuyos alabados "Salones" le parecían notables por el número de necedades moralizadoras y de aspiraciones estúpidas que contenían. En razón de su odio a todas estas tonterías, limitaba sus lecturas casi exclusivamente a los exponentes de la oratoria cristiana, a Bourdaloue y Bossuet, cuyos períodos sonoros y ornamentados le causaban gran impresión; pero más aún le gustaba saborear el meollo de frases severas y vigorosas como las que modeló Nicole en sus meditaciones, y todavía más Pascal, cuyo austero pesimismo y agónica atrición le llegaban directamente al corazón.

Aparte de estos pocos libros, la literatura francesa, en su biblioteca, comenzaba a partir del siglo XIX.

Se dividía en dos categorías independientes, una de las cuales abarcaba literatura profana corriente y la otra, las obras de autores católicos, ya que ésta era una literatura muy especial, casi desconocida por el público general, pese a ser difundida por enormes editoriales hasta los confines de la tierra.

Se había armado de suficiente coraje para explorar estas criptas literarias y, como en el dominio de la literatura secular, había descubierto, debajo de un gigantesco cúmulo de ñoñerías, unas cuantas obras escritas por verdaderos maestros.

La característica distintiva de esta literatura era la absoluta inmutabilidad de sus ideas y su idioma; así como la Iglesia había perpetuado la forma primordial de sus objetos sagrados, también había mantenido intactas las reliquias de sus dogmas, preservando piadosamente el relicario que las contenía, esto es, el estilo oratorio del siglo XVII. Como uno de sus mismos autores, Ozanam, lo declaraba, el idioma cristiano nada tenía que aprender de la lengua de Rousseau, y debía emplear exclusivamente el estilo usado por Bourdaloue y Bossuet.

A pesar de esta declaración, la Iglesia, mostrando un espíritu más tolerante, dejaba que penetraran ciertos giros tomados en préstamo del idioma de ese mismo siglo; y por ese motivo el lenguaje católico se había purgado en cierta medida de sus períodos aplastantes, lastrados, especialmente en el caso de Bossuet, por la extensión descomunal de sus paréntesis y la penosa redundancia de sus pronombres. Mas allí terminaban las concesiones, y a la verdad que hacer otras habría resultado superfluo, pues exenta de su lastre, esta prosa era perfectamente apropiada para el angosto margen de temas a que se restringía la Iglesia.

Incapaz de ocuparse de la vida contemporánea, de hacer visible y palpable el aspecto más simple de criaturas y cosas, y poco adecuada para explicar las complicadas argucias de cerebros que no se ocupaban de los estados de gracia, este idioma era, con todo, excelente para tratar temas abstractos. Eficaz en la discusión de un punto controvertido, en la explicación de un comentario, poseía también,

más que otro alguno, la autoridad necesaria para exponer dogmáticamente el valor de una doctrina.

Por desgracia, también aquí como en todas partes, un enorme ejército de pedantes había invadido el santuario y, con su ignorancia y falta de tino, rebajó su noble e inflexible dignidad. Para colmo de desastres, varias hembras piadosas habían decidido poner a prueba su capacidad para escribir, y sacristías chabonas se habían aliado a salones de tontos para exaltar como obras geniales las espantosas charlatanerías de semejantes marisabidillas.

No le faltó a des Esseintes la curiosidad necesaria para leer cierto número de obras de esta índole, entre ellas las de Madame Swtchine, la esposa del general ruso cuya casa en París atraía a los más fervorosos católicos. Los escritos de la dama lo llenaron de una sensación infinita y aplastante de tedio; no eran malas sino peores; eran banales; la impresión que perduraba era la del eco persistente venido de una capilla privada en la que una pandilla de santurrones aristocratizantes se murmuraba sus plegarias, preguntándose con susurros por sus cosas y repitiendo, con aire portentoso, una sarta de lugares comunes sobre política, las predicciones del barómetro y el estado del tiempo.

Pero aún quedaba algo peor. Estaba la señora de Augusto Craven, laureada del Instituto, autora del *Récit d'une soeur* así como también de una *Eliane* y una *Fleurange*, libros que la prensa apostólica entera saludó con clarinadas y retumbos de órgano. Nunca, nunca jamás, había imaginado des Esseintes que fuera posible escribir una basura tan trivial. Estos libros se basaban en conceptos tan estúpidos y estaban escritos con estilo tan nauseabundo que casi adquirirían una singular personalidad distintiva.

De todos modos, no era entre las marisabidillas

donde des Esseintes, que no era hombre de pensamientos castos ni sentimental por naturaleza, podía esperar que hallaría un nicho literario adaptado a sus gustos particulares. No obstante, perseveró y, con diligencia que no dañó sentimiento alguno de impaciencia, hizo cuanto estuvo a su alcance para apreciar la obra de la niña de genio, la sabihonda virgen de este grupo, Eugénie de Guérin. Sus esfuerzos fueron en vano: le resultó imposible aficionarse al *Journal* y las *Lettres*, tan afamados, donde ella alaba, sin discreción ni discriminación alguna, el prodigioso talento de un hermano que rimaba con ingenio y gracia tan portentosos que sin duda habría que remontarse hasta las obras de Monsieur de Jouy y Monsieur Écouchard Lebrun para encontrar algo tan audaz o tan original.

Por mucho que se esforzaba no podía ver qué tenían de atractivos esos libros que se distinguían por anotaciones como las siguientes: "Esta mañana colgué junto a la cama de papá una cruz que una niñita le dio ayer" y "Mimi y yo estamos invitadas mañana a asistir a la bendición de una campana en lo de Monsieur Roquiers: he aquí un entretenimiento que viene bien"; o por la mención de acontecimientos tan magnos como este: "Acabo de colgarme del cuello una cadenita con una medalla de Nuestra Señora que Louise me ha enviado como protección contra el cólera"; o bien por poesía de este calibre: "¡Oh, qué precioso rayo de luna acaba de caer sobre el Evangelio que estaba leyendo!"; o, finalmente, por observaciones tan sutiles y perspicaces como esta: "Siempre que veo un hombre que se persigna o que se saca el sombrero al pasar ante un crucifijo, me digo: he ahí un cristiano". Y así seguía, página tras página, sin pausa, sin tregua, hasta que Maurice de Guérin moría y su hermana podía embarcarse en sus lamentaciones, escritas en

una prosa desleída, salpicada aquí y allá por migajas de versificación cuya insipidez resultaba tan patética que por último des Esseintes se sintió movido a sentir piedad.

No, con toda ecuanimidad era innegable el hecho de que el partido católico no era demasiado exigente para elegir sus protegidos, puesto que tampoco era muy fino juez. Estas ninfas a quienes tanto había alabado y por las cuales había agotado la buena voluntad de su prensa escribían, todas ellas, como colegialas de convento, con un estilo de leche aguada, y todas padecían una diarrea verbal que era imposible detener con astringente alguno.

En conclusión, que des Esseintes dio la espalda con espanto a semejantes libros. Y no estimó que los sacerdotes literatos de nuestros tiempos pudieran ofrecerle compensación suficiente por todas sus desilusiones. Ciertamente, estos predicadores y polemistas escribían un francés impecable, mas en sus libros y sermones la lengua eclesiástica había terminado por volverse impersonal y manida, una retórica en la que cada movimiento y cada pausa estaban prestablecidos, una sucesión de períodos copiados de un modelo único. A decir verdad, todos estos eclesiásticos escribían igual, con un poco más o un poco menos de energía o énfasis, de modo que prácticamente no había diferencia alguna entre las mediocridades que producían, ya fueran firmadas por monseñores Dupanloup o Landriot, La Bouillierie o Gaume, por Dom Guéranger o el padre Ratisbonne, por el obispo Freppel o el obispo Perraud, por el padre Ravignan o el padre Gratry, por el jesuita Olivain, el carmelita Dosintheé, el dominico Didon o el antiguo prior de Saint-Maximin, el reverendo padre Chocarne.

Una y otra vez se había dicho des Esseintes que sería necesario un talento muy genuino, una muy

profunda originalidad, una convicción muy firme para deshelar este idioma congelado, para animar este estilo municipal que sofocaba toda idea no convencional, que ahogaba toda opinión audaz.

Había, empero, uno o dos autores cuya que-
mante elocuencia de algún modo conseguía fundir
y moldear este lenguaje petrificado, y entre ellos
quien más se destacaba era Lacordaire, uno de los
pocos escritores genuinos que produjo la Iglesia
en muchísimos años.

Encerrado, como todos sus colegas, en el estre-
cho círculo de la especulación ortodoxa, obligado,
lo mismo que los demás, a marcar el paso y a ocu-
parse únicamente de aquellas ideas concebidas y
consagradas por los Padres de la Iglesia y desarro-
lladas por los grandes predicadores, se había inge-
niado, con todo, para rejuvenecer y casi modificar
esas mismas ideas, con sólo darles una forma más
personal y vivaz. Aquí y allá, en sus *Conférences
de Notre-Dame* surgían frases felices, expresiones
sorprendentes, acentos de amor, estallidos de pa-
sión, gritos de júbilo y manifestaciones de deleite
que hacían que el estilo consagrado por el tiempo
hirviera y humeara bajo su pluma. Y luego, por
encima de sus dotes oratorias, este monje brillante
y de noble corazón, quien había gastado toda su
destreza y toda su energía en una tentativa deses-
perada por armonizar las doctrinas liberales de la
sociedad moderna con los dogmas autoritarios de la
Iglesia, estaba dotado también de capacidad para
el afecto ferviente, para la ternura discreta. Por
esto, las cartas que había escrito a jóvenes amigos
solían contener cariñosas exhortaciones paternas,
reprimendas sonrientes, bondadosas palabras de
consejo, indulgentes palabras de perdón. Algunas
de estas cartas eran encantadoras, como cuando re-
conocía su avidez de amor, y otras eran muy impre-

sionantes, como cuando sostenía el coraje de sus corresponsales y disipaba sus dudas mediante la enunciación de la certeza incommovible de sus propias creencias. En pocas palabras, este sentimiento de paternidad, que bajo su pluma adquiriría una delicada calidad femenina, confería a su prosa un acento único en la literatura eclesiástica.

Después de él, pocos eran, en verdad, los clérigos y monjes que mostraban signo alguno de individualidad. Había, a lo sumo, media docena de páginas redactadas por su discípulo, el abate Peyreyve, que eran legibles. Este sacerdote había dejado algunos conmovedores estudios biográficos sobre su maestro, escribiendo además unos cuantos artículos en sonoro estilo oratorio y pronunciado unos pocos panegíricos en los que la nota declamatoria se dejaba oír con excesiva frecuencia. Era evidente que el abate Peyreyve no tenía la sensibilidad ni el fuego de Lacordaire; subsistía en él excesivamente el sacerdote y muy poco el hombre; pero, con todo, de vez en cuando iluminaban su retórica de púlpito analogías sorprendentes, frases vastas y majestuosas, raptos casi sublimes de oratoria.

Mas sólo entre escritores que no habían sido ordenados, entre autores seculares que se consagraron a la causa católica y que de todo corazón se preocupaban por sus intereses, podían encontrarse prosistas merecedores de atención.

El estilo episcopal, manipulado tan débilmente por los prelados, había adquirido nuevo vigor y recuperado algo de su antigua virilidad en manos del conde de Falloux. Pese a su apariencia afable, este académico realmente destilaba ponzoña; los discursos que pronunció en 1848 en el Parlamento eran pesados y difusos, pero los artículos que publicó en el *Correspondant* y que después reunió en un libro eran crueles y mordaces bajo una exagerada

cortesía superficial. Concebidos como tiradas polémicas, ostentaban cierto ingenio cáustico y expresaban opiniones de asombrosa intolerancia.

Peligroso polemista en razón de las trampas que tendía a sus adversarios, y mañoso lógico que siempre flanqueaba al enemigo y lo cogía por sorpresa, el conde de Falloux también había escrito algunas páginas penetrantes sobre la muerte de Madame Swetchine, cuya correspondencia compiló y a quien veneraba como a una santa. Mas donde el temperamento de este hombre se manifestaba realmente era en dos folletos que aparecieron en 1846 y 1880, el segundo de los cuales llevaba por título *L'unité nationale*.

Ahí, lleno de helada furia, el implacable legitimista lanzaba, por una vez, un ataque frontal, a diferencia de lo que acostumbraba, y en su perorata bombardeaba con estos denuestos a los escépticos:

Por lo que hace a vosotros, utopistas sectarios que cerráis los ojos ante la naturaleza humana; vosotros, ardientes ateos que os alimentáis de odio y engaño, vosotros los emancipadores de mujeres, vosotros los destructores de la vida de familia, vosotros los genealogistas de la raza simia, vosotros cuyo nombre fue antaño un insulto en sí mismo, vosotros podéis estar conformes: ¡habréis sido los profetas y vuestros discípulos serán los pontífices de un futuro abominable!

El otro folleto se titulaba *Le parti catholique* e iba dirigido contra el despotismo del *Univers* y de Veillot, su director, a quien ponía atención en no mencionar por su nombre. En este caso se reiteraban los ataques por el flanco, escondido el veneno en cada línea de este folleto en que el caballero

magullado y aporreado respondía a los puntapiés del luchador profesional con mofa desdeñosa.

Los dos polemistas representaban a la perfección las dos facciones en el seno de la Iglesia, cuyas diferencias siempre se han convertido en odio inflexible. Falloux, de los dos el más arrogante y astuto, pertenecía a esa secta liberal que ya incluía tanto a Montalembert como a Cochin, tanto a Lacordaire como a de Broglie; adhería de todo corazón a los principios sustentados por el *Correspondant*, periódico que hacía todo lo posible por recubrir las imperiosas doctrinas de la Iglesia con un barniz de tolerancia. Hombre más franco, más honrado, Veuillot despreciaba semejantes subterfugios; sin titubear, admitía la tiranía de los dictados ultramontanos, reconocía e invocaba abiertamente la implacable disciplina del dogma eclesiástico.

Este último escritor se había armado para la batalla de un lenguaje especial que algo le debía a La Bruyère y algo al obrero que vivía allá en el Gros-Caillou. Este estilo, entre solemne y vulgar, blandido por personaje tan brutal, tenía el peso aplastante de un salvavidas. Luchador extraordinariamente bravo y terco, Veuillot había usado esta arma terrible para acabar por igual con librepensadores y obispos, pegando aquí y allá con toda su fuerza, abatiendo ferozmente a sus enemigos, pertenecieran éstos a uno u otro partido. Sospechado por la Iglesia, que desaprobaba tanto su vocabulario de contrabando como su comportamiento de perdulario, este saltador religioso había, con todo, impuesto respeto a pura fuerza de talento, aguijoneando a la prensa hasta que tuvo a la jauría enreando a la prensa hasta que tuvo a la jauría entera tras sus talones, aporreándolas hasta hacerle brote a todos los ataques, liberándose a puntapiés de

los viles plumíferos que venían en pos de él, mostrando los colmillos y gruñendo.

Por desgracia, este brillo innegable sólo aparecía en el combate; a sangre fría, no era nada más que un autor rutinario. Sus poemas y novelas daban lástima; su lenguaje punzante perdía todo sabor en un ambiente pacífico; entre combate y combate, el pugilista católico se convertía en un anciano dispéptico, quien resollante repetía triviales letanías y tartamudeaba cánticos pueriles.

Más rígido, almidonado y majestuoso, Ozanam era el apologista favorito de la Iglesia, el Gran Inquisidor del idioma cristiano. Aunque no se lo sorprendía fácilmente, des Esseintes no dejaba nunca de maravillarse por el aplomo con que hablaba este autor de los designios inescrutables del Todopoderoso, cuando debería haber estado presentando pruebas de las afirmaciones inverosímiles que formulaba; con maravillosa sangre fría el hombre retorcía los hechos, contradecía —con impudor aún mayor que los panegiristas de los demás partidos— los acontecimientos históricos reconocidos, declaraba que la Iglesia no había ocultado jamás el gran respeto que sentía por la ciencia, describía las herejías como inmundas miasmas y trataba al budismo y a todas las demás religiones con tal desdén que pedía disculpas por salpicar la prosa católica con el solo acto de atacar sus doctrinas.

De vez en cuando, el entusiasmo religioso infundía cierto ardor a su estilo oratorio, bajo cuya helada superficie bullía una corriente de violencia reprimida; en sus copiosos escritos sobre Dante, sobre San Francisco, sobre el autor del *Stabat*, sobre los poetas franciscanos, sobre el socialismo, sobre derecho comercial, sobre todo cuanto hay bajo el sol, emprendía invariablemente la defensa del Vaticano, al cual estimaba incapaz de cometer

error alguno, midiendo todo caso con la misma vara, según la distancia mayor o menor que lo separara del suyo propio.

Esta costumbre de considerar cualquier cuestión desde un mismo punto de vista también era practicada por ese vil chupatintas a quien algunos tenían por su rival: *Nettement*. Éste no era tan mojigato y las pretensiones que tenía eran sociales más que espirituales. De vez en cuando se había aventurado, en efecto, fuera del claustro literario en que Ozanam se encerró y había picoteado en diversas obras profanas con el propósito de pronunciarse sobre ellas. Se había abierto paso en este dominio desconocido como un chiquillo en un sótano, sin ver a su alrededor nada más que tinieblas, sin percibir en la oscuridad otra cosa que la llamita de la candela que lo alumbraba apenas.

Con esta ignorancia total del lugar, en esta cabal oscuridad, había trastabillado una y otra vez. Así, había hablado del estilo "cuidadosamente cincelado y minuciosamente pulido" de Murger; había dicho que Hugo iba en pos de todo lo que era hediondo e inmundado y hasta se había atrevido a hacer comparaciones entre él y Monsieur de Laprade; había criticado a Delacroix porque violaba las reglas, alabando a Paul Delaroche y al poeta Reboul porque le parecía que poseían la fe. Des Esseintes no podía dejar de encogerse de hombros ante tan malhadadas opiniones, presentadas en una prosa desaliñada, cuyo raído material se enganchaba y rompía a la vuelta de cada oración.

En otro ámbito, las obras de Poujoulat y Genoude, de Montalembert, Nicolas y Carné no conseguían despertar en él sentimientos más vivos de interés; tampoco tenía conciencia de una pronunciada predilección por los problemas históricos de que trataba con abrumadora erudición y condigno

estilo el duque de Broglie, ni de las cuestiones sociales y religiosas que ocupaban a Henri Cochin, quien empero había mostrado su capacidad en una carta que describía una conmovedora ceremonia en el Sacre-Coeur, una toma de velo. Hacía años que no abría ninguno de esos libros y todavía más desde que tiró por la borda las lucubraciones pueriles del sepulcral Pontmartin y del lastimoso Féval, época en que también había pasado a los criados, con un oculto propósito sórdido, los cuentecillos de autores como Aubineau y Lasserre, esos despreciables hagiógrafos de los milagros realizados por Monsieur Dupont de Tours y por la Santa Virgen.

En pocas palabras, des Esseintes no podía encontrar en semejante literatura ni siquiera una fugaz distracción para su tedio; y por ello relegó a los rincones más oscuros de su biblioteca todos esos libros que había leído mucho tiempo atrás, después de salir del colegio de los jesuitas.

—Más hubiera valido dejar estas cosas abandonadas en París —musitó, al extraer dos series de libros que le resultaban singularmente insoportables y que yacían tras los otros. Se trataba de las obras del abate Lamennais y de las de ese asno pomposo y fanático que fue el conde Joseph de Maistre.

En un anaquel, un solo volumen quedaba a su alcance. Se trataba de *L'homme* de Ernest Hello. Este hombre era la antítesis absoluta de sus cofrades. Prácticamente aislado en el grupo de los autores religiosos, a quienes chocaban las actitudes que adoptaba, había terminado por abandonar la vía real que lleva de la tierra al cielo. Sin duda hastiado por la trivialidad de esta carretera y por la muchedumbre de peregrinos literarios que durante siglos desfilaron por la misma ruta, siguiéndose las pisadas los unos a los otros, deteniéndose en los

mismos puntos para intercambiar los mismos lugares comunes con respecto a la religión y a los Padres de la Iglesia, sobre las mismas creencias y los mismos maestros, él se había metido por un atajo, había dado con el triste claro en la selva que ya encontró Pascal, y allí se quedó un buen rato para reponer fuerzas; luego había seguido su marcha, calando más hondo en las profundidades del pensamiento humano que el jansenista, a quien —dicho sea de paso— despreciaba.

Lleno de sutil complejidad y de afectación pomposa, a des Esscintes Hello le recordaba, por los análisis brillantes en que hilaba tan fino, los estudios exhaustivos y minuciosos de ciertos psicólogos ateos de los siglos XVIII y XIX. En él había algo de un Duranty católico, pero era más dogmático y también más sensible, un maestro consumado de la lupa, un eficaz ingeniero del alma, un diestro relojero del cerebro, a quien nada le agradaba tanto como examinar el mecanismo de una pasión y mostrar exactamente cómo giraban las ruedecillas.

En ese espíritu de tan rara conformación podían encontrarse las más inesperadas asociaciones de ideas, las analogías y los contrastes más sorprendentes; también había en él la curiosa virtud de usar definiciones etimológicas como trampolín del cual saltaba en pos de nuevas ideas, enlazadas por eslabones que a veces eran algo débiles pero casi invariablemente originales e ingeniosos.

De este modo, y pese al equilibrio defectuoso de sus construcciones, había desmontado, por así decir, al avaro y al hombre común, había analizado la afición a estar en sociedad y la pasión por el sufrimiento, y había revelado las interesantes comparaciones que pueden establecerse entre los procedimientos de la fotografía y de la memoria.

Mas esta destreza en el uso del delicado instru-

mento analítico que había robado a los enemigos de la Iglesia representaba solamente un aspecto del temperamento del hombre. En él había también otra persona, otro costado de su naturaleza dual, el cual era el fanático religioso, el profeta bíblico.

Como Hugo, a quien a veces recordaba por el giro que imprimía a una idea o una frase, Ernest Hello gustaba mostrarse como un pequeño San Juan en Patmos, sólo que en su caso pontificaba y vaticinaba desde la punta de una roca fabricada en las tiendas de chucherías eclesiásticas que hay en la Rue Saint-Sulpice, arengando al lector en un estilo apocalíptico condimentado aquí y allá con la amarga hiel de un Isaías.

En tales ocasiones ostentaba exageradas pretensiones de profundidad y había unos cuantos adulaadores que lo alababan como si fuera un genio, pretendiendo que era el gran hombre de su tiempo, la fuente de conocimiento de la época. Y acaso fuera, en efecto, una fuente de conocimientos... pero cuyas aguas a menudo distaban mucho de ser límpidas.

En su libro *Paroles de Dieu*, en el que parafraseaba las Escrituras y hacía cuanto estaba a su alcance para complicar su mensaje bastante simple, en su otro libro *L'homme* y en su folleto *Le jour du Seigneur*, escrito en un estilo bíblico oscuro y desigual, se presentaba como un apóstol vengador, lleno de orgullo y amargura, un diácono demencial que padecía epilepsia mística, un Joseph de Maistre bendecido por el talento, un fanático pendenciero y feroz.

Por otra parte, meditaba des Esseintes, estos excesos morbosos obstruían con frecuencia ingeniosos raptos de casuística, pues con intolerancia aún mayor que la de Ozanam, Hello rechazaba categóricamente todo cuanto quedaba fuera de su mundillo,

proponía los axiomas más sorprendentes, mantenía con desconcertante dogmatismo que "la geología había vuelto a Moisés", que la historia natural, la química y, a decir verdad, toda la ciencia moderna proporcionaban pruebas de la exactitud científica de la Biblia; cada página hablaba de la Iglesia como de la única depositaria de la verdad y la fuente de sabiduría sobrehumana, animado todo esto por sorprendentes aforismos y furiosas imprecaciones vomitadas a torrentes sobre el arte y la literatura del siglo XVIII.

A esta extraña mezcla se sumaba el apego a la piedad edulcorada que se revelaba en traducciones de las *Visiones* de Angela da Foligno, libro de estupidez y falta de solidez incomparables, y selecciones de Jan van Ruysbroeck, un místico del siglo XVI cuya prosa ofrecía una amalgama incomprensible pero atrayente de éxtasis sombríos, tiernos raptos y violentos enardecimientos.

Toda la afectación que había en Hello como pontífice presuntuoso salía a relucir en un prefacio que escribió para este libro. Como él mismo decía, "las cosas extraordinarias sólo pueden ser tartamudas"; y en efecto tartamudeaba, declarando que "la sagrada oscuridad en que Ruysbroeck despliega sus alas de águila es su océano, su presa, su gloria, y para él los cuatro horizontes resultarían una vestidura demasiado estrecha".

Pero, sea como fuere, des Esseintes se sentía atraído por ese espíritu inestable pero sutil; la fusión del psicólogo ducho con el pedante piadoso había resultado imposible, y estos tirones, hasta estas incoherencias, constituían la personalidad del individuo.

Los reclutas que formaron bajo su pendón constituían el pequeño grupo de escritores que actuaba en la línea fronteriza del bando clerical. No per-

tenecían al grueso del ejército; hablando estrictamente, eran más bien francotiradores en una religión que desconfiaba de hombres de talento como Veuillot y Hello, por la sencilla razón de que no resultaban bastante serviles ni bastante insípidos. Lo que este sector realmente quería eran soldados que jamás se preguntaran por qué, regimientos de esas mediocridades ofuscadas que Hello solía atacar con toda la ferocidad de quien ha padecido su tiranía. Consecuentemente, el catolicismo se había apresurado a cerrar las columnas de sus periódicos a uno de sus partidarios, Léon Bloy, panfletario feroz que escribía en un estilo a un tiempo precioso, tierno y aterrador, y a expulsar de sus librerías, como a alguien apestado e impuro, a otro autor que había enronquecido cantando loas: Barbey d'Aureville.

A decir verdad, este último autor era demasiado comprometedor, demasiado independiente como hijo de la Iglesia. A la larga, los otros irían mansamente a comer de la mano y marcarían el paso, pero éste era un niño terrible que el partido se negaba a reconocer como suyo, que andaba de putas por la literatura y se aparecía con sus mujeres semidesnudas en el santuario. Sólo en razón del ilimitado desprecio que siente el catolicismo por todo talento creador no había declarado fuera de la ley, con una excomunión en debida forma, a este extraño servidor que, so pretexto de honrar a sus señores, rompía las ventanas de las capillas, jugaba con los recipientes sagrados y hacía cabriolas alrededor del tabernáculo.

Dos de las obras de Barbey d'Aureville le resultaban a des Esseintes particularmente cautivadoras: *Un prêtre marié* y *Les diaboliques*. Otras, como *L'ensorcelée*, *Le chevalier des Touches* y *Une vicille maîtresse*, eran sin duda más equilibradas,

más completas, pero no atraían tanto a des Esseintes, quien en realidad sólo se interesaba en libros enfermizos, minados y encendidos por la fiebre.

En estas otras obras relativamente saludables, Barbey d'Aurevilly iba y venía constantemente entre esos dos canales de la fe católica que al final se cōnfunden: el misticismo y el sadismo. Mas en los dos libros que ahora hojeaba des Esseintes, Barbey había echado por la borda su cautela, había dado rienda suelta a su corcel y había corrido a todo galope por un camino tras otro, hasta donde pudo llegar.

Todo el misterio terrible de la Edad Media pesaba sobre ese inusitado libro *Un prêtre marié*; la magia se mezclaba con la religión, la hechicería con la plegaria; en tanto que el Dios del pecado original, más implacable, más cruel que el Diablo, sometía a su inocente víctima Calixte a ininterrumpidos tormentos, marcándola con una cruz roja en la frente, del mismo modo como en tiempos más remotos hizo que uno de sus ángeles señalara las casas de los incrédulos que se proponía matar.

Estas escenas, como las fantasías de un monje que ayuna hasta que lo afecta el delirio, se desplegaban en el lenguaje inconexo de un enfermo de fiebres. Pero, por desgracia, entre todos los personajes galvanizados hasta una vida desequilibrada como otros tantos Coppelios de Hoffmann, había algunos, Néel de Néhou por ejemplo, que parecían haber sido imaginados en uno de esos períodos de postración que suceden siempre a las crisis; y estaban fuera de lugar en esta atmósfera de demencia melancólica, en la que introducían la misma nota de humorismo inconsciente que deja oír ese señorito de zinc con botas de caza que está soplando su corneta en el pedestal de tantos relojes de repisa.

Tras estas divagaciones místicas, Barbey había

gozado de un período de relativa calma, mas luego se habría producido una aterradora recaída.

La creencia de que el hombre es una criatura indecisa que es movida ora en esta, ora en aquella dirección por dos fuerzas de igual poderío, que alternativamente ganan y pierden la batalla por su alma; la convicción de que la vida humana no es nada más que una lucha indecisa entre el cielo y el infierno; la fe en dos entidades opuestas, Satán y Cristo: todo esto estaba destinado a engendrar esas discórdias internas en que el alma, excitada por la incesante pugna, estimulada por así decir por las constantes promesas y amenazas, termina por ceder y se prostituye a aquel de los dos combatientes que ha sido más empecinado en su persecución.

En *Un prêtre marié*, Cristo era quien había tenido éxito con sus tentaciones y a él iban dirigidas las alabanzas de Barbey d'Aurevilly; pero en *Les diaboliques*, el autor se había rendido al Diablo y Satanás era a quien ensalzaba. A esa altura aparecía en escena ese hijo bastardo del catolicismo que por siglos ha perseguido la Iglesia con sus exorcismos y sus autos de fe: el sadismo.

Este estado extraño y mal definido no puede, en realidad, surgir en el espíritu de un incrédulo. No consiste simplemente en la indulgencia desenfrenada de la carne, estimulada por actos sangrientos de crueldad, pues en tal caso no sería nada más que una desviación del instinto genésico, un caso de satiriasis desarrollado hasta las últimas consecuencias; consiste, primero y ante todo, en una manifestación sacrílega, una rebelión moral, una depravación espiritual, una aberración absolutamente idealista, absolutamente cristiana. También hay algo en ella de júbilo templado por el miedo, un júbilo semejante al maligno deleite de niños deso-

bedientes que juegan con cosas interdicitas por la sola razón de que sus padres les han prohibido expresamente aproximarse a ellas.

A decir verdad, si no implicara sacrilegio, el sadismo no tendría razón de ser; por otra parte, puesto que el sacrilegio depende de la existencia de una religión, no puede ser cometido deliberada y eficazmente salvo por un creyente, pues ningún hombre derivaría satisfacción alguna de profanar una fe que le resulta insignificante o desconocida.

De modo que el poderío del sadismo, la atracción que brinda, radica por entero en el placer prohibido de traspasar a Satanás el homenaje y las plegarias que deberían reservarse a Dios; reside en el escenario de los preceptos católicos, que el sádico observa en realidad de manera invertida cuando, a fin de ofender a Cristo tanto más cruelmente, comete los pecados que Cristo proscribió expresamente: la profanación de las cosas sagradas y el libertinaje de la carne.

En realidad, este vicio al cual el Marqués de Sade le ha dado su nombre es tan antiguo como la misma Iglesia; el siglo XVIII, época en que fue particularmente frecuente, se había limitado a revivir, por un proceso atávico corriente, las prácticas impías del aquelarre de las brujas que procedía de los tiempos medievales... para no ir más lejos en la historia.

Apenas si des Esseintes había hojeado el *Maleus maleficorum*, ese tremendo código de procedimientos compuesto por Jacob Sprenger y que permitió a la Iglesia enviar millares de nigromantes y brujas a la hoguera; mas ello le había bastado para reconocer en el aquelarre de las brujas todas las obscenidades y blasfemias del sadismo. Aparte de las inmundas orgías caras al Maligno —noches dedicadas alternativamente a la cópula lícita y a

la antinatural, noches manchadas por las bestialidades de la depravación sangrienta—, encontró las mismas parodias de procesiones religiosas, las mismas amenazas e injurias rituales lanzadas a Dios, la misma devoción a su Rival, como cuando se celebraba la Misa Negra sobre una mujer reclinada sobre sus cuatro extremidades, cuya grupa desnuda, repetidas veces maculada, servía de altar, en tanto que el sacerdote maldecía el pan y el vino mientras en mofa la congregación comulgaba con hostias negras estampadas con la imagen de un macho cabrío.

Este mismo torrente de bromas inmundas e insultos degradantes podía encontrarse en las obras del Marqués de Sade, quien condimentaba sus aterradoros episodios de lujuria con improprios sacrílegos. Quien se mofaba de los Cielos, invocaba a Lucifer, a Dios lo llamaba bribón abyecto, idiota enloquecido, y escupía sobre el sacramento de la comunión; en verdad hacía cuanto estaba a su alcance para embadurnar con repugnantes obscenidades una Deidad que esperaba lo condenara, declarando al mismo tiempo, como un acto más de desafío, que no existía tal Deidad.

A este estado psíquico se acercaba mucho Barbey d'Aurevilly. Si no llegaba como Sade a lanzar atroces maldiciones contra el Salvador, si —con mayor cautela o mayor temor— profesaba siempre su respeto por la Iglesia, de cualquier modo dirigía sus oraciones al Diablo, fiel al estilo medieval y, en su deseo de desafiar a la Divinidad, se deslizaba igualmente a la erotomanía demoníaca, acuñando nuevas monstruosidades sensuales, e incluso tomando en préstamo de *La philosophie dans le boudoir* cierto episodio que sazonó con nuevos condimentos para hacer la historia de *Le dîner d'un athée*.

El libro extraordinario en que figuraba dicho

relato era un deleite para des Esseintes; por ende, se había hecho imprimir en tinta de un púrpura episcopal, dentro de un margen de rojo cardenalicio, sobre auténtico pergamino bendecido por los auditores de la Rota, un ejemplar de *Les diaboliques*, compuesto en esas *lettres de civilité* cuyos peculiares corchetes y floreos, rizados hacia arriba o abajo, asumen un aspecto satánico.

Salvo ciertos poemas de Baudelaire que, a imitación de las plegarias cantadas en los aquelarres de brujas, asumían el carácter de letanías infernales, este libro, entre todas las obras de la literatura apostólica contemporánea, era el único que revelaba ese estado de ánimo, a un tiempo devoto e impío, hacia el que a menudo impulsaron a des Esseintes los recuerdos nostálgicos del catolicismo, estimulados por los accesos de neurosis.

Con Barbey d'Aureville, la serie de los autores religiosos tocaba a su fin. A decir verdad, este paría pertenecía más, desde todo punto de vista, a la literatura secular que a esa otra literatura en que reclamaba un lugar que le era negado. Su extravagante estilo romántico, por ejemplo, lleno de expresiones retorcidas, giros exóticos y símiles descabellados, azotaba sus oraciones mientras galopaba a lo largo de la página, pedorreando y repiqueteando sus campanillas. En síntesis, Barbey daba la impresión de ser un padrillo entre los capones que llenaban los establos ultramontanos.

Tales eran las reflexiones de des Esseintes mientras hojeaba el libro, releyendo un fragmento aquí, otro allá; y luego, comparando el vigoroso y variado estilo del autor con el estilo línfático y monótono de sus cofrades, fue llevado a considerar la evolución del lenguaje, descripta con tanta exactitud por Darwin.

Íntimamente vinculado a los autores seculares

de sus días, educado en la escuela romántica, familiarizado con los últimos libros y acostumbrado a leer publicaciones modernas, Barbey hallóse inevitablemente en posesión de un idioma que había experimentado muchas modificaciones profundas y que en buena medida había sido renovado desde el siglo xvii.

Precisamente, lo opuesto era lo que había ocurrido con los autores eclesiásticos; encerrados en su propio territorio, aprisionados dentro de un margen de lecturas tradicional e idéntico, para nada enterados de la evolución literaria de tiempos más recientes y absolutamente decididos, en caso necesario, a arrancarse los ojos antes que reconocerla, empleaban necesariamente un lenguaje inalterado e inalterable, como ese lenguaje del siglo xviii que hablan y escriben normalmente hasta el mismo día de hoy los descendientes de los colonos franceses del Canadá, en virtud de que no fue posible variación alguna de vocabulario o fraseología, a causa de que se halla escindido de la madre patria y circundado en todas partes por el idioma inglés.

A esta altura de su meditación había llegado des Esseintes cuando el sonido argentino de una campana que tañía un pequeño angelus le hizo saber que el desayuno estaba listo. Donde estaban dejó sus libros, se limpió la frente y se encaminó al comedor diciéndose que, de todos los volúmenes que había estado ordenando, las obras de Barbey d'Aureville seguían siendo las únicas cuyo pensamiento y estilo brindaba esos sabores de caza y esos puntos insalubres, esa piel magullada y ese gusto saporífero que tanto amaba saborear en los autores decadentes, por igual latinos y monásticos, de los días de antaño.

XIII

El tiempo había empezado a comportarse del modo más singular. Ese año todas las estaciones se superponían, de modo que tras un periodo de borrascas y brumas, aparecieron súbitamente sobre el horizonte cielos flameantes, como hojas de metal calentadas al blanco. En un par de días, sin transición alguna, seguían a las nieblas frías y a la lluvia a cántaros olas de calor tórrido, una atmósfera atterradoramente bochornosa. Como si lo estuvieran alimentando muy activamente con gigantes cas palas, el sol resplandecía cual hornalla abierta, despidiendo una luz casi blanca que quemaba la vista; partículas ígneas de polvo se levantaban de los caminos chamuscados, tostando los árboles agostados, quemando el pasto seco. Absolutamente encogedores resultaban el resplandor reflejado en los muros blanqueados con cal y las llamas encendidas en las vidrieras y en los techos de zinc; la temperatura de una fundición en plena labor pesaba sobre la residencia de des Esseintes.

Poco menos que desnudo, abrió de par en par una ventana, para recibir de lleno en la cara una ígnea ráfaga procedente del exterior; el comedor, donde en seguida buscó refugio, era como un horno y el aire enrarecido parecía haber alcanzado el punto de hervor. Se dejó caer en una silla, sumido en la desesperación, pues la excitación que mantuvo activo su espíritu con tantas ensoñaciones mientras

separaba sus libros ahora había quedado extinguida. Como a cualquier otra víctima de neurosis, el calor le resultaba insoportable; su anemia, refrenada por el tiempo frío, volvió a apoderarse de él, dejando sin energías su cuerpo ya debilitado por la copiosa transpiración.

Con la camisa pegada a la espalda húmeda, el perineo empapado y la frente cubierta de sudor que le corría como lágrimas saladas por las mejillas, des Esseintes yacía agotado en una silla. Precisamente en ese momento se percató de la presencia del plato de carne que había sobre la mesa y el espectáculo le causó náuseas; ordenó que lo retiraran y que lo remplazaran con huevos pasados por agua. Cuando llegaron, intentó tragar unas pizcas de pan bañadas en la yema, pero se le quedaron atragantadas. Oleadas de náusea le llegaron hasta los labios y cuando bebió unas cuantas gotas de vino, le pincharon el estómago como flechas de fuego. Se pasó el pañuelo por el rostro, donde el sudor, que había sido caliente unos minutos antes, ahora corría por las sienes en hilos helados; y trató entonces de chupar pedazos de hielo para eludir la sensación de náuseas... mas todo fue en vano.

Agobiado por infinita fatiga, en su impotencia fue doblegándose hasta quedar aplastado contra la mesa. Pasado un momento, consiguió ponerse de pie, boqueando para recibir un poco de aire, pero las migas de pan ya se habían hinchado y lentamente estaban obstruyéndole la garganta, ahogándolo. Jamás se había sentido tan trastornado, tan débil, tan angustiado; para colmo de males, tenía afectada la vista y empezó a ver doble, de modo que ante sus ojos giraban las cosas en parejas; a poco perdió el sentido de la distancia, y así su copa le parecía estar a kilómetros de sí. Se dijo para sus adentros que era víctima de ilusiones ópticas, mas

no por ello logró sacudírselas de encima. Por último se levantó y fue a echarse en el sofá que había en la sala de estar; pero en seguida empezó a dar cabezadas y a bambolearse como un barco en el mar; y su náusea empeoró. Se levantó una vez más, decidiéndose ahora a tomar un digestivo que lo ayudara a pasar los huevos, que aún lo seguían fastidiando.

De regreso en el comedor, se comparó caprichosamente, allí en la cabina de su barco, con un viajero mareado. Trastabilló hasta el armario y le echó un mirada al órgano bucal, pero se abstuvo de abrirlo; buscó, en cambio, en el estante de más arriba, una botella de benedictino. Era una botella que conservaba en la casa debido a su forma, que consideraba sugerente de ideas a un tiempo agradablemente audaces y vagamente místicas.

Mas por el momento permaneció inmóvil, limitándose a contemplar como un estúpido esa botella panzona de color verde oscuro, que por lo común le evocaba visiones de prioratos medievales, en razón de su añejo vientre monacal, de la cabeza y el cuello con plomo como una bula papal, del rótulo escrito en sonoro latín, en papel aparentemente amarilleado y desteñido por los años: *Liquor Monachorum Benedictinorum Abbatiae Fiscanensis*.

Bajo este hábito realmente monástico, certificado por una cruz y las iniciales eclesiásticas D.O.M. y encerrado en pergamino y letras ligadas como una auténtica carta apostólica, dormitaba un licor de color azafrán y de exquisita delicadeza. Despedía un sutil aroma a angélica e hisopo mezclados con algas marinas cuyo contenido de yodo y bromo parecía disfrazado con azúcar; la bebida estimulaba el paladar con un fuego espirituoso, oculto bajo una dulzura absolutamente virginal, y lisonjaba el

olfato con un dejo de podre envuelto en una caricia que era al mismo tiempo pueril y devota.

Esta hipocresía que resulta de la extraordinaria discrepancia existente entre recipiente y contenido, entre la forma litúrgica de la botella y el alma absolutamente femenina, absolutamente moderna, en su interior, ya lo había incitado a soñar otras veces. Sentado con la botella ante los ojos, se había pasado horas pensando en los monjes que la vendían, los benedictinos de la Abadía de Fécamp, quienes, por pertenecer a la congregación de Saint-Maur, célebre por sus indagaciones históricas, estaban sometidos a la Regla de San Benito, mas no observaban las normas de los monjes blancos de Cîteaux ni las de los monjes negros de Cluny. Se le imponían a la imaginación como si salieran directamente de la Edad Media, cultivando hierbas medicinales, calentando retortas, destilando en sus alambiques cordiales soberanos, infalibles panaceas.

Tomó un sorbo de licor y se sintió un poco mejor durante uno o dos minutos, mas en seguida el fuego que encendió una gota de vino en sus entrañas volvió a llamear. Arrojó la servilleta y volvió al estudio, donde empezó a dar vueltas; se sentía como si estuviera bajo la campana de una máquina neumática en la que paulatinamente se iba haciendo el vacío, y un letargo aviesamente placentero se difundía desde su cerebro a todos sus miembros. Incapaz de seguir soportando eso, se armó de fuerzas y, por vez primera desde que se había instalado en Fontenay, buscó refugio en el jardín, donde se cobijó en la franja de sombra que proyectaba un árbol. Sentado en la hierba, contemplaba estólidamente las filas de hortalizas plantadas por los criados. Mas sólo tras una hora de contemplarlas se percató de lo que eran, pues flotaba ante sus ojos una niebla verdosa, la cual le impedía ver algo

más que imágenes borrosas, acuosas, que constantemente cambiaban de color y apariencia.

Al final recuperó su equilibrio, empero, y fue capaz de distinguir claramente las cebollas y los repollos, más allá una vasta franja de lechugas y, al fondo, a todo lo largo de la cerca, una hilera de lirios blancos, inmóviles en el aire sofocante.

Una sonrisa despuntó en sus labios, pues súbitamente recordó la extraña comparación que el viejo Nicandro hizo una vez, desde el punto de vista de la forma, entre el pistilo de un lirio y los órganos genitales de un burro, y asimismo el pasaje de Alberto Magno en que ese hacedor de milagros expone un método sumamente singular para descubrir, con ayuda de una lechuga, si una muchacha es virgen aún.

Estas reminiscencias le levantaron el ánimo un poco y empezó a pasear la vista por el jardín, examinando las plantas que el calor había marchitado y observando cómo la tierra caldeada humeaba bajo los rayos quemantes y polvorientos del sol. Luego, a través de la cerca que separaba el jardín, situado en lo bajo de la carretera que se empinaba hacia el Fuerte, advirtió la presencia de un grupito de chicos que rodaba por el suelo, bajo el sol ardiente.

Fijaba su atención en ellos cuando hizo su aparición en escena otro chicuelo. Era más pequeño que los demás, un ejemplar realmente escuálido; su pelo parecía de arenosas algas marinas, dos burbujas verdes le colgaban de la nariz y tenía los labios embadurnados por el repugnante comistrajo que estaba engullendo: queso fresco, untado en un mendrugo de pan y espolvoreado con ajo.

Des Esseintes husmeó el aire y un antojo depravado, un anhelo perverso se apoderó de él; la asqueante merienda literalmente le hizo agua la boca. Estaba seguro de que su estómago, que se rebelaba

contra todo alimento normal, podría digerir en cambio este atroz bocadillo y que su paladar lo saborearía como si se tratara de un banquete.

Se puso de pie, corrió a la cocina y ordenó a los criados que mandaran a buscar a la aldea una hogaza redonda, un poco de queso blanco y algo de ajo, explicándoles que quería merendar exactamente lo mismo que ese chiquillo. Una vez hecho esto, se volvió adonde había estado sentado bajo el árbol.

Los chicos disputaban ahora, arrancándose pedazos de pan de entre las manos, metiéndoselos en las bocas y lamiéndose los dedos después. Los puntapiés y las bofetadas menudeaban; y los muchachos más débiles rodaban por el suelo, donde se quedaban aporreados y llorando, con las aristas del pedregullo hundidas en el trasero.

Semejante espectáculo infundió nueva vida a des Esseintes; el interés que esta trifulca despertó en él lo distrajo de su estado de postración. Ante la furia salvaje de los crueles mocosos, meditó sobre la ley abominable pero inexorable de la lucha por la vida y, por despreciables que fueran esos críos, no pudo dejar de sentir pena por ellos, pensando que acaso habría sido mejor que sus madres no los parieran nunca.

Después de todo, ¿no se reducían sus vidas al impétigo, los cólicos, las fiebres, el sarampión, los pellizcos y las bofetadas, en la infancia; los empleos denigrantes, copiosos en puntapiés y maldiciones, a eso de los trece años; las amantes infieles, las enfermedades horribles y las esposas que les ponían los cuernos, una vez llegados a la edad adulta; y después, en la vejez, a la invalidez y la agonía en los hospicios para ancianos o los hospitales?

Y, si uno se ponía a pensar las cosas, el futuro era el mismo para todos, y nadie que tuviera un

poco de cordura soñaría con envidiar a los demás. Pues los ricos, por más que el escenario de sus desventuras fuera diferente, estaban sometidos a las mismas pasiones, las mismas inquietudes, los mismos pesares y las mismas enfermedades... y también a los mismos placeres mezquinos, fuesen éstos alcohólicos, literarios o carnales. Hasta había una vaga compensación por todo género de padecimientos, una especie de tosca justicia que restablecía el equilibrio de desdicha entre las clases, otorgándoles a los pobres una mayor resistencia a las dolencias físicas que causaban mayores estragos en los cuerpos más débiles, menos robustos, de los ricos.

Qué locura es ponerse a engendrar niños, meditando des Esseintes. ¡Y pensar que el frailerío, que había hecho votos de esterilidad, había llevado su inconsecuencia hasta el extremo de canonizar a San Vicente de Paul porque salvaba inocentes críos para tormentos inútiles!

Gracias a sus odiosas precauciones, el hombre había conseguido aplazar por años y más años la muerte de criaturas exentas de pensamiento y sentimiento, para que después, tras alcanzar un poco de entendimiento y una capacidad mucho mayor de sufrimiento, pudieran prever el futuro, pudieran esperar y temer esa muerte cuyo nombre mismo hasta entonces les había sido desconocido, a la que incluso, en algunos casos, podían convocar para que los liberara de la odiosa sentencia de por vida a la que se hallaban condenados en virtud de un absurdo código teológico.

Y desde la muerte de ese viejo, sus ideas habían ganado aceptación general; por ejemplo, los críos abandonados por sus madres eran ahora entregados a familias, en vez de dejarlos morir tranquilamente sin enterarse de lo que realmente sucedería; y no obstante la vida que les era preservada se les ha-

cía, de día en día, más dura y mezquina. Del mismo modo, so pretexto de fomentar la libertad y el progreso, la sociedad había descubierto otro medio más para agravar la deplorable suerte del hombre, arrancándolo de su hogar, equipándolo con una ridícula vestimenta, poniendo armas especialmente diseñadas en sus manos y reduciéndolo a la misma esclavitud degradante de la que por piedad se liberó a los negros; y todo esto para dejarlo en condiciones de dar muerte a sus vecinos sin riesgo de ir al patíbulo, como les ocurre a los asesinos comunes que trabajan por su cuenta, sin estandartes y con armas menos poderosas, menos estruendosas.

Qué época singular la nuestra, se decía des Esseintes, que ostensiblemente en beneficio de la humanidad se esfuerza por perfeccionar anestésicos a fin de eliminar el dolor físico y que al mismo tiempo mezcla estimulantes como éstos para agravar el dolor moral.

¡Oh!, si en nombre de la piedad se suprimía alguna vez el fútil quehacer de la procreación, sin duda ya había llegado el momento. Mas también en este caso se interponen, feroces e irracionales, las leyes promulgadas por individuos como Portalis y Homais.

La justicia consideraba perfectamente legítimas las triquiñuelas utilizadas para impedir la concepción; esto constituía un hecho reconocido y aceptado; y no hubo nunca en todo el país una pareja, por muchos que fueran sus bienes, que no tirara críos por el desagüe o que dejara de recurrir a elementos que podían comprarse abiertamente en las tiendas; elementos que nadie soñaría jamás condenar. Y no obstante ello, si los subterfugios naturales o mecánicos resultaban ineficaces, si fracasaban todas las triquiñuelas, y si para superar el fracaso se recurría a procedimientos más seguros, bueno.

entonces no bastarían las prisiones, cárceles o penitencieras para alojar a las personas condenadas sin más ni más, y de toda buena fe, por otros individuos que, por su parte, esa misma noche, en el lecho conyugal, recurrían a todas las tretas que conocían para evitar engendrar críos.

De lo cual se desprendía que el acto fraudulento no constituía delito, en tanto que la tentativa por consumarlo, cuando aquél había fracasado, sí lo era.

En suma, que la sociedad consideraba delito el acto de dar muerte a una criatura dotada de vida; pese a lo cual la eliminación de un feto sólo significaba destruir un animal menos desarrollado, menos vivaz, sin duda menos inteligente y menos agradable que un perro o un gato, a los cuales, en cambio, se podía matar impunemente tras el nacimiento.

También correspondería destacar, meditaba des Esseintes, que para remate de la justicia de todo esto, no era el operador chambón —quien por lo común tomaba en seguida las de villadiego— sino la mujer intervenida, la víctima de la chapucería de aquél, quien pagaba por haber salvado una criatura inocente de las miserias de la vida.

De cualquier modo, tenía que ser un mundo descomunamente cargado de prejuicios el que trataba de extirpar operaciones tan naturales que hasta los hombres más primitivos, los isleños de los Mares del Sur, se sentían impulsados a ejecutar sólo por instinto.

Precisamente entonces el criado de des Esseintes interrumpió esas caritativas reflexiones, pues le presentó en una bandejita de plata dorada la merienda que le había ordenado. A la vista de ella sintió náusea; no tuvo el coraje de mordisquear siquiera el pan, pues ya lo había abandonado su apetito morbosos. Una espantosa sensación de debi-

lidad se apoderó nuevamente de él, mas se vio obligado a ponerse de pie; el sol lo había ido cercando, invadiendo paulatinamente su franja de sombra, y el calor se estaba volviendo cada vez más feroz y aplastante.

—¿Ves esos chiquillos que se pelean en el camino? —le dijo al criado—. Bueno, arrójales eso. Y esperemos que los enclenques queden bien magullados, que no consigan ni una sola miga de pan y que, para broche de oro, les den a todos unas buenas palizas cuando vuelvan a sus casas con los pantaloneitos desgarrados y, por añadidura, con un par de ojos bien morados. ¡Eso les hará saborear por adelantado la clase de vida que pueden esperar!

Y volvió a meterse en la casa, donde se dejó caer, flácido, en un sillón.

—Con todo, realmente tengo que ver si no hay algo que pueda comer —musitó; hizo la prueba, remojando un bizcochito en un vaso de añejo Constantia de J. P. Cloete, del cual le quedaban aún unas cuantas botellas en la bodega.

Este vino, del color de cáscaras chamuscadas de cebollas, con un sabor reminiscente del vino de Málaga añejo y del oporto, pero que tiene un *bouquet* azucarado que es de su exclusividad y un resabio de uvas cuyos zumos han sido condensados y sublimados por soles ardientes, este vino lo había vigorizado a menudo y hasta había infundido nuevas energías a un estómago debilitado por el ayuno que se veía obligado a practicar; mas esta vez el vino generoso, de costumbre tan eficaz, no logró producirle efecto alguno.

Luego, esperanzado en que un emoliente enfriara las tenazas ardientes que le quemaban las vísceras, recurrió a la Nalifka, ese licor ruso encerrado en una botella barnizada de oro viejo; pero este jarabe untuoso con sabor a frambuesa resultó igual-

mente ineficaz. Ay, ya había pasado mucho tiempo desde aquellos días en que des Esseintes, quien entonces gozaba de salud relativamente buena, se metía en un trínco que guardaba en casa —esto, en la época más calurosa del año— y se quedaba sentado en él, envuelto en pieles en las que se arrebujaba, tiritando lo mejor que podía y diciendo a través de dientes que castañetecaban deliberadamente: “¡Qué viento tan helado! Pero, ¡si aquí uno se congela, se congela!”, hasta que casi se persuadía de que realmente hacía frío.

Por desgracia, ahora que sus males eran reales, semejantes remedios ya de nada podían servirle.

Y de nada le valía tampoco recurrir al láudano, que en vez de actuar como sedante, le irritaba los nervios y por ello lo privaba de sus horas de sueño. Hubo un período en que recurrió también al opio y al hachich con la esperanza de ver visiones, mas ese par de drogas sólo le había causado vómitos y violentos desórdenes nerviosos; se había visto obligado a dejar de usarlas en seguida y, sin la colaboración de estos duros estimulantes, a pedirle a su cerebro que por sí solo, sin ayuda alguna, lo transportara a la comarca de ensueños, muy lejos de la vida cotidiana.

—¡Qué día! —gimió, enjugándose el cuello, sintiendo que las pocas fuerzas que aún le quedaban se diluían en los chorros de sudor. Un febril desasosiego volvió a impedirle quedarse sentado quieto, de modo que una vez más se puso a vagar de habitación en habitación, probando una silla tras otra. Por último, cansado de dar vueltas por la casa, se hundió en el sillón de su escritorio y, apoyando los codos en él, empezó a jugar ociosa e inconscientemente con un astrolabio que usaba como pisapapeles y que estaba ubicado sobre una pila de libros y papeles.

Había adquirido ese instrumento, hecho en cobre grabado y dorado, obra de artesanía alemana que databa del siglo XVII, en una tienda de antigüedades de París, tras una visita que hizo al museo de Cluny, donde se quedó extasiado durante horas ante un maravilloso astrolabio de marfil tallado, cuyo aspecto cabalístico lo cautivó.

Ese pisapapeles agitaba en él todo un enjambre de recuerdos. Impulsados por la vista de esta pequeña curiosidad, sus pensamientos se trasladaron de Fontenay a París, a la tienda de antigüedades donde la compró, y luego volvieron al museo de Thermes; y su mente evocó la imagen del astrolabio de marfil en tanto que sus ojos se demoraban, aunque ahora sin verlo, en el astrolabio de cobre que había sobre su escritorio.

Luego, todavía en el recuerdo, salió del museo y fue a dar una caminata por las calles de la ciudad, vagando por la Rue de Sommerard y el Boulevard Saint-Michel, metiéndose por las calles contiguas y deteniéndose frente a ciertos establecimientos cuyo gran número así como lo peculiar de su aspecto a menudo habían despertado su curiosidad.

A partir del astrolabio, esta excursión mental había desembocado en las tabernas bajas del Barrio Latino.

Recordaba qué enorme era la cantidad de esos lugares a todo lo largo de la Rue Monsieur-le-Prince y por el extremo del Odeón de la Rue de Vaugirard; a veces estaban pegados, como los viejos *riddecke* de la Rue du Canal-aux-Harengs en Amberes, en fila a lo largo del pavimento, todos con aspecto muy semejante.

A través de las puertas entreabiertas y de las ventanas que sólo en parte oscurecían los vidrios de colores o las cortinas, podía recordar que alcanzó a ver mujeres que iban y venían, arrastrando

los pies y adelantando los cuellos como gansos; otras que estaban sentadas, abatidas en bancos, y cuyos codos descansaban sobre las mesas cubiertas de mármol, perdidas en reflexiones y canturreando suavemente, con las cabezas entre las manos; aun otras que se contoneaban frente a espejos, acariciándose con las yemas de los dedos las mechas de pelo que acababan de peinarse; y otras que vaciaban sus bolsos de broches rotos, dejando caer montones de monedas de plata y de cobre, tras lo cual ordenaban prolijamente el dinero, distribuyéndolo en montones.

La mayor parte de ellas tenía rasgos toscos, voces roncas, pechos caídos y ojos pintados, y todas, como autómatas a los que se les hubiera dado cuerda al mismo tiempo con una misma llave, lanzaban las mismas invitaciones en el mismo tono de voz, ostentaban las mismas sonrisas, hacían las mismas observaciones casuales y los mismos comentarios peculiares.

Las ideas empezaron a concatenarse en la cabeza de des Esseintes y se descubrió a las puertas de una conclusión categórica, ahora que su memoria le había proporcionado una vista a vuelo de pájaro, por así decir, de esas tabernas y esas calles llenas de gente.

Captó el verdadero significado de todos esos cafés, se percató de que correspondían al estado de ánimo de una generación entera y advirtió que brindaban una síntesis de la época.

Los síntomas eran, realmente, claros e innegables; los prostíbulos autorizados estaban desapareciendo y cada vez que uno de ellos cerraba sus puertas, se abría una taberna en su lugar.

Esta disminución de la prostitución legalizada en favor de la promiscuidad no oficial debía explicarse, evidentemente, en razón de las incomprensi-

bles ilusiones a que están sometidos los hombres cuando se trata de asuntos carnales.

Por monstruoso que pudiera parecer, la taberna colmaba un ideal. El hecho era que si bien las tendencias utilitarias transmitidas por la herencia, y fomentadas por las precoces descortesías y las constantes groserías de la vida escolar, habían hecho que la generación más joven fuera singularmente grosera, al mismo tiempo que singularmente fría y materialista, con todo, esa generación había conservado, bien metido en el corazón, un poco de sentimentalismo anticuado, un ideal de amor difuso y rancio, chapado a la antigua.

A ello se debía que ahora, cuando a esta generación le bullía la sangre, no pudiera tragar la posibilidad más sencilla: entrar al salón, satisfacerse, pagar la cuenta y marcharse. Esto, a ojos de los jóvenes, era cosa de animales, lisa y llanamente; como un perro que se ayunta a una perra sin preámbulo alguno. Además, la vanidad del hombre no extraía ningún género de satisfacción en esas casas de mala fama donde no se hacía la comedia de la resistencia, donde no había apariencias de victoria, donde no cabía esperar trato preferencial y ni siquiera la posibilidad de obtener favores generosos de una mujer de negocios que regulaba sus caricias según el precio que se pagaba. En cambio, hacerle la corte a una chica en una taberna equivalía a evitarle heridas a la susceptibilidad erótica, a todos esos sentimientos delicados. Siempre había varios hombres en pos de una de esas muchachas y aquellos a quienes ella aceptaba y concedía una cita tras convenir el precio, se imaginaban sinceramente que eran objeto de una honrosa distinción, de un favor singular.

Esos planteles de las tabernas eran, empero, tan degenerados y mercenarios, tan mezquinos y depra-

vados como los de los prostibulos. También estas chicas de las tabernas bebían sin tener sed, se reían sin que algo les causara gracia, se babeaban por las caricias del más inmundo patán y se lanzaban las unas contra las otras, crispadas de furia, ante la más leve provocación. Mas, pese a todo, los jóvenes de París aún no se habían enterado de que, desde el punto de vista de la belleza, la vestimenta y la técnica, las camareras de las tabernas eran en mucho inferiores a las mujeres que anidaban en las lujosas salas de espera de las casas autorizadas.

—Mi Dios, qué necios tienen que ser —solía decirse des Esseintes— estos mozalbetes que frecuentan las cervecerías, pues, prescindiendo de sus ilusiones ridículas, llegan a olvidar efectivamente los peligros que entraña probar una mercadería usada y de dudosa calidad, así como tampoco toman en cuenta ni el dinero que gastan en un determinado número de tragos cuyas tarifas establece la patrona ni el tiempo que dilapidan en la espera de la entrega de la mercadería regateada para elevarle el precio, en esas eternas vacilaciones destinadas a hacer que empiece a correr, y siga corriendo, el dinero.

Este sentimentalismo bobalicón, unido al mercantilismo implacable, representaba bien a las claras el espíritu predominante de la época; esos mismos hombres que habrían sacado los ojos a cualquiera para ganarse unos cuantos cobres, perdían todo olfato, toda astucia, cuando se trataba de negociar con las mañosas camareras que los acosaban y saqueaban sin lástima. Las ruedas de la industria giraban y, en nombre del comercio, las familias se estafaban entre sí, sólo para permitir que los hijos les robaran dinero, hijos que a su vez se dejaban asaltar por estas mujeres, a quienes —en última instancia— les chupaban la sangre sus chulos.

En todo París, de este a oeste y de norte a sur, se extendía una red ininterrumpida de timos, una cadena de robos organizados que cometían los unos contra los otros; y todo a causa de que, en vez de un servicio inmediato, los clientes tenían que esperar y hacer antesala.

La verdad era que la sabiduría humana consistía fundamentalmente en prolongar las cosas, en decir primero no y después sí, pues el mejor modo de manejar seres humanos ha sido siempre hacerles promesas.

—¡Ay, con tal de que otro tanto fuera válido para mi estómago! —suspiró des Esseintes, de pronto doblado por un espasmo de dolor que hizo saltar su pensamiento a Fontenay desde las remotas comarcas por donde había estado vagando.

XIV

Los días siguientes pasaron sin excesivas molestias, gracias a diversos ardides de que se valió para engañar el estómago y pacificarlo; pero una mañana las salsas que disimulaban el olor de la grasa y el aroma de sangre que salía de la carne que le servían le resultaron de por sí inaceptables y ansiosamente se preguntó si su debilidad ya alarmantemente no iba a empeorar más todavía, obligándolo a guardar cama. De súbito destelló entonces un rayo de luz a través de su infortunio: recordó que uno de sus amigos, quien había estado muy enfermo tiempo atrás, había conseguido, mediante el uso de un digestor, detener su anemia, parar el proceso de consunción y conservar el poco vigor que aún le quedaba.

De modo que mandó a su criado a París para que le comprara uno de esos loables artefactos, y con ayuda de las instrucciones de fábrica, consiguió explicarle a su cocinera cómo debía cortar un trozo de jamón blanco en pedacitos, ponerlo seco en el digestor, añadir una tajada de puerco y otra de zanahoria, atornillar luego la tapa y dejar que la cosa hirviera en una marmita durante cuatro horas.

Pasado ese lapso, se exprimía el jugo de los filamentos de carne y se bebía una cucharada del líquido salado y espeso que quedaba en el fondo del digestor. Entonces se sentía que por uno descendía algo como tuétano tibio, con una caricia sedante, aterciopelada.

Este extracto de carne puso término a los dolores y la náusea causados por el hambre e incluso estimuló el estómago de modo que éste ya no se negó a aceptar unas cuantas cucharadas de sopa. Gracias a la marmita, el malestar nervioso de des Esseintes no empeoró, y pudo decirse:

—Sea como fuere, algo llevo ganado; ahora, quizá disminuya la temperatura y derrame el cielo un poco de cenizas sobre ese sol espantosamente enervante. En tal caso, me será posible aguantar sin excesiva dificultad hasta las primeras nieblas y heladas.

En su estado actual de apatía y tediosa inactividad, la biblioteca, que no había podido terminar de ordenar, le crispaba los nervios. Atado a su sillón, todo el tiempo tenía al frente sus libros profanos, apilados en confusión en los anaqueles, inclinados unos contra otros, apoyándose entre sí o echados de costado como si fueran barajas. Este desorden lo fastidiaba mucho más por cuanto representaba un contraste tan marcado con el perfecto orden de sus libros religiosos, prolijamente dispuestos en hilera a lo largo de los muros.

Trató de remediar esa confusión, mas le bastaron diez minutos de labor para quedar bañado en sudor. Evidentemente, el esfuerzo era superior a sus fuerzas; completamente agotado, se echó en un diván y tocó la campanilla, llamando al criado.

Siguiendo sus instrucciones, el anciano servidor se puso a trabajar, llevándole los libros, uno por uno, a fin de que pudiera examinarlos separadamente y decidiera dónde debían ubicarse.

La faena no llevó mucho tiempo, pues la biblioteca de des Esseintes sólo encerraba un número muy limitado de obras laicas contemporáneas.

De tanto pasarlas por el aparato crítico de su mente, del mismo modo que un obrero metalúrgi-

co pasa listones de metal por una prensa estampadora de acero, de la cual salen los listones delgados y livianos reducidos a hebras casi invisibles, había comprobado en última instancia que ninguno de sus libros podría soportar esa especie de tratamiento, que ninguno de ellos tenía dureza bastante para pasar por el proceso siguiente, el molino de la relectura. Tratando de eliminar las obras de inferior calidad, en realidad había restringido y prácticamente esterilizado su placer de leer, subrayando más que nunca el irremediable conflicto entre sus ideas y las del mundo en que el azar decretó que naciera. Ya las cosas habían llegado al punto en que le resultaba imposible dar con un libro que colmara sus anhelos secretos; a decir verdad, hasta había comenzado a perder su admiración por las obras mismas que sin lugar a dudas contribuyeron a aguzar su espíritu y a hacerlo tan sutil y crítico.

No obstante, el punto de partida de sus opiniones literarias había sido un enfoque muy simple. Las tan mentadas escuelas literarias no existían para él; lo único que contaba, a su juicio, era la personalidad del escritor y la única cosa que le interesaba era el funcionamiento del cerebro del autor, con total prescindencia del tema que lo ocupaba. Por desgracia, este criterio de apreciación, tan evidentemente justo, era de aplicación prácticamente imposible, por la sencilla razón de que, por mucho que quiera un lector liberarse de prejuicios y reprimir la pasión, *prefiere naturalmente* las obras que más íntimamente coinciden con su propia personalidad y termina por relegar el resto al limbo.

Este proceso de selección se había cumplido lentamente en su caso. Hubo una época en que veneró al gran Balzac, pero como su constitución se había desequilibrado y sus nervios lo domina-

ban, sus gustos se modificaron y sus preferencias cambiaron.

A la verdad, bien pronto, y esto aunque se daba cuenta de cuán injusta era tal actitud con el autor prodigioso de la *Comédie humaine*, había renunciado incluso a abrir sus libros, ahuyentado por su robustez; otras aspiraciones se agitaban ahora en él, las cuales en un sentido eran casi indefinibles.

Sin embargo, un asiduo análisis de sí mismo lo llevó a percatarse, en primer término, de que, para que un libro lo sedujera, debía poseer esa cualidad de *rareza* reclamada por Edgar Allan Poe; pero tendía a aventurarse más todavía en ese camino, insistiendo en flores bizantinas del pensamiento y complejidades delicuescentes de estilo; exigía una *vaguedad turbadora* que le diera margen para perderse en la ensoñación hasta que decidiera hacerla más vaga aún o más definida, según el ánimo del momento. En síntesis, apreciaba una obra de arte por lo que era en sí misma y por lo que le permitía atribuirle; quería avanzar junto con ella y también sobre ella, como si lo sostuviera un amigo o lo transportara un vehículo hasta una esfera en que las *sensaciones sublimadas* provocaran en él una *imprevisita conmoción*, cuyas causas se esforzaba pacientemente y hasta vanamente en analizar.

Al cabo, desde que salió de París, se había apartado más y más de la realidad y sobre todo de la sociedad de su tiempo, a la que veía con espanto siempre creciente; esta aversión que experimentaba había afectado inevitablemente sus gustos literarios y artísticos, de modo que evitaba en la medida de lo posible los cuadros y libros cuyos temas se limitaran a la vida moderna.

Como consecuencia, perdida la capacidad de admirar la belleza en cualquier atuendo que se pre-

sentara, ahora prefería, entre las obras de Flaubert, *La tentation de Saint Antoine* a *L'éducation sentimentale*; entre las de los Goncourt, *La Faustin* a *Germinie Lacerteux*; entre las de Zola, *La faute de l'Abbé Mouret* a *L'assommoir*.

Le parecía que ese era un punto de vista lógico; dichos libros, por supuesto no tan comunes por sus temas pero tan excitantes y humanos como los otros, lo dejaban penetrar más, cavar más hondo, en las personalidades de sus autores, quienes revelaban en ellos con mayor sinceridad sus impulsos más misteriosos, al tiempo que también lo elevaban más que el resto, sacándolo de esa existencia trivial que tan hastiado lo tenía.

Y, además, leyendo esas obras, podía establecer una completa camaradería intelectual con los autores que las habían concebido, ya que en el momento de la concepción tales autores se habían encontrado en un estado de ánimo semejante al suyo propio.

El hecho es que, cuando la época en que un hombre de gran talento se ve condenado a vivir es mortecina y estúpida, al artista lo cautiva, acaso sin que se dé cuenta de ello, el anhelo nostálgico de otra época.

Incapaz de ponerse a tono, salvo en raros intervalos, con su medio y, como ya no encuentra en la inspección de ese medio y de las criaturas que lo soportan suficientes placeres de observación y análisis que lo distraigan, percibe el nacimiento y desarrollo de fenómenos inusitados en su propio ser. Vagos anhelos migratorios surgen entonces y se satisfacen con la meditación y el estudio. Instintos, sensaciones e inclinaciones, que le legaron su herencia, adquieren forma y se afirman con imperiosa autoridad. Le vienen a la cabeza recuerdos de personas y de cosas que jamás ha conocido por

sí mismo, y llega un momento en que sale con ímpetu de la cárcel de su siglo y vaga libremente por otras épocas, con las cuales, ilusión culminante, se imagina que habría estado más en armonía.

En ciertos casos se da un retorno al pasado histórico, a civilizaciones desaparecidas, a los siglos difuntos; en otros, se va en pos del sueño y la fantasía, de una visión más o menos vívida de un futuro cuya imagen reproduce, inconscientemente y como consecuencia del atavismo, la de una época pasada.

En el caso de Flaubert, había una serie de escenas vastas e imponentes, grandiosos desfiles de bárbaro esplendor en que aparecen criaturas delicadas y sensibles, misteriosas y arrogantes, mujeres malditas, en toda la perfección de su belleza, con almas sufrientes, en las honduras de las cuales él discernía atroces espejismos, demenciales aspiraciones, nacidas de la aversión que ya sentían por la abominable mediocridad de los placeres que les esperaban.

La personalidad del gran autor se revelaba en todo su esplendor en esas páginas incomparables de *La tentation de Saint Antoine* y *Salammbô* en las que, dejando muy atrás nuestra mezquina civilización actual, evocaba las glorias asiáticas de épocas remotas, sus ardores místicos y sus quietudes, las aberraciones resultantes de tanto ocio, las brutalidades nacidas de su tedio; ese sofocante tedio que emana de la opulencia y la plegaria cuando todavía sus placeres no han sido gozados plenamente.

En el caso de Goncourt, se trataba de la nostalgia por el siglo XVIII, el anhelo de volver a las elegantes gracias de una sociedad que ya se había desvanecido para siempre. El gigantesco telón de fondo de los mares que rompen contra grandes remansos, de desiertos que se extienden hasta el infi-

nito bajo cielos ardientes, no hubiera tenido sitio en su nostálgica obra maestra limitada, dentro del recinto de un parque aristocrático, al tocador entibiado por los efluvios voluptuosos de una mujer de fatigada sonrisa, de expresión enfurruñada y de ojos pensativos, melancólicos. Y el espíritu con que este autor animaba sus personajes no era el mismo que infundía Flaubert a sus criaturas, ese espíritu rebelde por anticipado en razón de la certeza inexorable de que no hay nueva dicha posible; más bien se trataba de un espíritu que, por la amarga experiencia, se rebelaba después de ocurridas las cosas al pensar en todos los esfuerzos estériles que había hecho para inventar nuevas relaciones espirituales e introducir un poco de variedad en el placer inmemorial que se repite en el curso de los siglos con la satisfacción, conseguida con más o menos ingenio, de las parejas entregadas a la sensualidad.

Si bien vivía a fines del siglo XIX y era física y activamente una mujer moderna, en virtud de influencias ancestrales la Faustin era una criatura del siglo XVIII, que participaba plenamente de sus caprichos espirituales, su lasitud cerebral y su saciedad sensual.

Este libro de Edmond de Goncourt era uno de los favoritos de des Esseintes, pues esa sugestión que provoca ensoñaciones, eso que él quería, abundaba en esta obra, donde por debajo de la línea impresa acecha otra línea que sólo es visible para el alma, indicada por un epíteto que abría vastas perspectivas de pasión, por una reticencia que insinuaba afinidades espirituales que ningún vocabulario corriente podría abarcar. Y el idioma utilizado en este libro era absolutamente diferente del lenguaje de Flaubert, inimitable en su magnificencia; este estilo era penetrante y enfermizo, tenso y sutil, pro-

lijo en el registro de la impresión indefinible que afecta los sentidos y genera sentimientos, y ducho en la modulación de complejos matices de una época que era, en sí, extraordinariamente compleja. Se trataba, en realidad, de un estilo como el que es indispensable en las civilizaciones decrepitas, las que a fin de expresar sus necesidades, cualquiera sea la época a que pertenezcan, exigen nuevas acepciones, nuevos usos, nuevas formas tanto para las palabras como para las frases.

En Roma, el paganismo agonizante había modificado su prosodia y transformado su lenguaje a través de Ausonio, a través de Claudiano y, sobre todo, a través de Rutilio, cuyo estilo, esmerado y escrupuloso, sensual y sonoro, ofrecía una evidente semejanza con el estilo de los hermanos Goncourt, en especial cuando describía la luz y la sombra y el color.

En París se había dado un fenómeno único en la historia de la literatura; la sociedad moribunda del siglo XVIII, pese a estar bien provista de pintores, escultores, músicos y arquitectos, todos ellos familiarizados con sus gustos e imbuidos de sus creencias, no había logrado producir un escritor auténtico que fuera capaz de representar sus gracias agonizantes o de manifestar la esencia de sus placeres febriles, que muy pronto serían expiados tan cruelmente. Se había tenido que esperar hasta Goncourt, cuya personalidad estaba hecha de recuerdos y pesares a los que hacía más punzantes el deplorable espectáculo de la pobreza intelectual y las mezquinas aspiraciones de su época, para resucitar, no sólo en sus estudios históricos sino también en una obra nostálgica como *La Faustin*, el alma misma del período, y concretar sus encantos neuróticos en esta actriz, tan dolorosamente ávida de atormentar su corazón y torturar su cerebro a fin de saborear

hasta el agotamiento los crueles revulsivos del amor y el arte.

En Zola, el anhelo de una existencia diferente asumía otra forma. No había en él un deseo de emigrar a civilizaciones desaparecidas, a mundos perdidos entre las tinieblas del tiempo; su temperamento tenaz y robusto, enamorado de la exuberancia de la vida, del gran vigor, de la fortaleza moral, lo apartaba de las gracias artificiales y las palideces pintadas del siglo XVIII, así como de la pompa hierática, la ferocidad brutal y los sueños ambiguos, afeminados, del antiguo Oriente. El día en que también él se sintió afligido por este anhelo, por esta ansia que a la verdad es la poesía misma, de alejarse de la sociedad contemporánea que estudiaba, huyó a una región idílica en que la savia hervía a la luz del sol; había soñado entonces fantásticas cópulas celestiales, prolongados éxtasis terrenales, lluvias fertilizadoras de polen que caían en los palpitantes órganos genitales de las flores; y así había alcanzado un panteísmo gigantesco, y con el Jardín del Edén en que colocó su Adán y su Eva, consiguió crear, acaso inconscientemente, un prodigioso poema hindú, que cantaba las glorías de la carne, que alababa —en un estilo cuyas grandes manchas de color chillón tenían algo del sobrenatural esplendor de las pinturas indias— la materia viva y animada, la cual con su procreación frenética revelaba al hombre y a la mujer el fruto prohibido del amor, sus espasmos sofocantes, sus caricias instintivas, sus posturas naturales.

Aparte de Baudelaire, estos tres eran los maestros que habían cautivado y moldeado en mayor grado la imaginación de des Esseintes; pero, a fuerza de releerlos hasta quedar saturado de sus obras y conocerlos cabalmente de memoria, con el correr del tiempo se había visto obligado a crearse la po-

sibilidad de volver a absorberlos, para lo cual tuvo que tratar de olvidarlos, dejándolos descansar un buen rato en los anaqueles.

Fiel a este propósito, apenas si les echó un vistazo cuando el criado se los alcanzó. Se limitó a señalar que quedaran en la biblioteca, vigilando que se los ordenara debidamente, dejándoles todo el espacio necesario.

En seguida el criado le alcanzó otra serie de libros que le causaron un poco más de preocupación. Se trataba de obras que le habían ido gustando más y más, obras que en razón de sus mismos defectos representaban un placentero cambio en relación con esas producciones perfectas de autores más ilustres.

La imperfección misma le agradaba, siempre que no fuera mezquina ni parasitaria, y podría ser que hubiera cierta dosis de verdad en su teoría según la cual un escritor menor de la decadencia, ese escritor que es incompleto pero aún así posee su propia individualidad, rezuma un bálsamo más exacerbante, más sudorífico, más ácido que el autor de la misma época que es realmente grande y realmente perfecto. En su opinión, en sus confusos esfuerzos se podían encontrar los raptos más exaltados de la sensibilidad, los caprichos más mórbidos de la psicología, las más extravagantes aberraciones del idioma, conjuradas en vano para dominar y reprimir las sales efervescentes de las ideas y los sentimientos.

Era, pues, inevitable que, tras los maestros, se volviera hacia ciertos escritores menores a quienes encontraba más atrayentes y amables en razón del desdén que sentía por ellos un público que era incapaz de comprenderlos.

Uno de esos autores, Paul Verlaine, había iniciado su carrera, ya hacía muchos años, con un vo-

lumen de poesía titulado *Poèmes saturniens*, obra a la que casi podía calificarse de débil, en la que a las imitaciones de Leconte de Lisle sucedían los ejercicios de retórica romántica, pero que ya revelaba en determinadas composiciones, como el soneto "Mon rêve familier", la genuina personalidad del poeta.

En busca de sus antecedentes, des Esseintes descubrió bajo la inseguridad de esos primeros esfuerzos la presencia de un talento que ya estaba profundamente marcado por Baudelaire, cuya influencia se haría luego más evidente, si bien lo tomado en préstamo por Verlaine de su generoso maestro no llegaba nunca a constituir flagrante delito de robo.

Por otra parte, algunos de sus libros ulteriores *La Bonne Chanson*, *Fêtes galantes*, *Romances sans paroles* y, finalmente, su último volumen, *Sagesse*, comprendían poemas en que se revelaba un autor original, que se destacaba de la masa de sus colegas.

Provistos de rimas suministradas por los tiempos verbales, y a veces hasta por dilatados adverbios precedidos de un monosilabo, del cual caían como copiosa cascada que descendía de un retallo de piedra, sus versos, divididos por difíciles cesuras, resultaban con frecuencia singularmente oscuros, con sus audaces elipsis y sus curiosos solecismos que, con todo, no carecían de cierta gracia.

Manejando el verso mejor que ningún otro, había tratado de rejuvenecer las formas estereotipadas de la poesía, por ejemplo el soneto, que invirtió como esos peces japoneses de cerámica de color que están en sus pedestales con las agallas hacia abajo, o que pervirtió, acoplando únicamente rimas masculinas, por las que parecía sentir un especial cariño. De modo análogo, y no pocas veces, había adoptado una forma extravagante, como ilustraba

una estrofa de tres versos en la que el medio quedaba sin rimar, o un terceto monorrimo seguido por un solo verso que actuaba como estribillo y que se hacía eco a sí mismo, como el verso *Dansons la gigue*, en el poema "Streets". Asimismo había usado otros ritmos cuyo débil latido sólo podía oírse a medias tras las estrofas, como el sonido apagado de una campana.

Pero su originalidad residía sobre todo en su capacidad para comunicar deliciosamente vagas confidencias en un susurro en el crepúsculo. Había sido el único que poseía el secreto de insinuar ciertas extrañas aspiraciones espirituales, de susurrar ciertos pensamientos, de musitar ciertas confesiones, tan tenuemente, tan sosegadamente, tan vacilantemente que el oído que las captaba se quedaba titubeando y transmitía al alma una languidez que resultaba más pronunciada a causa de la vaguedad de esas palabras que se conjeturaban más que escuchaban. La esencia de la poesía de Verlaine podía encontrarse en aquellos versos prodigiosos de sus *Fêtes galantes*:

Le soir tombait, un soir équivoque d'automne:
 Les belles se pendant rêveuses à nos bras,
 Dirent alors des mots si spécieux, tout bas,
 Que notre âme depuis ce temps tremble et s'étonne.¹

No era este el vasto horizonte que se revelaba a través de los pórticos de la inolvidable poesía de Baudelaire sino, en cambio, una escena entrevista a la luz de la luna, una visión más limitada pero más íntima, propia del autor, quien, por otra parte,

¹ Caía la noche, una equívoca noche de otoño: / Las bellas que se colgaban soñadoras de nuestros brazos / Dijeron en ese instante palabras tan especiosas, muy bajo, / Que desde entonces nuestra alma tiembla y se asombra.

había formulado su procedimiento poético en unos cuantos versos que agradaban especialmente a des Esseintes:

Car nous voulons la nuance encore,
 Pas la couleur, rien que la nuance

 Et tout le reste est littérature.²

Des Esseintes lo había seguido alegremente a través de todas sus diversas obras. Tras la publicación de *Romances sans paroles*, distribuido por la imprenta de un diario en Sens, Verlaine se había llamado a silencio durante bastante tiempo; después, en cautivantes versos que hacían eco a los acentos ingenuos y suaves de Villon, había reaparecido, cantando loores a la Virgen, "lejos de nuestros días de espíritu carnal y carne fatigada". A menudo releía des Esseintes ese libro, *Sagesse*, dejando que los poemas que contenía le inspiraran ensoñaciones secretas, sueños imposibles de pasión oculta por una Madona bizantina que fuera capaz de transformarse en un momento dado en una Cidalisa que por accidente se hubiera extraviado en el siglo XIX; ella era tan misteriosa y cautivante que resultaba imposible decir si lo que anhelaba era entregarse a depravaciones tan monstruosas que una vez realizadas, se tornarían irresistibles o bien elevarse hacia el cielo en un sueño inmaculado, en que la adoración del alma flotaría en su rededor en un amor por siempre inconfeso, por siempre puro.

También había otros poetas capaces de provocar su interés y su admiración. Por ejemplo, estaba Tristan Corbière quien en 1873, en medio de la

² Pues aún queremos el matiz, / El color, no; sólo el matiz / / Y todo lo demás es literatura.

indiferencia general, había publicado un libro extraordinariamente singular que tenía por título *Les amours jaunes*. Des Esseintes, quien en su aversión hacia cuanto fuera trivial y vulgar habría acogido de buena gana los más desafortunados extravíos, pasó muchas horas felices con este libro en que un humor bufonesco se aliaba a una energía turbulenta, y en que aparecían versos de brillo desconcertante en poemas de pasmosa oscuridad. Estaban las letanías en su "Sommeil", por ejemplo, donde en un momento dado describía el sueño como el

Obscène confesseur des dévotes mort-nées.³

Esto apenas si era francés; el poeta hablaba en una jerga en la cual utilizaba un idioma telegráfico, suprimía demasiados verbos, trataba de ser chacotón y se entregaba a los chistes baratos de viajeros de comercio; pero, además, de pronto saltaba de esa maraña de caprichos cómicos y chistes tontos un grito agudo de dolor, como el sonido de una cuerda de violoncelo que se rompe. Más aún, en este estilo áspero, árido, absolutamente descarnado, hirsuto de vocablos inusitados y neologismos imprevistos, chispeaban y destellaban muchas expresiones felices, y muchos eran los versos descarriados que habían perdido la rima pero que, con todo, resultaban soberbios. Por último, para no hablar de sus "Poèmes parisiens", de los que des Esseintes solía citar esta profunda definición de la mujer,

Éternel féminin de l'éternel jocrisse,⁴...

Tristan Corbière había cantado, en un estilo de casi increíble concisión, los mares de Bretaña, los

³ Obsceno confesor de devotas mortinatas.

⁴ Eterno femenino del eterno tonto.

burdeles de marineros, el Perdón de Santa Ana, y hasta había alcanzado la elocuencia del odio apasionado en los insultos que acumulaba, al hablar del campamento de Conlie, sobre aquellos individuos a quienes describía como "saltimbanquis del 4 de setiembre".

El sabor manido que des Esseintes amaba, y que le brindaba este poeta de epíteto condensado y el encanto perpetuamente sospechoso, también lo encontraba en otro poeta, Théodore Hannon, discípulo de Baudelaire y Gautier, inspirado por una comprensión muy especial de las elegancias refinadas y los placeres artificiales.

A diferencia de Verlaine, quien descendía directamente de Baudelaire sin ninguna cruza, en particular en su psicología, en el sesgo sofisticado de su pensamiento, en la diestra destilación de su sentimiento, el parentesco de Théodore Hannon con el maestro podía advertirse sobre todo en el aspecto plástico de su poesía, en su visión exterior de la gente y las cosas.

Su corrupción deliciosa se ajustaba a los gustos de des Esseintes y, cuando estaba brumoso o llovía, a menudo se encerraba en el retiro imaginado por el poeta y embriagaba sus ojos con el resplandor de sus telas, con los destellos de sus joyas, con todos sus lujos exclusivamente materiales que contribuían a excitar su cerebro y ascendían como cantáridas en una nube de tibio incienso hacia un ídolo de Bruselas de rostro pintado y vientre aderezado con perfumes.

Salvo estos autores y Stéphane Mallarmé, cuya obra ordenó al criado poner aparte, a fin de colocarla en una categoría exclusiva, des Esseintes sólo se sentía muy módicamente atraído por los poetas.

A pesar de sus espléndidas cualidades formales, a pesar de la majestad imponente de sus ver-

sos, cuyo aire era tan magnífico que hasta los exámetros de Hugo parecían pesados y monótonos en comparación, Leconte de Lisle ya no conseguía satisfacerlo. En sus manos permanecía frío e inerte ese mundo antiguo que Flaubert había resucitado con tan maravilloso éxito. Nada conmovía en su poesía; casi todo el tiempo, sólo era una fachada, exenta de una sola idea que la animara. No había vida en sus vacuos poemas, y sus frías mitologías concluyeron por infundirle una sensación de rechazo.

Igualmente, tras estimarlo durante muchos años, des Esseintes estaba empezando a perder su interés en la producción de Gautier; día a día había ido disminuyendo su admiración por el incomparable pintor de imágenes verbales que era Gautier, de modo que ya quedaba más asombrado que deleitado por sus descripciones casi apáticas. Los objetos del mundo exterior habían causado una impresión perdurable en su vida singularmente perceptiva, mas tal impresión se había localizado, no había conseguido calar más hondo en su cerebro o en su cuerpo; como un reflector maravilloso, siempre se había limitado a devolver la imagen del medio que lo rodeaba con una precisión impersonal.

Por supuesto, des Esseintes apreciaba todavía las producciones de estos dos poetas, del mismo modo que apreciaba las joyas raras o las sustancias preciosas; mas ninguna de las variaciones de estos brillantes instrumentistas podía embelesarlo ya, pues ninguna de ellas poseía la formación del sueño, ninguna abría —al menos para él— una de esas animadas perspectivas que le permitían acelerar el monótono paso de las horas.

Solía dejar sus libros sintiéndose con hambre e insatisfecho, y otro tanto le ocurría en el caso de

Hugo. El aspecto patriarcal, oriental, era demasiado trivial y huero para que atrapara su interés, en tanto que la postura de abuelito y niñera lo fastidiaba intensamente. Sólo llegando a las *Chansons des rues et des bois* podía gozar sin reservas el malabarismo impecable de la prosodia de Hugo; pero aun entonces habría cambiado de buena gana todas estas proezas verbales por una nueva obra de Baudelaire que poseyera la misma calidad de la anterior, pues éste era sin duda casi el único autor cuyos versos, bajo su espléndida corteza, contenían una almendra balsámica y nutritiva.

El hecho de saltar de uno a otro extremo, de la forma exenta de ideas a las ideas exentas de forma, dejaba a des Esseintes igualmente circunspecto y crítico. Los laberintos psicológicos de Stendhal y las ampliaciones analíticas de Duranty suscitaban interés en él, pero su estilo árido, incoloro, burocrático, la prosa absolutamente vulgar que ambos practicaban, sólo apta para la innoble industria de las tablas, le repugnaba. Además, las más interesantes de sus delicadas operaciones analíticas eran ejecutadas, bien vistas las cosas, en cerebros encendidos por pasiones que ya no lo conmovían. Era poco lo que le importaban las emociones corrientes o las asociaciones de ideas vulgares, cuando ya su espíritu estaba tan ahído y sólo quedaba espacio en él para las sensaciones superfina, las dudas religiosas y las angustias sensuales.

A fin de gozar una literatura que uniera, exactamente según lo deseaba, un estilo incisivo y una destreza sutil, felina, para el análisis, tuvo que aguardar hasta que halló a ese maestro de la inducción, al sabio y prodigioso Edgar Allan Poe, por quien su admiración no había sufrido lo más mínimo tras releerlo.

Acaso mejor que cualquier otro, Poe poseía esas

afinidades íntegras que podían satisfacer las exigencias del espíritu de des Esseintes.

Si Baudelaire había descifrado entre los jeroglíficos del alma la edad crítica del pensamiento y los sentimientos, Poe había sido quien, en el ámbito de la psicología morbosa, llevó a cabo el examen más ceñido de la voluntad.

En literatura, había sido el primero que estudió, bajo el título simbólico *El demonio de la perversidad*, esos impulsos irresistibles a los cuales se somete la voluntad sin entenderlos del todo y que ya puede explicar la patología nerviosa con bastante precisión; él había sido el primero, también, si no en señalar, al menos en dar a conocer la influencia deprimente que ejerce el miedo en la voluntad, a la que afecta del mismo modo que los anestésicos embotan los sentidos y el curaré paraliza los nervios motores. En este asunto, en este letargo de la voluntad, había centrado sus estudios, analizando los efectos de este veneno moral e indicando los síntomas de su avance: las perturbaciones mentales que empiezan en la inquietud, que pasan por la ansiedad y por último culminan en un terror capaz de embotar las facultades volitivas, sin que por esto el intelecto ceda, aunque se halle sacudido muy violentamente.

En cuanto a la muerte, de la que se había abusado tanto en los dramas, en un sentido le había otorgado un filo más cortante, un nuevo aspecto, al introducir en ella un elemento algebraico y sobrehumano; aunque, a decir verdad, no era tanto la agonía física de quien está por morirse lo que describía cuanto la agonía moral de quienes lo sobreviven, cautivados junto al lecho de muerte por las monstruosas alucinaciones engendradas por el pensar y la fatiga. Con espantosa fascinación se había detenido a considerar los efectos del terror, los

fiascos de la voluntad, analizándolos con objetividad clínica, haciendo erizarse la carne del lector, contrayéndole la garganta, secándole la boca con la relación de estas pesadillas mecánicamente urdidas por un cerebro febril.

Convulsionados por neurosis hereditarias, enloquecidas por un San Vito moral, sus criaturas vivían con los nervios crispados; sus personajes femeninos, esas Morellas y esas Ligeias, poseían vasto saber, impregnado de las brumas de la filosofía alemana y de los misterios cabalísticos del antiguo Oriente, y todas ellas tenían los pechos inertes, pueriles, de los ángeles: todas, por así decir, eran asexuadas.

Baudelaire y Poe, cuyos dos espíritus habían sido comparados a menudo en razón de su inspiración poética común y de la propensión que compartían al examen de las enfermedades mentales, diferían radicalmente en cuanto a los conceptos emocionales que desempeñaban un papel tan importante en sus obras: Baudelaire, con su pasión ávida, implacable, cuya crueldad hastiada recordaba las torturas de la Inquisición, y Poe con sus amores castos y etéreos, en los que no participaban los sentidos y en los que sólo intervenía el cerebro, sin que lo siguiera ninguno de los órganos inferiores que, en caso de existir realmente, permanecían helados y vírgenes por siempre jamás.

Esta clínica cerebral donde, practicando vivisecciones en una atmósfera sofocante, este cirujano del espíritu se convertía, no bien su atención se extraviaba, en presa de su propia imaginación, que esparcía en torno de sí, como deliciosas miasmas, apariciones angelicales, como ensueños, constituía para des Esseintes un motivo de infatigables conjeturas; mas ahora que su neurosis había empeorado, había días en que la lectura de estas obras lo exte-

nuaba, abandonándolas con las manos temblorosas y el oído muy alerta, aplastado como el infortunado Usher por un miedo irracional, un terror inefable.

De modo que tenía que reprimirse y sólo rara vez se entregaba a estos formidables elixires, del mismo modo que ya no podía visitar impunemente el vestíbulo rojo para regalar los ojos con los horrores de Odilon Redon y las torturas de Jan Luyken.

No obstante, cuando se encontraba en ese estado de ánimo, casi todo aquello que había leído le parecía insípido después de estos tremendos filtros importados de América. Por ello se volvía hacia Villiers de l'Isle-Adam, en cuyos escritos dispersos descubría observaciones igualmente insólitas, vibraciones igualmente espasmódicas, pero quien, salvo en *Claire Lenoir* quizá, no comunicaba una sensación tan abrumadora de horror.

Publicado en 1867 en la *Revue des lettres et des arts*, tal *Claire Lenoir* fue el primero en una serie de relatos ligados entre sí por el título genérico de *Histoires moroses*. Sobre un fondo de especulaciones abstrusas, préstamo del viejo Hegel, actuaban dos personajes enajenados, un tal doctor Tribulat Bonhomet, quien era pomposo y pueril, y una tal Claire Lenoir, quien era bufonesca y siniestra, gastando siempre unos anteojos azules tan grandes y redondos como monedas de cinco francos, los cuales cubrían sus ojos casi sin vida.

Este relato se refería a un caso trivial de adulterio, pero terminaba con una nota de indescriptible terror cuando Bonhomet, al descubrir las pupilas de los ojos de Claire que yacía en su lecho de muerte, y hurgando en ellas con monstruosos instrumentos, veía reflejada claramente en la retina una imagen del marido que blandía la cabeza cor-

tada del amante mientras, como un *kanaka*, aullaba triunfal un canto de guerra.

Basado en el supuesto más o menos válido según el cual, hasta que se inicia la descomposición, los ojos de ciertos animales, por ejemplo los bueyes, conservan como planchas fotográficas la imagen de la gente y las cosas que se encontraban en el momento de la muerte dentro del alcance de la última mirada, este cuento debía mucho, evidentemente, a los de Edgar Allan Poe, de los cuales derivaba esa abundancia de detalles minuciosos y la atmósfera atroz.

Otro tanto podía decirse de "L'Intersigne", que luego había sido incluido en los *Contes cruels*, una colección de narraciones de innegable ingenio, la cual comprendía también "Véra", pieza que des Esseintes consideraba una pequeña obra maestra.

En ella la alucinación aparecía dotada de una exquisita ternura; nada había en ella de los sombríos espejismos del norteamericano sino, en cambio, una visión poco menos que celestial de dulzura y tibieza, la cual en idéntico estilo constituía la antítesis de las Beatrices y las Ligeias de Poe, esos desdichados fantasmas engendrados por la inexorable pesadilla del opio negro.

También en este relato se hacía intervenir el mecanismo de la voluntad, mas ya no se lo presentaba minado, mermado, por el miedo; por el contrario, se estudiaba su embriaguez bajo la influencia de una convicción que había llegado a ser obsesión, y asimismo evidenciaba su poderío, el cual era tan grande que podía saturar la atmósfera e imponer sus creencias a los objetos circundantes.

Por motivos diferentes consideraba notable *Isis*, otro libro de Villiers. Los escombros filosóficos que entorpecían *Claire Lenoir* también hacían tras-

tabillar en este libro, que contenía una increíble mescolanza de observaciones vagas y verbosas, por una parte, y por la otra reminiscencias de venerables melodramas: mazmorras, dagas, escalas de cuerda, a decir verdad todo el repertorio de la utilería romántica que reaparecía, igualmente anticuada, en *Elen y Morgane* del mismo Villiers, obras olvidadas desde mucho tiempo atrás y que había publicado cierto Monsieur Francisque Guyon, un modesto impresor de Saint-Brieuc, nada famoso.

La heroína del relato era una marquesa Tullia Fabriana de quien era necesario suponer que había asimilado la sabiduría caldea de las heroínas de Poe, al mismo tiempo que la sagacidad diplomática de la Sanseverina-Taxis de Stendhal; mas no conforme aún con esto había asumido también la expresión enigmática de un Bradamante cruzado con una antigua Circe. Estas mezclas incompatibles hacían remontarse un vapor humeante en que se confundían las influencias filosóficas y literarias, sin conseguir separarse en la mente del autor durante el período en que empezó a escribir los prolegómenos a esta obra, con la que proyectaba llenar no menos de siete volúmenes.

Pero había otro aspecto en la personalidad de Villiers, incomparablemente más claro y nítido, marcado por un humor torvo y por la burla feroz; cuando este modo prevalecía, en vez de una mitificación paradójica a la manera de Poe, lo que resultaba era una mofa lúgubrementemente cómica, comparable al espíritu amargamente zumbón de Swift. Toda un serie de relatos, "Les Demoiselles de Bienfilâtre", "L'Affichage céleste", "La Machine à gloire" y "Le plus beau dîner du monde", revelaban un sentido del humor singularmente inventivo y satírico. Toda la suciedad de las ideas utilitarias del día, toda la ignominia de la codicia contemporánea

era sublimada en relatos cuya punzante ironía transportaba de deleite a des Esseintes.

En este ámbito de la sátira corrosiva y formulada con las apariencias de la mayor seriedad, era un conjunto único en Francia. Lo que más se le acercaba era un cuento de Charles Cros, "La science de l'amour", publicado inicialmente en la *Revue du Monde Nouveau*, concebido de tal modo que dejaba atónito al lector por sus extravagancias químicas, su taciturno humorismo, sus observaciones gélidamente cómicas; pero el placer que causaba sólo era relativo, pues en cuanto a ejecución adolecía de fatales defectos. Aquí desaparecía el estilo sólido, colorido, a menudo original, de Villiers, y era reemplazado por una especie de relleno de salchicha recogido en la mesa de algún fiambbrero de la literatura.

—¡Ay, mi Dios! ¡Qué pocos libros hay que merezcan ser leídos de nuevo! —suspiraba des Esseintes, vigilando a su criado que bajaba de la escalera en la que había estado trepado, para ir a detenerse al lado de su amo a fin de permitirle apreciar claramente lo que había en todos los anaqueles.

Des Esseintes hizo un gesto de aprobación. En la mesa ya sólo quedaban dos delgados opúsculos. Después de despedir al viejo con ademán displicente, se dedicó a hojear uno de esos tomitos, que abarcaba unas pocas páginas encuadernadas en piel de onagro que había sido satinada bajo una prensa hidráulica, salpicada con acuarela de nubes plateadas y con las hojas en blanco de vieja seda, cuyo dibujo de flores, apagado por los años, poseía ese encanto marchito que exaltaba Mallarmé en un poema realmente encantador.

Estas páginas, nueve en total, habían sido tomadas de ejemplares únicos de los dos primeros *Parnasses*, impresas en pergamino y precedidas

por una portada que anunciaba *Quelques vers de Mallarmé*, ejecutada por un notable calígrafo con letras unciales, coloreadas y señaladas como en los antiguos manuscritos con polvo de oro.

Entre las once composiciones reunidas entre estas tapas, unas pocas, "Les Fenêtres", "L'Épilogue" y "Azur", le resultaban sumamente atrayentes, pero había una en especial, un fragmento de "Hérodiade", que en ciertas ocasiones parecía atraparlo en un conjuro mágico.

A menudo, cuando llegaba la noche, sentado bajo la luz mortecina que su lámpara arrojaba en la sala silenciosa, había imaginado que sentía la presencia de esa Herodías que en el cuadro de Gustave Moreau se refugiaba en las sombras invasoras, de modo que sólo podía verse la vaga forma de una blanca estatua en medio de un brasero de joyas que brillaba débilmente.

La oscuridad ocultaba la sangre, amortiguaba los colores brillantes y el oro fulgurante, envolvía en sombras los rincones distantes del templo, escondía los actores secundarios del sanguinario drama allí donde estaban, arrebuados en sus ropajes oscuros y, sólo perdonando los parches blancos en la acuarela, sacaba a la mujer de la vaina de sus gemas y acentuaba su desnudez.

Su vista era atraída irresistiblemente hacia ella, siguiendo los contornos familiares de su cuerpo hasta que revivía ante él, haciendo surgir en sus labios esas palabras extrañas y dulces que Mallarmé pone en su boca:

O miroir!

Eau froide par l'ennui dans ton cadre gelée
 Que de fois et pendant les heures, désolée
 Des songes et cherchant mes souvenirs qui sont
 Comme des feuilles sous ta glace au trou profond,

Je m'apparus en toi comme une ombre lointaine,
Mais, horreur! des soirs, dans ta sévère fontaine,
J'ai de mon rêve épars connue la nudité!⁵

Amaba estos versos como amaba todas las producciones de este poeta que, en una época de sufragio universal, en tiempos de codicia comercial, vivía fuera del mundo de las letras, escudado en su altivo desdén por la insensatez que hacía estragos alrededor de sí; complaciéndose, lejos de la sociedad, en los caprichos del pensamiento y en las visiones de su cerebro, refinando aún más ciertas ideas que ya de por sí eran muy sutiles, injertán-les primores bizantinos, perpetuándolas en deducciones apenas insinuadas y débilmente enlazadas por un filamento imperceptible.

Estas refinadas ideas entrelazadas eran anudadas mediante un estilo adhesivo, un lenguaje herético y único, colmado de frases contraídas, de construcciones elípticas y audaces tropos.

Sensible a las más remotas afinidades, a menudo recurría a un término que por analogía sugería al mismo tiempo forma, perfume, color, cualidad y brillo, para indicar una criatura o una cosa a la que habría tenido que añadir una hueste íntegra de epítetos diferentes a fin de consignar todos sus diversos aspectos y cualidades, en caso de haber apelado meramente a un vocabulario técnico. De este modo conseguía prescindir del enunciado categórico de una comparación que la mente del lector

⁵ ¡Oh espejo! / Agua fría por el tedio en tu marco helada / Cuántas veces y durante horas, desolada / Por los sueños y buscando mis recuerdos que son / Como hojas bajo tu lámina de agujero profundo, / Me he aparecido en ti como una sombra lejana, / Mas, ¡qué horror!, las noches, en tu severa fuente, / ¡De mi sueño inquieto he conocido la desnudez!

hacía por su cuenta no bien había captado el símbolo, y así evitaba dispersar la atención en todas las variadas cualidades que una sarta de adjetivos habría presentado una por una, concentrándose en cambio en una sola palabra, en una sola entidad que produciría, como sucede con un cuadro, una impresión única y abarcadora, una visión global.

Así resultaba un estilo prodigiosamente condensado, una esencia de literatura, un sublimado de arte. Se trataba de un estilo que Mallarmé al principio sólo había empleado de vez en cuando en sus primeras composiciones, para utilizarlo abiertamente, con toda audacia, más tarde en un poema a Théophile Gautier y en "L'après-midi d'un faune", égloga en que las sutilezas del placer sensual se desplegaban en un verso tierno y misterioso, súbitamente interrumpido por el grito frenético, bestial, del fauno:

Alors m'éveillerai-je à la ferveur première,
Droit et seul sous un flot antique de lumière,
Lys! et l'un de vous tous pour l'ingénuité.⁶

Este último verso, que con el monosílabo *Lys* trasladado del verso anterior evocaba una imagen de algo alto, blanco y rígido, cuyo significado quedaba aún más claro mediante la elección del sustantivo *ingénuité* para establecer la rima, expresaba de modo alegórico y con una sola palabra la pasión, la efervescencia, la excitación momentánea del fauno virgen, enloquecido de deseo a la vista de las ninfas.

En este poema extraordinario se sucedían las imágenes novedosas y sorprendentes casi en todos

⁶ Entonces me despertaré al fervor primero, / Erguido y solo en una ola antigua de luz, / ¡Lirios! y uno entre todos vosotros para la ingenuidad.

los versos cuando el poeta procedía a describir los anhelos y pesares del dios de pie caprino, erguido al borde de la charca y observando los junco que guardaban aún una efímera huella de las formas redondeadas de las náyades que habían descansado en ellos.

Para des Esseintes derivaba también cierto placer perverso del hecho de tener entre sus manos este diminuto volumen, cuyas tapas, de fieltro japonés tan blanco como cuajada, cerraban dos cordones de seda, rosado el uno y negro el otro.

Ocultamente bajo las tapas, la cinta negra se unía a la rosada, la cual añadía una nota de sedoso deleite, una sugerencia de moderno colorete japonés, una insinuación de erotismo, a la antigua blancura, la palidez virginal del libro, y lo abrazaba, reuniendo en un exquisito moño su matiz sombrío con el color más claro, con lo que se insinuaban discretamente, en tenue aviso, las penas melancólicas que suceden al alivio del deseo sexual, al cese del frenesí sensual.

Des Esseintes dejó nuevamente sobre la mesa "Le'après-midi d'un faune" y empezó a hojear otro delgado volumen que se había hecho imprimir para su placer privado: una antología de poemas en prosa, una capillita dedicada a Baudelaire y que daba sobre la plaza de la catedral que constituían sus obras.

Esta antología comprendía fragmentos escogidos de *Gaspard de la nuit*, obra de ese extravagante autor que fue Aloysius Bertrand, quien aplicaba los procedimientos de Leonardo da Vinci a la prosa y pintaba con sus óxidos metálicos pequeños cuadros cuyos colores brillantes resplandecían como claros esmaltes. A ellos había sumado des Esseintes una soberbia composición de Villiers, "Vox populi", acuñada en un estilo áureo con las efigies de Flaubert

y Leconte de Lisle, y unos cuantos extractos de ese exquisito *Libre de jade*, cuyo exótico perfume a ginsén y té va mezclado con la fresca fragancia de las aguas iluminadas por la luna que se rizan a lo largo del texto.

Mas eso no era todo. La colección incluía también diversas composiciones rescatadas de revistas ya desaparecidas: "Le démon de l'analogie", "La pipe", "Le pauvre enfant pâle", "Le spectacle interrompu", "Le phénomène futur" y, sobre todo, "Plainte d'automne" y "Frisson d'hiver". Eran las obras maestras de Mallarmé, dignas también de figurar entre las obras maestras del poema en prosa puesto que reunían un estilo tan magníficamente urdido que de por sí resultaba tan sedante como un encantamiento melancólico, como una melodía embriagadora con pensamientos de irresistible sugerencia, palpitations del alma de un artista muy sensible cuyos trémulos nervios vibraban con una intensidad que lo colmaba a uno de un éxtasis doloroso.

De todas las formas literarias, la favorita de des Esseintes era el poema en prosa. Manejado por un alquimista de genio debía encerrar en un pequeño volumen, en estado de concentración, la potencia de la novela cuyas dilataciones analíticas y superfluas descripciones suprimía. Muchas veces meditaba des Esseintes en el fascinante problema de escribir una novela concentrada en unas cuantas oraciones y que empero contuviera el jugo cohobado de los centenares de páginas que siempre insume la descripción del escenario, la caracterización de los personajes y la acumulación de observaciones útiles y detalles circunstanciales. Los vocablos escogidos para una producción de tal género tendrían que ser tan inalterables como para suplantar a todos los demás; cada adjetivo estaría instalado con tal ingenio y determinación que jamás se lo pudiera desalo-

jar legalmente y abriría tan vastas perspectivas que el lector podría quedarse rumiando durante semanas enteras sobre su significado, preciso al par que múltiple, y asimismo enterarse del presente, reconstruir el pasado y adivinar el futuro de los personajes a la luz de ese único epíteto.

Así concebida, así condensada en una o dos páginas, la novela se tornaría una comunión intelectual entre un autor hierático y un lector ideal, una colaboración espiritual entre una docena de personas de inteligencia superior dispersas por todo el mundo, un manjar estético que sólo estaría al alcance de los más sagaces.

En suma, que a juicio de des Esseintes el poema en prosa representaba el jugo esencial, el aceite indispensable del arte.

Este suculento extracto concentrado en una sola gota podía encontrarse ya en Baudelaire, como así también en esos poemas de Mallarmé que saboreaba con tan singular deleite.

Cuando hubo cerrado esa antología, último libro de su biblioteca, des Esseintes se dijo que lo más probable era que jamás agregara un nuevo volumen a su colección.

A decir verdad, la decadencia de la literatura francesa, literatura atacada por enfermedades orgánicas, debilitada por la senilidad intelectual, agotada por excesos sintácticos, sensible únicamente a los curiosos caprichos que excitan a los enfermos, pero inclusive ávida de una expresión cabal en sus últimas horas, decidida a resarcirse de todos los placeres que había perdido, afligida en su lecho de muerte por el deseo de dejar tras de sí los recuerdos más sutiles del padecimiento, se había concretado en Mallarmé de la manera más consumada y exquisita.

En él, llevada hasta los límites últimos de la

expresión, estaba la quintaesencia de Baudelaire y de Poe; en él, las sustancias refinadas y potentes habían sido destiladas una vez más para producir nuevos sabores, nuevas embriagueces.

Se estaba ante la agonía de la antigua lengua, la cual, después de ponerse un poco más pálida siglo tras siglo, había alcanzado ahora el punto de disolución, la misma fase de delicuescencia del latín cuando dio su último suspiro en los conceptos misteriosos y las frases enigmáticas de San Bonifacio y San Adelmo.

La única diferencia consistía en que la descomposición de la lengua francesa se había producido de pronto, muy rápidamente. En el latín, hubo un prolongado período de transición, un hiato de cuatrocientos años entre el idioma soberbiamente variado de Claudiano y Rutilio y el idioma manido del siglo VIII. En cambio, en el caso del francés no hubo un lapso intermedio, no transcurrió una sucesión de siglos. El estilo soberanamente abigarrado de los hermanos Goncourt y el estilo manido de Verlaine y Mallarmé se codeaban en París, donde existían al mismo tiempo, en el mismo período, en el mismo siglo.

Y des Esseintes sonreía para sus adentros, con la vista posada en uno de los folios que estaba abierto en su atril de iglesia, pensando que día iba a llegar en que un sabio profesor compilaría un glosario correspondiente a la decadencia de la lengua francesa como ése en que el erudito Du Cange ha registrado los últimos tartamudeos, los últimos paroxismos, las últimas ocurrencias brillantes de la lengua latina cuando se moría de vejez en las honduras de los monasterios medievales.

Tras llamear como fagonazo, el entusiasmo de des Esseintes por su marmita murió de manera igualmente súbita. Su dispepsia, expulsada por breve lapso, empezó a acosarlo de nuevo, en tanto que todo este alimento concentrado era tan constipativo y le causaba tanta irritación intestinal que se vio obligado a prescindir sin más del artefacto.

En seguida prosiguió su curso la enfermedad que lo aquejaba, acompañada ahora de nuevos síntomas. A las pesadillas, las molestias en la vista, la tos seca que aparecía a intervalos determinados con precisión cronométrica, las palpitaciones de las arterias y el corazón y los sudores fríos, los sucedieron ilusiones auditivas, esa clase de desórdenes que sólo se da cuando la dolencia ha entrado en su fase final.

Consumido por ardiente fiebre, des Esseintes oía de súbito el ruido de agua que corría, de avispas que zumbaban; luego esos ruidos diversos se confundían en uno solo que se asemejaba al zumbido de un torno, y ese zumbido se hacía más agudo y nítido hasta convertirse en la nota argentina de una campana.

Al llegar a ese punto, sentía que su cerebro en desorden era transportado en ondas de música y se zambullía en la atmósfera religiosa de su adolescencia. Volvían a él los cánticos que había aprendido de los padres jesuitas, recordaba la capilla del

colegio donde se los cantaba y trasladaba la alucinación a los sentidos de la vista y del olfato, que envolvían en nubes de incienso y en la triste luz que se filtraba por los vitrales de las ventanas bajo elevadas bóvedas.

Con los Padres, los ritos religiosos se ejecutaban con gran pompa; un excelente organista y un coro encomiable aseguraban que esos piadosos ejercicios proporcionaran al mismo tiempo edificación espiritual y placer estético. El organista amaba a los antiguos maestros y, al llegar los días de fiesta, seleccionaba entre las misas de Palestrina y Orlando Lasso, los salmos de Marcello, los oratorios de Händel y los motetes de Bach, desdeñando las baratas compilaciones de ternezas realizadas por el padre Lambillotte, tan popular entre el clero, para optar por ciertos *Laudi spirituali* del siglo XVI, cuya belleza hierática cautivó tantas veces a des Esseintes.

Mas, en especial, le brindaba un inefable placer escuchar el canto llano, al cual el organista había permanecido fiel, desafiando la moda del momento.

Este tipo de música, que hoy en día se considera una forma gastada y bárbara de la liturgia cristiana, una curiosidad arqueológica, una reliquia del pasado remoto, era la voz de la antigua Iglesia, el alma misma de la Edad Media; era la plegaria sempiterna, cantada y modulada de acuerdo con los movimientos del alma, el himno diuturno que por siglos y siglos se había elevado a las Alturas.

Esta melodía tradicional era la única que, dado su vigorosa concordancia, sus armonías tan macizas e imponentes como bloques de piedra franca, podía armonizar con las viejas basílicas y colmar sus bóvedas románicas, de las que parecía ser la emanación, la voz misma.

Anonadado, una y otra vez des Esseintes había

doblegado la cabeza con irresistible impulso cuando el *Christus factus est* del canto gregoriano se elevaba en la nave, cuyas columnas temblaban en medio de las nubes flotantes de incienso, o bien cuando el falso bordón del *De profundis* gemía, triste como sollozo sofocado, punzante como súplica desesperada de la humanidad que deploraba su destino mortal e imploraba la tierna merced de su Salvador.

En comparación con este canto magnífico, creado por el genio de la Iglesia, tan impersonal y anónimo como el mismo órgano, cuyo inventor se desconoce, toda la demás música religiosa le daba la impresión de cosa profana. En el fondo, en todas las composiciones de Jomelli y Porpora, de Carissimi y Durante, en las más bellas obras de Händel y Bach, no hay genuina renuncia del éxito popular, no hay genuino sacrificio de los efectos artísticos, no hay genuina abdicación del orgullo humano que se escucha a sí mismo en la plegaria; únicamente en las imponentes misas de Lesueur que había escuchado en Saint-Roch resurgía el auténtico estilo religioso, solemne y augusta, acercándose a la majestad austera del canto llano en su cabal desnudez.

Desde entonces, absolutamente repugnado por los pretextos que un Rossini y un Pergolesi habían urdido para componer un *Stabat Mater*, por la invasión general de arte litúrgico a cargo de artistas de moda, des Esseintes se había mantenido bien lejos de todas esas equívocas composiciones que una Iglesia demasiado indulgente toleraba.

El hecho era que esta actitud indulgente, destinada ostensiblemente a atraer fieles pero encaminada en realidad a atraer el dinero de éstos, había dado lugar en poco tiempo a una plétora de arias sacadas de óperas italianas, cavatinas despreciables y cuadrillas objetables, cantadas con acompañamien-

to de la orquesta entera, en iglesias convertidas en salones de belleza, por artistas ambulantes que resoplaban allá por los techos mientras abajo se desarrollaba una guerra de elegancias entre las señoras, quienes se extasiaban con los alaridos lanzados por esos saltimbanquis cuyas voces impuras profanaban las notas sagradas del órgano.

Desde hacía años, se venía negando tenazmente a participar en estos entretenimientos píos, prefiriendo evocar sus recuerdos de la infancia, lamentando incluso haber escuchado ciertos *Te Deum* de grandes maestros cuando recordaba ese admirable *Te Deum* del canto llano, ese himno sencillo y anonadador compuesto por uno u otro santo, por un San Ambrosio o un San Hilario, el cual, sin los complicados elementos orquestales, sin los artificios musicales de la ciencia moderna, manifestaba una fe vehemente, un júbilo delirante, la fe y el júbilo de la humanidad entera, expresados en acentos ardientes, seguros, casi celestiales.

Lo más curioso era que las ideas de des Esseintes en materia de música contradecían en forma flagrante las teorías que él mismo profesaba con respecto a las demás artes. La única música religiosa que realmente lo dejaba satisfecho era la música monacal de la Edad Media, esa música extenuada que le causaba una instintiva reacción nerviosa, como determinadas páginas de los viejos latinistas de la Cristiandad; además, como lo reconocía, era incapaz de comprender los nuevos artificios introducidos en el arte católico por los maestros modernos.

En primer lugar, él no había estudiado música con el mismo entusiasmo apasionado con que lo habían atraído la pintura y la literatura. Podía tocar el piano tan bien como cualquiera y, tras larga práctica, había aprendido a leer una partitura más o menos mediocrementemente; pero nada sabía de armo-

nía ni de las técnicas necesarias para ser realmente capaz de apreciar cada matiz, para comprender cada sutileza, para extraer el máximo de placer de cada refinamiento.

También ocurre que la música secular es arte promiscuo, en el sentido de que no se lo puede gozar en casa, a solas, como sucede con un libro; para saborearla habría tenido que sumarse al tropel de los asiduos concurrentes que colmian las instalaciones del Cirque d'Hiver, donde bajo un sol hirviente y en un ámbito sofocante se puede ver algún hombretón que agita los brazos y aplasta pedazos inconexos de Wagner para enorme deleite de una multitud ignara.

Jamás tuvo el coraje necesario para zambullirse en ese baño multitudinario y escuchar a Berlioz, por más que admiraba algunos fragmentos de su obra por su ardor apasionado y su espíritu ígneo; y bien sabía que no había una escena, ni siquiera una frase de ópera del prodigioso Wagner que pudiera separarse impunemente de su conjunto. Los trozos cortados y servidos en el plato de un concierto perdían toda significación, quedaban exentos de sentido, considerando que, semejantes a capítulos que se completan unos a otros y contribuyen a una misma conclusión, a una misma meta, las melodías servían a Wagner para dibujar el carácter de sus personajes, para encarnar sus pensamientos, para expresar sus móviles visibles o secretos, y que sus ingeniosas y persistentes repeticiones sólo eran comprensibles para los oyentes que seguían el trayecto desde su iniciación y veían precisarse poco a poco los personajes en un medio del que no se los podía extraer sin que murieran como ramas cortadas de un árbol.

Des Esseintes tenía, pues, la certeza de que en el tropel de melómanos que caía en éxtasis, domin-

go a domingo, en los bancos del Cirque d'Hiver, apenas si habría una veintena que estaba en condiciones de explicar qué era lo que estaba asesinando la orquesta, incluso en los momentos en que los acomodadores tenían la gentileza de dejar de parlotear y daban una oportunidad de que se oyera la música.

Considerando asimismo que el inteligente patriotismo de los franceses impedía que hubiera en todo el país un teatro que montara una ópera wagneriana, no le quedaba posibilidad alguna al aficionado auténtico que no estuviera al tanto de los arcanos de la música y no pudiera o no quisiera trasladarse a Bayreuth y prefiriera quedarse en su residencia habitual; y tal era la actitud prudente que había adoptado des Esseintes.

En otro plano, la música más barata, más popular, y los extractos aislados sacados de las viejas óperas, en verdad no lo atraían mucho; las tonadillas triviales de Auber y Boïeldieu, de Adam y Flotow, y los lugares comunes de retórica producidos por hombres como Ambroise Thomas y Bazin le resultaban tan repulsivos como el sentimentalismo anticuado y las gracias vulgares de los italianos. Por ende se había abstenido resueltamente de toda complacencia musical y los únicos recuerdos agradables que guardaba de todos esos años de abstinencia eran ciertos conciertos de cámara en los que había escuchado algo de Beethoven y, sobre todo, algo de Schumann y de Schubert, quienes habían estimulado sus nervios del mismo modo que los poemas más íntimos y angustiosos de Poe.

Ciertas composiciones para violoncelo de Schumann lo había dejado francamente jadeante de emoción, sofocado de histeria; mas eran en especial los *Lieder* de Schubert los que lo habían excitado, transportado y luego postrado como si hubiera estado

dilapidando su energía nerviosa, entregado a una orgía mística.

Esta música lo conmovía hasta los mismos tuétanos, reviviendo una multitud de penas olvidadas, de viejas lastimaduras, con un corazón asombrado por contener tantos pesares confusos y vagas mortificaciones. Esta música desolada, que se levantaba desde las profundidades últimas del alma, lo aterrizzaba y fascinaba al mismo tiempo. Jamás había podido tararear *Des Mädchens Klage* sin que le brotaran lágrimas nerviosas, pues en este *lamento* había algo más que tristeza, una nota desesperada que desgarraba las fibras de su corazón, algo reminisciente de una pasión amorosa agonizante en un paisaje melancólico.

Cada vez que volvían a sus labios esos exquisitos lamentos fúnebres le evocaban un escenario suburbano, algún baldío vil y silencioso, y a la distancia filas de hombres y mujeres, acosados por las zozobras de la vida, quienes pasaban arrastrando los pies, encorvados, hasta perderse en el crepúsculo, mientras él, embobado de amargura y colmado de asco, se sentía solitario en medio de la llorosa Naturaleza, absolutamente solitario, aplastado por una indecible melancolía, por una empecinada angustia, cuya misteriosa intensidad anulaba toda perspectiva de consuelo, de piedad y reposo. Como el tañido de un toque de difuntos, estas fúnebres melodías lo acosaban ahora que yacía en su lecho, agotado por la fiebre y atormentado por una ansiedad tanto más invencible por cuanto ya no podía dar con su causa. Se abandonó finalmente a la corriente de sus emociones, arrastrado por el torrente de angustia que había dejado entrar esta música; torrente que de pronto contenía por un momento el sonido de los salmos que lenta y suavemente hacían eco en su cabeza, cuyas sienes doloridas le da-

ban la sensación de que las estuvieran batiendo con badajos de campanas repiqueteantes.

Cierta mañana, empero, esos ruidos desaparecieron; se sintió en más cabal dominio de sus facultades y le pidió al criado que le alcanzara un espejo. Le bastó un vistazo para que se le deslizara de las manos. Apenas si pudo reconocerse: tenía el rostro de un color terroso, con los labios secos e hinchados, la lengua completamente estriada, la piel arrugada; el cabello y la barba desaliñados, que el criado no le recortaba desde el comienzo de su enfermedad, aumentaban la impresión aterradora que creaban las mejillas sumidas y los ojos protuberantes y aguachentos que ardían con un brillo febril en esa calavera peluda.

Este cambio de apariencia facial lo alarmó más que su debilidad, más que los incontenibles ataques de vómito que desbarataban todos sus intentos de ingerir alimentos, más que la depresión en que paulatinamente se había ido hundiendo. Pensó que estaba terminado; pero luego, pese a su abrumador abatimiento, la energía del hombre en situación desesperantemente apurada lo hizo sentarse en la cama y le infundió el vigor necesario para escribirle una carta a su médico de París, ordenándole al criado que fuera a verlo inmediatamente y se lo trajera consigo, a cualquier precio, ese mismo día.

Rápidamente pasó su ánimo de la más sombría desesperación a la esperanza más resplandeciente. Este médico que había mandado traer era un célebre especialista, un médico afamado por los éxitos que había obtenido en el tratamiento de desórdenes nerviosos, y des Esseintes se decía para sí:

—Tiene que haber curado muchísimos casos más difíciles y peligrosos que el mío. No, no cabe duda: estaré nuevamente en pie dentro de unos cuantos días.

Pero, pronto este espíritu optimista fue sacudido por un negro pesimismo. Seguro estaba de que, por muy sabios o sagaces que fueran, los médicos nada sabían en realidad de enfermedades nerviosas, ni siquiera sus causas. Como todos los demás, este individuo le recetaría los remedios de siempre: óxido de zinc y quinina, bromuro de potasio y valeriana.

—Sin embargo, ¿quién sabe? —proseguía diciéndose, aferrado a una última esperanza, muy leve—. Si esos remedios hasta ahora no me han hecho ningún bien, se debe acaso a que no he tomado las dosis adecuadas.

A pesar de todo, la perspectiva de conseguir un poco de alivio le dio ánimo, mas en seguida lo asediaron nuevas angustias: quizás el médico no se encontrara en París, quizá se negara a ir a verlo, quizá su criado ni siquiera hubiese logrado dar con él. Empezó a descorazonarse de nuevo, saltando —de un minuto al otro— de las esperanzas más insensatas a las aprensiones más ilógicas, exagerando por igual sus posibilidades de súbita mejoría y sus temores de un peligro inmediato. Se deslizaron las horas y llegó el momento en que, agotado y poseído por la desesperación, persuadido de que el médico ya no iba a llegar nunca, se dijo con ira, una y otra vez, que habría bastado que se lo examinara a tiempo para que se salvara. Luego se aplacó su rabia por la ineficacia del criado y la dureza del médico que, por lo visto, lo iba a dejar morir; y por último se dedicó a acusarse por haber aguardado tanto tiempo antes de enviar en busca de ayuda, convencido de que ya hubiese estado perfectamente repuesto si, incluso el día anterior, hubiera insistido en contar con medicinas enérgicas y con una atención esmerada.

Poco a poco fueron extinguiéndose estas espe-

ranzas y temores que se entrechocaban en su cabeza y constituían por el momento su único contenido. Mas no desaparecieron antes de que la sucesión de rápidos cambios lo hubiera dejado exhausto. Se sumió en un sueño de agotamiento, atravesado por imágenes incoherentes, una especie de desvanecimiento interrumpido por lapsos en vela apenas conscientes. Por último había olvidado de modo tan completo qué quería y qué temía que sólo pudo experimentar perplejidad, sin sentir ni sorpresa ni placer, cuando de repente entró el médico en su habitación.

Sin duda el criado le había contado el género de vida que había venido llevando des Esseintes, describiéndole los diversos síntomas que había estado en condiciones de observar desde aquel día en que encontró a su amo yacente junto a la ventana, sofocado por la potencia de sus perfumes, pues apenas si hizo alguna pregunta a su paciente, cuya historia médica de los últimos años conocía bien, de cualquier manera. Pero lo examinó, lo auscultó y observó con esmero su orina, en la que ciertas vetas blancas le hicieron saber cuál era una de las principales causas determinantes de su mal nervioso. Escribió una receta y, después de decirle que volvería pronto, se marchó sin una palabra más.

Su visita infundió nuevos bríos a des Esseintes, quien, empero, se sintió un tanto alarmado por el silencio del facultativo y ordenó al criado que no le siguiera ocultando la verdad. El viejo le aseguró que el médico no había mostrado ningún signo de alarma y, suspicaz como era, des Esseintes no pudo descubrir huella alguna de engaño en el rostro inexpresivo de su criado.

Ahora sus pensamientos se volvieron más alegres; por otra parte, los dolores habían desaparecido y la debilidad que sentía en todos los miembros

había adquirido cierta cualidad de dulce languidez, a un tiempo vaga e insinuante. Más aún: quedó asombrado y encantado por el hecho de que no lo habían cargado de pócimas y botellas de remedios, y una débil sonrisa despuntó en sus labios cuando, más tarde, el criado le llevó una nutritiva enema de peptona y le informó que había que repetir este tratamiento tres veces por día.

La faena fue llevada a cabo con éxito y des Esseintes no pudo dejar de felicitarse para sus adentros por esta experiencia que constituía, por así decir, el logro culminante de la vida que se había trazado; su gusto por lo artificial había alcanzado así, sin siquiera el más leve esfuerzo por su parte, la realización suprema. Nadie, pensó, podrá ir más lejos nunca; alimentarse de esta manera constituía, indudablemente, la desviación última de la norma.

—Qué delicioso sería —se dijo para sí—, seguir con este sencillo régimen cuando ya esté curado. Qué ahorro de tiempo, qué liberación absoluta de esa repugnancia que inspira la carne a la gente que no tiene nada de apetito. Qué modo tan cabal de evitar el tedio que de manera inevitable causa la elección necesariamente limitada de platos. ¡Qué protesta tan enérgica contra el ruin pecado de la glotonería! ¡Y, por añadidura, qué bofetada en el rostro de la Madre Naturaleza, cuyas monótonas exigencias quedarían así acalladas permanentemente!

Y hablándose en voz muy baja, prosiguió:

—Sería bastante fácil estimular el apetito mediante un aperitivo enérgico. Después, cuando uno ya se sintiera en condiciones de decir “¿No es la hora de comer...? Me siento con un hambre de lobo”, todo lo que haría falta para tener puesta la mesa sería colocar el noble instrumento sobre un paño. Y antes de haber tenido tiempo de dar las

gracias, la comida estaría concluída... sin intervención alguna de esa faena prosaica y trabajosa que es masticar.

Unos días después el criado le llevó una enema que por su color y olor era absolutamente diferente de los preparados de peptona.

—¡Pero, no es lo mismo! —exclamó des Esseintes, examinando con ansiedad el líquido que contenía el artefacto. Preguntó cuál era el menú, tal como podría haberlo hecho en un restaurante, y desplegando la receta del médico, leyó:

Aceite de hígado de bacalao	29 gramos
Jugo de carne	200 gramos .
Borgoña	200 gramos
Yema de un huevo	

Esto lo hizo meditar. Debido al calamitoso estado de su estómago no había podido prestar nunca la debida atención al arte culinario, pero ahora se sorprendía elaborando recetas de un perverso epicureísmo. Entonces le pasó por la cabeza una seductora idea. Acaso el médico había supuesto que el inusitado paladar de su paciente ya estaba cansado del gusto de la peptona; acaso, como *chef* experto, había decidido cambiar el sabor de sus mixturas, para impedir que la monotonía de los platos causara una pérdida completa de apetito. Una vez orientado su pensamiento en esa dirección, des Esseintes empezó a componer novedosas recetas y llegó a proyectar cenas sin carne para los viernes, aumentando las dosis de aceite de hígado de bacalao y vino, y suprimiendo el jugo de carne, que por su origen estaría expresamente prohibido por la Iglesia en esos días. Pero, a poco ya no le fue preciso seguir cavilando sobre estos líquidos nutritivos, pues paulatinamente consiguió el médico dete-

ner los vómitos y hacerle sorber por el conducto corriente un preparado líquido que contenía carne en polvo y que exhalaba un tenue aroma a cacao que se demoraba agradablemente en su verdadera boca.

Pasaron las semanas y por fin el estómago se decidió a funcionar en debida forma; de tiempo en tiempo, le volvía la náusea, pero fue posible detenerla eficazmente con pociones de cerveza de jengibre y antiemético de Rivière.

Poco a poco fueron recuperándose los órganos y, con ayuda de pepsinas, pudo digerir alimentos corrientes. Des Esseintes recuperó sus fuerzas y ya fue capaz de levantarse y de andar un poco por su dormitorio, aferrado a un bastón y tomándose de los muebles. Pero, en vez de sentir júbilo por esta mejoría, se olvidó de sus padecimientos anteriores, se impacientó por todo el tiempo que le estaba llevando la convalecencia y acusó al médico de prolongarla. Ciertamente era que unos cuantos experimentos desafortunados habían demorado las cosas: el hierro no resultó más tolerable que la quinina, ni siquiera cuando se lo mezclaba con láudano, y fue necesario reemplazar estas drogas con arseniatos; esto, después de desperdiciar una quincena en esfuerzos inútiles, como subrayaba des Esseintes, iracundo.

Llegó por fin el momento en que pudo permanecer levantado toda la tarde y caminar por la casa sin ayuda. Ahora su estudio empezó a afectarle los nervios; defectos que antes pasaron inadvertidos debido al hábito le saltaron a la vista no bien volvió a esa sala después de prolongada ausencia. Los colores que había escogido para ser vistos a la luz de lámparas parecían estrechocarse con la luminosidad del día; preocupado por el mejor modo de reemplazarlos, pasó horas enteras proyectando heterogé-

neas armonías de matices, combinaciones híbridas de paños y cueros.

—Voy en camino del restablecimiento: esto ya es evidente —se dijo, al notar la reaparación de sus viejas preocupaciones, de sus antiguas predilecciones.

Una mañana, cuando estaba contemplando las paredes azules y anaranjadas, soñando con tapices ideales hechos con estolas destinadas a la Iglesia Griega, con dalmáticas rusas orladas de oro, con capas pluviales de brocado adornadas con inscripciones eslavas en perlas o en piedras preciosas de los Urales, entró el médico y, siguiendo la dirección de la mirada de su paciente, le preguntó en qué pensaba.

Des Esseintes le habló entonces de sus ideales irrealizables y estaba comenzando a bosquejarle nuevos experimentos con colores, a hablarle de las nuevas combinaciones y contrastes que se proponía conseguir, cuando el médico echó un balde de agua fría a su entusiasmo, al declararle en términos perentorios que pusiera donde pusiese sus proyectos en ejecución, ciertamente no sería en esa casa.

En seguida, sin darle tiempo a recuperar el resuello, le declaró que se había ocupado en primer lugar del problema más urgente al repararle las funciones digestivas y que ahora debía ocuparse de la perturbación nerviosa general, que para nada había quedado subsanada y que para ello harían falta años enteros de un estricto régimen y de una atención esmerada. Terminó diciéndole que, antes de probar con uno u otro remedio, antes de embarcarse en cualquier clase de tratamiento hidropático —lo cual, de cualquier modo, resultaría imposible en Fontenay—, tendría que abandonar su existencia solitaria, regresar a París, llevar nuevamente una

vida normal y, sobre todo, debía gozar los mismos placeres que los demás.

—¡Pero, sucede simplemente que yo no gozo con los placeres que hacen gozar a otros! —le replicó, indignado, des Esseintes.

Haciendo caso omiso a esta objeción, el médico se limitó a asegurarle que ese cambio radical de modo de existencia que le recetaba constituía, a su juicio, un asunto de vida o muerte; que representaba la diferencia entre un eficaz restablecimiento, por una parte, y la demencia seguida de cerca por la tuberculosis, por la otra.

—¡De modo que tengo que escoger entre la muerte y el destierro! —exclamó des Esseintes, exasperado.

El médico, imbuido de todos los prejuicios de un hombre de mundo, sonrió y se encaminó hacia la puerta sin responderle.

XVI

Des Esseintes se encerró en el dormitorio y se tapó los oídos para no escuchar el sonido de martillazos que había afuera, donde los peones de la empresa de mudanzas estaban clavando los cajones de embalaje que habían llenado los criados; cada martillazo parecía darle en el corazón y hacía llegar una puntada de dolor a lo hondo de su carne. Se estaba ejecutando la sentencia pronunciada por el médico; el temor de soportar nuevamente, del principio al fin, los padecimientos que había sufrido recientemente, sumado al miedo que le inspiraba una muerte cruenta, tuvo en él un efecto más poderoso que su aversión a la existencia detestable a que lo condenaba el tribunal de la medicina.

—Y hay, empero —se decía, una y otra vez—, quienes viven por sí solos, sin tener con quien hablar, que pasan sus vidas en sosegada contemplación, lejos de toda sociedad humana, criaturas como los trapenses y los prisioneros en reclusión aislada; y nada demuestra que esos sabios varones o esos pobres diablos se pongan locos o tísicos.

Tales ejemplos le había mencionado a su médico, mas en vano; éste se había limitado a repetirle, de un modo tajante que excluía toda argumentación ulterior, que su veredicto, el cual coincidía con las opiniones de todos los especialistas en desórdenes nerviosos, era que sólo el esparcimiento, las diversiones y el solaz podían tener efecto en esa dolencia.

cia, la que en su aspecto mental permanecía absolutamente impasible ante los remedios químicos. Por último, irritado por las recriminaciones de su paciente, le declaró en términos categóricos que se negaría a seguir atendiéndolo, a menos que aceptara un cambio de aire y un traslado a un ambiente más sano.

Sin tardanza des Esseintes fue a París a consultar a otros especialistas, a quienes presentó su caso con escrupulosa imparcialidad; y todos aprobaron sin titubear la opinión de su colega. Al punto tomó un piso que todavía estaba desocupado en una casa nueva de departamentos, regresó a Fontenay y, lívido de ira, ordenó a los criados que empezaran a embalar.

Bien hundido en su sillón, cavilaba ahora sobre esta categórica prescripción que venía a derrumbar todos sus planes, que cortaba todos los vínculos que lo ligaban a su vida actual y sepultaba en el olvido todos sus proyectos. ¡De modo que la dicha beatífica tocaba a su fin! Y tenía que abandonar la protección de esa bahía y volver a hacerse a la mar, a merced de ese huracán de locura humana que antaño tanto lo agitó y golpeó.

Los médicos le hablaban de esparcimiento y solaz, pero, ¿con quién, con qué, esperaban esos doctores que se entretuviera y gozara?

¿Acaso él, por su propia cuenta, no se había exiliado de la sociedad? ¿Había oído hablar, acaso, de algún otro que estuviera procurando organizarse una vida como la suya, una vida de soñadora contemplación? ¿Por ventura conocía un solo individuo que fuera capaz de apreciar la delicadeza de una frase, la sutileza de un cuadro, la quintaesencia de una idea o cuya alma fuera bastante sensible como para comprender a Mallarmé y amar a Verlaine?

¿Dónde y cuándo iba a buscar, en qué aguas sociales iba a echar la sonda para descubrir un alma gemela, un espíritu exento de ideas vulgares, que saludara el silencio como una merced, la ingratitud como un alivio, la aprensión como un abrigo y un puerto?

¿Acaso en la sociedad que frecuentó antes de retirarse en Fontenay? Pero la mayoría de los señoritos que había conocido en aquellos días debía haber llegado desde entonces a nuevas honduras de aburrimiento en los salones, de estupidez en las mesas de juego y de depravación en los prostíbulos. Asimismo, la mayoría de ellos ya estarían casados; después de solazarse todas sus vidas con las sobras dejadas por los golfos, ahora les hacían probar a sus mujeres las sobras de las busconas, ¡pues la clase obrera, como señora de los primeros frutos, era la única que no se alimentaba de desperdicios!

—¡Qué bonito cambio de parejas, qué magnífico juego de salón está gozando nuestra sociedad tan pacata! —musitó des Esseintes.

Pero, ateniéndose a los hechos, la nobleza arruinada estaba en las últimas; la aristocracia se había hundido en la imbecilidad o la depravación. Se moría a causa de la degeneración de sus vástagos, cuyas dotes se habían deteriorado de generación en generación, hasta que ahora consistían en los instintos de gorilas metidos en los cráneos de mozos de cuadra y timadores; o, si no, como en el caso de los Choiseul-Praslin, los Polignac y los Chevreuses, chapaleaba en el fango de pleitos que la hundían en el nivel de ignominia de las otras clases.

Incluso las mansiones, los centenarios blasones, la pompa heráldica y el ceremonial majestuoso de esta antigua casta habían desaparecido. Al dejar sus fincas de producir rentas, las habían sacado a re-

mate junto con las grandes casas de campo, pues nunca había dinero suficiente para costear todos los oscuros placeres venéreos de los embrutecidos descendientes de las viejas familias.

Los menos escrupulosos y los menos obtusos entre ellos arrojaban al viento todo pudor; se metían en negocios turbios, chapoteaban en los albañales de las finanzas y solían terminar como delincuentes comunes en los tribunales, sirviendo al menos para añadir algún lustre a la justicia humana, la cual, incapaz de mantener una imparcialidad absoluta, solucionaba el problema convirtiéndolos en bibliotecarios de las prisiones.

Esta pasión por las ganancias, este amor al lucro, se había apoderado asimismo de otra clase, esa clase que siempre se había respaldado en la nobleza: el clero. Al presente, en la última página de todos los diarios se podía ver un aviso de una cura para los callos insertado por algún sacerdote. A los monasterios se los había convertido en fábricas o destilerías y todas las órdenes elaboraban sus propias especialidades o vendían las correspondientes recetas. Así, las rentas de los cistercienses procedían del chocolate, la *Trappistine*, la semolina y la tintura de árnica; las de los maristas, del bifosfato de yeso para usos medicinales y el agua de arcabuz o vulneraria; las de los dominicos, del elixir anti-apoplético; las de los discípulos de San Benito, del benedictino; las de los monjes de San Bruno, del Chartreuse.

El mercantilismo había invadido los claustros, donde, en vez de antifonarios, en los atriles podían verse gruesos libros de contabilidad. Como una asquerosa lepra, la actual avidez de ganancias estaba haciendo estragos en la Iglesia, haciendo que los monjes escudriñaran inventarios y facturas comerciales, convirtiendo a los superiores en reposteros

y medicastros, a los hermanos legos en embaladores y viles lavadores de botellas.

Inclusive así, pese a todo, sólo era entre gentes de Iglesia donde des Essecintes podía abrigar todavía esperanzas de gozar de relaciones hasta cierto punto en armonía con sus gustos. En compañía de canónigos, quienes por lo general eran hombres de estudio y bien educados, podría haber pasado algunas veladas agradables, afablemente; pero, para esto, tendría que haber compartido sus creencias, en vez de oscilar entre sus ideas escépticas y esos repentinos ataques de fe que solían darle de vez en cuando, a impulsos de los recuerdos de la infancia.

Hubiese sido necesario que tuviera opiniones idénticas y se negara a aceptar, como de buena gana lo hacía en sus momentos de entusiasmo, un catolicismo sazonado con un toque de magia, como en los últimos años del siglo XVIII. Esta forma especial de clericalismo, este tipo de misticismo sutilmente depravado y perverso, por el cual a veces se sentía atraído, no podía siquiera ser discutido con un sacerdote, el cual o no lo hubiera comprendido, o bien, horrorizado, le habría ordenado que se retirara inmediatamente de su presencia.

Por vigésima vez lo atormentaba este problema insoluble. De todo corazón hubiera querido liberarse del estado de duda y recelo contra el cual había luchado en vano en Fontenay; ahora que se veía obligado a volver la hoja, habría querido obligarse a tener fe, a pegársela no bien la sintiera, a adherirla con grampas a su alma, en suma, a protegerla de todas esas cavilaciones que tendían a hacerla temblar y a ahuyentarla. Pero, cuanto más la anhelaba, menos se llenaba el vacío en su espíritu y tanto más se demoraba la visita de Cristo. En verdad, en la misma proporción en que su sed de religión aumentaba y en que anhelaba apasionada-

mente, como redención para el futuro y como un báculo en su nueva vida, esta fe que ahora se le mostraba —aunque la distancia que lo separaba de ella era pavorosa—, las dudas se apiñaban en su mente febril, trastornando su voluntad insegura, rechazando con argumentos de sentido común y mediante la demostración matemática los misterios y dogmas de la Iglesia.

—Debería ser posible cesar en la discusión consigo mismo —se dijo, lastimosamente—; debería ser posible cerrar los ojos, dejarse llevar por la corriente y olvidarse de todos esos malditos descubrimientos que han demolido la religión de arriba abajo en el curso de los últimos doscientos años. Y sin embargo —suspiraba—, no son realmente los fisiólogos o los escépticos quienes están derribando el catolicismo, sino los sacerdotes mismos, cuyos torpes escritos hacen vacilar las convicciones más firmes.

Entre los dominicos, por ejemplo, había un doctor en teología, el reverendo padre Rouard de Card, un predicador que, en un folleto que llevaba por título *La adulteración de las sustancias sacramentales*, había dejado absolutamente fuera de duda que la mayoría de las misas era nula, por la sencilla razón de que los materiales utilizados por los sacerdotes eran adulterados por ciertos comerciantes.

Ya desde hacía años, los santos óleos venían siendo adulterados con grasa de aves; la cera para los cirios, con huesos quemados; el incienso, con resina común y benzoína vieja. Mas lo peor era que las dos sustancias indispensables para el santo sacrificio, esas dos sustancias sin las que no era posible la Eucaristía, también eran adulteradas: el vino mediante reiteradas diluciones y el aditamento ilícito de corteza de palo del Brasil, bayas de saúco, alcohol, alumbre, salicilato y litargirio; el pan, ese

pan de la Eucaristía que debiera estar elaborado con la harina más fina de trigo, mediante el aditamento de harina de habas, potasa y tierra de pipa.

Y ahora ya habían ido aún más lejos: habían tenido el descaro de prescindir por completo del trigo y casi todas las hostias eran hechas por desvergonzados comerciantes con harina de patatas.

Pero Dios se negaba a descender a la tierra en forma de harina de patatas; y esto era un hecho irrefutable, un hecho indiscutible. En el segundo volumen de su *Teología moral*, Su Eminencia el Cardenal Gousset también se había ocupado detalladamente de este problema del fraude desde el punto de vista divino; según su autoridad insospechable, era absolutamente imposible consagrar pan elaborado con harina de avena, trigo sarraceno o cebada, y si por lo menos habían ciertas dudas en el caso del pan de centeno, no podía quedar duda ni defensa posible en el caso de la harina de patatas, la cual, para usar la expresión eclesiástica, no era en sentido alguno sustancia competente para el Santo Sacramento.

A causa de la fácil manipulación de esta harina y del aspecto atrayente de las hostias elaboradas con ella, esta trampa atroz se había vuelto tan frecuente que apenas si existía aún el misterio de la transustanciación y tanto los sacerdotes como los fieles comulgaban, sin saberlo, con una especie neutra.

Ah, muy lejanos estaban ya los días en que Radegunda, reina de Francia, solía hacer el pan para el altar con sus propias manos; aquellos días en que, conforme a la usanza de Cluny, tres sacerdotes o diáconos en ayunas, vestidos con alba y amito, tras lavarse cara y dedos, separaban el trigo grano por grano, lo molían en piedra molar, amasaban la pasta con agua pura y fría, y la horneaban ellos mis-

mos en una alegre fogata, cantando salmos todo el tiempo.

—Con todo, no se puede negar —se decía des Esseintes, para sus adentros— que la perspectiva de ser constantemente embaucado en la comunión no contribuye a consolidar una fe que ya dista mucho de ser firme. Además, ¿cómo se puede aceptar la noción de una divinidad omnipotente frenada por una pizca de harina de patatas y unas gotas de alcohol?

Estos pensamientos hacían que su futuro se le presentara más sombrío que nunca y su horizonte más oscuro y amenazador.

Era evidente que no le quedaba bahía de refugio ni playa acogedora. ¿Qué iba a ser de él en esa ciudad de París donde no tenía parientes ni amigos? Ya no le quedaba ningún vínculo con el Faubourg Saint-Germain, el cual ahora estaba trémulo de vejez, desmoronándose, convertido en el polvo de la caducidad, esparcido en medio de una nueva sociedad, como minúsculos residuos de una cáscara podrida. ¿Y qué punto de contacto podía haber entre él y la burguesía que paulatinamente se había trepado a lo más alto, sacando partido de todos los desastres para llenarse los bolsillos, originando todo género de perturbaciones para imponer respeto a sus incontables crímenes y robos?

Ahora, después de la aristocracia de los linajes, le llegaba el turno a la aristocracia de las riquezas, el califato de los escritorios, el despotismo de la Rue du Sentier, la tiranía del comercio con su estrechez de miras, sus ideas venales, sus instintos ruines y egoístas.

Más astuta y despreciable que la aristocracia empobrecida y el clero desacreditado, la burguesía los imitaba en el amor frívolo a la exhibición y a la arrogancia feudal que abarataba debido a su falta

de gusto, y les robaba sus defectos naturales que convertía en vicios hipócritas. De comportamiento imperioso y solapado, de carácter mezquino y cobarde, implacablemente aplastaba a esa víctima perenne y esencial de sus timos, el populacho, que previamente había librado de su bozal y precipitado ávida de sangre hacia los cuellos de las viejas clases.

Pero, ya eso había terminado. Cumplida su faena, había chupado la sangre a la chusma en nombre de la higiene pública, en tanto que el jovial burgués se adueñaba del país, depositando toda su confianza en el poder de su dinero y en lo contagioso de su estupidez. Consecuencia de su llegada al poder había sido la supresión de toda inteligencia, la negación de toda honradez, la destrucción de todo arte; a decir verdad, los artistas y escritores degradados habían caído de rodillas y cubrían de ardientes besos los pies hediondos de los agiotistas y sátrapas mal nacidos, de cuya caridad dependían para poder seguir viviendo.

En materia de pintura, el resultado era un diluvio de inertes necesidades; en literatura, un torrente de frases resobadas e ideas convencionales: la honradez para adular al turbio especulador, la integridad para agradecer al estafador que andaba a la caza de una dote para su hijo en tanto que se negaba a pagar la de su hija, la castidad para satisfacer a los anticlericales que acusaban a los sacerdotes de violaciones y de lascivia, cuando por su parte ellos siempre andaban rondando los prostíbulos locales, hipócritas estúpidos que ni siquiera tenían la excusa de una depravación deliberada, que husmeaban el agua pringosa de los lavamanos y el aroma cálido y picante de las enaguas sucias.

Esto era el vasto lenocinio de Norteamérica transportado al continente europeo; era la vileza ilimitada, insondable, inconmensurable del financiero

y del hombre hecho por su propio esfuerzo que resplandecía como un sol vergonzoso sobre la ciudad idólatra, la cual se arrastraba de barriga, entonando viles canciones de alabanza ante el impío tabernáculo del Banco.

—¡Y bien! ¡Derrúmbate, pues, sociedad! ¡Perece, mundo viejo! —exclamó des Esseintes, excitado hasta la indignación por el ignominioso espectáculo que acababa de evocar; y el sonido de su voz rompió el sofocante hechizo que esta pesadilla le había provocado—. ¡Ay! —gimió—. ¡Pensar que todo esto no es sólo un mal sueño! ¡Pensar que estoy a punto de ir a reunirme con la rastrera y servil canalla de la época!

Para aliviar su espíritu herido recurrió a consoladoras máximas de Schopenhauer y se repitió la desconsolada máxima de Pascal: “El alma no ve nada que no la apene cuando reflexiona”; pero estas palabras hicieron eco en su mente como ruidos sin sentido, pues su fatiga espiritual las desmenuzaba, las despojaba de todo significado, de toda virtud paliativa, de toda eficacia sedante.

Por fin se dio cuenta de que los argumentos del pesimismo no tenían poder suficiente para consolarlo, que sólo la creencia inverosímil en una vida futura podría infundir sosiego a su espíritu.

Un sacudón de cólera arrasó como huracán todas sus tentativas de resignación, todos sus ensayos de indiferencia. Ya no podía cerrar los ojos al hecho de que no había nada que hacer, absolutamente nada, que todo estaba terminado; los burgueses engullían como quienes salen de picnic llevando sus meriendas en bolsas de papel, entre las imponentes ruinas de la Iglesia; ruinas que se habían convertido en lugar de citas, montón de escombros profanados por chascarrillos irrepetibles y bromas escandalosas. ¿Sería posible que el terrible Dios del Gé-

nesis y el pálido mártir del Gólgota no probaran su existencia de una vez por todas, renovando los cataclismos de antaño, volviendo a encender la lluvia de fuego que otrora consumió esas poblaciones malditas, las ciudades de la llanura? ¿Sería posible que este fango siguiera avanzando hasta cubrir con su inmundicia pestilente este viejo mundo donde ahora sólo semillas de iniquidad surgían y sólo cosechas de vergüenza se recolectaban?

De repente se abrió la puerta. A la distancia, enmarcados en el vano, aparecieron unos hombres con sombreros de candil, de mejillas rasuradas y con matas de barba en los mentones, arrastrando cajones de embalaje y trasladando muebles; luego la puerta volvió a cerrarse tras el criado, quien desapareció llevando un montón de libros.

Des Esseintes se dejó caer en una silla.

—Dentro de un par de días estaré en París —se dijo—. Bueno, ya todo ha terminado. Como una gran marejada, las olas de la mediocridad humana se están elevando hacia el cielo y cubrirán este refugio, pues yo mismo, contra mi voluntad, procedo a abrir las compuertas. ¡Ay! ¡Pero siento que me falta coraje y, dentro de mi pecho, el corazón está enfermo! Señor, ¡ten piedad de un cristiano que duda, de un incrédulo que de buena gana creería, del galeote de la vida que en la noche se hace a la mar a solas, bajo un firmamento que ya no ilumina el faro consolador de la antigua esperanza!

INDICE

<i>Introducción</i>	7
<i>Prefacio de 1903</i>	29
<i>Prólogo</i>	53
I	65
II	75
III	87
IV	105
V	119
VI	139
VII	147
VIII	163
IX	177
X	193
XI	209
XII	229
XIII	257
XIV	273
XV	303
XVI	319